

ROBOT CITY
De
Isaac Asimov

ODISEA
Michael P. Kube-McDowell

Título original ODISSEY
Copyright © 1987 by Nightfall Inc.
Texto e ilustraciones
Copyright © 1987 by Byron Preiss Visual Publications, Inc.
Reservados todos los derechos
Diseño de la cubierta Ramón Escolano
Cubierta e ilustraciones Paul Rivoche
Traducción Miguel Giménez Sales
ROBOT CITY es una marca registrada de
Byron Preiss Visual Publications, Inc.
Copyright © 1989 EDITORIAL MOLINO
de la versión en lengua española
Calabria 166 - 08015 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain
Limpergraf, S.A. - Calle del Río, 17, nave 3, RIPOLLET
Dep. legal B. 17.312/89
ISBN 84-272-327 1-3

A todos los estudiantes que hicieron de mis siete años de enseñanza un tiempo bien empleado, pero especialmente a

Wendy Armstrong
Todd Bontrager
Kathy Branum
Jay y Joel Carlín
Valerie Eash
Chris Franko
Judy Fuller
Chris y Brian Hackett
Kean Hankins
Doug Johnson
Greg LaRue
Julie Merrick
Kendall Miller
Math Mow
Amy Myers
Khai y Vinh Pham
Melanie y Laura Schrock
Sally Sibrt
Stephanie Smith
Tom Williams
Laura Joyce Yoder
Scott Yoder

Y a Joy Von Blon
quien se aseguró de que todos ellos tuvieran algo bueno que leer.

MIS ROBOTS

Isaac Asimov

Escribí Robbie, mi primera historia de robots, en mayo de 1939, cuando sólo contaba diecinueve años de edad.

Lo que la hacía diferente de todas las historias de robots escritas anteriormente era que yo estaba determinado a no convertir mis robots en símbolos. No debían ser un reflejo de la arrogancia superimaginativa de la humanidad. No debían ser ejemplo de las ambiciones humanas que penetran en el dominio del Todopoderoso. No debían ser una nueva Torre de Babel merecedora de castigo.

Los robots tampoco debían ser la representación de grupos minoritarios. Ni debían ser seres patéticos perseguidos ilegalmente, a fin de que yo pudiese efectuar declaraciones dignas de Esopo acerca de los Judíos, los negros o cualesquiera otros miembros maltratados de la sociedad. Naturalmente, era completamente opuesto a ese maltrato y dejé bien claro mis opiniones en numerosas historias y ensayos... pero no en mis historias de robots.

En ese caso, ¿qué hice con mis robots? Los convertí en máquinas de ingeniería. Los convertí en instrumentos. Los convertí en máquinas que sirviesen a los objetivos humanos. Y los convertí en objetos con códigos de seguridad internos. Dicho de otro modo hice que los robots no pudieran matar a su creador. Y, una vez decidido esto, tuve libertad para considerar otras consecuencias más razonables.

Desde que empecé a escribir mis historias de robots en 1939, no mencioné jamás la programación en relación con ellos. Todavía no se había inventado el ordenador electrónico ni yo lo preveía. Sí preví, no obstante, que el cerebro tenía que ser electrónico, de algún modo. Sin embargo, lo «electrónico» no me parecía bastante futurista. El positrón, una partícula subatómica exactamente igual al electrón, pero con una carga eléctrica opuesta, se había descubierto sólo cuatro años antes de escribir mi primera historia de robots. Parecía algo muy adecuado a la ciencia ficción, de manera que otorgué a mis robots unos cerebros positrónicos, e imaginé que sus pensamientos consistían en ondas relampagueantes de positrones cobrando existencia, para perderla casi inmediatamente. Las historias que escribí constituyeron, por tanto, la llamada «serie de robots positrónicos», si bien no había una gran diferencia entre el funcionamiento de los positrones que acabo de describir y el de los electrones.

Al principio, no me molesté en sistematizar ni describir en palabras cuáles eran las protecciones que yo había imaginado que debían poseer mis robots. Claro que, desde el comienzo, y puesto que había hecho que no fuese posible que un robot matara a su creador humano, tuve que destacar que los robots no podían perjudicar a los seres humanos, y que esto era una parte integrante de la complejidad de sus cerebros positrónicos.

Así, en la primera versión editada de Robbie, que apareció en septiembre de 1940 con el título de Strange Playfellow¹, en Super Science Stories, describí el carácter genérico de un robot como sigue «No puede dejar de ser leal, amante y amable. Es una máquina construida así.»

Después de escribir Robbie, que John Campbell de Amazing Science Fiction rechazó, continué con otras historias de robots, que Campbell ya aceptó. El 23 de diciembre de 1940 fui a verle con la idea de un robot que podía leer en la mente humana —el que más tarde se convirtió en Liar (Embustero) —, y a John no le satisfizo mi explicación de por

¹ El extraño compañero de juegos. (N. Del T.)

qué el robot se comportaba como lo hacía. Quería que quedaran bien definidos los códigos de protección robótica, a fin de poder comprender mejor al robot. Juntos, pues, compilamos lo que llegó a ser conocido como las «Tres Leyes de la Robótica». El concepto fue mío, puesto que se extrajeron de las historias que yo había escrito, pero la fraseología (si mal no recuerdo) la compusimos los dos.

Las tres leyes eran lógicas y tenían sentido. Para empezar, estaba la cuestión de la seguridad, ya primordial en mi mente cuando comencé a escribir historias de robots. Además, yo ya tenía muy claro que, incluso sin intentar hacer daño de manera activa, se puede tranquilamente, no haciendo nada, permitir que el mal actúe. Lo que tenía en mi mente era el cínico «El último decálogo» de Arthur Hugh Clough, en donde los Diez Mandamientos se hallan revisados satíricamente, en un estilo maquiavélico. El mandamiento más citado es «No matarás, pero no necesitas esforzarte de manera explícita para mantener a nadie con vida.»

Por esta razón insistí en que la Primera Ley (de seguridad) debía tener dos partes. Y al final quedó así:

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.

Después de formular la Primera Ley de esta forma, tuvimos que pasar a la Segunda (de servicio). Naturalmente, al otorgar al robot la necesidad innata de obedecer órdenes, no era posible olvidar todo lo relativo a la seguridad. La Segunda Ley debía ser como sigue:

2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

Y, finalmente, teníamos que formular una Tercera Ley (de prudencia). Un robot sería una máquina cara y no debía ser maltratada o destruída sin necesidad. Claro está, esto no debía utilizarse como un medio de comprometer la seguridad o el servicio. La Tercera Ley, por consiguiente, tuvo que exponer:

3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.

Naturalmente, estas leyes están expresadas en palabras, lo cual constituye una imperfección. En el cerebro positrónico hay potenciales positrónicos pertinentes que se expresan mejor en términos de matemáticas avanzadas (lo que les aseguro se halla más allá de mis conocimientos). Sin embargo, aun así, existen ciertas ambigüedades. ¿Qué significa «daño» para un ser humano? ¿Han de obedecer los robots las órdenes dadas por un niño, un loco, un ser humano malvado? ¿Debe sacrificar un robot su útil y valiosa existencia para impedir un daño trivial hecho a un ser humano carente de importancia? ¿Y qué es trivial o poco importante?

Estas ambigüedades no son defectos, en lo que respecta a un escritor. Si las Tres Leyes fuesen perfectas y sin ambigüedades no habría espacio para las historias. Es en los recovecos y defectos de las ambigüedades donde pueden alojarse todos los argumentos, y ellos son los que proporcionan unos cimientos, si me perdonan el chiste, para Robot City, la Ciudad de los Robots.

En Liar no establecí específicamente las Tres Leyes en palabras, y la historia se publicó en Astounding, en mayo de 1941. Sin embargo, sí las expresé claramente en mi siguiente historia de robots Runaround, que apareció en marzo de 1942, también en Astounding. En aquella publicación, en la séptima línea de la página 100, un personaje dice —Mira, empecemos con las tres Reglas fundamentales de la Robótica.

Y, acto seguido, las cita. Esto, dicho sea de paso, aparte de lo que pueda explicar yo o cualquier otra persona, representa la primera aparición en letra impresa de la palabra «(robótica» que, al parecer, yo inventé.

Desde entonces, nunca he tenido ocasión durante el período de más de cuarenta años en el que he escrito muchas historias y novelas referentes a robots, de verme obligado a modificar las Tres Leyes. Pese a ello, a medida que transcurría el tiempo y mis robots ganaban en complejidad y versatilidad, he intuído que debían llegar a un nivel más elevado. Y así, en *Robots e Imperio*, novela publicada por Plaza y Janés en 1985, hablaba de la posibilidad de que un robot suficientemente avanzado pudiese considerar necesario la prevención de perjudicar a la humanidad en general, con prioridad a la prevención de perjudicar a un solo individuo. A ésta la llamé «Ley Cero de la Robótica», si bien todavía estoy trabajando en ella.

Mi invención de las Tres Leyes de la Robótica es, probablemente, mi mayor contribución a la ciencia ficción. Han sido citadas ampliamente en otros campos, y posiblemente ninguna historia de robots estaría completa sin mencionarlas. En 1985, John Wiley ~ Son publicaron un grueso volumen, *Manual de Robótica Industrial*, editado por Shimon Y. Nof, y, a petición del editor, yo escribí una introducción referente a las Tres Leyes.

Quede bien entendido que los escritores de ciencia ficción hemos creado, entre todos, un conjunto de ideas que forman una propiedad común, de la que podemos echar mano todos. Por esta razón, nunca me he opuesto a que los demás escritores presentaran robots que obedeciesen las Tres Leyes. Esto más bien me ha halagado y, honradamente, los robots de ciencia ficción actuales casi no pueden aparecer sin esas leyes.

Sin embargo, me he resistido siempre a que otros escritores citasen textualmente las Tres Leyes. Mi actitud sobre este asunto es que se acepten las leyes sin más y que no las impriman. Sus conceptos son de todo el mundo, pero las palabras son mías.

Bien, ahora estoy envejeciendo. No espero vivir muchos años más, aunque sí creo que lo hará alguna de mis criaturas cerebrales. Y, para ayudar a que esas criaturas cerebrales alcancen algo parecido a una larga vida, creo que debo suavizar mis reglas y permitir que otros utilicen las leyes para darles nueva fuerza. Al fin y al cabo, en la ciencia se han descubierto y han ocurrido muchas cosas desde que se publicaron hace cuarenta años mis primeras historias de robots, y esto también debe tomarse en consideración.

Por consiguiente, cuando Byron Preiss vino a verme con la idea de editar una serie de novelas bajo el título general de *Robot City*, en las que los robots «Asimovianos» y sus ideas se usarían libremente, me sentí seducido por dicha idea. Byron manifestó que yo sería el consejero, a fin de comprobar que mis robots seguían siendo «Asimovianos»; que yo respondería a preguntas, haría sugerencias, vetaría todo lo malo, y proporcionaría la materia básica para la serie, al tiempo que estimularía a los autores. Y así se hizo.

Byron y yo compartimos una serie de almuerzos durante los cuales él formulaba preguntas, y yo, y a veces mi esposa Janet, las contestábamos, lo que dio lugar a varias charlas muy interesantes.

Además, pondrían mi nombre en el título, para que los lectores supieran que el proyecto se había realizado de acuerdo conmigo, y con mi ayuda y conocimiento. En realidad, es un grato placer que unos escritores jóvenes y con talento dediquen su inteligencia y su ingenio al desarrollo de mis ideas, cada cual a su manera y estilo.

La primera novela de la serie *Robot City* *Odisea*, se debe a Michael P. Kube-McDowell, autor de *Emprise*, y me hallo hondamente satisfecho por estar relacionado con ella. La narración pertenece por completo a Michael, pues yo no puse nada de mi parte. Al decir esto, no intento en modo alguno repudiar la novela, sino, por el contrario, darle a su autor todo el mérito que le corresponde por parte de quienes gusten de leer su obra. Mi papel, como ya he indicado, ha sido sólo suministrar los conceptos robóticos, contestar (lo mejor que supe) a las preguntas formuladas por Byron y Michael, y sugerir soluciones a los problemas planteados por las Tres Leyes.

En realidad, un libro de esta serie presentará tres nuevas leyes, muy interesantes, relativas a la manera cómo los robots tratarían con los seres humanos en una sociedad robótica, relación que es el eje oculto de Robot City.

En casi medio siglo de escribir he logrado hacerme un nombre muy conocido y de peso, y me gustaría usarlo para facilitar el camino de los autores jóvenes a través de sus novelas, así como para conservar los nombres de los escritores veteranos, publicando antologías de sus obras. La ciencia ficción en general, y muchos practicantes de ese género en particular, al fin y al cabo, han sido muy buenos conmigo durante todos esos años, y la mejor manera de corresponderles es hacer a los demás lo que ellos hicieron por mí.

Permítanme subrayar que ésta es la primera vez que he permitido a otros escritores penetrar en mi mundo de los robots y pasearse libremente por él. Estoy encantado con todo lo que he visto hasta ahora, incluyendo la cautivadora obra de arte de Paul Rivoche, y espero impaciente saber qué han hecho con las ideas y los conceptos que les propuse para sucesivos libros. Tal vez las novelas no sean exactamente tal como yo las hubiera escrito (en realidad, esto es imposible), pero así es mejor. De esta manera tendremos otras mentes y otras personalidades trabajando, enfocando desde otros ángulos, ampliando y elevando mis ideas.

Y para ti, lector, la aventura está a punto de empezar.

CAPÍTULO 1 EL DESPERTAR

El joven sujeto a la litera de seguridad, en el centro de la reducida cabina, se hallaba durmiendo plácidamente. Tenía relajados los músculos de su afilado rostro y los ojos cerrados. La cabeza se le había inclinado, de manera que su barbilla descansaba sobre el círculo de metal bruñido del cuello del traje de seguridad de color anaranjado. Gracias a sus mejillas lisas y a su cabello rubio arenoso, cortado a cepillo, parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Lo bastante como para hacer enarcar una ceja al portero del bar del aeropuerto espacial menos estricto con la ley.

Lentamente, el joven fue despertándose, como si le hubiesen estafado parte del sueño y fuera reacio a abandonarlo. Pero, a medida que la niebla se aclaraba, iba teniendo la aterradora sensación de estar asomado al borde de un precipicio.

Abrió repentinamente los ojos y se encontró mirando hacia abajo. La litera a la que le sujetaba el arnés de cinco puntos se hallaba inclinada hacia delante. Sin las correas, se habría despertado con vertido en un revuelto montón sobre el pequeño espacio del curvado recinto metálico, aplastado contra la portilla de una sola hoja que había frente a él.

Levantó la cabeza y sus agudos ojos examinaron rápidamente el resto de cuanto le rodeaba. Había poco que ver. Estaba solo en la reducida cabina. Si se libraba del arnés, tendría espacio suficiente para permanecer de pie, tal vez para girar sobre sí mismo, pero nada más. En un nicho del curvado mamparo de la derecha había el casco de un traje de seguridad. En el mamparo de la izquierda había una letrina, con su tubo de agua y su salida de residuos.

Nada de lo que veía tenía sentido, por lo que continuó catalogándolo simplemente. Sobre su cabeza, colgando del techo, había una especie de cuadro de mandos con un panel de ocho pilotos verdes y cuadrados, señalados como «P1», «P2», «P3», y así sucesivamente. El cuadro de mandos estaba a su alcance, aunque en el mismo no había ni teclado ni controles que él pudiera manejar. En una esquina del cuadro se veía grabada, en caracteres negros y estilizados, la palabra MASSEY.

Aparte del leve carraspeo de su propia respiración, la cabina estaba casi en silencio. De la maquinaria que llenaba el espacio que quedaba detrás de su espalda y bajo sus pies, llegaba el ruido de un propulsor y un ligero zumbido eléctrico. Sin embargo, no entraba ningún sonido desde fuera, nada desde más allá de los mamparos.

Pese a ser tan corta, la lista ya estaba completa, y era hora de intentar sacar algún provecho de la misma. Se dio cuenta de que, aunque no reconocía cuanto le rodeaba, tampoco le sorprendía. Pero, como no lograba recordar dónde se había quedado dormido, no esperaba saber dónde estaría al despertar.

La verdad escueta era que ignoraba dónde estaba. O por qué estaba allí. No sabía cuánto tiempo llevaba en la cabina ni cómo había llegado a ella.

Mas, por el momento, nada de eso parecía tener gran importancia, puesto que se daba cuenta, con creciente inquietud y desaliento, de que tampoco sabía quién era.

Escudriñó su mente en busca de un atisbo de su identidad, de un sitio que conociese, de una cara que fuese importante para él, de algún recuerdo que atesorase. No había nada. Era como tratar de leer un papel en blanco. No recordaba ni un solo suceso que hubiese ocurrido antes de abrir los ojos y encontrarse aquí. Era como si su vida empezara en este momento.

Excepto que sabía que no era así. Él no era un recién nacido llorón, sino un hombre... o lo bastante parecido a uno para poder reclamar este título hasta nueva comprobación.

Había existido. Había tenido una identidad y un lugar en el mundo. Había tenido amigos, padres, un hogar. Debía de haber tenido todo eso... y más.

Pero todo se había desvanecido.

Se trataba de una sensación distinta a la del simple olvido. Al menos, cuando uno olvida algo, tiene la sensación de haberlo conocido antes...

—¿Estás bien? —inquirió una voz agradable, rompiendo el silencio y haciendo que de repente todos sus músculos se pusieran en tensión.

—¿Quién eres tú? —preguntó el joven—. ¿Dónde estás? ¿Dónde estoy yo?

—Soy Darla, tu compañera. Por favor, intenta calmarte. No estamos en peligro inmediato

—la voz, procedente del cuadro de mandos que tenía delante, sonaba ahora más distintamente femenina—. Te hallas en el interior de una cápsula de supervivencia Modelo G-85, de la corporación Massey. La cápsula Massey es el principal de los sistemas de seguridad espacial desde hace más de...

Mientras Darla proseguía con su propaganda, el joven volvió la cabeza para examinar de nuevo el compartimiento. Pensó que debía de haberlo comprendido. Naturalmente. Una cápsula de supervivencia. Hasta el nombre de Massey le resultaba familiar.

—¿Por qué no hay controles?

—Todas las cápsulas de la serie G fueron diseñadas para evaluar por su cuenta el plan de actuación más conveniente y llevarlo a la práctica.

Claro está, pensó el joven. Nunca se sabe quién subirá a una cápsula, ni en qué condiciones estará ese alguien.

—Tú no eres una persona. ¿Quién eres, pues? ¿Un programa de ordenador?

—Soy una personalidad positrónica —respondió Darla amablemente—. El concepto de Compañera es una especial contribución de la Corporación Massey a los sistemas de seguridad humanos.

Sí. Alguien con quien hablar. Alguien que ayudara a pasar las horas de espera sin pensar en lo que significaba no ser encontrado. Toda la situación se le representó en el cerebro. Las cápsulas de supervivencia estaban automatizadas por completo. Ésta lo estaba más. Se trataba de un robot... seguramente programado como un terapeuta y encargado de mantenerle sano y estable.

Un robot...

Un ser humano tiene una infancia. Un robot no. Un ser humano aprende. Un robot está programado. Un robot, falto de la identidad íntima que supuestamente debe proporcionársele antes de su activación, podrá «despertar» y descubrir que posee conocimientos sin experiencia, y preguntarse quién y qué es...

De pronto, se mordió el labio inferior.

¿Cómo experimenta un robot una sobrecarga en un sensor? ¿Como dolor?

Cuando sintió el sabor a sangre, relajó la mandíbula. Consideraría este pequeño experimento en su justo valor. Él era un ser humano. En cierto sentido, ésta era la respuesta más inquietante.

—¿Por qué te has hecho daño a ti mismo? —preguntó Darla.

—Para estar seguro de poder hacérmelo —suspiró él—. ¿Sabes quien soy?

—Tu placa te identifica como Derec.

Miró por debajo del círculo metálico del cuello y por primera vez vio que había una tarjeta de identidad en el sujetador de placas del peto derecho de su traje de seguridad. Las letras, en rojo, superpuestas sobre el código dibujado en blanco y negro, decían realmente DEREK.

Pronunció el nombre en voz alta, experimentalmente.

—Derec.

No le resultaba ni familiar ni extraño. Su oído lo captó como un nombre propio, aunque más parecía un apellido.

«Pero, si soy Derec, por qué me siento tan mal el traje de seguridad?» El círculo de la cintura y la envoltura del pecho le habrían sentado mucho mejor a un tipo más corpulento. Y, cuando intentó estirar sus entumecidas piernas, halló que las perneras del traje eran uno o dos centímetros demasiado cortas, por lo que no pudo estirlas cómodamente. Ciertamente, yo debería ser más bajo... y, tal vez, también más pesado. Sí, podría ser un traje viejo... que no debía usar más que en alguna emergencia. O podría ser ésta mi tarjeta de identidad, y el traje pertenecer a otro.

—¿Puedes examinar los datos de mi tarjeta de identidad? —preguntó esperanzadamente—. Debe de haber una fotografía, unos datos de ciudadanía, una lista de parientes. De este modo estaré seguro.

—Lo siento. En esta cápsula no hay lector de datos, y mis sensores ópticos no pueden distinguir un dibujo tan fino.

—Entonces —concluyó él, frunciendo el ceño—, supongo que soy Derec, de momento. Hizo una pausa y reunió sus dispersos pensamientos. Saber su nombre, si es que era su nombre, no aliviaba su sensación de vacío. Era como si hubiese perdido su brújula interna y, con ella, la capacidad de actuar en su propio provecho. Lo máximo que ahora podía hacer era reaccionar.

—Todos los sistemas ambientales de esta cápsula funcionan bien —le informó Darla—. Las naves de salvamento ya deben estar en camino.

Estas palabras le recordaron a Derec que existía un problema mucho más importante por el momento que averiguar quién era. La supervivencia era lo primero. Con el tiempo, tal vez las cosas que sabía le dirían lo que había olvidado.

Se hallaba en una cápsula de supervivencia. Su mente aceptó este hecho y empezó a reflexionar en él. Al cambiar de posición en su asiento, observó que el más leve movimiento hacía balancear la cápsula, pese al hecho de que la masa de ésta no podía ser menos de quinientos kilogramos. Extendió un brazo y aflojó los músculos; el brazo tardó todo un segundo en caer contra su costado.

«A lo sumo una centésima de g. Me hallo en una cápsula de supervivencia en la superficie de un mundo de gravedad muy baja. Iba en una nave estelar, rumbo a un lugar que ignoro, cuando sucedió algo. Quizás por esto no puedo recordar nada, o quizás el choque del aterrizaje...»

En la cápsula no había ninguna ventanilla, ni ojo de buey alguno; ni siquiera un mirador. Pero, si él no podía ver el exterior, Darla sí podía.

—¿Dónde estamos, Darla? —inquirió—. ¿En qué clase de sitio hemos aterrizado?

—¿Te gustaría que te enseñase nuestro paradero? Tengo un paquete de sensores disponible.

Derec conocía este término, aunque ignoraba dónde lo había aprendido. Un paquete de sensores era un conjunto de sensores, en forma de discos, que podían deslizarse por la superficie exterior de una nave espacial de casco liso; un sustituto muy barato, aunque más propenso a averías, que todo un conjunto de sensores montados.

—Veamos.

Las luces interiores disminuyeron de intensidad y el tercio central de la escotilla se convirtió en la pantalla de una proyección plana enviada hacia abajo desde el cuadro de mandos. Derec contempló un paisaje de hielo y rocas que le pareció totalmente absurdo. El horizonte se hallaba demasiado próximo, demasiado curvado. Tenía que ser una distorsión producida por la cámara, o un falso horizonte creado por un cráter en primer plano.

—Visor hacia la derecha.

Pero en todas partes había lo mismo una aglomeración de hielo de color anaranjado esmaltado de rocas grises, fundiéndose hacia el horizonte con el telón aterciopelado del espacio. No divisó estrellas en el cielo, si bien era posible que esto fuese debido al limitado poder de resolución de los sensores, y no a causa de una atmósfera. La gravedad del planetóide era demasiado ligera para atraer ni siquiera a los gases más densos, y los acantilados aserrados no mostraban señales de desgaste por cambios atmosféricos.

En realidad, era como un lugar residual, los restos de la formación de una estrella y sus planetas, un mundo olvidado que no había cambiado desde su creación. Era un mundo helado, estéril y, según todas las probabilidades, desierto.

«Antes desierto» se corrigió a sí mismo.

—¿Una luna o algún asteroide? —quiso saber.

—No importa donde estamos —respondió Darla—, lo que importa es estar a salvo.

Debemos confiar en que las autoridades nos localicen y nos rescaten.

Derec preveía que pronto se cansaría de esta clase de evasión.

—¿Cómo puedo confiar en eso cuando no sé donde estoy ni cuáles son las probabilidades de que nos encuentren? Sé que esta cápsula no posee un sistema completo de reciclaje ambiental. ¿Lo niegas acaso? —aguardó un momento la respuesta y continuó—. ¿Qué margen decidió la Corporación Massey que era suficiente? ¿Diez días? ¿Dos semanas?

—Derec, mantener una actitud apropiada es crucial para...

—... obtener resultado de la terapia ¿verdad? —suspiró Derec—. Ya sé que tratas de protegerme. Algunas personas responderían mejor de este modo... con lo que no saben y todo eso. Pero yo soy diferente. Necesito información, no una tranquilidad. Necesito saber lo que tú sabes. ¿Entiendes? ¿O debo empezar a hurgar en tus entrañas y averiguarlo yo solo?

Derec se extrañó de ver que Darla no respondía. Lentamente, pensó que debía de haberle presentado un dilema que su cerebro positrónico tenía dificultades en resolver... si bien no había habido ningún dilema. Darla estaba obligada, por la Segunda Ley de la Robótica, a responder a su pregunta.

La Segunda Ley decía «Un robot debe obedecer las órdenes que recibe de los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.»

Una pregunta era una orden, y el silencio era una desobediencia. Lo cual sólo podía suceder si Darla seguía sus prioridades de acuerdo con la Primera Ley.

La Primera Ley decía «Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daño».

Darla debía saber las escasas probabilidades que había de salvamento, incluso dentro de un sistema estelar, en trayectos bien transitados. Y Darla sabía, igual que cualquier robot, el daño que este hecho podía infligir al equilibrio emocional de un ser humano. El superviviente típico, ya aterrado por los sucesos que le habían conducido a la cápsula de supervivencia, respondería con desesperación, con una pérdida de la voluntad de vivir. Esto tenía sentido. Naturalmente, Darla trataría de protegerle de las consecuencias de su propia curiosidad... a menos que él le hiciese comprender que con él era diferente.

—Darla, yo no pertenezco a la clase de individuos que te dijeron que debías ayudar —replicó gentilmente—. Necesito hacer algo, pensar en algo. No puedo estar aquí sentado y esperar. Puedo soportar malas noticias, si esto es lo que me estás ocultando. Lo que no puedo es sentirme desvalido.

Al fin y al cabo, era como si Darla también estuviese preparada para congeniar con los individuos como Derec, puesto que pronto se había convencido de cómo era él.

—Lo entiendo, Derec. Por supuesto, me complacerá mucho contarte todo lo que sé.

—Bravo. ¿De qué nave procedemos? —preguntó Derec—. En esta cabina no hay ningún distintivo del armador ni diario de a bordo.

—Esta es una cápsula G85 de la Corporación Massey.

—Esto ya me lo has dicho. ¿De qué nave procedemos?

Darla guardó silencio un instante.

—Las cápsulas de supervivencia Massey constituyen el principal sistema de salvamento en seis de los ocho mayores transportes comerciales...

—¿No lo sabes?

—No me han inicializado con esta opción. ¿Deseas jugar una partida de ajedrez?

—No —Derec meditó un momento—. Lo único que sabes es hacer publicidad del constructor. Lo cual significa probablemente que venimos de una nave privada... puesto que todas las compañías de transporte tienen sus equipos señalizados.

—No tengo información al respecto.

—En realidad —sonrió Derec—, creo que sí la tienes. Entre tus sistemas tiene que haber un registrador de datos, que fue activado tan pronto como lanzaron la cápsula. Y dicho registrador no sólo ha de decirte de donde veníamos y adonde nos dirigíamos, sino lo que ocurrió. Ya es hora de descubrir cuán lista eres, Darla. Necesitamos encontrar este registrador y estudiarlo.

—No tengo información acerca de tal registrador.

—Créeme, está aquí. En caso contrario, no se podrían llevar a cabo averiguaciones después de un accidente espacial. ¿Controlas la alimentación de energía de la cápsula?

—Sí.

—Busca un cable no desconectable. Ése será.

—Un momento. Sí, hay dos.

—¿Cómo se llaman?

—Mi diagrama del sistema los señala como 1402 y 1632. No tengo más información. Derec volvió a beber del tubo del agua.

—Perfecto. Uno será el registrador y probablemente el otro sea el transmisor de la baliza de localización. Estamos haciendo progresos. Ahora, busca las líneas de datos que corresponden a esas dos alimentaciones. Ellas nos dirán cuál es cada una.

—Lo siento. No puedo hallarlas.

—Han de estar ahí. El registrador estará tomando datos de tu módulo de navegación, del sistema ambiental, probablemente incluso un extracto de esta conversación. Tiene que haber todo un bosque de líneas de datos.

—Lo siento, Derec. Soy incapaz de hacer lo que me pides.

—¿Por qué?

—Cuando sigo una pista de diagnóstico en esta parte del sistema, no puedo hallar las líneas no señalizadas.

—¿Puedes mostrarme tu diagrama de servicio? Tal vez descubra algo.

El paisaje helado desapareció y fue reemplazado por una proyección sumamente detallada de los circuitos lógicos de la cápsula de supervivencia. Al examinarla, Derec no tardó en hallar la respuesta un conector de datos, un empalme Maxwell, enviaba y protegía la entrada de las líneas de datos al registrador. Los dos sistemas se hallaban eficazmente aislados. Unos empalmes similares se hallaban entre Darla y el navegador inercial, el transmisor de la baliza localizadora y el sistema ambiental.

«Todo esto es muy extraño», pensó Derec. No era sorprendente que hubiese un sistema autónomo de nivel inferior regulando las funciones rutinarias. Lo extraño era que Darla tuviese bloqueado el acceso a cualquier información de dicho sistema.

Los supervivientes aterrados o inválidos necesitaban ser tratados con tacto y discreción. Pero los robots estaban diseñados para actuar con una honestidad casi angustiosa. Tal

vez hubiese sido demasiado difícil programar una Compañera que pusiese buena cara, al tiempo que callaba terribles secretos. Mentir entrañaba peligros imprevisibles para las capacidades potenciales de un cerebro positrónico.

También había que tener en cuenta la Tercera Ley. La Tercera Ley decía «Un robot debe proteger su existencia, siempre que esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.»

¿Cómo evaluaría un robot su responsabilidad, para protegerse ante la creciente probabilidad de su destrucción? Era como si los constructores hubiesen decidido que era preferible que Darla ignorase ciertas cosas, y hubieran levantado barreras para impedir que las descubriese. La habían mantenido en la ignorancia de sí misma, e incluso de su propia ignorancia.

En esto existía un paralelismo perturbador con la situación de Derec. ~¿Es esto lo que me ha ocurrido?», se preguntó el joven. Casi desde el principio había esperado que su pérdida de memoria fuese la consecuencia de la catástrofe que le había llevado a la cápsula de supervivencia, conjuntamente quizá con un shock debido a un mal aterrizaje en este mundo.

Ahora tenía que preguntarse si esa amnesia selectiva se debía a un accidente. Había leído con facilidad el diagrama, pero no recordaba dónde ni cómo había adquirido esta habilidad. Obviamente, poseía un adiestramiento técnico, un hecho que, si sobrevivía, seguramente le resultaría útil para deducir su identidad. Pero ¿por qué recordaba las lecciones y no al profesor? ¿Tan perjudicado podía haber resultado su cerebro?

No obstante, leer un esquema era una tarea complicada, que indudablemente requería que su cerebro y su memoria no estuvieran dañados. Por lo que podía juzgar, su razonamiento era claro y bien medido. De haber sufrido un shock o una conmoción ¿no habrían quedado afectadas esas facultades?

Tal vez no fuese algo que le había ocurrido. Tal vez, como a Darla, era algo que le habían hecho.

Derec hizo una mueca. Resultaba bastante inquietante contemplar la pared blanca de su pasado, pero era más inquietante todavía pensar que lo que se hallaba disimulado detrás de esa pared podía ser el motivo por el que la habían levantado.

Darla estaba impaciente.

—¿Has averiguado algo? —le apremió con una nota de ansiedad.

Parpadeando, Derec levantó la vista hacia el cuadro de mandos.

—El registrador está protegido por un conector Maxwell. Y el conector no permite que nada pase hacia el registrador si no lo reconoce, por cuyo motivo no puede descubrirse con un trazador. Y es por esto que no podemos leerlo a través de ti. Pero en alguna parte debe de haber una terminal de datos, probablemente en el casco exterior...

En aquel momento, toda la cápsula se balanceó y pareció flotar. Derec tuvo la sensación de que ya no estaba en contacto con la helada superficie del asteroide.

—¿Qué sucede? —se alteró.

—Por favor, conserva la calma —le aconsejó Darla.

—¿Qué pasa? ¿Nos han localizado?

—Sí, creo que sí. Aunque no puedo decir quiénes.

Derec se quedó boquiabierto un instante.

—¡Vuelve a poner en marcha el visor exterior! ¡De prisa!

—Empiezo a preocuparme por tu nivel de excitación, Derec. Por favor, cierra los ojos y respira varias veces profundamente.

—No pienso hacer tal cosa —replicó Derec, encolerizado—. Quiero ver qué sucede.

Hubo un momento de vacilación y al final Darla asintió.

—Muy bien.

La vista que se ofreció a los ojos de Derec le dejó casi sin respiración. Las cámaras de los sensores ya no enfocaban el horizonte, sino el terreno. Media docena de máquinas, cada una distinta de la siguiente, se hallaban dispuestas alrededor de la cápsula. La mayor era más alta que un hombre, y la más pequeña apenas tenía las dimensiones del casco de un traje de seguridad. Las menores se sostenían sobre unos diminutos chorros de gas blanco, mientras que las mayores se apoyaban sobre ruedas o cadenas articuladas.

También pudo percibir parte de una especie de trailer o puente rodante, que parecía estar centrado debajo de la cápsula. Y todo ello, las máquinas, el trailer y la cápsula, se movían en dirección a un destino desconocido, como una caravana en un desierto helado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Darla—. ¿Puedes identificarlas? ¿Están en contacto con nosotros?

—El aparato que tenemos debajo parece ser un transportador de carga. No tengo información sobre los otros mecanismos.

Derec alargó una mano hacia su casco y abrió el cierre que lo mantenía en su sitio.

—Voy a salir. No permitiré que nos saquen de aquí sin una explicación.

—Salir de la cápsula puede ser muy peligroso —objetó Darla—. Además, al abrir la escotilla perderás un mínimo de cuatro horas de oxígeno.

—Es importante averiguar qué ocurre.

—No puedo permitirlo, Derec.

—No es tu decisión —la atajó él, buscando con su mano libre el cierre del arnés para soltarlo.

—Lo siento, Derec. Sí es mi decisión —arguyó Darla.

Demasiado tarde comprendió Derec que una Compañera Massey estaba equipada para calmar a un superviviente angustiado, no sólo verbalmente sino químicamente. Los dos chorros de niebla salidos de cada lado del casco le dieron en pleno rostro, y él, con un gesto de sorpresa, inhaló unas gotas tremendamente dulzanas.

Derec apenas tuvo tiempo de extrañarse antes de que la droga obrase su efecto. Sus brazos se aflojaron, cayendo el derecho muy cerca del cierre del arnés, al tiempo que el izquierdo soltaba el casco. Su visión se tornó borrosa casi al instante. Como desde muy lejos, oyó el sonido del casco al rebotar al suelo. Pero entre el primer bote y el segundo, Derec cayó en la oscuridad silenciosa de la inconsciencia, y no vio ni oyó nada más.

CAPÍTULO 2

BAJO EL HIELO

Por segunda vez en un día, Derec se despertó en un ambiente desconocido.

Ahora estaba tendido de espaldas, mirando al techo. Tenía un gusto amargo en la boca y una creciente sensación de vacío en el estómago. Se quedó inmóvil unos instantes, haciendo memoria, y de pronto se sentó, con todos los músculos tensos y a la defensiva, al tiempo que miraba a su alrededor.

Como antes, estaba solo. Pero esta vez se hallaba en un ambiente más doméstico una cabina con capacidad para cuatro personas, de tres metros de ancho por cinco de largo. Estaba tendido en una cama plegable, una de las cuatro montadas en las paredes laterales. A su derecha, sentado como estaba en el borde de la litera, había una hilera de taquillas de diversos tamaños. A su izquierda una puerta cerrada.

«La maldita Darla», pensó con enojo.

Aunque lo que veía en torno suyo le parecía vagamente familiar, Derec no lo tomó en consideración, como poco significativo todos los diseños modulares llegaban a la monotonía por su semejanza entre sí. Era una cuestión más importante saber si la cabina formaba parte de un campamento de trabajo en la superficie del asteroide, si era arrastrada en una nave espacial ultrarrápida, o si estaba en algún otro sitio que él no podía imaginar. La cabina en sí no le ofrecía ninguna pista. Tampoco le decía si a él lo habían rescatado o capturado.

Bajando la vista, vio que ya no llevaba el traje de seguridad. Su torso y sus piernas estaban cubiertos por una especie de mono de trabajo blanco, muy ajustado, la clase de prenda que llevaría un obrero espacial dentro del taller. Era relativamente nuevo y estaba limpio, pero estaba desgastado en los apliques de los talones, las rodillas y la cintura. Tal vez fuese lo que él llevaba debajo del traje de seguridad, o...

—El traje dijo, sintiéndose de pronto desanimado.

Se puso de pie y echó una mirada rápida a su alrededor. Sólo había una taquilla bastante grande para contener un traje de seguridad. Estaba abierta... y vacía. Examinó mecánicamente las demás taquillas. Todas estaban vacías.

No, estaban más que vacías, decidió; estaban como si nunca se hubiesen utilizado.

Derec experimentó un ramalazo de pánico. Si no encontraba el traje, jamás sabría la información que la cinta de datos de su placa podía ofrecerle. Además, tenía que encontrar a Darla, o perdería los datos irremplazables almacenados en su registrador de sucesos.

Temiendo encontrarla cerrada, Derec se acercó a la puerta y tocó el sensor que la abría.

La puerta se deslizó con un zumbido. Fuera había un corredor corto, flanqueado por cuatro puertas. El corredor estaba desierto y las puertas cerradas.

A la izquierda de Derec, el corredor terminaba en una pared lisa. El otro extremo se hallaba cerrado por una cámara de presión, lo que sugería que las cuatro habitaciones formaban una célula ambiental autosuficiente. A través de la ventanilla de la puerta de presión interna vislumbró otro corredor.

—¿Hola...? —gritó el joven.

No hubo respuesta.

La puerta que tenía delante ostentaba una inscripción SALA DE REUNION. Dentro, encontró una mesa suficientemente grande para ocho comensales, una autococina compacta y un centro de comunicaciones con terminales de ordenador muy sofisticados.

Derec pasó las puntas de los dedos por la superficie de la mesa y los retiró limpios, sin ninguna mota de polvo. El estado de las luces de la cocina y el comedor le dijeron que la unidad se hallaba en estado de Conservación Extendida, lo que significaba que las

existencias alimenticias habían sido irradiadas y congeladas. Durante algún tiempo, nadie había comido allí.

¿Era todo para él? ¿Por esto no se había utilizado nada? ¿O acaso era él un visitante inesperado en una casa vacía?

Apretó el botón Demanda en el comedor, y un cronómetro empezó a realizar la cuenta atrás de las dos horas que tardaría todo en estar a punto. Pero, cuando trató de activar la terminal de comunicaciones, ésta le pidió su clave personal de acceso.

—Derec —pronunció.

CLAVE NO CORRECTA, le advirtió la pantalla.

No tenía más que una probabilidad infinitesimal de acertar la clave necesaria. Sólo le quedaba la posibilidad de que un ingeniero de sistemas algo perezoso hubiera dejado una de las claves de acceso clásicas en la base de datos de seguridad.

—Análisis —probó.

CLAVE NO CORRECTA.

—Contraseña —dijo.

CLAVE NO CORRECTA. ACCESO DENEGADO.

A partir de este momento, el centro le ignoró. El programa de apertura quedó bloqueado y nada de lo que Derec dijo obtuvo una respuesta. Aparentemente, el centro no sólo había rechazado sus claves, sino que le había tachado de su lista. El ingeniero de sistemas no era un perezoso.

Volviendo al corredor, Derec comprobó brevemente las otras dos habitaciones. Una era otra cabina, semejante en todo a aquélla en que él se había despertado. La otra, etiquetada como MECANICA, contenía varias hileras de taquillas y lo que parecían módulos de mantenimiento para subsistemas ambientales. Los dos cuartos estaban tan limpios y desiertos como todo lo que Derec acababa de ver después de despertarse. Lo cual sólo dejaba la cámara de presión y los misterios que había más allá para explorar. La puerta interior mostraba el emblema del sonógrafo-dentro-de-un-círculo, que significaba Vice-comandante.

—Ábrete —exclamó Derec, y la puerta se cerró a sus espaldas.

Observó a través de la mirilla de la puerta exterior y no comprendió por qué motivo estaba allí la cámara de presión. El corredor del otro lado era poco diferente del que acababa de abandonar.

—Ciclo de compensación —dijo.

Con la puerta interior cerrada detrás de él, el momentáneo aumento de presión en sus tímpanos auditivos le dijo que la cámara estaba cerrada herméticamente.

—Aviso. Hay una atmósfera de nitrógeno a presión reducida más allá de este punto —le advirtió la escotilla—. Por favor, elija un aparato respirador.

—¿Nitrógeno?

Sólo entonces observó Derec la pequeña puerta de armario que se abría en el muro lateral. Dentro halló varias máscaras, como escafandras submarinas, hechas de un plástico gris. Eligió una, y vio que la máscara se adaptaba al tercio de su cara, como unas gafas de sol que le hubieran resbalado en la nariz. Las «correas» del respirador eran unos tubos huecos y elásticos que se unían en la nuca. Un tubo flexible para la entrada del gas iba desde allí a la carga de cartuchos, que era lo bastante pequeña para ser fijada en la parte superior del brazo.

Cuando se puso el respirador, no obstante, no logró ajustar el borde inferior de la máscara contra el labio superior, a fin de no aspirar el aire exterior. Debido a ese desajuste, respiraría una mezcla del nitrógeno de la atmósfera y del oxígeno del respirador.

Hasta un poco más tarde no comprendió Derec que esto era intencionado. Se trataba de un arreglo que no sólo reducía el tamaño de los cartuchos de carga, sino que además dejaba libre su sentido del olfato. Una pieza de ingeniería muy hábil, con un detalle casi artístico.

—Listo —exclamó Derec.

—Aviso gravedad reducida más allá de este punto —le advirtió la escotilla.

—Ya te he oído —respondió él cuando la puerta exterior empezó a abrirse.

«¿Nitrógeno? ¿Gravedad baja?» se preguntó al salir. «¿Dónde estoy? ¿Qué ocurrirá?»

No había unas respuestas inmediatas. Hacía frío... bastante frío como para poner un poco de color en sus mejillas. El frío parecía proceder igualmente del techo y del suelo, a pesar de que ambos estaban hechos de una trama sintética aislante.

Tan sólo salir de la escotilla de presión, Derec pudo oír una mezcla de ruidos de máquina, silbidos, zumbidos, rechinamientos, chirridos... Pero el descenso de la presión, que distendió sus tímpanos, le dio la sensación de estar oyendo aquellos ruidos a través de un almohadón. Aparte del hecho de que había actividad en alguna parte, lo que oía no le aportó nada útil. No sabía qué clase de máquinas eran las que oía, o qué hacían.

Decidió seguir aquellos ruidos hasta su origen y echó a andar por el corredor... o al menos lo intentó. Terminó cayendo boca abajo sobre el suelo helado, ileso pero humillado. Tras incorporarse, lo probó de nuevo, esta vez agarrado a la barandilla central del corredor.

Treinta metros más adelante, el corredor daba a una enorme cámara de techo bajo.

Derec se quedó boquiabierto al observar sus dimensiones. Sugerían arsenales, estadios de juego, fábricas a cielo abierto... Derec forzó un bostezo y tragó saliva con dificultad, y esto niveló la presión de su oreja izquierda. Sí, decididamente se trataba de ruido de máquinas. ¿Pero qué clase de máquinas y qué trabajo realizaban?

Entre el frío y la escasa gravedad, Derec llegó a la conclusión de que todavía se hallaba en el asteroide donde se había estrellado su cápsula de salvamento. Por la estructura de la cámara, intuyó que probablemente se hallaba en el subsuelo.

Más importante aún no estaba solo. Había robots moviéndose por los pasillos que había entre las estanterías... docenas de robots, de una media docena de variedades. En los pasillos no había barandillas que posibilitasen el acceso humano a la cámara. Ésta pertenecía por derecho propio a los robots. Derec, no obstante, no pudo adivinar cuál era la tarea que aquéllos llevaban a cabo.

El más próximo de los robots, una unidad semejante a una caja rechoncha, con un solo brazo telescópico, se hallaba a sólo unas docenas de metros de Derec. Mientras el joven contemplaba la escena, el robot sacó un componente, del tamaño de un puño, de un estante y lo metió en una cesta, tras lo cual hizo retroceder su brazo manipulador.

Cumplida aparentemente su misión, el robot se alejó flotando sobre un colchón de aire generado por un círculo de toberas situadas en su parte inferior.

—¡Alto! —le gritó Derec.

El robot continuó su marcha, sordo a la orden del joven. Impulsivamente, éste soltó la barandilla y corrió en su persecución. Pero en el campo de gravedad mínima del asteroide era como intentar correr con las dos piernas dormidas. Derec se tambaleaba a cada instante, y sus resbaladizos pies no le ofrecían la tracción que esperaba. Al llegar a la primera curva de noventa grados cayó al suelo, y volcó un estante lleno de pequeños cilindros de cromo.

Ni siquiera el ruido de los cilindros detuvo al robot. Este continuó en dirección a lo que parecía el hueco de un ascensor, un pozo negro y circular en el suelo, y otro igual en el techo, los dos unidos por cuatro varillas guía de cromo.

—¿Cómo puedo atraparte? —se quejó Derec, poniéndose en

pie—. Yo no sé volar.

Tenía que haber otro medio y, al mirar a dos robots que avanzaban hacia él por el pasillo, Derec comprendió cuál era. Al revés que el robot recogedor de brazo telescópico, éstos, que tenían el tamaño de un hombre, estaban contruidos en un chasis autoportante con tres rodamientos de impulsión, como tres canicas bajo un tapón de botella. Esa clase de chasis resultaba adecuado en los ambientes despejados porque ofrecían una libertad de movimientos completa. Sólo que aquí, con la fricción reducida debida a la escasa gravedad, los rodamientos resbalarían, en vez de impulsar.

Pero cada robot poseía un segundo chasis de impulsión por rodamientos, montado en lo alto de una varilla telescópica. Empujando contra el techo, el segundo chasis proporcionaba la presión necesaria para que funcionase la impulsión dual. Como los auto-choques de una atracción de feria, cada robot necesitaba estar en contacto constante con ambas superficies para funcionar.

Derec comprendió que podía usar el mismo truco. El techo era lo bastante bajo para que pudiera tocarlo con las puntas de los dedos estando él con los pies en el suelo. «Andando con las manos», como denominó a esta técnica, podría atrapar al robot recogedor.

Sin embargo, aguardó hasta ver qué harían con él los dos robots que se aproximaban. Se detuvieron cerca de donde estaba y empezaron a poner orden donde él había caído, utilizando diestramente sus garras de tres dedos para colocar los cilindros en el estante.

Derec esperó, preguntándose si se fijarían en él. No fue así.

—Estoy en peligro —les gritó—. Necesito vuestra ayuda.

Los dos robots prosiguieron con su tarea de limpieza, sin hacer caso de su presencia.

Derec se les acercó más y examinó al más próximo de ambos mientras trabajaba. Tenía unos sensores auditivos normales, aunque ninguna evidencia de un vocalizador. O sea que era mudo. No podía contestar.

Pero, en el complejo, debía de haber robots de más alto nivel, capaces de reconocerle y responder a sus necesidades. Los recogedores y los vigilantes con los que se cruzara antes no podían trabajar sin una supervisión.

Igualmente, la celda E donde había despertado no podía ser la única estructura para seres humanos dentro del complejo. Era perentorio que hubiese un equipo de dirección, programadores, supervisores. No era posible que existiese una comunidad de robots totalmente autónomos.

Pensó que debía ser posible llamar a la sala de control desde la celda E. Derec empezó a retroceder. Y, al hacerlo, vio algo que le obligó a parar en seco. Un robot humanoide, bastante alto, se hallaba de pie al extremo del corredor que llevaba a la celda E, estudiándole.

Durante un largo momento se contemplaron uno al otro. La piel del robot era de tono azul pálido, reluciente; una declaración vívida de su naturaleza de máquina. Sus sensores ópticos eran unas ranuras plateadas en su cabeza, semejante a un casco, a la que le faltaba el acostumbrado trazador rojo que denotaba cuando un robot miraba en la dirección de su oponente. Aun así, Derec no dudó de que era objeto de una atención indebidamente concentrada, casi extasiada, por parte del robot.

El robot fue el primero en moverse, dando media vuelta y alejándose por el corredor, caminando con las manos con una coordinación perfecta. Derec le siguió lo más de prisa posible, pero, cuando llegó al corredor, el robot ya se hallaba dentro de la cámara de presión. Derec no tardó más de quince segundos en llegar a la escotilla exterior y pasar hacia la celda E. Pese a ello, cuando llegó al corredor interior, el robot ya salía de la sala aparentemente finalizada su función.

—Estoy en peligro —repitió Derec—. Necesito tu ayuda.

—Declaración falsa. Ahora no estás en peligro —replicó el robot humanoide—. Si lo estuvieras, te proporcionaría ayuda.

El robot dio un paso hacia la escotilla de presión y Derec se movió para impedirle el paso. —No te dejaré salir de aquí sin que me digas dónde estoy y qué hago en este lugar —le conminó Derec.

La respuesta del robot no fue verbal, aunque sí clara. Se acercó a Derec, le agarró por los hombros firme pero amablemente, y lo apartó de su camino. Después, anduvo con zancadas regulares hacia la escotilla.

—Ábrete —pronunció.

Derec, sintiéndose indefenso, dejó ir al robot, y dio media vuelta para ver si lograba descubrir qué era lo que éste había hecho en la sala de reunión. Desde que Derec se había marchado de allí, sólo habían cambiado dos cosas. El conjunto comedor-cocina todavía estaba en la cuenta atrás para llegar al estado de Demanda, pero el selector mostraba una breve lista de selecciones ya a punto. Derec mismo era quien había motivado aquel cambio.

El robot era, por el contrario, el responsable del otro cambio. La pantalla del centro de comunicaciones ya no estaba en blanco, sino que anunciaba, con unos caracteres en rojo MENSAJE TRANSMITIDO.

Fue entonces cuando Derec estuvo seguro de hallarse solo en el asteroide. El hecho de que hubiese una célula ambiental bajo la superficie implicaba que, al menos en otro tiempo, había habido, tal vez temporalmente, una presencia humana allí. Pero este pequeño mundo se hallaba ahora en manos de unos robots, y él era un invasor. Era imposible, por otra parte, saber cuál era el mensaje enviado preferentemente a él, y a quién o quiénes había sido transmitido.

CAPÍTULO 3

LA MISIÓN DE LOS ROBOTS

Derec perdió algún tiempo comiendo, cosa que necesitaba, y duchándose, que no le hacía falta. Sin embargo, la ducha le dio algo que hacer mientras reflexionaba, y la verdad era que tenía que reflexionar mucho. Su presencia allí, su identidad, la causa y el motivo de su pérdida de memoria, todo lo cual resultaba tan turbador como antes..Y, después de su excursión, se enfrentaba con otro misterio ¿por qué se comportaban los robots de manera tan rara?

Derec se preguntó en qué circunstancias podía un robot negarse a contestar una pregunta, lo cual era tanto como negarse a obedecer una orden. Por su conocimiento de las Leyes de la Robótica, Derec sólo podía pensar en dos circunstancias, ambas debidas a su experiencia con Darla; que no conociesen las respuestas, o que se les hubiese ordenado previamente no contestar ninguna pregunta.

La precedencia tiene importancia entre los robots. Un robot al que su amo le ordenase cuidar de un vehículo volador, no abandonaría esta tarea para buscar el gato extraviado del hijo de un vecino..al menos que fuese el amo, el niño, quien le diese tal orden. Una orden cuidadosamente pronunciada no sería anulada por nada excepto por una contraorden formulada de acuerdo con la Primera

Ley. Si a los robots les habían ordenado no hablar acerca de su trabajo, nada de lo que Derec hiciese les obligaría a desobedecer tal orden.

Antes de vestirse, se registró el cuerpo en busca de alguna pista sobre su identidad. No encontró ninguna cicatriz bastante grande que le hiciera recordar cuándo y cómo se la había hecho. Tampoco tenía tatuajes ni adornos en la piel, ni llevaba anillos o joyas de ninguna clase.

La única señal distintiva estaba en su interior, en las cosas que sabía. En algún momento, en algún lugar, había recibido un entrenamiento avanzado en microelectrónica. Estaba en posesión de unos conocimientos adelantados sobre robótica y ordenadores. ¿Era esto algo natural, un currículum normal para alguien de su edad? No lo creía, y en ese caso, éste podía ser el rastro que, de seguirlo, tal vez le conduciría a redescubrirse a sí mismo.

El centro de comunicaciones continuaba con su intransigencia, ignorando su petición de acceso y exhibiendo burlescamente todavía las palabras MENSAJE TRANSMITIDO. De todos modos, aún había abierta una posibilidad de investigación. Tras tomar un respirador y otra carga de cartuchos, Derec salió de la celda E para explorar el resto del complejo.

Derec empezó creando un mapa mental de la cámara mayor y le asignó puntos cardinales arbitrarios, poniendo la celda E al sur, como referencia. La cámara era aproximadamente rectangular, más larga de norte a sur que de este a oeste, en proporción del doble o más. Empezó a caminar con las manos, hacia el norte, por el mismo corredor utilizado por los robots vigilantes, al tiempo que contaba los pasos. Quinientos pasos después, tenía los brazos cansados y la pared norte no estaba, al parecer, más cerca. Se detuvo a descansar, y observó la población robótica de la cámara. Había diecisiete humanoides, ninguno de los cuales se hallaba bastante cerca de él. Entre los robots no humanoides, identificó cinco tipos diferentes: Los recogedores, los vigilantes, un gran manejador de cargas que Derec calificó de porteador, algunos micro-ensambladores multibrazos y un robot blindado, con unas garras enormes, cuya misión Derec no logró adivinar.

La mayoría de robots que encontraba se movían por los pasillos con un propósito definido, llevando a cabo sus misiones. Pero, hacia el extremo norte de la cámara, Derec

avistó un pequeño ejército de robots inertes que esperaban ser activados. Entre las reservas se hallaban representadas todas las variedades, excepto los robots humanoides.

Aquel montón de robots inmóviles fue la pista que condujo a Derec a la comprensión del sitio donde estaba. La cámara era primordialmente un almacén de piezas de recambio. En efecto, acababa de descubrir un grupo de máquinas de inyección y extrusión en una zona de la cámara, una batería de soldadores por láser en otra, un quemador de virutas en una tercera, aparentemente todo ello en pleno uso. Y todas las operaciones que se llevaban a cabo en la cámara estaban relacionadas con el mantenimiento.

«Sea lo que sea que estén haciendo, lo hacen en un ciclo de funciones muy recargado... posiblemente en un proceso ininterrumpido de trabajo», pensó Derec. El reducir los tiempos muertos a cero sólo podía conseguirse mediante una operación de mantenimiento y reparación a gran escala. Y un precio tan elevado solamente valía la pena pagarlo cuando el tiempo importaba más que el dinero. Había una circulación continua de robots en los ascensores, colocados a intervalos por la sala, y el evidente paso siguiente era averiguar dónde iban. Derec abandonó su proyecto de recorrer la cámara en toda su longitud y se encaminó hacia el ascensor más próximo.

Lo mismo que el respirador, los ascensores eran claramente el producto de un enfoque muy especial de ingeniería. A Derec le parecieron o inacabados o fuera de funcionamiento. También eran otra prueba de que el complejo estaba sólo destinado a robots. Ningún humano habría subido en uno voluntariamente.

El pozo era un hueco vertical de tres metros de diámetro, con los lados forrados con la misma trama sintética que el techo y suelo de la cámara. Derec atisbó por el borde arriba y abajo, y divisó un pozo muy hondo, iluminado a intervalos regulares por unos resplandores azules estacionarios, que supuso eran las señalizaciones de otras plantas. Aquel pozo parecía extenderse mucho más hacia abajo que hacia arriba. Sobre la gran cámara, que Derec creía ya ser el almacén, contó sólo siete pisos, en tanto que, hacia abajo, vio al menos veinte, antes de que el tráfico en el pozo oscureciese lo que podía haber más allá.

Una plataforma que descendía por la barra de guía más cercana obligó a Derec a retirar la cabeza. La plataforma, una especie de parrilla de un metro de lado, llegó al nivel del piso y se detuvo, como aguardándole.

Mientras esperaba, el tráfico continuó en las otras tres guías. Derec, contemplando cómo los robots subían y bajaban, también observó que, mientras el ascensor funcionaba, los robots estaban aferrados a las plataformas magnéticamente. Se preguntó cómo podría mantener el equilibrio y caminar sin esta ayuda. No había barandas a las que asirse, y la barra que servía de guía parecía estar cargada de electricidad.

Dejando de lado las consideraciones personales, Derec no pudo por menos que admirar la estética de la ingeniería del ascensor. Era una solución clara y bien enfocada al problema de mover la máxima cantidad de tráfico en un tiempo y un espacio mínimos, una solución plenamente integrada en los requerimientos de la colonia.

De todos modos, por muy hábil que fuese el sistema, Derec no estaba dispuesto a realizar un viaje en la oscuridad, sobre una plataforma abierta y a través de un pozo insondable. Sin embargo, tenía que hacer esto o volver a la celda E. Tragó saliva una vez y, cautelosamente, pasó a la plataforma que le esperaba.

—Arriba —ordenó.

—¿Piso, por favor?

—Hum... Piso Dos.

Con un zumbido estridente, la plataforma empezó a subir rápidamente. Derec estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas muy separadas. Mantuvo sus ojos

concentrados arriba, hacia el más cercano de los resplandores azules, y trató de no mirar las paredes del pozo, que descendían velozmente por los costados.

La plataforma pasó por varios pisos antes de detenerse gradualmente, a fin de dejarle salir. Los indicios hasta ahora entrevistados ya le habían preparado para lo que le aguardaba en el piso dos. Al salir del ascensor, se encontró en el cruce de dos túneles de techo bajo, cada uno de seis metros de anchura. Las paredes, el suelo y el techo estaban cubiertos por la misma trama sintética casi blanca. El aire era más frío que antes, hasta el punto de hacerle encoger los hombros y meter las manos bajo los brazos.

Aunque la vecindad inmediata del ascensor estaba brillantemente iluminada por los resplandores azules, los túneles se hallaban iluminados solamente por lámparas amarillentas, instaladas a intervalos en el techo. Cada lámpara arrojaba apenas la luz suficiente para señalar su posición y dejar un círculo de luz amarillenta en el suelo del túnel.

Los distantes extremos de los túneles cruzados resultaban invisibles, con las lámparas del techo empequeñeciendo hasta perderse de vista en ambas direcciones. Los túneles podían tener varios kilómetros de longitud, tal vez decenas, por lo que veía.

«¿Habían perforado todo el asteroide? —pensó Derec—. Miles de pisos... pozos de centenares de kilómetros de profundidad. ¿Podría tratarse de una operación de minería?»

Pero no entendía cómo nadie podía tomarse la molestia de minar un asteroide desde dentro. Las herramientas cortadoras de una nave de prospección podían cortarlo todo, excepto los asteroides más densos de níquel y hierro, en fragmentos diminutos destinados a los centros de procesamiento de grandes dimensiones. Ninguno de los minerales que Derec conocía valía el gasto de perforar túneles y pozos en tan gran escala. Sólo contando el costo de las materias primas y energía que se empleaban en el trabajo de los robots, el proceso resultaría un centenar de veces más caro que los elementos más raros... a menos que el valor del secreto formase parte de la ecuación.

«¿Con quién estoy tratando?», se preguntó Derec.

Más tranquilo, volvió a la plataforma.

—Piso Tres —pidió.

Los dos pisos siguientes estaban tan silenciosos y tan abandonados como el Dos. Derec no supo si estaban preparados para ser utilizados, como las piezas de recambio de la cámara mayor, o si estaban agotados y abandonados.

Sin embargo, el piso Cinco era otra historia. El rumor de maquinaria pesada asaltó sus oídos aun antes de que la plataforma llegara a la zona iluminada. Cuando saltó fuera del ascensor, sintió las vibraciones ondulantes, de baja frecuencia, tanto en el suelo como en el techo del túnel.

Me estoy acercando, pensó. Y ahora... ¿por dónde iría? El ruido le envolvía, sin darle ninguna pista acerca de cuál de los túneles era el más prometedor.

Mientras estaba dudando, llegó una doble plataforma y descargó un robot porteador. Impulsivamente, Derec se subió a la cesta de carga medio llena. Contaba con que el robot le ignorase, como había hecho el recogedor. No quedó defraudado. Sin intentar sujetarlo con sus brazos ni quitarle de la cesta, el porteador enfiló el túnel sur.

Durante los dos primeros minutos de trayecto, el sonido del viento y el chirrido de los mecanismos del robot ahogaron el ruido de los distantes trabajos. Pero no transcurrió mucho tiempo antes de que Derec fuese capaz de discernir los elementos por separado; unos golpes irregulares, como explosiones sordas, un chirrido estridente que le puso al joven la piel de gallina, y un rumor continuo y como subterráneo que sugería grandes masas de roca y hielo al ser removidas.

Por fin, el extremo del túnel se hizo visible, como un parche negro a lo lejos. Poco después, Derec detectó una vaharada de amoníaco en el aire. Fue entonces cuando encajó en su sitio otra pieza del rompecabezas.

Desde el principio se estaba preguntando por qué el complejo, fuera de la celda E, estaba lleno de nitrógeno. Los robots no lo necesitaban. Estrictamente hablando, los robots no necesitan ninguna atmósfera en absoluto. Y mantener el complejo herméticamente cerrado y presurizado era mucho más complicado que abrirlo simplemente al espacio. Pero mantener una atmósfera normal con dos gases en las proporciones adecuadas en un complejo tan vasto resultaba todavía más complicado. Derec llegó a la conclusión de que la atmósfera de nitrógeno y los respiraderos abiertos eran un compromiso entre el inconveniente de los trajes de presión y la complejidad de un sistema E con gas dual. El nitrógeno permitía que los humanos hablaran y oyesen normalmente, y que se movieran sin trajes de seguridad, y sin el peligro del fuego y las explosiones que puede comportar el oxígeno libre.

Pero Derec había pasado por alto algo trascendental. Los hielos que formaban una parte importante de la masa del asteroide no eran de agua, sino de compuestos como el metano y el amoníaco. Los procesos de minería desprendían inevitablemente esos gases en la zona de trabajo, y los gases podían reaccionar con los circuitos y las altas energías de las máquinas del minado, o también entre sí.

Pensó que debía de haberse dado cuenta antes. Sin una atmósfera formada por algún gas relativamente inerte, no era posible diluir los componentes indeseables o eliminarlos eficazmente. Por consiguiente, claro está, hacía falta una atmósfera. Y de ahí, naturalmente, el nitrógeno. La atmósfera se adaptaba a una presencia humana, aunque no fuese totalmente adecuada para la misma.

El porteador aminó la marcha al acercarse al final del túnel, y Derec aprovechó aquella oportunidad para saltar al suelo. Enfrente había varios robots, agrupados cerca del extremo del túnel, y a la entrada de lo que Derec supuso sería la cámara de trabajo. A través de esta entrada divisó parte de una pared rocosa irregular, aparatos del equipo y un destello ocasional de luminosidad muy brillante.

La entrada era una gran máquina en forma de cajón que llenaba la cavidad del túnel hasta las paredes, el suelo y el techo. El único paso hasta la cámara de trabajo era un pasadizo angosto entre las columnas de los tanques de almacenaje de un producto químico de color verde brillante. Era allí donde tenía que ir.

Al aproximarse, se dio cuenta de que la portalada que formaba la entrada se arrastraba hacia delante. Como una larva mecánica, iba minando la masa del asteroide, dejando detrás suyo un túnel terminado. Todo —la materia prima de las paredes, la trama sintética de refuerzo que cubría dichas paredes, incluso las lámparas del techo—, todo era colocado en una operación continua. Aquella portalada era una máquina que pavimentaba cuatro superficies.

Pero el verdadero interés de Derec estribaba en la excavación que se hacía al otro lado. Se dirigió a la entrada y se deslizó entre los cilindros que le llegaban al hombro, sabiendo que uno de los robots humanoides le estaba siguiendo. Había una fuerte corriente a través del paso que iba desde el túnel a la cámara que había al otro lado. Pese a ello, el olor a amoníaco era casi tan poderoso como para hacerle vomitar.

Delante suyo, al final del paso, éste se ensanchaba, formando una cabina de control donde los robots humanoides se hallaban sentados detrás de un banco de paneles transparentes, contemplando la cámara de excavación que cerraba la entrada por tres lados.

Derec se detuvo a unos pasos de la rampa que conducía a la excavación y trató de distinguir las funciones del equipo que allí se encontraba.

La superficie sin cortar del material asteroidal se hallaba a unos treinta metros de distancia. Un ruidoso cortador de dos cabezas estaba funcionando; una de las cabezas mostrando unas trituradoras giratorias, y la otra un láser de microondas. Se movían atrás y adelante, como cobras serpenteantes, y el hielo y la roca de los muros se derrumbaban ante ellas.

Los láseres eran los que parecían producir el mayor efecto. De repente, libre de su coraza de hielo, la roca suelta se desprendía de la superficie con un poderoso chasquido. Los dientes giratorios de la trituradora destruían los depósitos más resistentes. Los gases que burbujeaban en la superficie de trabajo eran succionados por las toberas de boca ancha aplicadas sobre aquélla.

Mientras Derec estudiaba aquel equipo de trabajo, una mano metálica se posó en su hombro.

—No se puede entrar en la zona de procesamiento durante las operaciones —le comunicó el robot.

Esa orden motivó una respuesta irritada.

—Entraré si es mi deseo —replicó Derec, por encima de su hombro.

El robot presionó más con la mano.

—No se puede entrar en la zona de procesamiento durante las operaciones

—repitió—. El personal sin entrenamiento se considera un peligro.

Tras librarse de la mano, Derec dio de nuevo la espalda al robot y se puso a contemplar otra vez la excavación. Igual que la portalada, la unidad de minería iba avanzando lentamente hacia una superficie rocosa siempre en retroceso. Este movimiento ponía el conjunto de piedras sueltas al alcance de los brazos recogedores, que las enviaban por una rampa a un enorme recipiente. Un par de cintas transportadoras, con paredes a ambos lados, se llevaban el material desde dicho recipiente, una hacia la izquierda y la otra hacia la derecha. Cuando el material se hallaba en las transportadoras, pasaba a través de una estación de rayos N, otras de rayos X y un magnetómetro.

A partir de allí, todo resultaba confuso. Era como si, después de tomarse tantas molestias para minar el asteroide, los robots hubiesen olvidado separar la parte del mismo que querían guardar.

Parte del material era derivado hacia una cinta transportadora secundaria, pasaba por un pulverizador, y después lo usaban como materia prima para formar las gruesas paredes del túnel, de unos quince centímetros de espesor. Con gran asombro por parte de Derec, el resto era llevado hasta la pared posterior de la cámara de trabajo donde, amasado con el metano y el amoníaco captados, servía para volver a construir una pared de roca y hielo. La excavación, de esta manera, no se ensanchaba.

«¿Pero, y el túnel?», pensó Derec. ...Tienen que sacar algún material tras excavarlo...»

Un examen muy atento le demostró lo contrario. El volumen hueco del eternamente alargado túnel de acceso sólo significaba que el material asteroidal que lo rodeaba había sido vuelto a colocar en un estado más comprimido que cuando era minado. No se extraía nada. No se llevaban nada para refinarlo o enviarlo a otro lugar más tarde.

Bien, aquello no tenía sentido.

De pronto empezó a sonar la señal de agotamiento en la primera carga de cartuchos de Derec, y éste cambió el tubo de suministro a la carga de emergencia. Tenía que marcharse pronto de allí, o corría el riesgo de morir por envenenamiento de nitrógeno antes de poder volver a la celda E. Sin embargo, resultaba difícil abandonar la incomprensible vista de una docena de robots y un buen equipo, con un valor de varios millones de dólares, entregados a una tarea tan inútil como intentar excavar un agujero

en el agua. ¿Cuántas otras excavaciones semejantes se estarían llevando a cabo en el complejo? ¿Diez? ¿Cincuenta? ¿Quinientas?

Tratando de comprenderlo, Derec centró su atención en los robots. Tres de los del tipo blindado manejaban la gran pala, rompiendo los conglomerados con sus zarpas. Un cuarto estaba en una pequeña plataforma, debajo de las cuchillas del cortador, aplastando las piedras de tamaño excesivo a medida que caían de la superficie, mediante destellos del láser que llevaba montado en el pecho. Dos humanoides estaban en la estación de rayos X, estudiando intensamente la pantalla exploradora.

El ángel custodio de Derec se hallaba aún cerca de él, a su espalda, por lo que el joven se volvió y miró fijamente los ojos del robot.

—¿Qué mináis aquí? —le interrogó—. ¿Para qué sirve todo esto?

El robot no respondió, y le devolvió la mirada con sus ojos carentes de expresión.

—Apártate —exclamó Derec, enojado.

El robot se hizo a un lado, hacia la cabina de control, para dejarle pasar.

El enojo de Derec se transformó en cólera. Retrocedió por el angosto pasadizo hasta llegar al túnel. Fue entonces cuando comprendió su equivocación allí no había robots portadores que pudiesen llevarle hasta el ascensor.

—Necesito un transporte —le dijo Derec tajantemente al robot humanoide más próximo—. ¿Sabes cuándo vendrá otro robot portador para realizar su entrega?

—¿Qué necesitas?

—Un medio de transporte.

—Esto no es un centro de asignación de recursos.

Derec no se molestó en discutir. Dando media vuelta, emprendió la marcha hacia el norte, con la mente turbada, llena de pensamientos inconexos. Intuía que la respuesta a todas las cuestiones se hallaba a su alcance, pero no podía reconocerla. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué fallo había en el cuadro?

Mientras caminaba por el interior del túnel ayudándose con las manos, sus pensamientos se concentraron en los robots. Había algo raro en la manera cómo se comportaban, en la manera cómo trabajaban en equipo. En todo el complejo, los trabajos repetitivos, los de rutina, los llevaban a cabo los robots no humanoides. Los humanoides, de piel azulada, eran los supervisores, los técnicos, los especialistas en reparaciones. Pero también podían efectuar los trabajos repetitivos, incluso cuidar de la línea frontal de la excavación. Además, había una media docena de variedades especializadas, tales como portadores, recogedores y mineros, que no actuaban como robots en absoluto...

Derec se detuvo de repente y volvióse para contemplar la excavación a lo largo del túnel. Naturalmente. Claro, claro... El recogedor y los vigilantes, los transportes y los portadores no eran robots especializados que trabajaran conjuntamente con los robots azules. Eran herramientas que usaban los robots humanoides. Su inteligencia era limitada, tal vez ni siquiera de naturaleza positrónica. La verdadera inteligencia residía en los robots humanoides, que tal vez fuesen más sofisticados que cualquiera de los que Derec había conocido anteriormente.

¿Pero por qué estaban todos aquí?

Derec se acordó de todos los pisos, de todos los túneles que ya habían excavado, de toda la masa del asteroide que aún quedaba por perforar. ¿Se hallaba acaso en un emplazamiento de pruebas industriales? Esto explicaría muchas cosas; el secreto, el sello distintivo del inventor desconocido, la excavación interminable e inútil...

«Concéntrate en los robots», se dijo Derec. «Las tareas que ejecutan son las que ellos consideran críticas...»

En un destello de memoria, vio de nuevo a los dos robots humanoides cuidando de los instrumentos de exploración en la línea transportadora, y, de pronto, Derec lo supo. Y el

conocimiento le sumió en el estupor, aunque ya nada logró alejar de su mente la idea que acababa de ocurrírsele.

Los robots no estaban minando el asteroide. Lo estaban cribando. Buscaban algo, algo perdido, enterrado o escondido, algo tan único y valioso que no tenía precio y valía cualquier esfuerzo.

Fuese lo que fuese, Derec no pudo imaginar de qué se trataba. Y, justo en aquel momento, no estaba seguro de querer averiguarlo.

CAPÍTULO 4

NO ES POSIBLE LLEGAR ALLÍ DESDE AQUÍ

El regreso al ascensor fue un recorrido muy largo. ¿A qué velocidad iba el porteador cuando lo condujo a la excavación? ¿A cuarenta kilómetros por hora? Entonces, el pozo se hallaba a diez kilómetros de distancia. ¿A sesenta kilómetros por hora? En ese caso, le aguardaba un trayecto de quince kilómetros, a mil zancadas y mil balanceos de brazos por kilómetro. Incluso con una gravedad tan débil, esto sería exigirle demasiado a su cuerpo.

No retrocedió porque estaba seguro de que los Supervisores, como llamaba ya a los robots humanoides, sabían dónde estaba y cuánto oxígeno le quedaba. En algún punto del camino, las dos variables se cruzarían en un cálculo que diría que él estaba en peligro, y los humanoides enviarían un porteador en su busca, y le conducirían a la celda E.

Cada vez que veía venir hacia él un robot, u oía a uno aproximarse por detrás, anticipaba un alivio para sus piernas y sus brazos. Y cada vez, el robot pasaba a toda velocidad, sin siquiera aflojar la marcha. Derec pensó en parar a un porteador, bloqueando el túnel, pero los únicos que pasaron estaban cargados a tope con productos químicos o con piezas de las máquinas. No quedaba sitio para él.

Como no tenía otra elección, Derec apretó el paso. Durante algún tiempo intentó contar las lámparas amarillentas del techo, para demostrarse a sí mismo que estaba avanzando, pero su cerebro estaba confuso y dejó de contar. Todo el túnel era espantosamente igual, con sus trechos de color blanco, sin relieves. Era como si estuviera perdido en el limbo, atrapado en una noria subterránea.

Según se veía, no estaba equivocado al pensar que los Supervisores estaban enterados de su presencia. Pero sí lo estaba respecto a la forma que adoptaría su ayuda.

Sentóse a descansar, con la espalda apoyada en la pared oeste, y de pronto llegó corriendo un porteador, que se detuvo a medio metro de distancia. De su cesta de transporte sacó un par de cargas de cartuchos nuevos y las dejó a los pies de Derec.

Antes de que el joven pudiese reaccionar, el robot se incorporó, dio media vuelta y se alejó, siempre corriendo. El cálculo del tiempo era tan perfecto, que la carga que Derec usaba empezó a dejar oír el zumbido de alarma, indicando el agotamiento del oxígeno, cuando el porteador se desvanecía en la distancia.

—Es consecuente —dijo Derec, dirigiéndose a los ausentes supervisores~ mientras cambiaba las cargas agotadas por las nuevas—. Desde el principio habéis hecho lo menos posible por ayudarme, y esto es lo menos que podéis hacer.

Horas más tarde llegó a la celda E, con apenas suficiente energía para desplegar una de las literas antes de echarse en ella. Unos instantes después, ya estaba dormido, todo su cuerpo reclamando descanso. Pero sus problemas le persiguieron en sueños, llenos de robots azules silenciosos que se movían por lugares oscuros, amenazándole con el frío aroma del peligro.

Cuando despertó, Derec empezó a pensar en la fuga. Porque veía claro que el mensaje más probable que el Supervisor había enviado debía ser, aproximadamente «Tenemos un intruso. ¿Qué hacemos con él?» Y a Derec no le gustaban las posibles respuestas a tal pregunta.

No creía que los Supervisores, pese a ser tan independientes como parecían, fuesen capaces de matarle. La Primera Ley se hallaba demasiado arraigada en la estructura básica de sus cerebros positrónicos. Suprimirla o transformarla les traería graves problemas, e incluso podía conducir a una desintegración completa de su inteligencia.

Pero los destinatarios del mensaje seguramente eran humanos y, por consiguiente, muy capaces de usar la violencia en servicio de sus intereses. Querrían saber cómo había descubierto la instalación, qué hacía aquí... y él no tenía nada que contar.

Tal vez aceptarían esto sin más, y le ayudarían a regresar al sitio de donde había venido. Pero, considerando las circunstancias, existía una gran posibilidad de que insistiesen en obtener respuestas. Derec intuía que tardaría mucho en convencerles de que no tenía ninguna. Y, aun así, él o ellos querrían asegurarse de que no podría contar a nadie lo que había averiguado.

No, no deseaba aguardar a que llegasen los amos de los Supervisores. La clave para la fuga era Darla. Los impulsores de la cápsula, casi con toda seguridad, estaban diseñados para un campo gravitatorio mucho mayor que el del asteroide. Y, en este caso, la cápsula debía contener bastante combustible para elevarse y abandonar el asteroide... si lograba convencer a Darla de la conveniencia de tal acción.

Claro que antes tenía que encontrarla. Por sus dimensiones, Derec supuso que la cápsula era demasiado grande para haber sido bajada por el ascensor. Los robots debían haberle sacado a él de la cápsula en algún lugar de la superficie, tal vez dentro de una cúpula de seguridad, y haber abandonado luego la cápsula.

Por tanto, empezó a hacer funcionar el ascensor en busca del lugar por donde había sido bajado al interior del asteroide. Resultó que era el llamado Nivel o Planta Cero. En lo alto del pozo del ascensor se abría una puerta presurizada, semejante a un disco, que dejaba pasar las plataformas, y de este modo Derec llegó a una estancia circular de techo alto y de unos cien metros de diámetro.

Casi toda la cámara estaba llena de filas bien alineadas de máquinas perforadoras, taladros, volquetes y globos sonda, como el que había visto Derec cuando los robots lo trasladaban junto con la cápsula. En el otro lado de la habitación, una rampa empinada, envuelta con un material transparente, conducía hacia la superficie.

Allí también había un Supervisor, sentado a una estación de control, de espaldas a Derec. Aunque no había hecho la menor señal, Derec estaba seguro de que el robot conocía su presencia.

Derec abandonó la plataforma y echó a andar por entre las máquinas. Debía tratarse de una parte del equipo que usaban para explorar la corteza exterior del asteroide. Los globos sonda eran probablemente plataformas exploradoras, mientras que las otras máquinas debían ser usadas para excavar en los sitios más prometedores.

A Derec le pareció obvio que la exploración de la superficie se hubiese llevado a cabo con anterioridad. No fue sólo el aspecto de las máquinas lo que le condujo a esta conclusión, sino que era de sentido común explorar antes la superficie del asteroide. ¿Por qué emprender la excavación subterránea antes de estar seguros de que el objeto de la búsqueda no aparecería con una exploración aérea menos complicada y más rápida? Sin embargo, Derec estaba menos interesado en averiguar los restantes misterios del asteroide que en hallar a Darla y escapar. Un apresurado inventario de la cámara no mostró ningún rastro de la cápsula ni de su traje de seguridad. Pero encontró un estante con tres enormes trajes potenciadores de trabajo, de color perla. Eran demasiado grandes para usarlos en los pisos inferiores o para permitirle subir a la cápsula, si la encontraba, pero sí le servirían para efectuar una excursión a la superficie.

Derec se asió a la palanca y se metió dentro del traje que tenía más cerca, pasando los pies a través de la abertura posterior. Al instalarse en el asiento, estilo silla de montar, sintió como las articulaciones de potencia se ajustaban a sus pies. Insertó los brazos en los del traje, y así tuvo acceso a los controladores del manipulador externo. Una pantalla inclinada reflejaba la situación de los sistemas del traje en la pantalla de burbuja que tenía delante.

—Ciérrate y presurízate —ordenó, y la portilla de acceso empezó a cerrarse.

Derec trató de levantar los brazos, y el traje se estiró en una respuesta perfecta. Al fin, un poco de potencia, pensó él.

Pero, cuando volvió la cabeza hacia la rampa, halló a un Supervisor que le obstruía el paso.

—La superficie es zona prohibida —anunció el robot.

Derec oyó estas palabras a través de un altavoz situado junto a su oído, y frenó su avance. Con toda probabilidad, el traje potenciador sería todo un reto para el Supervisor, si estuviera en manos de un operador experimentado. Sin embargo, Derec no deseaba luchar, sino sólo obtener unas respuestas.

—Dime dónde puedo hallar la cápsula con la que llegué hasta aquí —ordenó.

—No estás autorizado a salir de esta comunidad.

—Es ahí donde está ¿verdad? En la superficie. Ahí es donde la habéis escondido. ¿Qué habéis hecho, ocultar mi traje en la cápsula después de sacármelo?

—inquirió Derec—. Voy a salir. Y, si no quieres sufrir daños, será mejor que te apartes de mi camino.

El robot no se movió.

—La cápsula de supervivencia no está en la superficie —proclamó.

Considerando la forma cómo le trataban los Supervisores, ésta era una respuesta generosa. Pero Derec necesitaba saber algo más.

—O busco la cápsula en la superficie o me enseñas dónde está. No hay más alternativas. Hubo una breve pausa antes de que el robot respondiera. Y cuando lo hizo, Derec obtuvo una agradable sorpresa.

—Te enseñaré la cápsula.

—¿Salimos o bajamos?

—Bajamos.

Derec continuaba queriendo salir a la superficie. Esperaba que, por las estrellas y el firmamento, lograría determinar, al menos en términos generales, donde estaba situado el planeta, en qué clase de estrella estaba orbitando, y si era un asteroide independiente o formaba parte de un sistema planetario. Pero, hasta que hallara la cápsula, nada de eso importaba, por lo que Derec podía considerarse como un vencedor auténtico.

—Gracias —dijo—. Si me esperas un instante, devolveré este traje potenciador de trabajo a su sitio.

Pero Derec no gozó largo tiempo de su victoria. El Supervisor lo condujo al piso del almacén y lo guió a través del laberinto de aparatos y objetos diversos hacia la pared este. Cuando rodeaban la sección de moldeados y sus hornacinas, con la elevada estantería de suministros, el robot se detuvo en seco.

—Aquí.

Derec no vio ninguna cápsula. Lo único que distinguió fue una amplia zona cubierta con filas de componentes diversos, bien colocados en el suelo.

—¿Dónde?

—Aquí —repitió el Supervisor, con un movimiento circular del brazo.

Cuando Derec observó con más atención todos los aparatos que tenía delante comprendió la verdad. La cápsula estaba allí, tal como aseguraba el Supervisor, pero fragmentada en un millar de piezas extendidas en el suelo como un gigantesco rompecabezas. Los robots la habían desensamblado hasta llegar a las piezas elementales. Derec reconoció algunas placas curvadas que habían sido parte del casco, varias campanas de impulsión, y, a unos metros de Derec, las lentes de las siete lámparas piloto verdes de la consola de mandos.

—¡No! —gritó con desesperación—. ¿Por qué lo habéis hecho?

—Era preciso determinar si el objetivo de la búsqueda estaba oculto dentro de la cápsula.

—¿Y mi traje de seguridad? ¿También lo habéis desmontado?

En respuesta, el Supervisor condujo a Derec hacia el dédalo de objetos y le mostró su traje, separado en varias docenas de piezas. Habían, en efecto, arrancado la tela de los anillos de sujeción y los sistemas ambientales estaban fuera de la unidad pectoral.

También habían desensamblado el casco.

—Me sorprende que no me desmontáseis también a mí —comentó Derec amargamente.

—Explica el motivo de tu sorpresa, por favor —le urgió el robot—. Es imposible que un robot perjudique a un humano. ¿No conoces este hecho?

—Bah, no importa —replicó el joven—. Quería ser sarcástico.

—¿Señor. . . ?

—Los humanos no siempre dicen lo que piensan o quieren dar a entender. ¿No conoces también este hecho? —una pausa y añadió—: Pero me registrásteis ¿verdad?

—Sí. Cuando estabas inconsciente fuiste sujeto a una exploración de resonancia magnética nuclear en todo el cuerpo —asintió el robot.

Derec casi se echó a reír ante lo absurdo de tal hecho.

—Bien —masculló—, supongo que pedir que volváis a ensamblar mi traje y la cápsula está fuera de toda cuestión...

—Nada puede tener primacía sobre la directriz primaria.

—¿Qué me dices de esos robots de recambio que están al norte y no hacen nada? ¿No podríais activar algunos?

—La tarea no sólo requeriría Ensambladores, sino la supervisión de un Sistematizador. Todos los Sistematizadores se hallan plenamente programados para el actual ciclo de obligaciones.

—Supongo que esto significa una negativa —murmuró Derec. Tendió la vista hacia lo que había sido una nave espacial y suspiró—. ¿Tienes algún nombre?

—Monitor 5.

—¿Por qué me diriges la palabra, Monitor 5?

—Percibí que estabas muy inquieto. Y, cuando lo están, los humanos suelen obtener beneficios con la comunicación.

—Sí, es una manera de decirlo —gruñó Derec—. Bien, dime, Monitor 5 vosotros, los robots, ¿sabéis lo que buscáis?

—No puedo revelar información referente a nuestra misión aquí.

—¿Y respecto a mí? ¿Puedes decirme qué sabes referente a mí?

—¿Qué quieres saber?

—¿Encontraron la registradora de sucesos de la cápsula de supervivencia?

—Yo no formé parte de esa unidad de trabajo. Consultaré al Analista 3 —el robot hizo una pausa—. Sí. Localizaron una registradora de datos.

—¿Se sabe, pues, de que nave procedía? ¿Cómo llegué yo aquí? ¿Algo...?

—La registradora no había funcionado nunca. El disco óptico estaba en blanco.

Estupefacto, Derec bajó la vista, ocultando su expresión al robot. Su mirada recayó en la tela de su traje de seguridad. Se arrodilló y empezó a registrarla.

—Había una placa identificadora en mi traje...

—Sí, una placa de pruebas. No contenía datos personales.

Derec soltó la tela y se incorporó lentamente.

—¿Una placa de pruebas?

—Son muy comunes. Se usan para calibrar un escáner de lectura de datos.

—Pero decía Derec...

—Sí. El principal fabricante de esos lectores es el Sistema de Datos Derec.

Derec sintió que las fuerzas abandonaban sus piernas.

—Entonces... no sabéis quién soy.

—No, no sabemos quién eres.

—Y el mensaje que enviásteis referente a mí? ¿Qué decía?

—Yo no envié el mensaje. Un momento que lo consulto al Analista 17 —otra pausa—.

Analista 17 creyó que, debido a tu conducta irracional, podías perjudicar o dañar el objetivo primario, a menos que fueras continuamente supervisado. Por tanto, envió un mensaje solicitando tu rescate inmediato.

—¿Tomó esta decisión por sí mismo?

—Pensó que la amenaza era de suficiente magnitud como para transgredir la prohibición referente a las comunicaciones.

—¿Prohibición de quién? ¿Quién es aquí el jefe? ¿Y a quién fue enviado el mensaje?

—No puedo...

—¡... revelar información referente a tu misión aquí, sí!

Con una mueca, Derec cerró los ojos y trató de inhibirse del mundo.

—¿Estás enfermo? —se interesó Monitor 5, preocupado.

—No —negó Derec, con voz insegura—. Vuelvo al cuadro Número Uno, eso es todo.

CAPÍTULO 5 RESPUESTA

Desanimado, Derec retrocedió hacia la celda E, destruida su ilusión de tener, al menos en parte, el control de su destino. Era imposible que él solo reconstruyese la cápsula. Tal vez podría abandonar la comunidad usando uno de los trajes potenciadores de trabajo pero no había manera de dejar el asteroide. Parecía que lo mejor que podía hacer era mantenerse apartado de los robots y aguardar la respuesta al mensaje de Analista 17. Como si los robots hubiesen decidido que Derec necesitaba estar ocupado en algo, para que así no les molestara, el joven encontró abierto el centro de comunicaciones de la sala de reuniones, y el indicador con la palabra READY (listo). Cuando Derec tocó el botón «Ayuda», surgió de la pantalla una nota breve. Le ofrecía la elección entre un programa llamado Scratchpad, y un índice de la biblioteca.

Scratchpad resultó ser un intermedio entre un cuaderno de notas y el bloc de bocetos de un ingeniero. Durante un rato se distrajo comprobando sus habilidades gráficas para trazar un plano de la parte del complejo que conocía personalmente. El sistema le facilitó el trazado, convirtiendo sus inseguros movimientos con la trazadora en líneas rectas, copiando secciones duplicadas, y ejecutando giros y rellenos en espacios vacíos. Cuando el dibujo degeneró ya en monigotes, Derec cambió su disposición mental y decidió llevar un diario de lo que había sucedido desde que se despertó en la cápsula. Pero lo que empezó a escribir resultó autocontemplativo y autoindulgente, y terminó la anotación con una breve nota sarcástica

Querida mamá

Aquí no tengo amigos. ¿Puedo volver a casa?

Enojado por su autocompasión, Derec borró la memoria del Scratchpad y apartó su silla de la terminal. Pero la terrible sensación de abandono que subyacía en sus pensamientos no podía desvanecerse con tanta facilidad. Sin familia, amigos ni aliados, el pequeño mundo de Derec era un lugar muy solitario.

La biblioteca de libro-películas era la última defensa de Derec contra sus pensamientos pesimistas. Cuando revisó el catálogo, le sorprendió la inusitada mezcla de temas. Había todo un subcatálogo de textos de la Edad Clásica de la Tierra, incluyendo algunos cuyos autores o títulos Derec reconoció. De rerum natura de Lucrecio, Los principios de Newton, El Origen de las especies de Darwin.

Otro amplio subcatálogo consistía en dibujos y fotografías de arquitectura. De nuevo, algunos nombres resultaron conocidos de Derec. Mies van der Rohe, Buckminster Fuller, Gaudí, Frank Lloyd Wright... Pero cuando le pidió al sistema que mostrase los archivos al ritmo de una imagen cada pocos segundos, encontró que dichas imágenes eran de lugares que no recordaba haber visto, ni haber estado en ellos. Y esto le hizo preguntarse por qué conocía sus nombres.

Claramente ausentes se hallaban las referencias técnicas a temas como la microelectrónica, la robótica, los diseños de microprocesadores y otros semejantes.

Derec supuso que estarían en otra biblioteca a la que no tenía acceso.

De todos modos, había secciones que en otras circunstancias le habrían interesado. Una biografía de la pionera en robots, Susan Calvin; Génesis, la historia anecdótica de la ciencia de las computadoras del siglo XX, por Marvin Eller, y una serie de títulos sobre astronomía y astrografía.

Pero a Derec no le interesaba educarse en tales disciplinas, ni en nada que requiriese pensar. Deseaba ser un espectador de los problemas ajenos, apartar su mente de todo y rendirse al encanto de un novelista.

Pero, cuando se concentró en el subcatálogo de las novelas, halló muy pocos títulos interesantes. Aparte de unos cuantos misterios interactivos y media docena de novelas didácticas, todo lo cual requeriría un gran trabajo por su parte, la elección de Derec vióse limitada al mundillo teatral. Fausto, Esperando a Godot, Dédalo e Icaro, Sweeney Todd... títulos que no significaban nada para Derec. Sin embargo, sí conocía a Shakespeare, y éste se hallaba ampliamente representado en la lista.

Como experimentaba la necesidad de reír, escogió la comedia El sueño de una noche de verano. Después se retrepó en una silla cómoda, apoyó los pies en la mesa de conferencias, y dejó que la grabación le trasladara a la antigua Grecia, a los bosques cercanos a Atenas, donde se divertía con la confusión de los amores entremezclados de los humanos y los reyes y reinas de las hadas, y las bromas del travieso Puck.

«Arriba y abajo, arriba y abajo —repetía Puck—. Yo les llevaré arriba y abajo. A mí me temen en el campo y en la ciudad. Duendecillo, llévalos arriba y abajo...»

En medio del parlamento de Puck, Derec oyó el inequívoco ruido de la puerta interior de la cámara de presión al abrirse. Se puso de pie cuando un Supervisor entró en la sala y avanzó hacia el centro de comunicaciones.

—¿Qué deseas? —le preguntó Derec, siguiéndole.

El robot ignoró a Derec.

—Interrupción de prioridad superior —le dijo el robot al centro de comunicaciones.

La pantalla quedó en negro y los actores callaron.

CLAVE DE ACCESO >

Los dedos del robot se deslizaron por el teclado a gran velocidad, pero en la pantalla sólo apareció la instrucción PROCEDE.

Sin vacilar, el robot empezó a teclear. Pese a no estar más que a la distancia de un brazo, Derec no podía descifrar el texto que estaba siendo introducido. El ruidito continuo de las teclas duró unos veinte segundos, con trescientos o cuatrocientos caracteres.

Después, el robot levantó la mano y retrocedió.

La pantalla anunció

MENSAJE TRANSMITIDO.

—Continúa —le dijo el robot a Derec, disponiéndose a marcharse.

—Cancelado —ordenó el joven colocándose rápidamente entre el robot y la puerta—. Identifícate.

—Soy Analista 9.

—¿Qué sucede? ¿Qué acabas de hacer?

—Por favor, apártate —le rogó Analista 9—. Tengo que hacer algo urgente en otra parte.

—La última vez que uno de vosotros estuvo aquí, fue para enviar un mensaje que desconozco. ¿Qué ocurre ahora? ¿Viene una nave? ¿Es eso? Tengo derecho a saber qué pasa...

Por toda respuesta, Analista 9 levantó el brazo y apartó a Derec con firmeza. El joven trastabilló hacia la mesa de conferencias y cayó sentado en una silla.

—No te interfieras —le conminó el Supervisor y salió de la sala.

Aunque la sorpresa ante el inesperado ataque del robot le dejó aturdido un instante, Derec logró ponerse de pie y seguirlo.

Ya fuera de la cámara, Derec descubrió una actividad tan frenética que bordeaba el caos. Decenas de porteadores y recogedores surgían a oleadas de las plataformas, como si estuviera en marcha un éxodo masivo. Otros tantos corrían por los pasillos, reuniendo componentes y llevándolos hacia la pared oeste, al fundidor situado allí.

Ante la gran extrañeza de Derec, en vez de depositar allí lo que llevaban y correr en busca de más materiales, los recogedores y los porteadores que hacían cola delante del fundidor, acarreaban sus cargas hasta el interior del horno, y no volvían a reaparecer. Por

algún motivo desconocido, los robots estaban destruyendo sistemáticamente objetos y piezas seleccionados en el almacén... y se destruían ellos al mismo tiempo.

Distraído por el desfile de robots suicidas, Derec perdió de vista al Analista 9. De pronto, mientras escrutaba la cámara, tratando de localizarlo, vio algo extraordinario. En el almacén no había ningún supervisor. Los diversos centros de manufactura estaban silenciosos, abandonados.

Llevado por un presentimiento, Derec se abrió paso hacia los ascensores y ordenó a una plataforma que le llevase a la Planta Cero. Allí encontró una reunión de veinte Supervisores. Estaban de pie, inmóviles, formando un círculo, con las manos enlazadas como en una conferencia directa.

No se dieron cuenta de su llegada, por lo que Derec cruzó la estancia hacia donde se hallaban otros dos Supervisores, sentados delante de un gigantesco panel de mandos.

—¿Monitor 5? —preguntó.

—Sí, Derec —respondió uno de los robots, asintiendo.

—¿Puedes decirme qué sucede?

—Los sensores de superficie han detectado una gran nave espacial que se aproxima. La trayectoria y la velocidad indican que igualarán su órbita con la de este planeta.

—¿Voy a poder abandonar esta roca? —se excitó Derec—. ¡Benditas sean las estrellas!

—Existe un sesenta y ocho por ciento de probabilidades de que la nave haya interceptado la señal de socorro. Sin embargo, sólo hay un nueve por ciento de probabilidades de que esta nave venga a rescatarte.

La noticia volvió a hacer que Derec tocase de pies en el suelo.

—¿Interceptado? ¿No se trata de los que vosotros llamásteis?

—No, Derec.

—¿Pues quiénes son? ¿Qué quieren?

—La nave no ha sido identificada.

—¿Por esto se han vuelto locos todos los robots de abajo?

—No puedo responder a esta pregunta. Tal vez podré decirte algo más dentro de poco.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar.

—Estupendo. ¿Cuánto tiempo?

—No mucho —replicó Monitor 5, levantándose—. Perdóname. Los Analistas me llaman. Monitor 5 cruzó la habitación y se unió al círculo de los conferenciantes. Estuvo con ellos unos dos minutos, y luego el círculo se deshizo. Casi todos los Supervisores se encaminaron a las plataformas. Dos de ellos, incluyendo a Monitor 5, se dirigieron adonde estaba Derec.

—Me han designado para comunicarme contigo —manifestó Monitor 5.

—¿Designado?

La elección de tal palabra por el robot dejó confuso a Derec.

—Por eliminación —admitió el robot—. Ninguno de los Analistas se siente a gusto hablando con los humanos.

—¿Quieres decirme que no han hablado conmigo porque no quieren hablar? ¿Que no saben cómo hacerlo?

—Con muy pocas excepciones, su experiencia ha tenido lugar exclusivamente con otros robots. Me han elegido a mí a causa de mi éxito anterior al comunicarme contigo —aclaró Monitor 5.

—¿Es ésta otra excepción? —preguntó Derec, indicando al robot que estaba detrás de Monitor 5.

—Me acompaña Analista 17.

—Ah... Ya nos conocemos... casi.

—Analista 17 está aquí para ayudarme —explicó Monitor 5—. Por favor, Derec, hay asuntos importantes que discutir y tenemos muy poco tiempo.

—Bien, empieza.

—Gracias. Los Analistas están de acuerdo en que la nave que se aproxima es una amenaza para la seguridad de nuestra operación. La posibilidad de ser descubiertos ya la anticiparon los que nos colocaron aquí. Nuestras instrucciones para tal circunstancia son destruirnos a nosotros mismos, así como estas instalaciones. Bien, ya están en marcha ciertas medidas preliminares...

—Los robots que se precipitan hacia el horno fundidor...

—Sí. Toda la tecnología debe quedar destruida, y la excavación ha de quedar inutilizable. Estas directrices se grabaron al más alto nivel de prioridad y urgencia. Y debemos obedecerlas. Sin embargo, tu presencia no fue anticipada.

—¿Qué tengo yo que ver con ello?

—Estando tú presente aquí, no podemos cumplir con nuestras directrices puesto que destruir el complejo significaría matarte. Incluso nuestra destrucción te dejaría sin protección. Por tanto, para que podamos llevar a cabo nuestras directrices, es necesario que te vayas.

—He estado dispuesto a marcharme desde que llegué. Bien, enséñame el camino. Analista 17 intervino en aquel momento.

—Por desgracia, como abandonar esta comunidad también representa un peligro para tu vida, no podemos ayudarte a huir, sino que, en realidad, estamos obligados a impedirlo.

—¿O sea que no vais a ensamblar de nuevo mi cápsula? —inquirió Derec—. ¿Ni mi traje de seguridad?

—No.

—Esto es una locura.

—Al contrario, es fundamentalmente lógico —rechazó Analista 17—. Si te protegemos, morirás casi con toda certeza, y esto no podemos permitirlo. Si no te protegemos, tal vez sobrevivas, pero estarás en un peligro muy grave, cosa que tampoco podemos permitir. Derec paseó la mirada de Monitor 5 a Analista 17, con incredulidad.

—¿Pues qué vais a hacer conmigo?

—Nada —murmuró Monitor 5—. Ninguna acción es posible. Si te ayudamos a escapar, te pondremos en peligro. Pero si impedimos tu fuga, también correrás un grave peligro... Derec empezaba a extraviarse en los vericuetos de aquella conversación.

—¿Es esto lo que queréis? ¿Que me fugue?

—Queremos —respondió el robot vacilando— que estés a salvo y sin daño alguno. Era como si los robots anduviesen de puntillas sobre un campo minado por la lógica.

—¿Y si me largo?

—Cuando descubramos que te has ido, te perseguiremos —replicó el robot, vacilando de nuevo—. Sin embargo, hasta que vuelvas a quedar bajo nuestro cuidado el resto de la comunidad gozará de libertad para cumplir la directriz de mayor prioridad.

—O sea que, si me escapo, la Primera Ley dejará de ser un factor. Podréis continuar destruyéndoos sin perjuicio para mí.

—Esto es esencialmente correcto —asintió Analista 17—, aunque debo advertirte que hay un peligro, si continúas discutiéndolo.

Derec ignoró la advertencia.

—¿Escapar... adónde?

—No podemos considerar esta pregunta —alegó Monitor 5.

—¡Pues yo sí puedo, y no me gusta la respuesta! —tronó Derec—. Os diré lo que intento hacer tan pronto como esa nave se halle lo bastante cerca para captar la señal de un

transmisor adecuado, me meteré en uno de esos trajes potenciadores, subiré a la superficie y les pediré que me rescaten de vosotros.

—No podemos permitirlo.

—¿Pues qué puedo hacer? Vagar por la superficie hasta que se agote mi provisión de aire? Esto es una locura. ¿Cómo os atrevéis a proponerme tal cosa?

—Derec, debo repetir que hay un gran peligro... —empezó a decir Analista 17.

—Nosotros no te hemos pedido que hagas nada —intervino Monitor 5, y añadió—.

Simplemente, te hemos esbozado las consecuencias de la acción que puedes adoptar.

—No me pedís que haga nada —exclamó Derec—, pero hacéis ciertas insinuaciones...

Me decís que, si quiero matarme, vosotros giraréis la cabeza al otro lado. Bien, ni siquiera entiendo cómo podemos sostener esta conversación. ¿Qué es lo que os pasa?

—Estoy siguiendo —respondió Monitor 5—un camino condicional altamente lógico, propuesto por Analista 17...

—Ya. Por eso está aquí.

—... en el que la incertidumbre de tu destino queda modificada por tus actos volitivos hacia un valor positivo, bien contrastado contra la gran probabilidad de recibir un daño a causa de la inacción.

—Dicho de otro modo, vosotros habláis por vosotros mismos —resumió Derec—, no por mí. Vuestro objetivo primordial y vuestra seguridad no representan nada para mí.

¿Pensáis que me resulta importante que os destruyáis? Tampoco me importa que esa nave pertenezca a vuestro peor enemigo.

Derec hizo una pausa antes de continuar.

—En realidad, empiezo a pensar que, si ellos son vuestros enemigos, esto les convierte en mis amigos. No iré a ninguna parte. Y podéis estar seguros de que no me mataré para sacaros de este apuro.

Los robots no deseaban dejar las cosas en este punto. Cuando Derec abandonó la Planta Cero, Analista 17 le siguió, aunque tomó una plataforma distinta y, cuando llegaron al almacén, se rezagó intencionadamente a unos pasos detrás del joven. Sin embargo, quedó claro que Derec estaba bajo vigilancia.

No tenía sentido que, inmediatamente después de pedirle que huyese, los robots enviaran un sabueso a sus talones. Pero, como no tenía la menor intención de hacer lo que ellos deseaban, apenas importaba que lo comprendiese o no. Por tanto, ignoró aquella sombra.

- El almacén continuaba siendo una colmena de frenética actividad, y Derec se retiró a la tranquila celda E. Pensó que Analista 17 se contentaría con vigilarle desde fuera, puesto que la celda sólo tenía una salida. Pero el robot entró también y, cuando Derec penetró en la sala de reuniones, le siguió y se sentó frente a él, a la mesa de conferencias.

Al principio, no obstante, Derec apenas se fijó en la entrada del robot. La imagen captada por una cámara enfocada hacia el cielo, instalada en algún lugar de la superficie, aparecía en la pantalla del centro de comunicaciones. Allí se veía un diminuto sol, muy distante, de color anaranjado, y un campo de diminutas estrellas, en las que Derec no reconoció ninguna disposición familiar. Un casco de nave, oscuro, se movía por el fondo estrellado, agrandándose perceptiblemente a medida que se acercaba al asteroide. Estaba todavía demasiado lejos para mostrar un contorno distintivo, pero se trataba, con toda certeza, de una nave espacial.

—¿Más publicidad? —inquirió Derec.

—Los Analistas conceden que tienes derecho a conocer el origen y el estado actual de la amenaza.

—¿Piensan que al ver esto me asustaré? No, en absoluto. Esto no es una gran cosa, pero es un hogar. No pienso abandonarlo.

El robot no respondió, y permaneció en silencio mientras Derec pasaba a la autococina para prepararse un pisco. Cuando el joven volvió con él y se sentó, tuvo la penosa conciencia de que el robot le vigilaba, armado de paciencia.

—¿De qué lado estás? —quiso saber Derec, entre dos bocados.

—Aclara tu pregunta.

—¿Qué haces aquí? Pensé que deseábais que huyera. Pero no puedo efectuar ni un solo movimiento sin que tú te enteres.

—Tu conversación con Monitor 5 le obligó a reconocer un conflicto con la Primera Ley.

—O sea que su pequeño engaño quedó destruido, ¿verdad?

—Monitor 5 está hondamente preocupado por si tratas de huir y sufres algún daño en el proceso, o como consecuencia del mismo. Para aliviarle de este conflicto potencial, y para que Monitor 5 pueda dedicarse a sus deberes, me ofrecí a vigilarte.

—¿Y tú? ¿También he hecho estallar tu bomba lógica?

—No.

—O sea que no estás aquí para detenerme —reflexionó Derec, apartando de sí el plato—. . Estás aquí para asegurarte de que nadie me detenga.

—Tu observación es irrelevante con la situación. Ya has declarado tu intención de continuar bajo nuestro cuidado.

—Exacto —asintió Derec, mirando a la pantalla. La nave todavía era un manchón oscuro sin estructura, aunque ahora ya llenaba un tercio de la pantalla—. Bien, sigo pensando que esperáis que me angustie y efectúe un movimiento. Pues voy a demostrarte que no estoy preocupado en absoluto. Sí, me voy a la otra habitación, a hacer la siesta —Derec se puso de pie—. Si decides acompañarme, sólo te pido que escojas otra litera. En la mía no hay sitio para dos.

CAPÍTULO 6

UNA ROCA Y UN LUGAR DURO

Analista 17 no le siguió, y Derec no durmió la siesta. Permaneció tumbado en la litera, mirando el techo y tratando de recuperar la debida perspectiva.

El problema de los robots era real y muy importante. No era sólo cuestión que se sintieran frustrados en su intento de cumplir con las obligaciones de la Segunda Ley hacia su amo. Estaban caminando de puntillas por el borde del abismo de la Primera Ley, una paradoja capaz de paralizar no sólo a los robots individualmente, sino a toda su comunidad. Él, Derec, era su primer deber y, no obstante, no podían hacer nada por él, aparte de suplicarle que se salvara a sí mismo.

De no ser una cosa tan seria, habría sido risible. Era como si una persona que sufriese de hipo le pidiese a un amigo «Por favor, dame un susto~. ¿Cómo podía pillar desprevenidos a los robots, aun contando con la colaboración de Analista 17?

Y, por encima de todo, la misma idea de huir era absurda. Sin la ayuda de los robots, no podría jamás ensamblar de nuevo la cápsula antes de la llegada de la nave. Y, aunque lo consiguiera, era imposible que huyese de ella.

Si continuaba pensando que tanto los robots como los forasteros eran sus enemigos, no hallaría solución a la ecuación. Sólo suponiendo que los forasteros vinieran a ayudarlo, o que accedieran a hacerlo si tenían otros propósitos respecto al asteroide, Derec podría abandonar la roca. Sí, podía esperar a que la nave entrase en órbita, subir entonces a la superficie con un traje potenciador, y emitir pidiéndoles ayuda.

Fue en aquel momento cuando la litera tembló bajo su cuerpo, y Derec se incorporó como un rayo. Por un instante, pensó que no era más que el súbito sobresalto que uno sufre cuando está a punto de adormilarse. Mas, de pronto, otro temblor sacudió la habitación, y ya no pudo pensar que era una ilusión. Saltó al suelo y corrió hacia la sala.

Analista 17 seguía sentado allí, tal como le dejara Derec.

—¿Qué ocurre? —inquirió el joven.

—Nos atacan —le informó el robot, señalando el centro de comunicaciones.

Derec miró la pantalla. La nave se hallaba detenida en una posición desde la que era visible la mitad de su lado que daba al sol, lo que permitía a Derec observar sus detalles por primera vez. Y lo que vio le dejó confuso. La nave no parecía haber sido diseñada, sino ensamblada al azar. Era más bien una chatarrería espacial que un atacante peligroso. Y, no obstante, sí era un atacante.

En la parte que Derec veía con claridad había once cascos diferentes, así como una mezcla de estructuras muy diversas. Había partes bastante viejas como para estar en un museo, y otras nuevas que podían ser piezas de exposición. Los esbeltos contornos transatmosféricos contrastaban con los pistones y pinzas de remolcadores del espacio profundo. En toda la masa de la nave parpadeaban unas pequeñas luces rojas y anaranjadas.

—¿Quiénes son? —preguntó Derec.

—Desconocidos.

—¿No nos han saludado? ¿Qué quieren?

—No hay ninguna señal en la frecuencia que suelo usar para las comunicaciones.

Derec sintió otra vibración a través del suelo.

—¿Qué clase de armas utilizan?

—El armamento de la nave consiste, al parecer, en láseres de microondas en fase.

—¿Y qué tenemos para luchar contra ellos?

—Esta comunidad no tiene armas.

—¿Qué? —exclamó Derec.

—Es altamente probable que esa nave contenga humanos —repuso el robot con calma y paciencia—. No podemos emplear armas contra ellos.

Derec contempló fijamente el robot y después la pantalla. Al revés que en las novelas de poca monta, no había rayos penetrantes de gran luminosidad que traicionasen las energías emitidas desde la nave provista de radar. Sólo se veían las luces parpadeantes, y el terreno que se movía bajo los pies de Derec.

—¿Estamos en peligro?

—Sí.

—¿Muy grande?

—Esa nave inició su ataque en la zona donde se halla nuestra única instalación de superficie, la agrupación de antenas situadas a 170 grados al este del pozo principal...

—¿Estas vibraciones proceden de tan lejos?

—Sí. El primer ataque tuvo éxito y las comunicaciones están cortadas. Por lo visto, se han derrumbado varios túneles de esa región. Creo que el tiroteo lo efectúan, en estos momentos, al azar. La nave se halla en una órbita sincronizada, con un adelanto de dos grados por minuto.

—O sea que en menos de noventa minutos la tendremos encima.

—Correcto.

Era obvio para Derec que no debía esperar más para actuar. Si la nave rompía la envoltura de presión del complejo estando él en la celda E, ya no podría marcharse. Los respiradores no le servirían para vivir en el vacío.

Y había otro peligro tan grave como el anterior que se interrumpiese el suministro de energía o se estropearan los ascensores, con lo cual quedaría atrapado en el piso del almacén. Ni siquiera con tan escasa gravedad podría trepar con las manos por uno de los pozos.

Y correr por la superficie llevando un potenciador no era una proposición tan atractiva como parecía poco antes. Existían muchas posibilidades de que lo tomasen, no por un prisionero tratando de huir, sino por un enemigo que era preciso eliminar. Aun así, morir enterrado en el núcleo helado del asteroide resultaba mucho menos atrayente que morir al raso.

—Este camino lógico que has ideado... ¿tengo razón al pensar que tú y Monitor 5 sois los únicos Supervisores capaces de seguirlo sin entrar en conflicto con la Primera Ley?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué tú?

—Mi experiencia con los humanos me ha procurado una perspectiva más sofisticada de su naturaleza y conducta.

—¿Has tenido contactos con otros humanos, aparte de mí?

—Sí.

—¿Con quiénes?

—No me está permitido decirlo.

Punto muerto.

—¿Están enterados los otros robots de lo que me has pedido que intente?

—No.

—¿Cómo pensáis destruir el complejo?

—El material empleado para revestir todas las paredes de los túneles contiene un explosivo. Una vez destruidos todos los Supervisores, el último Analista y el último Supervisor juntos emitirán la señal de ignición. La explosión resultante causará el derrumbamiento de toda la porción excavada del asteroide.

—Entiendo —asintió Derec. «Magnífico», pensó. «Si me quedo en el complejo, los atacantes lo harán estallar sobre mi cabeza. Si huyo, los robots lo harán explotar bajo mis pies».

A menos...

A menos que hubiese algún medio de dejar la superficie, algún impulso suficiente para darle a él y al potenciador la velocidad de escape. Considerando la poca gravedad del asteroide, tal velocidad no podía ser muy grande. Probablemente era posible poner en órbita una pelota lanzada con la máxima potencia posible. Las servopiernas del traje potenciador debían ser lo bastante poderosas para permitirle saltar grandes alturas.

Por desgracia, los reguladores de seguridad del diseño del potenciador llevarían limitadores en las servopiernas, para impedir que se realizara tal cosa. Pero, lo que los ingenieros habían conectado, los fontaneros lo podían desconectar...

En aquel momento, apareció en el cuerpo de la nave un destello brillante y, un instante después, el rayo de energía quemó el objetivo de la unidad de cámaras que enviaban la imagen. Otra cámara situada a cierta distancia la reemplazó, y la gran angularidad con la que estaba ajustada mostró, no sólo la nave, sino las nubes biliosas que se arremolinaban en la superficie, adonde apuntaban sus armas.

Esa visión espoleó a Derec para entrar en acción.

—No creo que haya salvación para ninguno de nosotros —mintió, con su mejor mueca de resignación—. Supongo que no puedo hacer otra cosa que prepararme para morir. Te agradecería que me concedieses un poco de soledad para proceder a los ritos apropiados.

La mentira surtió efecto.

—No comprendo el propósito de esos ritos —objetó el robot—, pero respetaré tu derecho a la soledad.

Derec no necesitó mucho tiempo para poner en acción su plan. Tras regresar a su cabina, sacó las almohadas de su litera y corrió con ellas en los brazos hacia la cámara de presión.

—Abre.

El ruido del cierre interior al abrirse hizo salir a Analista 17 de la sala de reunión. Ya era demasiado tarde. Derec penetró en la compuerta y la puerta se cerró a sus espaldas.

—Ciclo de compensación —pronunció, atareado con las correas del respirador.

Cuando se abrió la puerta exterior, embutió las almohadas sobre el umbral de la escotilla y pasó por encima de las mismas. Tal como Derec esperaba, las almohadas impidieron que se cerrase la puerta exterior, interrumpiendo así el ciclo y aprisionando al robot dentro. Ignoraba cuánto tiempo duraría aquello, o si el robot poseía algún medio para vencer al sistema de cierre de la compuerta, pero no podía demorarse para averiguarlo. En la cola del horno de fundición había Supervisores, que no se fijaron en él cuando pasó. Subió en una plataforma al Piso Cero, donde vio que Monitor 5 se hallaba muy ocupado adoptando medidas contra su regreso. Faltaban dos de los potenciadores, como si nunca hubiesen estado allí. El tercero se hallaba encajado contra la pared por uno de los transportadores, que a su vez estaba aprisionado por una unidad taladradora de cuatro patas.

No pensaba que el traje estuviese estropeado, puesto que estropear el equipo de seguridad sería ir contra la Primera Ley, aunque sí tardaría algún tiempo en ponérselo. Y una parte del problema sería Monitor 5. El robot estaba sentado frente al panel cuando llegó Derec, y se levantó y se dirigió hacia el joven cuando éste salía de la plataforma y la colocaba en posición de espera.

Sus caminos se cruzaron cuando Derec estaba a unos metros del transportador.

—La superficie es zona prohibida —le manifestó el robot.

—Lo sé —asintió Derec, dando un rodeo para colocarse fuera del alcance de las manos del robot—. Este equipo está mal guardado. Voy a ocuparme de él.

Pero Monitor 5 no pensaba ceder tan fácilmente.

—No puedes salir. Aquí no corres peligro —objetó, tratando de cogerle.

Derec retrocedió y ascendió los peldaños que llevaban al puesto de control del transportador.

—Error. Si me quedo aquí, moriré cuando la nave destruya la estación.

—Te protegeremos.

Derec no perdió el tiempo discutiendo esta probabilidad.

—Ni siquiera podéis protegeros a vosotros mismos —arguyó, y de un golpe cerró la puerta de la cabina.

El panel de mandos de la cabina era estándar, y las funciones de los escasos controles que no lo eran quedaban muy claras a primera vista. Derec accionó el interruptor de potencia y la pantalla dejó ver la información sobre la situación del vehículo. El dato más importante estaba en la parte inferior

CÉLULA DE ENERGIA.....100.000 KW. OK.

El robot golpeaba suavemente la ventanilla, tratando de llamar la atención de Derec, pero éste lo ignoró. Con un leve empujón de una de las dos pequeñas palancas de mando del brazo derecho, Derec accionó la pequeña grúa que se hallaba de través detrás de la cabina de mandos.

Como los controles habían sido diseñados primordialmente para robots, con su delicado control a servomotor, Derec los encontró demasiado sensibles. Pero la grúa era semiautomática, por lo que, cuando consiguió hacer girar el botafón sobre el extremo posterior del transportador y situar la perforadora dentro del campo de visión de la grúa, no tuvo más que decir

—¡Cógelo!

Y la garra hizo el resto.

Monitor 5 tardó bastante en comprender lo que estaba ocurriendo. Derec no logró averiguar si era porque experimentaba algún conflicto interno, o si sólo estaba viendo la diferencia entre un Monitor y un Analista. Pero, cuando Derec levantó la perforadora del suelo de la estancia y empezó a apartarla del sitio donde estaba, el robot se mostró repentinamente agitado.

—Analista 17 estaba equivocado —exclamó, asiendo la manecilla de la puerta y accionándola con violencia—. Derec... no puedes escapar. No puedes abandonarnos. Tengo orden de protegerte. Soy el responsable de ti.

Derec no respondió, y utilizó la masa balanceante de la perforadora para apartar al robot del lado del transportador y empujarlo hacia la pared. Las protestas del robot subieron de tono, pero Derec no se detuvo hasta haberlo aprisionado contra la pared, a unos diez metros a la izquierda de donde el robot había hecho lo mismo con el traje potenciador.

—Inversión lenta —ordenó Derec, y el transportador se apartó de la pared—. Alto. Quieto. Derec saltó de la cabina y corrió hacia el potenciador. Mientras luchaba por apartar el traje de la pared, Monitor 5 también luchaba para liberarse. Era una carrera que Derec tenía que ganar.

Finalmente quedó despejada la puerta de acceso y Derec pasó al interior. Monitor 5 trepó a lo alto de la perforadora, ya libre de su prisión. Pero era demasiado tarde para detener a Derec. La puerta de acceso se cerraba, dejando al joven dentro del traje.

—¡Conecta energía!

Su siguiente objetivo era la cabina de control del otro lado del transportador, la destinada al uso de los obreros que llevaban potenciadores. Pero, antes de alcanzarla, Monitor 5 volvió a impedirle el paso.

—No quiero dañarte —rezongó Derec—, pero tú no puedes detenerme. Ya has cumplido con tu deber al intentarlo. Ahora, hazte a un lado.

—Intentas suicidarte. En estas circunstancias, no debo cumplir tus órdenes.

—Intento salvarme —objetó Derec—. Si realmente deseas que siga con vida, hazte a un lado y concédeme esta oportunidad.

—Te llevaré a un lugar seguro dentro del asteroide...

—¡Aquí no hay lugares seguros! —exclamó Derec—. ¿No lo comprendes?

—No puedo permitir...

—Bien, yo no puedo quedarme aquí discutiendo contigo —le interrumpió Derec—. Lo siento.

Tras estas palabras, hizo girar la garra derecha del traje, en un arco de barrido que alcanzó al robot por el cuello y lo envió rodando por el suelo. Pero, apenas había dado Derec tres pasos, cuando el robot volvía a estar en pie, agarrando con sus zarpas el panel de emergencia del traje.

Esta vez, Derec alargó el brazo y sujetó la pierna derecha del robot, la sostuvo en alto y la dejó caer sobre su espalda. Cogiendo el tobillo con la otra garra, Derec la clavó con fuerza hasta que oyó el crujido del metal. Cuando soltó su presa, el robot tenía la pata mutilada, con el pie situado en un ángulo muy raro.

Derec trepó a la cabina abierta sin obstáculos. Cuando apartó el transportador de la pared y lo giró hacia la rampa, vio a Monitor 5 todavía en el suelo, donde había caído, tratando en vano de reparar el daño que Derec le acababa de causar. Sus sensores ópticos, en forma de ranuras, siguieron a Derec y al transportador a través de la estancia. Todavía le estaba contemplando, con la mirada extraviada y acusadora, cuando Derec llevó el transportador hacia arriba, a través de la compuerta, en dirección a la superficie.

CAPÍTULO 7

AMIGO O ENEMIGO

Al cabo de tanto tiempo en el interior del asteroide, le pareció extraño tener espacio abierto hasta el infinito sobre su cabeza. El sol, un pequeño disco anaranjado, colgaba bajo en el cielo. Apenas a veinte grados sobre el horizonte, arrojaba largas sombras en las depresiones. El cielo estaba estrellado, pero no había planetas en el sistema. Derec ignoraba cuánto tardaría en ejecutar las modificaciones del potenciador. Sólo sabía que la nave asaltante se estaba aproximando, y que él debía de estar a punto cuando llegase. También sabía que los robots no tardarían en perseguirlo, en su afán por protegerlo. Y él tenía que evitarlos o morir.

Hizo marchar el transportador sobre el terreno helado y abrupto, sólo la distancia suficiente para apartarse del objetivo potencial que era la entrada del complejo. Luego estacionó el vehículo en plena sombra, en un valle, y echó a andar a pie por las tierras heladas. Aunque sacrificaba la velocidad al abandonar el transportador, con toda seguridad el vehículo estaba equipado con un transmisor rastreador que conduciría a los robots directamente hacia él.

Tan pronto como empezó a andar, fue buscando el sitio más conveniente para guarecerse mientras modificaba el traje. Para lo que tenía que hacer, no necesitaba la luz del sol, puesto que el traje potenciador llevaba unas lámparas de trabajo. Una hondonada sombría, una grieta suficiente, una caverna fría y oscura... cualquiera de estos lugares podría ocultarle sin obstaculizar sus esfuerzos. Claro que, cuanto mejor escondido estuviese, menos al tanto estaría de la proximidad de los robots o de los asaltantes. Todo no podía tenerlo.

Mientras Derec iba explorando el helado terreno, utilizó la radio omnidireccional del traje para enviar una serie de señales equívocas. No sabía si dichas señales rebasarían el horizonte y llegarían hasta los atacantes, temiendo, en cambio, que condujesen a los robots hasta él. Pero tenía que intentarlo, tenía que darles a los asaltantes una oportunidad y un motivo para salvarle.

—Despejen el canal, Código 1. A todas las naves: Piloto en apuros solicita ser recogido. Contesten si me oyen. A todas las naves...

Finalmente, Derec se instaló en la fisura de un acantilado helado que miraba al camino por el que había llegado. Desde allí tenía una vista espléndida del territorio, salvo la parte que bloqueaban los grandes despeñaderos y los montículos. También tenía una vista despejada del cielo, desde el horizonte del noroeste al del noreste.

—Lista de diagnóstico —pronunció.

La mitad inferior de la mirilla, semejante a una burbuja, se tornó opaca y apareció una lista de subsistemas en destacadas letras amarillas. Rápidamente, repasó la lista.

—Sistema de ayuda.

Uno de los datos situado cerca de la mitad de la lista destelló dos veces, y luego, toda la lista fue sustituida por otra. De igual forma, Derec fue revisando las pantallas de ayuda, hasta que el circuito y el cableado lógico del subcontrolador llenaron media pantalla, con un conglomerado de líneas finas. Derec estudió cuidadosamente el sistema, con los labios apretados.

—Fija la pantalla —ordenó.

Era como había temido. El sistema de gobierno no era un aparato físico que pudiera desconectarse con facilidad. Había un bucle limitador en los circuitos de las servopiernas. El bucle controlaba el aparato motor del traje «No dejes que la fuerza aplicada por los impulsores exceda a una fuerza de x dinas por segundo».

Las pequeñas fuerzas aplicadas rápidamente eran aceptables, lo mismo que las fuerzas mayores aplicadas lentamente. Pero las grandes fuerzas aplicadas rápidamente, que era lo que él necesitaba, estaban prohibidas.

De haber dispuesto de más tiempo, habría podido reprogramar los subcontroladores.

Pero, en sus circunstancias, tenía que proceder a una cirugía radical. Por suerte, los trajes potenciadores estaban destinados a ser reparados sobre la marcha, práctica que había salvado la vida a más de un obrero.

Las diversas «manos» que el potenciador podía utilizar estaban localizadas en unos compartimentos abultados de los muslos del traje. Derec escogió un micromanipulador iluminado para la derecha, y un láser soldador para la izquierda.

Fue en aquel preciso momento cuando el terreno, debajo y alrededor suyo, tembló violentamente, provocando un pequeño alud de partículas de caída lenta sobre el casco del traje.

—Visor exterior —ordenó.

La burbuja volvió a transformarse en una mirilla, que dejó divisar algo que estremeció a Derec. La nave atacante había ascendido sobre el horizonte occidental. Todavía disparaban al azar, cavando surcos de destrucción en la superficie del asteroide. Quedaba muy poco tiempo.

—Desconecta el subsistema veinticuatro.

Ahora ya no podía echarse atrás. Con los controladores de las piernas a baja potencia, Derec no podía andar.

La modificación incluía quemar tres cables del circuito y fusionar un cuarto a otro circuito próximo, como un empalme. La exactitud con el pequeño láser era absolutamente crítica. Un fallo podía destruir varios circuitos y dañar permanentemente al potenciador.

Con la ayuda de la guía señalizadora del potenciador, Derec completó su labor en la pierna derecha sin contratiempos. Pero, cuando se disponía a empezar con la izquierda, las vibraciones de unas explosiones más poderosas le impidieron trabajar con la suficiente precisión. Y, mientras estaba intentando recuperar el equilibrio sobre el terreno movedizo, oyó una voz familiar.

—Derec, escucha por favor. Derec, debes dejarlo... Esto es una locura...

A doscientos metros, en la ladera del montículo del norte, había un robot. Era Monitor 5, que agitaba sus brazos y avanzaba directamente adonde se hallaba el joven. Caminaba con fluidez, sin señales visibles del daño que Derec había infligido a su pierna.

De una sola ojeada, Derec vio también el motivo de que la explosión hubiese sido más fuerte: la nave se hallaba mucho más cerca, casi sobre su cabeza, mucho antes de lo que él esperaba. Una vez más, se hallaba atrapado entre sus atacantes, que le salvarían matándolo, o los robots, que le matarían al intentar salvarle.

—¡Lárgate! —gritó Derec.

—Derec, has de volver al complejo. Aquí estás en peligro.

La nave asaltante parecía haberse dado cuenta de la presencia del robot, puesto que la llanura que había entre Monitor 5 y el acantilado donde se hallaba Derec se vio bajo una granizada de impactos de láser.

No se trataba de las armas de alta intensidad que hacían retemblar el terreno y, afortunadamente, los artilleros no apuntaban a Derec. Pero la superficie de aquella zona estaba formada casi toda por hielo y era muy volátil. Un impacto se llevó la cima del montículo detrás del robot, y otro cavó una profunda trinchera entre el robot y Derec.

El joven no creyó que los disparos detuviesen a Monitor 5 en su intento, y tenía razón. El robot se precipitó en la trinchera antes de que se disipase la columna de gas, y Derec lo perdió de vista.

No podía ocuparse del robot. Apretando los labios con determinación, continuó trabajando en el subcontrolador de la pierna izquierda. No tardó en concluir, usando la rigidez y el autocontrol corporales del potenciador en toda su capacidad. Los tres circuitos no deseados se evaporaron en leves nubecillas de metal atómico. Los dos cables paralelos se fundieron y formaron uno solo.

—¡Derec! —gritó de pronto Monitor 5—. ¡Está aquí! ¡En el hielo! ¡Lo he encontrado!

Derec levantó la vista. El fuego había cesado y no se veía rastro alguno del robot.

—Cierra los paneles —dijo el joven y después usó el conmutador de la radio—. Monitor 5, regresa a la instalación. Aquí fuera no puedes hacer nada por mí.

En aquel instante, sobre el borde de la trinchera apareció un brazo metálico, cuya mano asía un pequeño objeto plateado. Un momento después, Monitor 5 salía de ella a duras penas. Dirigiéndose hacia Derec, levantó triunfalmente el objeto plateado.

—La llave está aquí, Derec. Has de llevarla...

El triunfo del robot no duró mucho. La nave atacante era ya una masa ominosa encima de la zona. Monitor 5 apenas acababa de dar un paso, cuando el fuego láser se reanudó. Los rayos rojizos danzaban como focos de luz de un escenario sobre el hielo de la superficie.

Por un momento, pareció como si Monitor 5 pudiera escapar de la destrucción. Luego, a unos doce pasos del pie del acantilado, un láser trazó una línea terrible a través del torso del robot. Un instante más tarde, Monitor 5 desaparecía en una explosión silenciosa, una masa metálica desintegrada en una llamarada verdeazulada.

Desapareció... mas no por completo. La explosión envió piezas volando en todas direcciones. Una de las mayores, girando tan velozmente que Derec no acertaba a saber de qué se trataba, llegó rodando hasta él. Chocó contra el suelo y se paró. Derec vio entonces lo que era el brazo derecho de Monitor 5, desde el hombro articulado a los dedos.

Y todavía asía con éstos el brillante objeto plateado; un paralelepípedo de unos cinco centímetros por quince, o sea el tamaño de un controlador remoto, o un cartucho de memoria. ¿Podía ser este objeto lo que los robots habían buscado constantemente de manera tan obsesiva? Y, en tal caso, ¿por qué la última acción de Monitor 5 había sido intentar entregárselo a él?

Derec vaciló un instante. Intentar recuperar aquel objeto era correr un riesgo adicional, en una empresa ya peligrosa de por sí. DE todos modos, sabía que le era imposible dejarlo allí. Retirando los manipuladores especializados de los brazos del potenciador, Derec volvió a colocar las garras de propósitos generales.

—Sistema de fuerza veinticuatro —ordenó, y el único piloto rojo del cuadro de mandos se cambió al verde.

Su descenso por la ladera hacia el sitio donde descansaba el brazo era, a lo más, una caída controlada. Con las servopiernas inutilizadas, no podía controlar el ritmo de sus pasos. Sin embargo, llegó al objetivo, recogió el brazo y el artefacto con la mano derecha y apretó la garra.

Se incorporó y levantó la vista para calcular la distancia y el ángulo hasta la nave asaltante. Levantó los pies de los sensores de control y el traje se contrajo con un crujido. Golpeó con fuerza con los pies, y las poderosas piernas del potenciador empujaron con toda su energía, sin restricciones. Como una diminuta nave espacial, el potenciador despegó de la superficie del asteroide, transportando a Derec hacia la nave asaltante. «De una manera o de otra, subiré a bordo...»

De pronto, toda la superficie del asteroide se estremeció y se elevó en una gran convulsión. Los robots habían hecho funcionar al fin su autodestructor, y la explosión envió una granizada de fragmentos al aire, como metralla espacial.

Casi inmediatamente, las armas de la nave asaltante entraron en acción. Al principio, Derec pensó que le apuntaban a él, intentando abatirle antes de que se perdiera entre el diluvio de hielo y rocas que surgía del asteroide. Después, vio que los artilleros más bien apuntaban contra los residuos del asteroide, los fragmentos más pequeños y veloces del cual ya le estaban sobrepasando.

Fuese cual fuese su objetivo, el efecto fue el mismo cuando estaba a un centenar de metros de la parte más próxima de la nave y empezaba a buscar un lugar donde asirse con la mano libre, el peto delantero del potenciador en forma de burbuja se iluminó con una luz azulada que se extendió en todas direcciones como algo vivo.

Derec experimentó un gran entumecimiento en sus extremidades y perdió la noción de sus sentidos. Apenas tuvo tiempo para pensar «¡Otra vez no!», antes de que la luz se apagase y la oscuridad se apoderase en él una vez más.

Pese a todo el tumulto que le rodeaba cuando perdió el conocimiento, Derec volvió a la vida tranquila y fácilmente. Ignoraba cuánto tiempo había estado inconsciente, pero tenían que haber sido algunos minutos. Ya no estaba en el exterior de la nave alienígena. En realidad, tampoco estaba dentro del traje potenciador. Se hallaba tendido de espaldas sobre una tabla, mirando un techo lleno de puertecitas.

Apoyándose en los codos, Derec estudió lo que le rodeaba. Era una habitación angosta, casi un corredor. Las largas paredes estaban llenas de puertas

—¿pequeños depósitos? —, y a cada extremo había una salida... o al menos una elipse metálica, bastante alta, que podía ser una salida.

Derec no pasó mucho tiempo pensando en las salidas ni en el contenido de aquellos depósitos. Un animal grueso, cubierto con un pelaje dorado, moteado de marrón, se hallaba sentado sobre sus ancas, bastante cerca, contemplando a Derec. El joven pensó en un perro, semejante a un San Bernardo enano, con los ojos alerta de un lobo. Pero la cara era demasiado plana, las orejas demasiado altas y erguidas, y las patas delanteras no terminaban en garras, sino en unos dedos como salchichas, de piel gris.

Fuese lo que fuese, Derec no había visto nunca un ser como aquél. Moviéndose lentamente, para no alarmar a la criatura, Derec se incorporó. Al hacerlo, el extraño ser dio un paso al frente y ladeó la cabeza.

—¿Tú estar bien? —preguntó, con una voz gutural.

Derec no habría estado más asombrado si aquel ser, de repente, se hubiese convertido en una mariposa. No sólo hablaba, sino que lo hacía en Estándar, aunque imperfectamente.

—Creo... creo que sí —tartamudeó Derec.

—Esto ser bueno —asintió la criatura—. Aranimas estar contento. No querer tú herido.

—La mejor manera de no herir a la gente es no disparar contra ella.

—Si haber nosotros disparado contra ti, haberte tocado —replicó el alienígena enseñando unos dientes con una mueca que podía haber sido una sonrisa o una amenaza.

Aunque el mensaje era confuso, había un lenguaje corporal que resultaba más claro. Que el alienígena estuviese como agazapado, le hizo pensar a Derec que aquel ser podía saltar con gran rapidez para atacarle. Sentado, él se hallaba en desventaja, tanto en agilidad como en alcance, cosa que sintió agudamente cuando se encontró con la mirada del alienígena. Los ojos de ambos estaban al mismo nivel, pero Derec sintióse amenazado, intimidado.

Moviéndose siempre con lentitud, Derec se apoyó en la pared que tenía detrás y se puso de pie. La única reacción del alienígena fue levantarse también. Ya los dos de pie, las puntas de las orejas erguidas de la criatura llegaban al pecho de Derec, y el consuelo psicológico de ser más alto le tranquilizó.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Un amigo... —fue la respuesta—. ¿Qué más necesitar tú saber?

—Hay ciento cuarenta mundos colonizados y en ninguno de ellos hay nadie como tú.

—De donde yo venir haber doscientos mundos colonizados y en ninguno ver yo nadie como tú —replicó el alienígena, volviendo a mostrar la mueca. Esta vez, pareció una sonrisa, y Derec decidió que lo era—. Irnos. Aranimas esperar.

—¿Quién es Aranimas?

—Aranimas ser jefe de la nave. Tú verle —añadió el alienígena, dando media vuelta y dirigiéndose a la puerta más lejana.

—Espera —le detuvo Derec—. ¿Cómo te llamas?

El alienígena se detuvo y volvió a dar media vuelta. Abrió la boca y de la misma surgió un alud de sonidos que no se hallaban en ningún alfabeto humano... como unos gruñidos puntuados con un sonido sibilante, y otros sonidos como burbujas al estallar. Después, el alienígena sonrió una vez más.

—¿Poder pronunciarlo?

—No —confesó Derec.

—Yo ya saberlo. Vamos. Irnos. No ser prudente que Aranimas esperar...

A un paso brioso y saltarín, el alienígena condujo a Derec a través de otros tres compartimentos idénticos a aquel en que se había despertado. Derec se preguntó brevemente acerca de la relación entre su acompañante y el diseño de la nave en que estaban. Los pequeños depósitos se hallaban muy altos, y Derec dudó de poder llegar a ellos, incluso saltando. A menos que el alienígena caninoide fuese tan ágil y trepador como un primate terrestre necesitaría una escalerilla para sacar lo que contenían.

«Un uso eficiente del espacio... y un diseño ergonómico terrible» pensó Derec críticamente.

Llegaron a una habitación hexagonal en la que apenas cabían los dos de pie. Era como un cubículo en la intersección de los corredores, y cada pared contenía una puerta idéntica a la otra. El alienígena se detuvo para que Derec se le reuniese, y después continuó avanzando.

—¿Adónde conducen las otras puertas? —indagó Derec.

—No poder decirlo.

Más allá del cubículo, el interior de la nave tenía un carácter distinto. También había allí muchas paredes y espacios reducidos, pero las paredes eran de una trama áspera, casi como alambrada, o poseían unas ranuras semejantes a ventanas. Tanto el entramado como las ventanas proporcionaban largas líneas de vista y la sensación, no de pequeños espacios, sino de uno grande, muy concurrido y atareado.

El mayor espacio dentro de la nave parecía hallarse directamente al frente. Atisbando por encima del hombro del alienígena, Derec vislumbró una especie de centro de control, y una figura sentada al panel de mandos, de espaldas a ellos. La figura tenía algo familiar y humano, y al mismo tiempo algo equívoco y perturbador.

Tan pronto como el caninoide le llevó al centro de control, Derec comprendió por qué captaba estas sensaciones contrapuestas, y para quiénes, o para qué, habían sido diseñados aquellos depósitos. El alienígena sentado a la consola era decididamente humanoide, y Derec lo hubiese descrito en términos muy humanos, como de construcción esbelta, cuello delgado, cabeza casi sin pelo y piel pálida.

Pero, incluso sentado, Aranimas era tan alto como Derec, poseía la extensión de brazos de un cóndor. Toda la consola en forma de herradura, con una anchura de tres brazos humanos, se hallaba dentro del alcance cómodo del humanoide.

Más allá, por encima de Aranimas, había una pantalla enorme y curvada, en la que se proyectaban ocho vistas diferentes de la superficie del asteroide. Superpuestas a casi todas ellas había unas líneas azules de posición en forma de parrilla, y unos caracteres

pequeños que Derec tomó por números. Algunos de los caracteres cambiaban constantemente, y otros parecían cambiar en respuesta a los movimientos de las manos de Aranimas sobre la consola, y a la interminable serie de explosiones y aludes en la superficie del asteroide.

—Praxil, denofah, praxil mastica —decía Aranimas, por una especie de micrófono—. Deh feh opt spa, nexori.

Derec dio un paso al frente.

—¿Aranimas?

El alienígena volvió ligeramente la cabeza a la izquierda y Derec experimentó un escalofrío. Los ojos de lagarto que le observaban estaban insertos en unas cuencas que sobresalían a cada lado de la cabeza. Desde atrás, Derec había confundido los bultos de los ojos con las orejas.

—Chist! —siseó nerviosamente el caninoide, asiendo la mano del joven y tirando de él—. No interrumpir al jefe. Él te hablar cuando terminar.

Aranimas reanudó su tarea y siguió hablando. Derec tuvo la impresión de que daba órdenes, reñía, animaba, asignaba objetivos y escalonaba a sus artilleros. En la superficie del asteroide no se movía nada, pese a lo cual la destrucción continuaba.

Al cabo de unos minutos de contemplación, Derec no se pudo reprimir.

—Ahí abajo ya no queda nada —exclamó—. Los robots lo han volado todo. ¿Por qué continúas disparando?

—Prrráctica —respondió Aranimas.

Su voz era muy chillona y arrastraba las «r».

Transcurrieron otros diez minutos, mientras se desperdiciaban millones de vatios de energía inútilmente, contra un mundo inerte, sin vida. Aranimas, luego, pasó un dedo por una hilera de botones y la pantalla quedó en blanco.

—Rijat dijo Aranimas. Giró su silla—. ¿Cómo te llamas?

—Derec.

Sólo uno de los ojos de Aranimas le estaba mirando, en tanto el otro vagaba al azar. Derec no lograba imaginarse cómo era posible ver el mundo de este modo. ¿Se movía acaso el cerebro del alienígena entre las dos vistas, como un director eligiendo el mejor plano? ¿O integraba las dos imágenes en una sola?

—El aparato que usaste para atacar mi nave —preguntó Aranimas—, ¿qué era?

—Un traje potenciador de trabajo —explicó Derec—, y alterado para que las servopiernas actuaran a plena potencia. Pero no te ataqué. Estaba huyendo.

El ojo de Aranimas giró al frente y se enfocó en el joven.

—¿Eras un prisionero?

—Llegué al asteroide en una cápsula de supervivencia. Los robots me encontraron y no me dejaron marchar. Tuve que robarles ese equipo para poder escapar.

—¿Y de dónde venías antes de llegar aquí?

—No lo sé —Derec frunció el ceño—. No recuerdo nada de mí vida anterior.

—No mentir a él —susurró el caninoide—. Enfurecer hacerle esto.

—No le miento —se indignó Derec—. Por lo que sé, hace cinco días yo no existía. Y esto es todo lo que sé respecto a mí.

Mientras Derec hablaba, Aranimas metió una mano entre los pliegues de sus ropas y extrajo un pequeño estilete dorado. Al verlo, el caninoide se encogió y se apartó unos pasos.

—¡Oh, no! —gimió—. Demasiado tarde...

Aranimas apuntó el estilete al costado de Derec y una luz azulina empezó a bailar sobre toda la superficie de la mano del joven, el cual chilló de dolor y cayó de rodillas. Era como si hubiese metido la mano en un horno rugiente, salvo que la piel no quedaba destruida,

ni las terminales nerviosas insensibilizadas. El dolor continuó de manera interminable, minando sus energías hasta que los chillidos ya no tuvieron fuerza para salir de su garganta.

—Conozco algo de las reglas que gobiernan a los robots y los humanos —manifestó tranquilamente Aranimas, mientras Derec se retorció en el suelo—. Los humanos construyeron los robots para que les sirvieran. Los robots siguen las directrices de los humanos. Si tú eras el único humano de ese asteroide, está claro que los robots estaban bajo tu mando, y servían a tu propósito.

Aranimas apuntó el estilete hacia el techo y el resplandor azul desapareció. El dolor también dejó de atormentar a Derec, excepto en su memoria. El joven quedó tendido de lado, aspirando el aire a grandes bocanadas.

—Sabré quién eres y lo que sabes respecto al objeto que trajiste a bordo

—continuó Aranimas quedamente—. Para que termine tu dolor, sólo tienes que decirme la verdad.

Su cara era tan inexpresiva como su estridente voz. Aranimas apoyó el estilete en Derec una vez más.

CAPÍTULO 8

PRUEBA DE LEALTAD

En un momento dado, el dolor concluyó. Pero, por entonces, Derec no estaba en condiciones de saber con claridad por qué Aranimas había interrumpido la tortura. Sólo sabía vagamente que el alienígena se había marchado, y que era arrastrado fuera del centro de control por el caninoide.

Incapaz de resistirse ni ayudar, Derec fue conducido a otra sección del compartimiento subdividido, donde le dejaron sobre una tabla tapizada con un material blando. Allí permaneció alternando períodos conscientes e inconscientes, a veces enterado de que el caninoide estaba acurrucado solícitamente a su lado, sabedor otras de su estado confuso y cansado.

En uno de sus momentos de lucidez, vio que el alienígena le acercaba una taza de un líquido claro, y se incorporó sobre un codo.

—Tú mejor decir a Aranimas lo que él querer saber —susurró el caninoide, ofreciéndole la bebida.

Derec inclinó la cabeza adelante para alcanzar la taza. La mano derecha le temblaba incontrolablemente, por lo que tuvo que usar la izquierda para sostener el recipiente mientras sorbía el líquido frío. Estaba dulce como la miel y aportó cierto alivio a su garganta.

—¿Crees que los humanos somos tan resistentes? —gruñó después—. Si supiese algo ya se lo habría dicho en los cinco primeros minutos. Si sigue atormentándome con ese artefacto, me matará. ¿Por qué no me cree?

El caninoide miró temerosamente a su alrededor antes de responder.

—¿Conocer tú a los narwe?

Derec no sabía si el nombre pertenecía a una especie o a unos individuos, aunque esto poco importaba.

—No.

—Aranimas sí conocer a los narwe. Los narwe haber de obligarlos a ser honestos. Si tú hacer una pregunta a un narwe, él mentir o fingir no entender la pregunta, o que olvidar la respuesta. Torturar bastante a los narwe y siempre contestar.

—¡Yo no soy un narwe! —protestó Derec—. ¿Es bastante estúpido como para no verlo?

—Aranimas piensa tú usar el truco de los narwe —observó el caninoide—. Además, Aranimas estar muy enfadado.

—¿Por qué está enfadado conmigo? No le he hecho nada.

—Cuando Aranimas enfadar, todo el mundo estar en peligro —replicó el alienígena—. Los artilleros no deber destruir nido de robots.

—No lo destruyeron. Lo hicieron los mismos robots.

—No importa, Aranimas desear capturar robots para trabajar para él.

Derec cerró los ojos y se recostó en la tabla.

—Temo que no quede ninguno por capturar.

—Aranimas ir a ver qué poder salvar —explicó el caninoide—. Si no ser mucho, él peor cuando volver.

—¿No puedes ayudarme? —le suplicó Derec—. Tú me crees, ¿verdad?

—Mi trabajo no es creer o no creer —el caninoide hizo un gesto como encogiéndose de hombros. Añadió— No poder ayudar a tú.

Lanzando un suspiro, Derec se recostó más en la tabla y cerró los OJOS.

—Entonces, me matará, porque no puedo decirle nada. Y tal vez no sea mala cosa. El caninoide cogió la taza de la mano de Derec y se irguió en toda su estatura.

—Pensamiento narwe perfecto. No permitir que Aranimas oírlo.

Derec se dio cuenta del regreso de Aranimas cuando el alienígena le agarró por el brazo y le obligó a sentarse con gran rudeza.

—Ya es hora de que dejemos los juegos —gruñó Aranimas—. Me estoy impacientando.

—No estamos jugando —objetó Derec—. Vosotros, por lo visto, tenéis ideas muy extrañas respecto a los juegos. Recuérdame que no juegue a la ruleta rusa contigo. Al oír esto, el caninoide, que estaba agazapado en el umbral a unos metros de distancia, cerró los ojos y meneó la cabeza. La respuesta de Aranimas fue buscar el estilete.

—Aguarda —le detuvo Derec, levantando la mano—. No necesitas usar esto.

—¿Has decidido compartir conmigo tus conocimientos?

—Siempre he estado dispuesto a ello. Pero tú no has querido lo que puedo ofrecerte.

—Quiero saber quién eres, y lo que sabes del objeto que trajiste a bordo —se obstinó Aranimas.

Derec se deslizó de la tabla y se levantó. Aranimas seguía siendo más alto que él, pero aún así se sentía mejor estando de pie.

—Lo cierto es que tú sabes tanto como yo respecto a quién soy, y no me sorprendería que también supieses más que yo acerca de esa cajita plateada. Pero hay algo de lo que yo sé más que tú, y es de robots. ¿Cómo fue tu exploración?

Uno de los Ojos de Aranimas miró torvamente al caninoide, que encogió sus hombros y se apartó del umbral.

—Sólo han traído fragmentos —confesó Aranimas—. Tus robots se destruyeron con gran eficacia.

—No eran mis robots —negó Derec—. Pero ¿por qué no me enseñas esos fragmentos?

Aranimas bajó los brazos a los costados y masajeó lentamente sus rodillas con las manos, mientras reflexionaba sobre la propuesta del joven.

—Sí —asintió al fin—. Sería una buena prueba de tus intenciones y de tu utilidad. Me construirás un robot.

—¿Qué? —exclamó Derec, con una súbita palidez en las mejillas.

—Si realmente ignoras quién eres, no tienes que demostrar lealtad ni obligaciones hacia otros amos. Cuando me hayas construido un robot servidor, sabré que has aceptado servirme a tu vez.

Derec comprendió que no era el momento más apropiado para pronunciar un discurso respecto a la libertad y las elecciones de amos y, no obstante, seguía sin poder aceptar plenamente los términos de Aranimas.

—¿Y si no puedo construir un robot con los elementos de que dispones? —objetó—. Dije que sabía mucho de robots. No dije que fuese capaz de fabricar uno sólo con buenas intenciones. Necesito ciertas piezas clave...

—Si fracasas, sabré que no puedo fiarme de ti, o que no me sirves para nada

—concluyó Aranimas—, de manera que no deberé desperdiciar provisiones valiosas para mantenerte con vida.

Derec tragó saliva.

—¿A qué estamos esperando? Muéstrame tu inventario.

Aranimas no había minimizado el problema cuando calificó de «fragmentos» lo que sus basureros habían recuperado del asteroide.

«Esto no son más que deshechos», se dijo Derec, cuando estuvo en el sollado de la nave, examinando el botín recogido por los atacantes. La pieza más grande intacta era la que el propio Derec había

subido a bordo el brazo del Monitor 5. La siguiente era la articulación de la rodilla de un Supervisor. Era posible que también perteneciese a Monitor 5.

Ninguna otra pieza era mayor que la palma de la mano de Derec. Un regulador chamuscado, un sensor óptico con una lente rajada, pedazos de formas estructurales como trozos de cerámica rota. Derec no dispondría de cerebros positrónicos ni de células de energía de microfusión, dos elementos absolutamente indispensables.

«Ní todos los caballos de la Corona y todos los hombres de la Corona no podrían volver a conJuntar los robots», pensó, parodiando a Shakespeare.

—¿Es esto todo lo que tienes? —inquirió, desanimado.

Afortunadamente, no era todo. En uno de los corredores de almacenamiento le enseñaron dos alacenas altas, cada una de las cuales contenía un robot casi intacto.

—Ya veo que esto no es un capricho nuevo para ti —observó Derec, avanzando para examinar la colección.

Los nuevos robots pertenecían a un diseño doméstico. Sabría más acerca de ellos, de dónde eran y en qué los habían utilizado cuando estudiara con microescáner las placas con números de serie que se encontraban en diversos puntos de los cuerpos de los robots. Estaba claro, por tanto, que él no era el primer humano que los asaltantes habían encontrado.

En conjunto, había las piezas suficientes en buen estado para construir un robot y medio. Uno de los robots no tenía cabeza, y el aro montado en el cuello estaba torcido y deformado. Esto le dijo

algo a Derec respecto a las circunstancias en que habían sido adquiridos los robots.

Más importante por el momento era que sólo hubiese un cerebro positrónico. Y sin garantías de que funcionase. La parte superior del cuerpo del otro robot estaba destrozada en el pecho, como por el proyectil de alguna arma, y la zona del hombro derecho se hallaba rasgada, como medio fundida por un calor intenso. Esto daba pocas esperanzas sobre el estado de los componentes clave localizados en el torso, pero virtualmente garantizaba que la zona del cerebro no había sido dañada.

Bien, al menos tenía algo con qué empezar a trabajar y, al menos, una oportunidad de éxito. Derec salió de las alacenas y se volvió hacia Aranimas.

—¿Qué tenéis aquí para utilizar como laboratorio? —preguntó, con una animación más fingida que real—. Estoy listo para empezar mi tarea.

—Te concederé esa oportunidad —asintió Aranimas con gravedad.

Responder a la pregunta de Derec respecto a un sitio donde trabajar significó internarse en el intrincado laberinto de la nave asaltante.

Al revés que en el interior del asteroide, Derec halló imposible conservar el menor sentido de la orientación. Había demasiadas revueltas, pocas líneas visuales, y aún menos referencias. Finalmente perdió la pista de donde estaba en relación con el centro de mando.

Pese a hallarse perdido, Derec continuó recogiendo información útil a cada paso.

Aprendió que las diferentes secciones de la nave poseían atmósferas distintas, y que los corredores de almacenaje actuaban como enlace entre ellas. En una sección, algo en el aire le puso a Derec como una bola peluda en la garganta. En otra, unas lágrimas amarillentas resbalaron de los ojos de Aranimas. Sólo el caninoide parecía estar a gusto en todas las atmósferas.

La nave no sólo era un laberinto, sino también un zoo, donde convivían al menos cuatro especies de seres vivos. Derec vio a cinco humanoides como Aranimas, todos de alto rango, a juzgar por sus actividades. Curiosamente, el caninoide parecía ser el único de su especie a bordo.

Más numerosos eran los narwe, de rostro enjuto, a varios de los cuales les había ordenado Aranimas que transportasen las piezas de los robots. Los narwe eran unos bípedos bajos, casi calvos, con unas protuberancias en el cráneo semejantes a falsos

cuernos, lo que les daba un aspecto feroz y formidable. Mas esto era solamente pura fachada, puesto que tanto Aranimas como el caninoide maltrataban y azuzaban a los narwe sin el menor temor.

La cuarta especie era la más interesante y la más esquivada. Dentro del compartimiento donde los ojos de Aranimas lagrimearon, Derec tuvo un vislumbre de un ser extraño, con cinco extremidades, que podía agarrarse a las paredes, no muy diferente de una gigantesca estrella de mar. Se retiró cuando ellos se acercaron, y, cuando Derec y su acompañante llegaron al sitio que había ocupado, el extraño ser ya había desaparecido. Fascinado como estaba Derec ante aquel desfile de biología alienígenas, también estaba preocupado por estar en contacto casual con ellos. Sabía que su propio cuerpo era el anfitrión de una rica comunidad biótica. Bacterias, virus, hongos y parásitos. Ignoraba si los alienígenas eran muy distintos de él. Y esperaba que lo fuesen extraordinariamente, puesto que, cuanto más semejante fuese su estructura fundamental, tanto mayor sería el riesgo de que su propia simbiosis pudiera perjudicarles o la suya dañarle a él.

Sólo podía esperar que Aranimas hubiese tomado precauciones, o que las mismas no fuesen necesarias. Fundaba esa esperanza en el hecho de que los asaltantes ya habían tenido, evidentemente, contactos anteriores con los humanos. Los robots basureros y el conocimiento que los alienígenas tenían del lenguaje Estándar lo demostraban.

Claro que éste era otro misterio que añadir a la lista. Derec estaba seguro de que los seres humanos nunca habían encontrado ni siquiera una forma de vida alienígena inteligente, y mucho menos cuatro de ellas. Para comprender la política interplanetaria había que saber historia y economía, pero no xenobiología.

¿Significaba la presencia de los asaltantes que él se hallaba en los límites del espacio humano? ¿O era que se había clasificado como secreto de estado la existencia de tales contactos, apta sólo para los que tenían necesidad de conocerlos? ¿Qué eran los asaltantes piratas, exploradores o pioneros? ¿Habían venido a buscar lo mismo que durante tanto tiempo estuvieran buscando los robots? Y, después de encontrarlo, ¿lo estaban trasladando a sus regiones, o a la del propio Derec?

Éstas eran cuestiones de graves consecuencias. Las tensiones ya eran muy fuertes entre la Tierra y los Espaciales, sin que otros factores distorsionasen aún más el cuadro. Un ataque como el que Derec había presenciado, dirigido contra uno de los muchos mundos humanos sin una red de defensa planetaria, podía provocar una guerra.

Lo cual le recordó a Derec el extraño artefacto plateado. Si era tan importante como daba a entender la búsqueda llevada a cabo por los robots, era entonces demasiado importante, demasiado poderoso para que quedase en manos de los alienígenas. Y, por más que odiase tener que pensar en los problemas de los demás, aparte de los suyos propios, Derec tenía la obligación de obtenerlo para la humanidad.

Por suerte, el laboratorio estaba situado en una sección de atmósfera normal, aunque el aire tal vez fuese demasiado caliente y seco. Mientras Aranimas se instalaba en una silla y supervisaba la disposición que los narwe realizaban de las piezas robóticas esparcidas por el suelo, Derec revisó el banco de trabajo y los estantes de la pared, con el caninoide pegado a sus talones, para responder a sus preguntas. Cuando hubo terminado, los narwe se habían marchado.

—Ve explicando cada paso a medida que lo ejecutes —le ordenó Aranimas, cruzándose de brazos, en señal de espera indefinida.

—¿Intentas quedarte aquí, vigilándome?

—Quiero aprender lo que tú sabes.

—Entonces, espero que poseas grandes dosis de paciencia —replicó Derec.

—Según tu historia, tardaste muy poco en convertir un artículo de tela —se refería al traje potenciador—, en un sistema de escape a propulsión. Y esto de ahora debe requerir menos tiempo, puesto que sólo necesitas transformar un robot aprovechando otro.

—Bromeas ¿verdad? —exclamó Derec, alzando los brazos al cielo—. Ni siquiera estoy seguro de poder construir el robot, y mucho menos en un par de horas.

—Aclara el problema.

Derec se tragó una carcajada. Con la esperanza de aflojar el nudo que Aranimas le había puesto al cuello, había estado ensayando una serie de excusas que el equipo no era el más adecuado, que era demasiado tosco... cualquier cosa que apaciguase las esperanzas de Aranimas.

Pero ahora su desaliento era real, no fingido. Había estado dispuesto a trabajar con instrumentos diseñados para manos no humanas, y también a tener uno de los alienígenas junto a sí para ayudarle con tales instrumentos, pero no lo estaba para actuar sin lo que él juzgaba elementos básicos.

—El problema estriba en que no posees los instrumentos adecuados —explicó Derec—. Necesito un banco de diagnóstico, ordenadores analizadores, unos micromanipuladores... Aquí tampoco hay nada que se parezca a un diseñador de chips o a un trazador de circuitos...

Mientras hablaba, se daba cuenta de que no hubiese debido sorprenderse. Aranimas no se sentiría tan curioso acerca de los robots; no habría necesitado que Derec los reparase, si la cultura que representaba hubiese sido capaz de fabricarlos. El hecho de que los asaltantes utilizasen artilleros en vez de sistemas de autodisparo hubiese debido darle la pista de que la tecnología informática de los alienígenas era muy deficiente.

—Te traerán todos los instrumentos de que disponemos —le aseguró Aranimas, levantándose—. Descríbele lo que necesitas a Rrullf... —la versión abreviada del nombre del caninoide, hecha por Aranimas, era casi impronunciable—, y ella te los traerá o te llevará a ellos.

«¿Ella?» Derec miró muy sorprendido al caninoide. «Muy interesante».

—Gracias —le dijo a Aranimas, y empezó a salir del laboratorio.

En el mismo instante, un millar de avispas se instaló entre sus omóplatos y empezó a aguijonearle salvajemente. Jadeante, doblándosele las rodillas, se asió al borde del banco de trabajo para no caer al suelo. No necesitó mirar para saber que Aranimas le había apoyado el estilete en la espalda.

—No cometes el error de querer engañarme —le advirtió el alienígena fríamente, mientras el dolor hacía presa firme en el joven—. Soy un ignorante de tu arte, pero no soy tonto.

—Yo... yo...

—Ahórrate tus palabras de disculpa —le atajó Aranimas, en tanto huían las avispas—. Y enséñame los resultados.

Doblado sobre el banco de trabajo, Derec volvió la cabeza a tiempo de ver a Aranimas guardándose el estilete en el bolsillo reservado a tal efecto.

—De acuerdo, jefe —asintió Derec, tragándose el nudo de la garganta.

Cuando Aranimas se hubo marchado, el caninoide torció la cara en una mueca macabra.

—Tener tú suerte de que Aranimas desear tanto un robot. O si no, tú estar ya muerto ahora.

—Gracias por tus palabras de consuelo —replicó Derec secamente—. ¿Para qué quiere los robots?

—¿No poder figurártelo? Aranimas desear sustituir los narwe por robots. Aranimas estar harto de las escenas de llanto de los narwe.

—¿Saben esto los narwe?

—Narwe portarse mejor desde que Aranimas decirles su intención —explicó el caninoide—. ¿Qué necesitar tú para trabajar?

Pero Derec estaba pensando en otra cosa. El caninoide le trataba de una manera que podía calificarse de amistosa, y ésta era la mejor perspectiva de tener un aliado en la nave. Si tenían que trabajar juntos, ya era hora de que Derec dejase de pensar en el caninoide como en un animal, y lo considerase un ser femenino.

—Lo primero es lo primero. No puedo pronunciar tu nombre con la facilidad con que lo hace Aranimas...

—Es una especie de dialecto Estándar.

—... pero he de llamarte de alguna manera. ¿Te gusta Wolruf?

—No es mi nombre, pero cuando tú pronunciarlo yo saber que llamarme a mí.

—Es lo único que necesitaba saber. Wolruf, he de leer una escritura muy fina. ¿Tienes algo que me ayude?

—Lo buscaré —prometió Wolruf.

El escáner de aumento que Wolruf le trajo era un instrumento de inspección. Estaba equipado con una pantalla, no un ocular, con foco fijo y un campo visual reducido. Pero la luz incidental de la abertura iluminaba perfectamente las finas muescas del número de serie grabado, y esto compensaba la falta de otros elementos importantes.

Siempre con Wolruf al lado, Derec examinó las quince líneas de datos.

—¿Lees también Estándar? —le preguntó Derec.

—No —respondió Wolruf—. Decirte yo un secreto a tú. Yo aprender Estándar para no oír a Aranimas maltratar mi lenguaje.

Derec se echó a reír, y el sonido sobresaltó a Wolruf.

—Estoy examinando las señales de identificación de uno de los robots —le explicó Derec. Luego añadió—: Las mismas me dirán varias cosas que me ayudarán a reparar los daños. El nombre del fabricante, el modelo, la fecha de inicialización, los parámetros de clasificación...

Continuó algún tiempo con sus explicaciones, llenándolas del mayor número posible de términos técnicos, con la esperanza de resultar abierto y colaborar, si bien en realidad no aclaraba nada.

No mencionó que, si el robot procedía de la Tierra, las muescas también le dirían a quién pertenecía, ni que las tres líneas secretas de símbolos situadas en el fondo de la pantalla eran los códigos de acceso a la programación y a la secuencia de inicialización, las claves que le permitirían hacer algo más que reparar el robot. Modificar su programación.

—¿Qué decir todo esto?

—Es un modelo Ferrier EG —explicó Derec, leyendo las muescas—. Clasificado como sirviente («...y para la defensa personal un robot guardaespaldas», añadió para sí). La fecha de inicialización... Año Estándar 83...

Estudió unas cuantas palabras más y se quedó estupefacto.

—¿Qué tener tú? —quiso saber Wolruf—. ¿Pasar algo?

—No —logró articular Derec—. El robot estaba inscrito en Aurora.

—¿Ser uno de tus mundos?

—Sí.

—¿Ser esto importante?

—No —mintió Derec—. Examinemos el otro.

Pero s~ era importante, y las manos le temblaban cuando cogió el escáner y se puso de pie. Se acordaba de Aurora. Se acordaba del Mundo del Amanecer. No sólo de las cosas archisabidas que; era el primer mundo espacial y el más preminente de todos, que albergaba el reputado Instituto de Robótica, de donde habían salido los grandes adelantos en ciencia robótica...

No, como un rayo de luz desgarrando el telón negro del pasado, Derec recordaba a Aurora como un lugar donde había estado. Destellos de un aeropuerto espacial, una ciudad jardín, una campiña pastoral... Él estaba relacionado con Aurora de un modo u otro, y de un modo lo bastante fuerte como para que aquel solo nombre tuviese la fuerza suficiente para derribar la pared que le separaba del pasado.

Al fin sabía algo de sí mismo. Había estado en Aurora. No era toda una biografía, pero era un principio.

CAPÍTULO 9

ALIADO

Sin banco de diagnóstico ni ordenador analizador a su disposición, Derec no podía hacer otra cosa sino activar el robot y confiar en las capacidades de autodiagnóstico del mismo. Mas, antes de llegar tan lejos, tenía que ensamblar un verdadero rompecabezas.

El robot que carecía de cabeza pertenecía a la serie EX, si bien las diferencias con el otro no afectaban a las piezas que Derec necesitaba para conjuntar el EG. Los sistemas activos —al contrario que la parte puramente estructural— de cualquier robot de producción en masa eran modulares y serializados. No habría sido posible, de otra forma, fabricarlos económicamente. Por eso, la célula de energía de microfusión del EX, del tamaño de un riñón humano, podía sustituir a la dañada del EG.

Pero el conector de montaje de la célula de energía, que contenía

la interfaz para recibir el impulso primario de aquélla, también se había dañado en la lucha que estropeó al robot. Lamentablemente, el conector no estaba diseñado para una sustitución independiente, sino que parecía unido a todos los componentes interiores del torso del EG, y no por medio de los debidos campos micromagnéticos. El fabricante se había decidido por la alternativa de soldaduras sónicas, más baratas.

A causa de la falta de instrumentos apropiados, cambiar el conector era un desafío.

Derec estuvo trabajando en el conector averiado del interior del EG, y después usó su experiencia, tan penosamente lograda, en montar el conector indemne en el hueco de Jado por el otro. Sólo esto le llevó más de dos horas. Pero, una vez hubo terminado, tardó menos de dos minutos en cambiar las células de energía.

Por desgracia, con esto no se acababa el asunto. En todos los modelos Ferrier, la biblioteca de programas básicos que utilizaban los robots se hallaba contenido en unos cubos de memoria reemplazables, situados en un compartimiento JustO detrás de la clavícula. La extensiva memoria positrónica del robot estaba reservada absolutamente para el asunto de aprender gracias a la experiencia.

Desde el punto de vista del fabricante, ese arreglo significaba que los cerebros positrónicos no tenían que estar especializados según las funciones asignadas a los robots. Desde el punto de vista del propietario, ello significaba que su inversión estaba protegida contra el desfase o las necesidades cambiantes.

Pero desde la perspectiva de Derec, ello significaba un problema. El robot falto de cabeza tenía cinco encajes para cubos de memoria, cuatro de ellos ocupados. En el EG, el número era de siete y cinco. Pero los dos encajes vacíos y tres de los ocupados habían recibido el impacto que había dañado el sistema de energía.

No podían repararse ni reemplazarse. Lo peor, no obstante, era que Derec se veía obligado a emplear uno de los dos encajes que funcionaban para un cubo del sistema Estándar, sin lo cual el robot no sabría nada de su estructura y su función. Tenía cinco cubos llenos de datos y rutinas lógicas, y sólo podía usar uno de ellos. Eventualmente, Derec se decidió por el cubo de las matemáticas, guardando el de la Defensa Personal para su posible empleo en el futuro.

El inventario hecho por Derec sobre los daños visibles del robot incluía unos cables cortados que paralizaban el brazo derecho y el navegador tenía averiado uno de los giróscopos duales. Restauradas la energía y las rutinas de trabajo, sólo quedaba por resolver una parte realmente crítica: el cerebro positrónico.

En apariencia, el cerebro era una masa de tres libras de platinoiridio. En funcionamiento, era el lugar de almacenamiento de las potencias positromotivas fundamentales que gobernaban la actividad del robot, de las potencias temporales que representaban el

pensamiento y la decisión, y de las memorias que representaban la experiencia aprendida.

Derec esperaba que las memorias fundamentales no estuviesen dañadas, como hubiera sucedido si el cerebro hubiese estado expuesto a una gran radiación. No existía ninguna esperanza de salvar la experiencia básica del robot. La microcélula de energía direccional, utilizada para refrescar las memorias cuando el robot estaba en servicio, se había agotado hacía largo tiempo, y las memorias estarían destruidas. El robot no recordaría nada de sus funciones anteriores. Pero, si el cerebro estaba ileso, funcionaría normalmente una vez reinicializado.

«Igual que yo...»

Con el equipo que tenía a mano, la única forma de comprobar el estado del cerebro positrónico era activar el robot y hacer la prueba. Por motivos obvios, esto era peligroso. En cierto momento de la historia de los robots, éstos fueron diseñados para desconectarse si detectaban algún fallo interno. Sin embargo, varios cientos de años de progreso en diseños robóticos habían dado lugar a una filosofía diferente respecto a la tolerancia de fallos y al automantenimiento. Derec no sabía lo que podía suceder. Cuando ya estaba a punto de averiguarlo, o Wolruf se había aburrido o lo habían llamado para atender a otro deber. Esto era una suerte, puesto que, al ser activado el robot, tal vez éste se enfrentase con una situación única para los de su clase. Tendría, por ejemplo, que decidir si Aranimas y Wolruf eran lo bastante humanos para protegerles y obedecer sus órdenes.

Como los robots eran, por regla general, de mente estrictamente literal ante un fallo, tal cosa no debería ser ningún problema. Aranimas era obviamente un alienígena, a pesar de su superficial aspecto humanoide. Wolruf todavía lo era más.

Los que fabricaban robots no solían limitar la definición de ser humano, definición que de Jaban lo más amplia posible. El obrero de una planta de energía con un traje potenciador no parecía humano, y en cambio, un robot obedecería sus órdenes. Los robots no eran, no podían ser, completamente literales. No juzgaban tan sólo por las apariencias. Un niño de tres años era humano, pero normalmente ningún robot le obedecería.

Era posible que la programación que permitía estas distinciones hallase alguna identidad fundamental entre los alienígenas y Derec. Si existía alguna forma de impedirlo, Derec estaba decidido a utilizarla. Porque, debido a la Primera Ley, el robot no podría actuar en contra de ellos. Pero, si el robot quedaba convencido de que los alienígenas no tenían derecho a protección por la Primera Ley, Derec tal vez podría usar al robot contra Aranimas.

Con cierta angustia, el joven accionó el sensor de la alimentación de energía. Un momento más tarde, se tensaron todas las articulaciones del robot, excepto las del brazo dañado. Sus ojos se iluminaron con un resplandor rojo que centelleaba rítmicamente.

—Alfa, alfa, epsilon, rho —pronunció Derec, repitiendo la serie de letras griegas que había aparecido en la placa de identidad—. Sigma, tau sigma.

Hubo una breve pausa y los ojos del robot empezaron a brillar fijamente.

—Mi lenguaje grabado es el Estándar Galáctico, dialecto auroriano —respondió el robot—. No dispongo de otros bancos de idiomas. ¿Es esto aceptable, señor?

Derec sonrió. Después de sus frustraciones con los robots en el asteroide, era un placer volver a oír que le hablaban con cortesía.

—Es aceptable el auroriano galáctico.

—Bien, señor. ¿Quién es mi dueño, señor?

—Yo. Esto no se lo debes decir a nadie, pero si algunas veces recibes órdenes contradictorias de otra persona y de mí, las mías siempre tendrán preferencia.

—Sí, mi señor. ¿Por qué nombre debo llamarte?

Por un motivo ignorado, a Derec no le gustó mucho tener que darle al robot un nombre adoptado casualmente, carente de sentido.

—Derec —dijo de todos modos, a falta del verdadero.

—Sí, mi señor. ¿A qué nombre deseas que yo responda?

Derec reprimió una amarga carcajada. «¿Quién soy yo para darle un nombre, cuando ni siquiera sé el mío?»

—Mientras tú seas el único de tu especie en esta nave, Alfa te sentará bien.

—Gracias, Derec. Durante el autoanálisis de mis sistemas, detecté algunas condiciones equívocas. ¿Es éste un momento adecuado para revisarlas?

—Dentro de un instante —replicó Derec—. ¿Puedes escrutar este compartimiento?

—Sí, mi señor.

—¿Hay aquí alguna cámara oculta?

—No detecto ninguna clase de sensor, mi amo.

—Bien. Ahora escucha con atención. Necesito contarte algo de lo que está ocurriendo. Tú y yo estamos a bordo de una nave espacial habitada por formas de vida hostiles. Esas formas de vida son una amenaza potencial para nosotros dos. Hasta que te ordene lo contrario, tú entrarás inmediatamente en una fase de espera pasiva siempre que tengamos compañía o que yo salga del laboratorio.

—Entendido. No quieres que los demás sepan que funciono.

—Exacto.

—¿Es posible que esos períodos de espera pasiva sean de cierta duración, Derec?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte entonces si hay problemas a los que pueda dedicarme durante tales períodos?

—Seguro que hallaremos algunos —asintió Derec—. Por ahora, el problema consiste en ponerte en forma. Borraremos de tu lista de errores la primera anomalía.

La primera noticia que Derec tuvo del regreso de Wolruf fue cuando el robot se puso rígido de repente y sus ojos quedaron en blanco. Unos segundos después, la caninoide entró en el laboratorio y se dirigió hacia el joven, que estaba sentado. Se quedó de pie a un lado, observando brevemente el mecanismo interior del robot, que se hallaba a la vista, y luego se volvió hacia Derec. Se mostraba menos animosa que antes.

—Aranimas desear un informe sobre cómo progresar tú.

—Dile a Aranimas que tengo motivos para creer que tendré un robot listo para él dentro de unos días.

—¿Cuántos días ser?

—No lo sé —mintió Derec, dejando la pluma que estaba empleando como sonda—.

Tampoco sé lo que conseguiré. He sustituido algunos componentes dañados. Y ahora trato de reparar las dos servouniones del brazo derecho, que están en muy mal estado.

¿Fueron los vuestros los que dañaron esos robots, o los hallasteis en este estado?

—No poder decirlo —contestó Wolruf, encaminándose a la puerta—. Yo decir tus palabras a Aranimas.

—Un momento —la detuvo Derec—. También puedes comunicarle que no pienso trabajar las veinticuatro horas del día. Necesito tiempo para descansar y un lugar donde hacerlo.

—Ser difícil descansar en la nave de Aranimas —replicó Wolruf, señalando el suelo—.

Dormir aquí.

No era una perspectiva completamente desdichada, puesto que Derec había comprobado que gozaba de cierto aislamiento en el laboratorio.

—¿Y una almohada... algún cojín...?

La caninoide dejó oír una especie de silbido, que Derec identificó como un suspiro.

—Traerte yo algo —prometió, dirigiéndose de nuevo a la puerta.

—¿Se me permitirá comer? —insistió el joven.

Esta vez el suspiro fue más bien un resoplido.

—También traerte algo.

—Oye, Wolruf —Derec se le acercó—. ¿Por qué no me enseñas dónde guardáis la comida, para que pueda conseguirla yo mismo cuando tenga hambre? Esto te ahorrará viajes.

Wolruf arrugó sus mejillas en señal de sorpresa y después frunció el ceño.

—Aranimas querer tú trabajar, no hacer viajes ni recados. Esto ser mi oficio.

—Tú ya tienes bastantes cosas que hacer sin todo el trabajo extraordinario que yo te ocasiono —razonó Derec—. Si Aranimas se enfada, le diré que la culpa ha sido mía. Si he de realizar un buen trabajo, necesito salir de vez en cuando de este laboratorio para aclarar mis ideas.

—Estar de acuerdo —Wolruf ladeó la cabeza, tras corta consideración—. Enseñarte ese lugar.

—Estupendo. Ah... algo más —la idea de un «reservado» alienígena no era agradable, pero el joven tenía ciertas necesidades... —. Yo... hum... tengo necesidades excretoras —explicó elaboradamente—. ¿Hay acaso algún...?

Wolruf se echó a reír, con un sonido semejante a un ronroneo.

—Claro. Ven y también te lo enseñaré.

Había, al parecer, menos alienígenas en la nave a aquella hora, lo cual hizo que Derec pensara en los ciclos de sueño observados por las diversas especies de a bordo. La curiosidad le hizo seguir el tema mientras Wolruf le enseñaba el reservado, identificaba los tres alimentos de la despensa que consideró adecuados para él, y le acompañaba de vuelta al laboratorio. A la sazón, Derec estaba seguro de que Wolruf se hallaba fatigado y, cuando se marchó, el joven comprendió que era para acostarse.

No había cerradura en la puerta del laboratorio, ni ningún narwe de guardia que anotase sus idas y venidas. Allí estaba su oportunidad, si él quería. Wolruf no le molestaría. Tal vez Aranimas también estuviera durmiendo. Derec podía explorar las interioridades de la nave, registrar algunas de las centenares de alacenas que había visto.

O tal vez Aranimas aguardase un informe de Wolruf, y viniese a comprobar personalmente la verdad de los progresos de Derec. O quizás no durmiese nunca. Era posible que su mente estuviese estructurada de manera que no necesitase los «letargos» periódicos que representa el sueño, y que su metabolismo funcionase a un paso constante, y no en ciclos de períodos activos y pasivos.

La incertidumbre frenó el impulso de salir a explorar que experimentaba, al menos por algún tiempo. Volviendo a la comida que llevaba consigo, mordisqueó unas galletas crujientes y gruesas, se tragó una pasta grasienta de color azul y bebió jugo de miel en abundancia. Aunque sus papilas gustativas lo cataron todo sospechosamente, ninguno de los tres alimentos alarmaron a su estómago.

Al aflojar su tensión se halló sumamente cansado. Dejó a Alfa en estado de espera, desenrolló la delgada colchoneta en un rincón vacío del suelo y se tumbó en ella. La colchoneta apenas disimulaba la dureza del piso. Supuso que Aranimas, a causa de su delgadez, la hallaría más aceptable. Pero Derec no cesaba de dar vueltas y más vueltas, en busca de una postura más cómoda.

¿Cuánto hacía que no dormía? ¿Treinta horas? ¿Cuarenta? Había iniciado el día como prisionero reacio de los robots, y ahora era un prisionero todavía más reacio de los asaltantes. En realidad, tengo que salir a explorar, pensó. No podía dejar pasar aquella oportunidad. Tal vez la ausencia de un guardia era un descuido que Aranimas corregiría al día siguiente.

Permanecería tumbado una hora, se dijo, para estar seguro de que Aranimas no venía a importunarle, y para darle a Wolruf la ocasión de dormirse. Después, estaría seguro. Sí, podía descansar un poco. Además, esta caricatura de cama era demasiado dura para poder reposar...

Estaba equivocado. En un momento dado, cerró los ojos contra la brillante luz que nadie le había enseñado a apagar. Al momento siguiente, se estaba frotando los ojos para ahuyentar de ellos el sueño, desperezándose a fin de estirar los doloridos músculos, y respirando su propio aliento fétido. El laboratorio estaba sumido en una suave penumbra, y Wolruf se hallaba acurrucada en el umbral, su figura recortada contra la luz del corredor.

—¿Todavía no estar listo? —inquirió la caninoide.

—¡Trágate el espacio y muere! —fue la gruñona respuesta de Derec, y arrojó el fragmento de robot que tenía más cerca en dirección a la caninoide. Ésta lo asió al vuelo y se lo tiró a su vez al joven.

—No, gracias —respondió luego, con una sonrisa que curvó sus labios—. Yo ya haber desayunado.

Aunque en el reservado había agua corriente, no existía nada que pudiese servir para ducharse o bañarse. Derec decidió lavarse con una esponja, pese a no haber secadores y que las únicas toallas disponibles eran ásperas en grado sumo. Cuando salió de allí, Wolruf no estaba a la vista. Derec se preguntó si habría entrado en el laboratorio sólo para despertarle y ya no volvería.

Pensando que no tardaría en cansarse del menú, llevó otro cargamento de galletas, pasta de queso y jugo de miel al laboratorio. Luego, se instaló ante el banco de trabajo y siguió trabajando en el brazo derecho del robot. Las conexiones eléctricas se hallaban en buen estado, pero las servoarticulaciones estaban tan mal que Derec sintióse incapaz de repararlos. Sus esfuerzos sólo sirvieron para dañarlos más. En realidad, su especialidad era la cibernética, no la electromecánica.

—Alfa, no creo que pueda reparar tu brazo. Tal vez tú podrías hacerlo con tu brazo bueno. Te traeré un espejo para que puedas ver el interior...

—Lo siento. Sin un cubo robotécnico en mi biblioteca de programas, mis capacidades en ese sector se limitan sólo a diagnosticar, mi señor.

—Eso me imaginaba, pero no hace ningún daño preguntar.

—Derec, detecto un robot desactivado en este laboratorio. Quizá fuese posible aprovechar las piezas apropiadas de su mecanismo para perfeccionarme a mí.

—Es lo que intento hacer —gruñó Derec—. Y no lo consigo, no al menos sin micromanipuladores. Además, en el montaje del hombro hay algún daño estructural, que no es reemplazable.

Tras lanzar un suspiro, Derec se apartó del banco de trabajo y se dirigió al rincón donde se hallaban esparcidas las piezas de robot. Como otras veces anteriormente, su mirada se fijó en el brazo de Monitor 5. Por primera vez, no obstante, lo levantó y lo examinó con atención.

—Creo que tendrás que funcionar con un solo brazo —rezongó—. Hay muchos en tu mismo estado.

El robot no contestó. Derec le dio vuelta al brazo de Monitor 5 y probó el flexor del codo. Resistió... era lógico, ya que la mano había estado apretada, en una verdadera presa de muerte, contra el artefacto plateado.

«Muy lógico», pensó Derec... A no ser porque el brazo no tenía articulaciones. Ni en el codo, ni en la muñeca, ni en los nudillos. No, el codo estaba doblado en un ángulo obtuso, la muñeca ligeramente girada, y los dedos engarfiados. Mas, por lo que él podía decir, el brazo no podía moverse. Existían algunos forros de piel sintética que se

flexionaban y arrugaban realmente, disimulando las articulaciones. Pero este brazo no poseía tales forros. Era rígido al tacto y completamente sin costuras, como un molde de plástico. Intrigado, Derec lo transportó al sitio donde estaba el robot.

—¿Cuál es la capacidad de ampliación de tus sensores ópticos?

—No demasiada, mi señor un aumento de cien.

—¿A qué resolución?

—Varía con la distancia del objeto a observar. La resolución máxima es de unos pocos micrómetros.

—Mejor de lo que yo logro con esto —Derec indicó el escáner de inspección—. Dime todo lo que puedas sobre la estructura de este brazo.

—Derec, no soy experto en esta materia.

—Puedes ver y puedes describirlo. Por el momento, me conformo con esto.

—Bien. ¿Puedo tomar el brazo?

Derec se lo entregó y el robot lo sostuvo al nivel de los ojos, con una fuerza increíble.

—A un aumento de diez, la superficie no está diferenciada. Ahora aumento la ampliación. La granularidad ya es evidente. Creo que hay un dibujo regular. El dibujo se resuelve ahora en una superficie plana hexagonal. Ampliación máxima. La superficie —continuó el robot tras una pausa de una fracción de segundo—, parece consistir en piezas de doce lados muy juntas entre sí.

—¿Cómo?

—La superficie...

—Ya te he oído. Mira en otro sitio.

El robot volvió levemente la cabeza a la izquierda.

—Observo la misma trama.

—El borde —le indicó Derec—, mira el extremo, donde se rompió.

—La superficie es más irregular, aunque está formada por las mismas unidades dodecaédricas.

—¿Toda ella?

—Sí, Derec.

El joven se hallaba confundido. Lo que acababa de describir el robot sugería un enfoque totalmente nuevo del diseño robótico... no una evolución, sino una revolución. Era como si los robots supervisores estuviesen fabricados con... ¡No, no era posible!

—Desconecta el impulsor de control de tu hombro derecho—le ordenó Derec.

—Los circuitos ya están inertes —anunció el robot.

Derec separó el cable de control de tres conductores del brazo derecho dañado y lo pasó a través de la abertura en la que estaba trabajando. Empalmó el conector en el muñón en que finalizaba el brazo del Supervisor, donde encajó de manera perfecta.

—Activa el circuito de control. Y envía la orden de doblar el codo.

Casi instantáneamente, el brazo sin cuerpo del Supervisor empezó a flexionarse lentamente.

—Mira la articulación y dime qué sucede.

—Los cambios tienen lugar con más rapidez de lo que me permite observar el índice de resolución de mi escáner —informó el robot—. Sin embargo, infiero que los dodecaedros sufren algún tipo de reajuste dirigido.

—Adoptando una forma nueva. El material del brazo se está transformando.

—Estas descripciones son imprecisas, pero encajan con mis observaciones. El término técnico de este reajuste es morfalaxis.

Derec buscó su silla y se sentó. Habían construido los supervisores con billones de módulos pequeñísimos, como cristales, constituyendo una estructura celular. Cada uno

debía de contener kilómetros de conexiones de circuitos, megabits de programación. Las células formaban los robots. Y éstos se parecían mucho a los organismos.

Representaban una maravilla de la ingeniería, la esencia de un robot condensada en un espacio de unas micras de diámetro. Convenientemente programados, podían adoptar cualquier forma. Un Supervisor era una infinidad de formas especializadas contenidas dentro de una disposición generalizada.

Mientras se maravillaba, Derec recordó algo en lo que no había pensado durante varios días. El diseño celular tenía el mismo sello distintivo que las plataformas y el sistema ambiental del asteroide. Una simplicidad superficial, conseguida a base de una complejidad disimulada. Elegancia de diseño, novedad en el enfoque. Era otro enfrentamiento con el diseñador minimalista, lo cual daba a Derec otro motivo para intentar escapar de los asaltantes.

Porque, de alguna manera, en algún sitio, tenía que encontrar al diseñador.

CAPÍTULO 10

MÁS QUE SEMÁNTICA

Después de una breve pausa para un almuerzo tardío, con los mismos alimentos tan monótonos, Derec se dedicó a instalar el brazo celular en el sitio correspondiente a la extremidad del robot.

No fue una tarea fácil, ya que requería la armonización estructural y funcional entre dos tecnologías tremendamente divergentes. Ocupóse primero del enlace funcional, y no sólo porque esperaba que esto fuese lo más difícil. Si el robot no podía controlar su nuevo brazo, no serviría de nada ensamblarlo.

Pero, al parecer, el brazo celular respondía a las mismas tensiones que un mando normal o que un transportador. Aunque no había evidencia de contactos o cables en el muñón, el brazo respondía, sin importar dónde Derec conectara el impulsor de control.

Cuando lo experimentó, vio que el brazo respondía aunque tal impulsor estuviese conectado a la piel del antebrazo, a la palma de la mano o incluso a las puntas de los dedos. Era como si los microrobots celulares aceptasen el impulso del mando desde cualquier sitio y lo canalizaran hacia los lugares apropiados.

Una vez encajado, el brazo no sólo respondió a todos los mandos básicos del motor, sino a algunos nuevos. Con la ayuda de Derec, el robot fue capaz de ((pensar» una articulación adicional entre el codo y la muñeca. En otra prueba, Derec pidió al robot que intentase modificar el pulgar y el índice celulares en micrograpas largas y delgadas. Ante su asombro y deleite, el robot lo consiguió. Con los adecuados códigos de mando, el material del brazo resultó sumamente maleable.

Sin embargo, de cualquier manera que Derec preparase el aro de montaje al que iba conectado el brazo, la articulación del hombro derecho quedaba más débil que la del izquierdo, o que la primitiva articulación. En un momento dado, el brazo celular se soltó completamente cuando el robot intentó levantar un objeto que pesaba menos de veinte kilos. Incluso después de volver a ensamblarlo, Derec tuvo dudas acerca de si soportaría bien las tensiones, por ejemplo, de una pelea.

—Creo que tendrás un brazo muy fuerte y uno muy listo —le explicó al robot—. Intenta no olvidar cuál es cual.

—Señor, me resultará imposible olvidarlo.

—No se trata de una sustitución momentánea —replicó Derec con severidad—. Hasta que no hayas grabado en tus registros lo que puede y lo que no puede hacer, habrás de tener cuidado con este brazo. Y no permitas que nadie vea cómo lo utilizas ¿entendido? Mientras Derec hablaba, el robot se puso rígido y sus ojos disminuyeron de fulgor. Derec comprendió lo que ello significaba y calló. Un instante más tarde, oyó el arrastre de los pies de Wolruf en el corredor. Era ya un sonido familiar, pues era la tercera visita de la caninoide al laboratorio aquel día. Aranimas, aparentemente ocupado con sus deberes como capitán de la nave, solamente había hecho dos visitas.

Como las anteriores, ésta también era casual. Wolruf no tenía ningún mensaje para él, ni la menor curiosidad acerca de lo que Derec hacía con el robot. Era como si visitarle fuese una excusa para eludir sus propias tareas, o tratase de cultivar la amistad del joven. Pero Derec no bajaba la guardia; Wolruf era la lugarteniente de Aranimas, por muy simpática que se mostrara. Hasta su preocupación por él cuando le estaban torturando no era más, pensaba Derec, que un buen truco, un truco escénico para acelerar su rendición.

Igual que antes, Wolruf sólo estuvo unos minutos en el laboratorio. Después, se marchó para realizar otros trabajos. Tan pronto como estuvo un poco lejos, el robot se reanimó.

—Lo entiendo, mi señor —asintió, como si no hubiese habido ninguna interrupción.

—La próxima vez que tengas que «adormecerte» como ahora, puedes aprovechar el tiempo para tratar de analizar el equipo de mando del brazo. ¿Podrás hacerlo?

—Puedo probarlo. Tal vez sea posible separar los códigos de mando que son válidos de los que resultan nulos. De todos modos, deberé ser plenamente funcional para probar los códigos válidos y determinar su función.

—Bien, esperaremos hasta que podamos gozar de cierto aislamiento duradero.

Calló un momento para decidir qué debía ejecutar a continuación. Todavía quedaba el asunto de reprogramar el robot, aunque éste era también un trabajo que requería algún grado de soledad. La mejor ocasión sería, al parecer, durante la noche, que era también el mejor momento para explorar la nave.

Demasiado trabajo y muy poco tiempo. Pero si Derec estaba decidido a aprovechar mejor las horas nocturnas que la noche anterior, necesitaba hallarse más descansado.

—Alfa.

—Sí, Derec.

—¿Qué hora es?

—No sé qué hora es, puesto que mi registro del tiempo no se ha restablecido desde que quedé desactivado. Sin embargo, han transcurrido catorce décadas desde la reinicialización.

Las décadas eran las unidades del tiempo decimal en Aurora, según recordó Derec.

—Voy a echar una siesta. Despiértame dentro de una hora Estandar.

—Sí, Derec.

Pero fue Aranimas, no el robot, quien le despertó.

—¿Has terminado? ¿Está listo mi sirviente? —preguntó, irguiéndose sobre Derec como un ave marina de alas muy largas.

—Todavía no —contestó Derec adormilado e incorporándose.

Observó con satisfacción que el robot yacía inerte en el banco de trabajo. Al menos, Aranimas no le había pillado por sorpresa.

—Entonces ¿por qué descansas? ¿Para que yo tenga que esperar?

—Descanso porque no puedo permitir que el cansancio haga cometer una equivocación que podría perjudicar al robot —se indignó Derec—. Tal vez los de tu especie no necesitan descansar, pero los humanos sí.

Aranimas no se ofendió por el tono del joven.

—He observado, en efecto, que los humanos son menos eficaces que los narwe. Debéis ser muy malos trabajadores, ya que malgastáis un tercio de vuestras horas en el descanso —le volvió la espalda a Derec y se acercó adonde estaba el robot—. Claro que tal vez es por esto que habéis inventado esas máquinas cuya labor es serviros incansablemente. ¿Cómo se consigue?

—¿A qué te refieres? —inquirió Derec, levantándose.

—¿Cuál es la base de la energía? —aclaró Aranimas, trazando una línea por la espalda del robot con sus largos dedos.

Derec sabía que mostrándose evasivo o fingiendo ignorancia sólo lograría aumentar la cólera del alienígena.

—Una célula de energía de microfusión —explicó—. Hay una en este banco, a la izquierda del escáner.

Aranimas cogió la célula de energía dañada y la estudió.

—Es muy pequeña. ¿Cuántos días funciona?

—Depende de lo mucho que tenga que trabajar el robot. La cápsula del combustible puede durar varios centenares de días con un trabajo ligero, como el servicio doméstico. Un obrero necesita un recambio más a menudo.

—Muy notable —alabó Aranimas, dejando la carga en el banco. Uno de sus ojos se fijó brevemente en el brazo trasplantado, y luego lo enfocó hacia Derec—. ¿Realizas progresos?

—Sí.

—¿Falta mucho para que lo actives?

—Mañana o pasado estaré listo para iniciar la prueba de todos los sistemas. Ahora bien dependerá sólo de los fallos que haya cometido que quede listo antes o después.

Aranimas aceptó esta respuesta.

—La primera tarea de este robot será ayudarte a fabricar otros.

—¿Cuántos? —quiso saber Derec, frunciendo el ceño.

—Empezaremos con cincuenta.

Derec se preguntó si esta cifra era equivalente a la cantidad de narwes en la nave. Brevemente, disfrutó con la idea de que Aranimas reemplazara a su tripulación quejicosa con una serie de robots serviciales y obedientes, y acabara descubriendo que, a una orden de Derec, no podía hacerse obedecer en absoluto. Claro que no podía engañarse a sí mismo ni permitir que Aranimas alimentara una esperanza irrazonable.

—No creo que entiendas la complejidad de esas máquinas —objetó Derec—. No se trata de algo que se pueda construir como si fuese un juguete, por muy buenos materiales que hubiera en este laboratorio. Y, francamente, éste no es muy bueno. Probablemente podré reconstruir y hacer que funcione este robot. Pero, si quieres otros cincuenta, deberás buscarlos en otra parte. Yo no soy un mago ni tan maravilloso como para sacar cerebros positrónicos o células de microfusión de un sombrero de copa.

—Si no hubieses destruido esa colonia de robots... —se enojó Aranimas.

—Ya te dije que los robots se autodestruyeron —le interrumpió Derec—. Claro que esto no significa que estéis en un callejón sin salida. Conduce esta nave a cualquier mundo espacial y hallarás millones de robots. Ni siquiera tendrás que robarlos. Los robots constituyen un buen comercio entre los mundos. Cualquiera de ellos será muy feliz de tener un nuevo cliente.

Naturalmente, esto no era completamente cierto. Resultaba altamente dudoso que los Espaciales desearan ceder voluntariamente los productos de su tecnología más avanzada a una raza alienígena y, aun queriendo, existiría el problema de lo que podía pagar Aranimas. Pero si Derec hacía creer al alienígena que esto era verdad, si conseguía conquistarle para que condujese la nave a un mundo humano, al menos lograría alertarles sobre la existencia de los alienígenas, y posiblemente acabaría por obtener la libertad.

—Si existe tanto comercio, ¿por qué se destruyeron a sí mismos los robots?

—Porque tú llegaste disparando tus armas y te declaraste su enemigo —le apostrofó Derec—. De haber llegado como amigo, todo habría sido diferente. Tómame como piloto de navegación y te ayudaré a establecer el rumbo hacia el mundo Espacial más próximo. «Y averiguar de paso dónde estamos», añadió para sí.

—Meditaré esas opciones —afirmó Aranimas, dirigiéndose al corredor—. Mientras tanto, continúa con tu labor. Volveré mañana para ver si ese robot ya está activado.

Derec decidió que no era posible demorar más la reprogramación. No pensaba que Aranimas volviese pronto. Y había de esperar que tampoco lo hiciese Wolruf.

Por desgracia, Derec no poseía los instrumentos necesarios para alterar directamente la programación del robot, cosa que, de todos modos, habría sido arriesgada. Como se hallaba íntimamente ligada a las Leyes de la Robótica, la definición por un robot de lo que era un humano representaba una de las fórmulas más cruciales y más profundamente grabadas dentro de su cerebro. Lo que tenía que hacer debería efectuarlo de manera más indirecta.

—Alfa —le preguntó al robot—, ¿exploraste el organismo que acaba de salir de aquí?

—Sí, Derec.

—Y antes, ¿exploraste otro tipo de organismo que visitó este laboratorio?

—Sí, Derec.

—¿Qué piensas de ellos?

—No poseo conocimientos anteriores de los humanos de esos tipos...

Ésta era la clase de respuesta que había temido Derec.

—Alto. No son humanos.

—Mi señor, sé que mi catálogo de datos no está completo. Sin embargo, soy incapaz de clasificarlos de otra forma, a menos que puedas aportarme pruebas que demuestren tu aserto.

—Compara su aspecto con el mío.

—Mi señor, me doy cuenta de que existen numerosas diferencias anómalas. Pese a esto, esas diferencias recaen en zonas donde la definición de un humano tiene una latitud muy amplia, como el color de la piel y su contextura, las dimensiones, y el timbre vocal. Las similitudes están en zonas más fundamentales, como la simetría bilateral, la locomoción bipedal, la respiración del oxígeno...

—Bueno, pues son humanoides, como tú. Pero no son humanos.

—Oigo tu afirmación, Derec, mas no puedo confirmarla.

Derec comprendió que el robot no le llamaba mentiroso. Al no poseer un conocimiento independiente, un robot solía aceptar la palabra de un humano como el evangelio. Pero un robot no se halla en la obligación de aceptar la afirmación de un humano, según la cual está lloviendo, si sus sensores le dicen lo contrario.

Ahora no se trataba de una conclusión tan tajante, pero el robot se hallaba predispuesto hacia una definición generosa de lo que era un humano. De lo contrario, existía el peligro de que se emplease un robot como asesino mediante el simple procedimiento de convencerle de que su víctima no era humana. Derec lo entendía pero aún así sintióse enojado.

—Supongo que si tuviesen doce brazos y lanzasen llamas por la boca al hablar, me creerías.

—Dueño y señor mío, en el asunto que nos ocupa, las condiciones morfológicas no son lo más importante de mi análisis.

—Explícate. ¿Cuáles son los discriminadores?

—Derec, baso mis conclusiones en la observación de que los organismos llamados Aranimas y Wolruf son seres inteligentes, capaces de razonar independientemente.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi señor, tú dialogaste con los dos. Aunque los humanos, en ciertas ocasiones, hablan a objetos inanimados y pueden dar la impresión de dialogar con ciertos animales, yo he percibido en tus conversaciones una calidad diferente.

—¿Dices que, porque los traté como humanos, has de pensar que lo son?

—Cuando hay una incertidumbre, como puede haberla cuando un humano lleva un disfraz, me veo obligado a considerar esas pistas como válidas. Tu conducta ha creado la fuerte presunción de que Aranimas y Wolruf son humanos.

—Hablo contigo igual que con ellos. ¿Te convierte esto en humano?

—No, Derec. Yo soy un robot, un artefacto tecnológico. Si hasta cierto punto parezco humano es porque estoy diseñado para parecerlo, a fin de que mis contactos con los verdaderos humanos resulten más fáciles.

Derec se sentía cada vez más frustrado.

—Entonces, dime una cosa. ¿Cómo puedes conocer a distancia las diferencias entre un robot y un humano?

—Derec, tal como tengo una definición operacional de esa clase de organismos llamados humanos, tengo una de esa clase de objetos llamados robots. Ordinariamente, es posible distinguir entre ambas, basándome en las características que no tienen en común. No es un sistema perfecto, claro, y puedo ser engañado, por ejemplo por un robot humaniforme del tipo desarrollado por el doctor Han Fastolfe.

Derec tuvo que reconocer que el robot tenía razón.

«Si al menos pudiese enseñarle recortes de piel de nosotros tres... claro que, si Aranimas y Wolruf tienen estructura celular, no adelantaría nada. Incluso podría llegar a la conclusión de que su brazo derecho es humano.»

—Alfa, ¿los Espaciales, los Colonos y los Terráqueos, son todos humanos? —le preguntó de repente.

—Sí.

—¿Observaste personalmente a todos los miembros de estos grupos?

—No, Derec. Aproximadamente, hay ocho billones de terráqueos, cinco billones de Espaciales y...

—Si no los has observado individualmente ¿cómo puedes clasificarlos a todos como humanos?

—Los Espaciales y los Colonos son descendientes de la primitiva comunidad humana de la Tierra —explicó el robot—. Por consiguiente, todo individuo identificado correctamente como Espacial o Colono ha de ser humano.

—¿Por qué? —preguntó Derec, pese a conocer la respuesta.

—Porque comparte una relación filogenética. El vástago de un humano ha de ser humano.

—O sea que lo que realmente cuenta es la biología, los genes y los DNA que los humanos llevan en sus células.

—Sí.

—Y las directrices introducidas en tu definición de un humano no son más que atajos que hacen innecesario que sujetes a todo el que encuentras en tu camino a un ensayo biológico. El criterio final es el DNA.

—Correcto, Derec.

—Pero no puedes examinar directamente el DNA de una persona.

—No, Derec.

—Excelente. Dijiste que cada una de las anomalías del aspecto de Aranimas caía dentro de los parámetros aceptables para la variación y la mutación naturales.

—Sí, señor.

—Te pido que calcules la probabilidad de que todas las anomalías de Aranimas aparezcan en un solo organismo.

El robot apenas vaciló.

—Es una probabilidad extremadamente pequeña.

—¿Y para Wolruf?

—La probabilidad es algo mayor, aunque dentro del orden de uno entre diez elevado a menos quince.

—O sea que hay una probabilidad menor de uno entre mil billones de que una mutación tan extremada aparezca una sola vez en la historia de la humanidad. Y aquí hay dos seres, los cuales no sólo viven al mismo tiempo y en el mismo lugar, sino que ambos son diferentes entre sí, tanto como cada uno es diferente a mí.

—Sí, es muy notable. Sin duda, un estudio más profundo de esos individuos produciría grandes beneficios.

Derec suspiró exasperado.

—Escucha, mi buen amigo robot de cabeza dura. Deja de pensar una sola cosa cada vez. ¿Acaso no es mayor la probabilidad de que una forma de vida de evolución independiente a la humana sea bipedal, bilateral y que respire oxígeno, que la probabilidad de que esas criaturas sean mutantes humanos? ¿No pueden acaso ser Aranimas y Wolruf inteligentes sin ser humanos?

—Sí, esto es posible —el robot calló, señal de una gran actividad en sus circuitos positrónicos—. Sin embargo, como no se conoce que se haya desarrollado ninguna forma de vida inteligente independientemente, es difícil asignarle una probabilidad a una forma específica.

—Esta premisa no es cierta —exclamó Derec—. ¿Por qué la mayoría de robots son humanoides?

—Los robots más inteligentes son humanoides porque constituyen el diseño generalizado de más éxito y porque...

—Las demás razones no importan —le atajó Derec—. Aplica esta respuesta general a la cuestión de Aranimas y Wolruf.

De nuevo, el robot hizo una pausa antes de responder.

—Mis potenciales positrónicos son extremadamente altos en ambos aspectos de la cuestión —contestó al fin—. Creo que esta condición puede ser similar a lo que los humanos describen como confusión.

—Vayamos al grano. ¿Cuál es el veredicto?

—Mi conclusión, aunque provisional, es que Aranimas y Wolruf no son humanos.

—¿Y no estás obligado a protegerles por la Primera Ley ni a obedecerles por la Segunda?

—No, Derec.

—Bravo —suspiró Derec, aliviado. Luego, añadió—. Puedes vivir. Y ahora, escucha con atención. Tengo algunas instrucciones muy importantes para ti, respecto a nuestros anfitriones alienígenas...

CAPÍTULO 11 REMENDANDO

Dentro del gran mundo que era la nave asaltante, Derec se hallaba confinado en una pequeña isla. Mientras se preparaba para iniciar sus vagabundeos nocturnos, pensó que la isla formaba parte de la ruta desde el laboratorio (que él llamaba Casco L) a la despensa y al reservado (que llamaba Casco D). Enlazando los extremos de dicha ruta había dos secciones de corredores de almacenamiento, que formaban un corto túnel de paso de un casco al otro. Y esto era todo lo que Derec conocía.

Ignoraba dónde estaba el laboratorio en relación con el centro de mandos de Aranimas, si bien estaba seguro de que era bastante lejos. En realidad, ignoraba el camino hacia los otros lugares en los que había estado; el lugar donde había visto a las criaturas-estrellas de mar, el corredor en el que se había despertado, el sollado desde el que el equipo de salvamento había operado, la sección de taquillas o alacenas donde estuvieron guardadas las piezas de robot. Tampoco sabía dónde dormía Wolruf, o dónde era más fácil ver a los cincuenta narwe.

El corredor que conducía a la despensa era la única parte de la nave para la que Derec tenía un permiso explícito. Aranimas no le había prohibido que rondase por la nave, pero tampoco le había invitado a ello. Era como si fuese una especie de prueba para Derec. El problema radicaba en que él ignoraba si fallaría por la acción o por la inacción; por explorar o por quedarse demasiado tiempo en el laboratorio.

Al final, Derec dejó a un lado sus incertidumbres con la idea de que siempre es mejor saber más que saber menos. Si Aranimas le descubría y se oponía, Derec siempre podría dar la excusa de que estaba buscando sitios y tareas donde probar al robot.

Llevaba ya dos días lleno de curiosidad respecto a las hileras de taquillas cerradas existentes en el túnel de enlace, por lo que empezó abriendo todas las que tenía a su alcance. No sabía exactamente qué esperaba encontrar, pero el hecho de que más de la mitad estuviesen vacías constituyó una sorpresa.

Las que estaban ocupadas contenían algunos objetos reconocibles, como restos de la tela con que estaban hechas las ropas de los narwe, recambios de electrodos para los microsoldadores del laboratorio y alacenas para alimentos envasados al vacío. Algunas taquillas estaban atascadas, o bien cerradas... Derec no supo cuál de ambas cosas. Cuando terminaba en la sección más cercana a la despensa, uno de los narwe de falsos cuernos entró por la única puerta lateral. Sobresaltado, Derec dio un salto de culpabilidad y de pronto se inmovilizó. Sin ningún signo de saludo que Derec reconociera, el alienígena le volvió la espalda y se marchó por la puerta del extremo del laboratorio sin decir nada.

Otra vez solo, Derec sintióse un poco tonto, porque tenía derecho a estar allí y el alienígena no había visto nada incriminatorio. Pero su corazón se había acelerado como si le hubiese sorprendido el mismo Aranimas. No le había inquietado que el narwe intentase detenerle, puesto que confiaba en resultar tan intimidatorio como Wolruf, al menos.

Sin embargo, siempre cabía la posibilidad de que un narwe, tal vez esperando obtener un beneficio, fuese con el cuento a Aranimas y que éste investigase. Como Derec no deseaba darle motivos para que desconfiase de él, decidió que debía dejar de registrar las taquillas, al menos mientras algunos narwe estuviesen todavía levantados. Esta era la única actividad para la que no tenía excusas.

Acto seguido, Derec se dedicó a explorar las dos secciones a las que tenía fácil acceso. A tres puertas del reservado del casco D, encontró un compartimento que contenía cinco sillas bien tapizadas y dispuestas en un círculo, de cara hacia dentro. En el centro de

dicho círculo había un globo blanquecino, montado sobre una base cilíndrica de color negro. El globo era tan ancho que los brazos de Derec apenas podían abarcarlo hasta la mitad.

Claro que encontrarlo no significaba entender para qué servía. Por lo que logró adivinar, el globo lo mismo podía ser un tótem religioso como un aparato de comunicaciones, y el compartimento igual un santuario que un puente de mando de la nave.

De nada servía arriesgar su posición sólo para multiplicar su ignorancia. De modo que, por segunda vez en media hora, Derec cambió de estrategia. Lo único que importaba era redescubrir la ruta que llevaba al casco A, los aposentos de Aranimas, y al casco T, donde podría hallar seguramente la sala de transferencias y, tal vez, su traje potenciador. Nada más podía ser interesante.

Desde la cubierta del casco D había cinco salidas, dos desde el Casco L, y otras dos desde el túnel de tránsito. Pensó entonces pasar una hasta donde le llevase... pero no confiaba en saber regresar luego.

En vez de eso, empezó a ampliar las fronteras de su mundo conocido, aunque lentamente. Cada vez que abría una puerta y echaba a andar por un corredor desconocido, torcía a la izquierda y otra vez a la izquierda lo antes posible, con la esperanza de regresar, dando un rodeo, a alguna parte del mundo que conocía. Sólo cuando había grabado en la memoria cada una de esas adiciones tomaba un ramal de otra ramal.

La primera vez esta estrategia dio resultado. La puerta lateral del túnel de tránsito le condujo, después de tres giros, al casco L, una cubierta más abajo del laboratorio. A pesar de ver a dos narwe en su camino, aquel éxito aumentó su confianza.

Pero de pronto empezó a sentirse desorientado. La otra salida del nivel del laboratorio del casco L, le condujo a través de siete secciones sin bifurcaciones laterales. Posiblemente llegaba más lejos, pero Derec no lo sabría nunca, porque se intimidó y volvió hacia atrás. Una de las salidas del casco D le llevó por una rampa a una torreta de armamentos, ocupada por uno de los alienígenas de la raza de Aranimas y un narwe otra retirada apresurada. Y una puerta más, hacia popa, conducía a uno de los puntos de empalme hexagonales. Escogió una puerta al azar y se encontró en otro empalme.

No había ningún camino a tomar. La nave era un laberinto impenetrable, con los elementos clave unidos de una manera tremendamente desordenada e ineficiente. Derec sólo pudo pensar en dos explicaciones. Una, aquello estaba relacionado con la defensa. Aquella disposición podía servir para disimular los blancos cruciales, a fin de frustrar a los intrusos.

La otra explicación era que la nave era lo que aparentaba ser. Un dédalo formado por restos de varias naves, reparadas y ensambladas casi al azar.

Fuese lo que fuese, Derec estaba a punto de llegar a la conclusión de que la nave era demasiado complicada para que él pudiese, al menos, recordar su plano, cuando de pronto experimentó la sensación de quedar vuelto de dentro afuera. Tan pronto como la experimentó, empezó a retroceder hacia el laboratorio, con la mandíbula apretada y una expresión turbada. Deseaba creer que se trataba tan sólo de un instante de mareo, de una señal de excesiva fatiga... pero no pudo.

Porque tal sensación no era nueva para Derec. Era un Salto, la transición incomprensible, momentánea, casi mística, que a través del hiperespacio transporta a una nave y todo su contenido de un punto del espacio a otro, lejano varios años luz. Si un instante antes estaban en un lugar dado, ahora se hallaban en otro. Muy lejos de la base del asteroide, muy lejos de cualquiera que pudiera estar en ruta hacia allí para salvarle.

Debía de haber sospechado que los alienígenas poseían la tecnología del Salto, toda vez que el diseño de la nave no comportaba ninguna clase de propulsión convencional. Pero

no había sido así, y el descubrimiento le sobresaltó, volviendo a darle plenamente la sensación de indefensión que ya había experimentado bajo la custodia de los robots. «Ahora nadie podrá encontrarme», pensó con desesperación. «Aunque viviese mil años...»

El laboratorio estaba vacío, exceptuando el robot, cuando Derec regresó.

—Alfa.

—Sí, Derec.

—¿Has notado un Salto, hace un momento?

—No, Derec. Como los reflejos de mi cerebro positrónico son más veloces que los vuestros, los robots no experimentamos la desorientación tan común entre los humanos.

—Entonces no puedes decirme... hasta donde hemos saltado.

—Sin conocer la curva del campo de fuerza del impulso de la nave, tampoco habría sido capaz de inferirlo por la duración del Salto —alegó el robot—. Sin embargo, esto no descarta la evidencia referente a nuestro destino. Una evidencia de segunda mano, claro.

—¿Qué evidencia de segunda mano? ¿De dónde la obtienes?

—Señor, Aranimas y Wolruf lo discutieron en mi presencia.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, hace menos de una década. Tengo la impresión de que venían en tu busca y, en tu ausencia, se quedaron un rato a examinarme. Wolruf le explicó el trabajo que te había visto llevar a cabo, de qué manera variaba mi posición cada vez que ella me visitaba, y le indicó a su jefe algunas de mis portillas de acceso, describiendo lo que hay debajo de las mismas.

—Ya sospeché que me espiaba —concluyó Derec—. ¿Qué más ha sucedido?

—Aranimas se mostró enfadado por haberte ausentado sin supervisión, y le ordenó a Wolruf que en el futuro te vigilase más estrechamente.

—Al grano. ¿Dónde estamos? ¿Adónde nos dirigimos?

—Me he visto obligado a realizar algunas deducciones de lo que oí, pero creo que estamos realizando un Salto hacia un lugar donde Aranimas espera conseguir una gran cantidad de robots...

—Repite la parte más importante de la conversación.

—Sí, Derec.

Las voces eran tan perfectamente imitadas que, si Derec hubiese cerrado los ojos, habría podido jurar que Aranimas y Wolruf estaban con él en el laboratorio.

—«Hace mucho tiempo que estamos lejos de Mrassdf —dijo Wolruf. Añadió—: Los narwe están inquietos por sus hordas familiares. Hasta yo me pongo triste de vez en cuando. ¿Realmente es necesario dirigirnos a otro nido humano?»

—«No regresaré con las manos vacías» —gruñó Aranimas.

—«Ya tienes la joya, este robot y otras cosas. Has cumplido con creces tus promesas a Wiwera. Y de tus hazañas obtendrás suficiente gloria...»

—«No admito discusión —le interrumpió Aranimas con sequedad—. Quiero robots que me sirvan. Ese Derec, ese humano, dijo que hay robots en todos los mundos humanos, y que nos los venderán si nos presentamos brindando la paz. Le permitiremos que piensen que llegamos en son de paz y nos llevaremos lo que necesitamos. Después, y sólo después, pondremos rumbo a Mrassdf.»

La voz de Wolruf a través de Alfa, adoptó un tono suplicante, quejoso. Derec observó que, según la transcripción hecha por el robot, la caninoide no hablaba Estándar con su pésimo acento. Naturalmente, el robot iba traduciendo la conversación que seguramente habían llevado a cabo los dos alienígenas en el lenguaje de Aranimas, incomprensible para el joven.

—«Los narwe no son de fiar —continuó Wolruf— de eso no hay duda. Pero si tenemos que perder la joya por ir en busca de un pedazo de vidrio...»

El robot se interrumpió al llegar a este punto.

—En este momento, Aranimas exhibió un arma que no pude identificar y apuntó con ella a Wolruf. La caninoide mostró un gran temor.

A continuación, el robot prosiguió, con la voz de Aranimas.

—«Me defraudas, Wolruf. Pensé que tenías mejor vista. Sin los robots, tendré que entregarle la joya a Wiwera al regreso... cosa que no tengo intención de hacer. Es preferible que tú y yo nos convirtamos aquí en átomos que darle esa llave a un tipo como Wiwera.»

El robot calló, y Derec no supo qué decir. Una parada más y los asaltantes llegarían a su planeta con aquel tesoro. Era imposible adivinar cuál sería esta parada. Había centenares de instalaciones Espaciales esparcidas en unos centenares de años-luz. Podía tratarse de una Estación de Aduanas situada entre el territorio de los Colonos y el de los Espaciales, de un centro minero o de procesamiento, o incluso ser uno de los complejos investigadores. Lo mismo podría estar habitado por humanos y robots, o sólo robots. No importaba. Derec jamás lo vería.

Aranimas lo utilizaría... utilizaría sus conocimientos, su voz, tal vez incluso su imagen, para lograr la entrada a la instalación. Y, cuando hubiese realizado su negocio, la nave regresaría a Mrassdf, donde Derec tendría que vivir como un esclavo, o tal vez sólo como un objeto digno de curiosidad.

Cuando se dio cuenta de su impotencia, Derec se desmoronó. Había emprendido solo el camino, haciendo cuanto pudo. Había planeado, fanfarroneado, luchado, y se había abierto paso a cada dificultad.

Pero la dificultad que ahora tenía delante era insalvable. Era preciso que, antes de pocos días, huyera... de una nave en la que ni siquiera podía orientarse, de un carcelero cuyas capacidades todavía no podía calcular, hacia un refugio cuya promesa de salvación era más ilusoria que real.

Su espíritu de lucha se debilitaba al enfrentarse con tan nimias posibilidades. Aranimas poseía todas las ventajas. Haría vigilar a Derec constantemente mientras estuvieran en la instalación humana... si llegaban a detenerse en ella. Y Derec no podría moverse porque jamás conseguiría apoderarse de la nave. Eran demasiados contra él, al menos ochenta contra uno, si tenía en cuenta a toda la tripulación.

Derec no tenía más que el robot, lo cual no era suficiente.

«No puedo hacerlo», se dijo con desesperación. «Pero tampoco puedo rendirme...»

Las ideas en conflicto se sucedían atropelladamente en su cerebro, sin lograr ninguna imponerse a las otras. Fatigado y confuso, se retiró al rincón más alejado del laboratorio y se acurrucó contra la base de la pared.

«Debo conseguir ayuda», decidió al fin. «No he de intentar hacerlo solo... sino que he de confiar en alguien. O esto o resignarme a pasar el resto de mi vida en un mundo extraño...»

Y de repente pensó que a bordo había alguien más que se hallaba tan solo, tan desvalido como él; que no sólo encontraría consuelo en un compañero sino también coraje.

Alguien, en efecto, que ya se había proclamado amigo de Derec.

«Si ella me ayudase, tal vez lo conseguiríamos...»

Había transcurrido una hora de espera. Revigorizado por la esperanza, la atención de Derec se concentró entre la vigilancia del umbral y su juego con las piezas del rompecabezas.

—Ya tú volver —gruñó una voz.

Derec levantó la cabeza y miró a Wolruf.

—Fui a dar un paseo. Me estabais buscando, ¿verdad?

—Aranimas buscarte —le corrigió Wolruf—. Tú quedar ahora.

—¿Va a volver Aranimas?

—Jefe descansar ahora. Verte otra vez en la mañana. Mejor tú estar aquí —le aconsejó Wolruf, disponiéndose a marchar.

—Tuviste dificultades con Aranimas, por haber ido yo a dar un paseo ¿no es cierto?

La caninoide se detuvo, miró fijamente a Derec y se encogió de hombros.

—Lo siento —murmuró Derec—. Te he puesto en mala posición.

—No ser nada nuevo. Soler ponerme yo a menudo.

Derec sonrió.

—Dime una cosa, Wolruf. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué trabajas para alguien como Aranimas?

—Ser una historia muy larga...

—Tú no estás a bordo por voluntad propia, ¿verdad?

—Ser mucho complicado para explicar.

—Tenemos tiempo... y me gustaría saberlo.

Wolruf dudó y al fin avanzó a pasos pequeños.

—Deber dormir —gruñó.

—¿Por qué no actúas como quieres, y no de esta manera?

Agazapándose a la distancia de un brazo, Wolruf sonrió.

—¿Ser éste el secreto de tu éxito?

Necesitó más tiempo del que pensaba para contar toda la historia. Wolruf jamás había tenido que hablar de su hogar ni de su vida a quien no conociese las mil y unas cosas que una persona que vive dentro de una cultura sabe sin pensar. Una y otra vez, Derec tuvo que rogarle que retrocediese y le aclarase ciertos detalles.

Además, hubo el problema del lenguaje, puesto que algunas descripciones tropezaban con las dificultades de expresión de su limitado Estándar. Otras veces, Wolruf parecía referirse a algún hecho o idea que no le gustaba demasiado revelar.

Conjuntando los fragmentos oídos y llenando algunos baches, Derec consiguió una razonable respuesta a su pregunta. Pese a haber hablado Wolruf de más de doscientos mundos habitados, toda la tripulación de la nave procedía de un solo sistema solar. La raza de Aranimas, los eranios, y los narwe, vivían en el segundo planeta, Mrassdf, que, según la descripción de Wolruf, era un mundo cálido, barrido por los vientos y muy desagradable. La raza de Wolruf, cuyo nombre era tan impronunciable como el suyo propio, y las esquivas criaturas-estrellas de mar, eran del cuarto planeta, más templado. La relación entre los narwe y los eranios era como la existente entre las ovejas y sus pastores, excepto que los narwe eran más inteligentes y estaban mejor adaptados físicamente que las ovejas. Pero la comparación era válida. Los narwe superaban en número a los eranios, pero éstos, agresivos, inventivos y conquistadores, los dominaban por completo.

La relación entre los dos planetas era más complicada, y Derec no logró entenderla. Ningún planeta tenía, al parecer, un gobierno unificado. Lo cual tal vez fuese lo que les impedía ir a la guerra, toda vez que existía claramente una tremenda antipatía entre ellos. Pese a esto, había un comercio activo entre los dos mundos. Dentro del mismo había unas compañías dirigidas por diversas facciones de eranios y los productos producidos por ciertas familias de la raza de Wolruf.

La caninoide no habló mucho de Aranimas en particular, si bien éste resultó ser un miembro juvenil de una de las facciones más poderosas de eranios. Derec intuyó que la familia de Wolruf debía dinero a la compañía comercial de Aranimas.

—Mi objetivo en esta misión es quitar a mi familia de la dhierggra —explicó ella.

La dhierggra, según determinó Derec, tras muchas preguntas, era el equivalente a una lista negra. Estando su familia en la misma, ningún eranio trataría con ella. Lo cual convertía a Wolruf en una sirviente escriturada, en una esclava que trabajaba para pagar la deuda familiar.

—¿Por qué fuiste la elegida?

—Ser la más joven y la menos valiosa para mi familia.

Derec no deseaba juzgar a toda una civilización por la historia de uno solo de sus miembros, pero se enojó ante tamaña injusticia.

—¿Por esto te trata tan mal Aranimas? ¿Forman parte del trato sus riñas, sus recriminaciones?

—Ser carácter de los eranios. Tratar igual a todo el mundo.

—Pero no entre ellos —objetó Derec—. Y esto los hace odiosos.

Fue entonces cuando Derec se dio cuenta de que, en algún momento de la conversación algo inesperado había sucedido. Había estado considerando a Wolruf desde un punto de vista egoísta, calculador. Se trataba sólo de una posibilidad que debería aprovechar.

Pero, a medida que la escuchaba, la falsa simpatía del joven por las desdichas de su compañera se cambió en una comunicación afectiva, una empatía real por sus pesares. Ella era una víctima, igual que él.

Sin embargo, Wolruf se mostró incómoda ante la preocupación del joven.

—No ser penas de tú.

—Wolruf... dijiste que eras amiga mía. Permite que yo lo sea

—¿A qué referirte?

—Aranimas te obliga a trabajar como una esclava y abusa de ti como de un animal. No debería de ser así. Juntos, podemos ponerle término a esto.

—¿Cómo?

—Yo tengo un instrumento —Derec señaló al robot—. Y tengo varias ideas. Pero necesito que tú me digas algunas cosas... respecto a Aranimas y al control de la nave.

Wolruf volvió a mostrarse incómoda, y Derec temió haberse precipitado, asustándola.

—Tú querer recuperar la joya —dijo Wolruf.

La honradez era imperiosa.

—Sí.

—Tú llevártela y dejarme con Aranimas.

Derec meneó la cabeza con impaciencia.

—Tengo que escapar. No puedo permitir que Aranimas me lleve a Mrassdf. Pero si no consigo dejarte en una situación mejor de la que tienes, te llevaré conmigo. Wolruf... nosotros somos los únicos que podemos ayudarnos mutuamente. Si no lo intentamos, mereceremos lo que nos suceda.

La caninoide resistió la mirada de Derec sin parpadear.

—Esto ser verdad. De acuerdo... amigo. Intentarlo deber nuestro ser.

Por lo visto, había algo en la biología de la raza de Wolruf que agudizaba la necesidad imperiosa de dormir y rejuvenecerse. Era como si en su interior hubiera un interruptor metabólico que, una vez accionado, les dijese en términos muy claros que la reserva de energía primaria estaba agotada, y era hora de retirarse a descansar.

Media hora después de iniciada la charla, con la mitad de preguntas de Derec aún por formular y su plan esbozado a medias, sonó la alarma para Wolruf. Sus ojos se convirtieron en simples ranuras, su respiración adoptó una especie de hedor casi insoportable, y su pellejo se alisó y perdió brillo.

Pese a tener todavía muchas preguntas urgentes en su cerebro, Derec no logró que Wolruf se quedase más tiempo en su compañía. La caninoide, sin más explicaciones que un «yo deber dormir» apenas murmurado, se levantó y desapareció.

La salida de Wolruf hizo que Derec también acusara el cansancio de todos sus miembros. Pero tenía que realizar otra tarea antes de pensar en enroscarse sobre su delgada colchoneta.

El robot esperaba donde se había quedado después de completar la última orden de Derec, unas horas antes, lo cual no era sorprendente. Desde que Derec lo había activado, la conducta del robot era bastante pasiva, con una pasividad superior a la prescrita por el joven. Un robot normal tenía varios deberes a los que atender sin una dirección externa, siguiendo las órdenes impartidas para su función primaria; deberes domésticos, laborales, de ingeniería, y otros.

La iniciativa del robot había caído, víctima, al parecer, de los cubos de memoria quemados y de la energía rebajada. No obstante, todavía quedaba la Segunda Ley, y era por esto que se sentaba y esperaba pacientemente las órdenes de Derec, que le obligaban a actuar.

La primera acción del joven consistió en retirar el cubo de matemáticas y sustituirlo por el de Defensa Personal. Las memorias adicionales de dicho cubo aumentarían la sensación de daños inminentes y su ansiedad para actuar a fin de prevenirlos. Pero también suprimiría la inclinación natural del robot a protegerle de los peligros inmediatos y concretos, sin temor a las consecuencias de esta forma de obrar. La Primera Ley no admitía ninguna excepción para afrontar riesgos bien intencionados; la Defensa Personal sí las proporcionaba.

—Alfa —dijo Derec, una vez realizada la sustitución—, mis instrucciones anteriores, por las que tenías que quedarte insensible y a la espera ante la llegada de algún intruso, quedan canceladas. Sin embargo, dentro de lo posible, tendrás que continuar ocultando las aptitudes especiales de tu brazo derecho.

—Entendido, Derec.

—Voy a darte ahora un bloque de instrucciones que no pondrás en ejecución hasta que oigas el código inicializador. Este código, que debe proceder de mí solamente, es la pregunta «¿Quién es tu amo?». El código desactivador será la palabra «Aurora».

—Entendido, Derec.

—Empieza el bloque de instrucciones. Responderás al código inicializador con la palabra «Aranimas». Irás con Aranimas adonde él quiera que vayas. Seguirás sus órdenes, excepto cuando entren en conflicto con la Primera, Segunda o Tercera Ley, o con este bloque de instrucciones. No obedecerás las órdenes dadas por Wolruf o ningún otro miembro no humano de la tripulación. No aceptarás otras órdenes de mí, a menos que vayan precedidas por el código desactivador. Responderás a las preguntas en demanda de información de Wolruf o mías. Sin embargo, no relatarás, repetirás o le comunicarás de ninguna otra forma a Aranimas esta conversación, ni las que tengas conmigo cuando él no esté presente.

—Aclaración. ¿Deseas que Aranimas crea que estoy totalmente a su servicio?

—Eso deseo. Si te necesita para algo, tendrá que enseñarte cosas referentes a la nave. Y todo lo que aprendas nos servirá para huir.

—Comprendo la necesidad del espionaje, mi señor —asintió el robot—, pero si he de protegerte he de permanecer a tu lado.

Derec ya esperaba esta objeción, puesto que los circuitos de Defensa Personal tornaban discutidores a los robots.

—Como Aranimas se halla al mando de esta nave, es una amenaza real para mí. Sólo pueden perjudicarme sus órdenes o sus acciones. Estando junto a él, me protegerás mucho mejor.

—Entendido, señor.

—De acuerdo. Continúo. Hay dos cosas que necesito saber por encima de todo. Conmigo llegó a bordo un objeto valioso, un paralelepípedo metálico, de color de plata, de cinco por diez centímetros. Creo que es el mismo objeto que Aranimas llama la «llave» y Wolruf la «joya». Por lo visto es valioso y poderoso. Necesitamos saber dónde está.

—Sí, Derec. Estaré especialmente alerta para lograr pistas sobre el paradero de este objeto.

—Lo otro que necesitamos saber es hacia qué instalación Espacial nos encaminamos y cuándo llegaremos a ella. Si esperamos demasiado a movernos, Aranimas nos encerrará, a fin de mantenernos escondidos mientras él roba los robots.

—Sí, ésta sería una precaución prudente.

—En la que seguramente piensa Aranimas —concluyó Derec—. Si te enteras de donde se halla la llave, aguardarás una década y después fingirás una avería código 804. Si te enteras de adonde vamos o cuándo llegaremos, aguardarás quince céntadas y fingirás una avería código 3033. Fin del bloque de instrucciones.

Aunque sabía lo que él deseaba que sucediera a partir de las situaciones que acababa de describir, Derec no dijo nada más. La programación verbal por anticipado era un asunto bastante dudoso, que requería la destreza de un semántico y la clarividencia de un adivino. No quería cargar al robot con un número excesivo de órdenes específicas y tal vez inútiles.

La fabricación del cubo de memoria de Defensa Personal había necesitado mucha inteligencia y mucha labor. Derec debía confiar en esto cuando llegase el momento. Alfa comprendería la situación y haría lo que fuese necesario.

CAPÍTULO 12

MOTÍN

A pesar de que era muy entrada la noche cuando Derec terminó, durmió bien y se despertó descansado, con la cabeza despejada y con buen ánimo. Empezó a limpiar un rincón del laboratorio, como para hacer un escenario, decidido a dar un excelente espectáculo. Por fin llegó Aranimas, seguido de Wolruf.

Derec no poseía ningún Manual de Robótica, con su extenso cuestionario de diagnósticos, pero sí conocía las líneas principales del cuestionario usado para comprobar las diversas funciones positrónicas.

—Si la hija de una mujer pelirroja tiene dos perros y el padre de un chico con la pierna rota no tiene empleo ¿qué día afeita el barbero?

Wolruf se enfadó ante la pregunta y Aranimas se mostró intrigado.

—No es posible determinar la respuesta —replicó en cambio el robot, tranquilamente— por la información dada.

—¿Cuál es el valor del hexadecimal 1 44C multiplicado por 1 6F2?

—Hexadecimal 1 D 1 B7D8.

—Toca con el índice derecho el centro de tu frente.

El robot obedeció.

—Recita la ley de Rayleigh de la permeabilidad magnética.

Durante quince minutos Derec atosigó al robot con órdenes y preguntas, no tanto para impresionar a Aranimas con las capacidades del robot, como para destacar su propia competencia. No deseaba que Aranimas pensase que, funcionando ya el robot, él ya no era necesario.

Luego, antes de que Aranimas se impacientara, Derec formuló la pregunta final

—Alfa ¿quién es tu dueño?

—Aranimas —respondió el robot.

Derec se volvió hacia el alienígena.

—El robot ya es tuyo. Tendrás que enseñarle lo que quieras que haga, pero sólo será preciso que se lo enseñes una vez.

—Ordénale que ataque a Wolruf —pronunció Aranimas, poniéndose de pie.

—¿Qué?

—No quiero compartir el control de este servidor. Ordénale que ataque a Wolruf.

La vacilación de Derec era calculada.

—Toma esa llave y pégale a Wolruf en la cabeza —le dijo al robot.

Wolruf lloriqueó, pero Alfa no se movió.

—No puedo obedecer, señor.

Aranimas repitió la orden.

—Sirviente. Toma esa llave y ataca a Wolruf.

Derec contuvo el aliento. Si debía producirse un conflicto con la Primera Ley sobre el trato de los alienígenas, ahora iba a salir a la superficie.

—Sí, mi señor —asintió el robot, volviéndose y empuñando la llave inglesa.

Wolruf se arrastró nerviosamente hacia la puerta. Derec soltó un suspiro de alivio.

—Alto, sirviente —ordenó Aranimas. Luego, se dirigió a Derec—. Has cumplido tu promesa. Bien, creo que vale la pena dejarte con vida, al fin y al cabo. Wolruf te buscará otras obligaciones.

Esta era una cuestión que Derec no esperaba, ni podía dejarla pasar sin protestar.

—No —exclamó con osadía—. Yo soy robotista, no obrero. Ni un narwe. Si deseas conservar tu nuevo sirviente en buen estado, tendrás que dejarme seguir trabajando aquí.

—¿Y qué harás?

—Primero, desmontar las piezas del otro cuerpo. Algunos de los remiendos que le he hecho a Alfa son temporales. Puedo repararlo mucho mejor. Y, si consigo ciertas piezas y herramientas, podré terminar de arreglar ciertas partes dañadas.

Derec continuó alegando todo cuanto le pasó por la cabeza.

—En el mundo real, hay robots que son técnicos en reparaciones, dedicados solamente a la conservación de otros robots. Por el momento, tú sólo posees uno, de manera que yo soy el técnico. Ya has visto lo que sé hacer. ¿Cuánto tiempo hacía que guardabas esas piezas? ¿Cuánto tiempo las estuvistes mirando sin hacer nada? ¿Por qué quieres empezar a tratarme como a uno de esos narwe tan feos?

Aranimas le miró fijamente, y después soltó un sonido sibilante que podía ser una carcajada.

—Vamos, sirviente. Dejaremos a ese profesor de robótica que siga con su trabajo. Fue difícil para Derec no inmutarse al ver cómo su robot se marchaba con Aranimas. Todavía resultó más difícil esperar pacientemente alguna señal de que el frágil plan concertado entre él y Wolruf superaría el primer obstáculo.

Continuaba aislado en aquel rincón de la nave. Le resultaba, por tanto, imposible saber qué hacía Aranimas con el robot. Ignoraba si en aquel mismo momento las instrucciones dadas a Alfa continuaban intactas. Tal vez Aranimas sólo fingía no saber nada de robots. Tal vez ya había destruido todo lo programado con tanto cuidado por el joven.

Y, aunque las instrucciones siguiesen intactas, podían resultar irrelevantes. Derec había supuesto que Aranimas estaría tan contento con su nuevo juguete que lo tendría siempre al alcance de la mano. Todo dependía de eso. Mas, si se equivocaba, si Aranimas había simplemente enviado a Alfa a un rincón de la nave para llevar a cabo alguna función doméstica, el plan estaba condenado al fracaso. Derec habría entregado el robot sin obtener nada a cambio.

El joven tenía trabajo, en parte para mantener la ficción de ser un fiel empleado de Aranimas, en parte para sus propósitos. Además, trataba de hacer que las horas transcurriesen con más rapidez dedicándose a su labor. No obstante, con esto no conseguía desterrar de su ánimo la impaciencia ni la ansiedad. Incluso sin mirar el reloj, el tiempo pasaba muy despacio.

Wolruf entró y salió varias veces durante el resto del día y, hasta cuando no se hallaba en el laboratorio, no andaba muy lejos. Derec agradecía las interrupciones, pero le preocupaba que Aranimas pudiese detectar el cambio en sus normas de trabajo y se preguntase el motivo. Y, sin Alfa para advertirle de la llegada de Aranimas, Derec se mostraba reacio a hablar de su plan conjunto contra el comandante de la nave.

Pero el asunto no podía eludirse por completo. Llegaría el momento, y quedaba sin resolver un problema clave. Derec sabía, o creía saber, cómo podían desarmar a Aranimas. La cuestión no resuelta era cómo incapacitarle.

Con una vehemencia sorprendente, Wolruf descartó la muerte del eranio. Derec no lo hubiese lamentado. Pero tampoco se veía a sí mismo dirigiéndose a Aranimas con un palo y vapuleándole hasta la muerte. Y, al mismo tiempo, mientras Aranimas viviese, sería peligroso.

Derec propuso primero un aturdidor, fabricado con una microcélula de energía recargada y unos fragmentos de alambre. Pero ignoraba si Aranimas sería vulnerable al electrochoque, ni podía estar seguro de que una corriente de alto voltaje no le matase.

—La cámara de las criaturas-estrella de mar. —exclamó de pronto Derec—. Cuando pasamos por allí, a Aranimas le lagrimeaban los ojos. ¿Sabes por qué? —le preguntó a la caninoide—. Esas cosas son de tu mundo. ¿Hay algo allí, en el aire, que no esté en el resto de la nave?

—Sí —asintió Wolruf—. El gas amarillo. Unica parte de la nave donde usarlo. Las criaturas-estrella de mar soltar ese gas amarillo al moverse.

«Naturalmente», se dijo Derec. «Un subproducto digestivo, o cierta comunicación química...»

—O sea que ese aire es como la atmósfera de tu mundo ¿eh?

—Sí.

—Lo cual significa que el eranio probablemente no puede pasar mucho tiempo en tu mundo sin sentirse enfermo, o mareado al menos —concluyó Derec.

—Y entonces estar nosotros a cubierto del malhumor del eranio —concedió Wolruf. Derec calló unos instantes para reflexionar.

—Dijiste que esas criaturas-estrella de mar forman parte de un experimento. ¿Podría Aranimas estar tratando de hallar una manera de neutralizar ese gas, a fin de que los eranios puedan invadir ese mundo?

—Ser posible.

—¿Y hay muestras, tal vez envasadas?

—Haber un líquido que volverse gas amarillo cuando ser liberado.

—Perfecto. Consígueme una muestra.

Cuando Derec decidió descansar aquella noche, no era más que un manojo de energía inquieta y tardó mucho en conciliar el sueño. Cuando finalmente éste llegó, le pareció que acababa de cerrar los ojos y que alguien ya le estaba sacudiendo. Levantó la vista y vio a Wolruf de pie, a su lado.

—Aranimas llámame.

—¿Es por el robot?

—Nuevo servidor no escuchar más a jefe —explicó la caninoide—. Estar sentado allí...

—Entonces, esto podría ser el fin —Derec se puso precipitadamente en pie—. Prepararé unas herramientas...

Mientras Derec seguía a Wolruf por los pasadizos, su ansiedad y sus esperanzas iban en aumento. Cuando llegaron al empalme hexagonal, el joven se detuvo y sujetó a la caninoide por el brazo.

—¿Espera Aranimas que tú también entres?

—No. Sólo que yo entregar el mensaje a tú. Claro que yo poder entrar y ver si despedirme o no.

—No —opinó Derec—. No hagas nada fuera de lo ordinario. Puedo ocuparme solo de la primera parte. Espera aquí.

Dentro del casco A, Derec descubrió a Aranimas en el compartimento principal, y se abrió paso por entre las mamparas hasta el lugar donde se hallaba el alienígena.

—El robot se ha averiado —le espetó Aranimas—. Repáralo.

El robot estaba sentado en el borde de una mesa, inmóvil, excepto su mano izquierda, que giraba lentamente por la muñeca.

«¡Código 3033... nuestra ocasión!» pensó Derec.

—¿Qué le hiciste? —inquirió después.

—Nada. El mecanismo dejó de obedecerme.

—Tienes que haberle hecho algo —insistió Derec, inclinándose para examinar directamente los relucientes ojos —. Alfa. Contesta.

—Sí, señor —respondió el robot, con palabras distorsionadas y farfullantes.

«¡Código 804! ¡La clave!» Pero tenía que asegurarse.

—Alfa. Regla I-A-I-B. Obedece.

El robot continuó inerte.

—Alfa. Regla 2-C-2-D. Obedece.

Tampoco hubo respuesta.

—¿Qué le pasa a mi servidor? —quiso saber Aranimas.

Tratando de ganar tiempo, Derec abrió su cartera de herramientas, y después la placa de acceso al hombro izquierdo del robot. Cuando atisbó en su interior, Derec pensó en el paso que debía dar a continuación. La remodelación que había ejecutado en las prioridades grabadas en el robot para proteger la vida inteligente era un asunto muy delicado. Esto ya había quedado en evidencia, de manera inesperada, cuando Aranimas se posesionó del robot.

Si Derec había de liberar al robot del bloque de instrucciones y ordenarle que actuase contra Aranimas, esto le crearía una obligación, por la Segunda Ley, de quebrantar la Primera. Sus cuidadosos reajustes podían dañarse bajo la enorme tensión, y el robot se bloquearía hasta tal punto que Derec sería incapaz de repararlo.

No quería correr ese riesgo. Era mucho mejor que el robot actuase directamente obedeciendo a la Primera Ley que desafiándola. Aunque esto significase necesariamente provocar a Aranimas.

—Parece un fallo del iniciador volitivo —mintió Derec—. Si dos impulsos contradictorios llegan al mismo tiempo, puede formarse una onda permanente estacionaria. Casi siempre la culpa es del propietario. ¿Qué le pediste que hiciera?

—Nada malo. Le estaba explicando las funciones del equipo de esta sección cuando su mano empezó a girar alocadamente.

—No me mientas —le interrumpió Derec—. Debí suponer que una raza tan torpe como la tuya no sería capaz de manejar una máquina tan sofisticada...

—Tú eres peor que los narwe —masculló Aranimas—. No posees el buen sentido común de comprender que estás al servicio de un superior.

Al hablar, movía la mano hacia la abertura de su túnica.

—¡Aurora! —gritó Derec.

Pero el robot ya había empezado a moverse antes de que Derec pronunciase la palabra, de modo que la Primera Ley se había impuesto a las estructuras del bloque de instrucciones. La carrera entre los reflejos de Aranimas y los del robot no fue muy reñida. Antes de que el estilete saliese de los pliegues de la túnica de Aranimas, el robot ya había asido la muñeca del alienígena con su zarpa derecha, obligándole a soltar el arma con un golpe de la zarpa izquierda.

—¡Suéltame! —chilló Aranimas.

Forcejeó y luchó, sin poder liberarse de la presa de aquella mano mecánica.

—No puedo permitirte que hieras a Derec —le espetó el robot.

—Tú eres mi servidor. ¡Obedece mis órdenes! ¡Suéltame!

—No, Aranimas —intervino Derec—. Alfa es mi servidor y siempre lo ha sido

—levantó la voz—. ¡Wolruf, ya puedes entrar!

Recogió el estilete del suelo y le dio varias vueltas en la mano. No se veía ningún botón ni mando alguno en su estructura. De pronto, lo apuntó contra el alienígena, mas éste no mostró la menor inquietud.

—No es posible utilizar esta arma contra su dueño —dijo Aranimas con orgullo.

—Una técnica muy hábil —reconoció Derec. Luego, buscó en su cartera de herramientas y extrajo el juguete fabricado unas horas antes. Unida a una pequeña botella de presión, semillena de un líquido color amarillento de mostaza, había una bomba en miniatura, procedente del robot desensamblado—. Pero yo también tengo un arma.

Mientras Wolruf acudía a su lado, Derec apuntó la válvula de salida de la bomba a Aranimas y presionó un pulsador. Una fina niebla surgió por la abertura en dirección al rostro del alienígena.

Un humano habría abierto la boca por la sorpresa. Aranimas se abalanzó hacia el aerosol con su mano libre y estuvo a punto de alcanzarlo, puesto que la longitud de su brazo era casi igual a la distancia a que se hallaba el arma de Derec.

Pero, un instante después, de los ojos de Aranimas empezó a brotar un líquido rojizo, y la piel de su semblante pareció encogerse. El alienígena se quedó rígido y agitó su mano libre, curvando los dedos, como tratando de agarrar algo, en tanto le resultaban visibles por primera vez los músculos del brazo y el hombro. Cuando el aerosol empezaba a agotarse, Aranimas cerró los ojos y el brazo le cayó inerte al costado.

—¡Déjalo! —le ordenó Derec al robot, soltando el pulsador.

El robot abrió la mano y el alienígena cayó hecho un ovillo al suelo, donde quedó inmóvil.

—No detecto... respiración —murmuró el robot.

Las palabras del robot fueron un aviso para Derec.

«Debí comprender lo que podía ocurrir» pensó de pronto.

—No está muerto —dijo en voz alta—. Su sistema ha recibido un shock de veneno, pero se recuperará.

—Intentaré... integrar...

—Alfa, analiza la situación. Ésta es la nave de Aranimas. Él poseía todas las ventajas.

Podía haber hecho cientos de cosas para detenernos, y no nos hubiéramos dado cuenta hasta que fuese demasiado tarde. Tenía que neutralizarlo.

—Lo entiendo... y lo acepto.

—¿Estás bien?

—Detecto una perturbación moderada... en mis potenciales cerebrales, que atribuyo... a haber presenciado cierta violencia contra un ser no humano inteligente —explicó el robot, volviendo gradualmente a hablar con normalidad—. Esta perturbación es pasajera, y no creo que afecte a mi funcionamiento.

—Bien —aprobó Derec, dejando el aerosol, ya gastado, encima de las demás herramientas—. ¿Qué has descubierto?

—Nos estamos aproximando a una estación espacial de vuelo libre, independiente.

—¡Diantre! —exclamó Derec enfáticamente—. Yo esperaba que Aranimas nos llevase a uno de los mundos Espaciales. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No puedo calcular la hora de aproximación. Sin embargo, he determinado que la tripulación de la nave se halla ahora en el nivel más bajo de alerta.

—O sea que probablemente disponemos de unas horas —calculó Derec—. ¿Ha estado Aranimas en contacto con la base?

—No, que yo sepa, señor. Esta nave no parece poseer comunicaciones en hiperonda, sino solamente una radio.

Esto concordaba con la experiencia de Derec en el asteroide, pero planteaba un enigma.

¿Cómo habían localizado los alienígenas el asteroide? Derec suponía, como Monitor 5, que los asaltantes habían interceptado el mensaje enviado en favor de Derec. Pero, sin un emisor en hiperondas, la cosa era totalmente imposible.

Tal vez Wolruf arrojaría alguna luz... aunque esto debería esperar.

—De acuerdo. ¿Y la llave? ¿Sabes dónde está?

—Dentro de ciertos límites. Creo que se halla escondida debajo de una de las losetas del suelo del centro de mando.

La última vez que había estado en dicho centro, Derec había sufrido demasiado para prestar la menor atención a su entorno.

—Vamos a verlo —ordenó el joven—. ¿Cómo lo has averiguado? —preguntó por encima del hombro.

—Aranimas me enseñó la llave y me interrogó al respecto. Cuando se marchó con la llave, no pude ver exactamente dónde la dejaba. De todos modos, el tiempo que estuvo

fuera limita el radio de acción, y los ruidos que oí pueden corresponder al levantamiento de una loseta.

Llegaron al centro de mando y Derec vio que el suelo era un mosaico formado por varios centenares de losetas metálicas hexagonales, del tamaño de un plato. La superficie de cada una tenía un dibujo compuesto por agujeros diminutos, aunque no había ningún resquicio que permitiera levantarlas. Sus bordes estaban perfectamente encajados con los de las losetas adyacentes.

—¿Alguna idea de por dónde hemos de empezar?

—La estrategia del escondite está en contra de posiciones tales como el centro y los rincones. No puedo indicar nada más.

—¿No puedes detectarla bajo el suelo? ¿No da ninguna señal de radio, ni genera un campo magnético?

—No, que yo pueda detectar.

Esto también concordaba con lo ocurrido en el asteroide. Si la llave hubiese declarado su presencia de alguna manera mensurable, los escaners de los robots la habrían detectado mucho antes de la llegada de la nave asaltante.

—Está bien —asintió Derec. Se volvió hacia Wolruf, que había sido una espectadora silenciosa desde su llegada—. Necesitamos un lugar donde encerrar a Aranimas.

Wolruf miró inquieta hacia donde habían dejado al eranio.

—Haber taquillas fuera, en el pasadizo lateral, bastante grandes para...

Derec asintió.

—Alfa, carga con Aranimas y vete con Wolruf. Te enseñaré donde dejarlo. Wolruf, asegúrate de que Aranimas no pueda abrir la taquilla desde dentro. Después, volved aquí los dos —captó la mirada de aprensión en los ojos de Wolruf y añadió— Lo sé, no te gusta el robot.

—Quizá sorprender a Wolruf igual que tú sorprender a Aranimas.

—Te prometo que no te pasará nada —Derec acarició el brazo de la caninoide—. No habrá sorpresas. Os aguardo aquí.

Cuando el robot se hubo ido, Derec se agachó para examinar los agujeros de las losas. Eran una especie de hoyitos, de apenas medio centímetro de profundidad. Era imposible enganchar nada en ellos para levantar las losetas. Derec pensó que tal vez tendría que fabricar una especie de grapa al vacío antes de poder localizar la llave.

Entonces se dio cuenta de que las aberturas tenían aproximadamente el diámetro de la punta del estilete de Aranimas. «Claro está,» pensó Derec, mientras hurgaba con el instrumento. «Esperemos que esta arma no sirva sólo a Aranimas...»

Colocó la punta cónica en una de las aberturas, y la loseta pareció asirse al estilete, manteniéndolo recto. Cogió el arma con una mano, y luego con ambas, y trató de levantar la loseta. No se movió. Pero cuando utilizó el estilete como una palanca, logró apartar la loseta con facilidad, como quien quita la tapadera de un recipiente metálico. Debajo había un reducido compartimiento hexagonal... vacío.

«No tengo la suerte del principiante...», pensó Derec. Cuando colocó de nuevo la loseta en su lugar, el estilete quedó suelto. «Muy bien», se dijo Derec, tocando con el estilete la losa adyacente. El truco no funcionaba por magnetismo; el estilete parecía realmente soldado a la loseta. Tal vez funcionase por afinidad metálica, seguida por una corriente que alborotase los átomos y rompiera las uniones... Un bonito truco...

Oyó un zumbido a sus espaldas, y Derec giró sobre sí mismo. A media docena de metros por el corredor central, una plataforma circular iba descendiendo del techo, suspendida por cuatro cables delgados. Y de pie sobre la plataforma había una mujer... una joven esbelta, apenas un año o dos mayor que Derec, aunque diez centímetros, al menos, más

alta que él. La chaqueta de anchas hombreras que llevaba tenía un corte muy aristocrático, si bien se hallaba muy desgastada por el uso. Su expresión era de sorpresa, incluso de estupor. Movi6 los labios como si le costase articular las palabras.

—¿Tú? —dijo al fin, cuando la plataforma llegó al nivel del suelo—. ¿Aquí?

La cabeza de Derec estaba ya llena de ideas extrañas, y tuvo que luchar para razonar controladamente. Con toda seguridad, esto explicaba el éxito de Aranimas. Había tenido constantemente una compañera humana para guiarle...

—Será mejor que me cuentes rápidamente quién eres y qué haces aquí —gruñó Derec, incorporándose lentamente—. No dispongo de mucho tiempo para decidir qué debo hacer contigo.

—¿Qué hacer conmigo? —repitió ella coléricamente—. No veo por qué debo responder a tus preguntas, y menos después de lo que hiciste.

El significado del mal estado del vestido de la joven se hizo evidente para Derec. La muchacha era una prisionera, lo mismo que él. Siendo así, se dio cuenta que para ella, él mismo podía estar de acuerdo con los asaltantes.

—Sólo ayudé a Aranimas para ganar tiempo y salvar mi cuello. El robot ahora es mío y Aranimas no puede hacerte daño —explicó Derec apresuradamente—. Vamos a salir de aquí.

La hostilidad desapareció del semblante femenino, dando paso a la extrañeza.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo llevas a bordo? —inquirió ella.

Derec dio un paso al frente.

—Tardaré muy poco en contártelo. Hace cinco días me desperté en una cápsula de supervivencia, en la superficie de un asteroide. Y allí hallé una colonia de robots que excavaban la tierra. Aranimas asaltó la colonia y me hizo prisionero.

Era suficiente. No serviría de nada remover más las aguas con detalles que ni él entendía aún.

La joven le contemplaba con curiosidad.

—O sea que no me buscabas.

—Ignoraba que hubiese alguien más a bordo —respondió él, levantando las manos—.

Wolruf me contó que habían capturado un par de naves humanas, pero me dio la impresión de que las tripulaciones... habían desaparecido por completo.

—Pienso que Aranimas me dejó con vida porque estaba interesado en mis robots

—razonó la joven—. ¿Eres tú el que ha reparado a Capek?

—¿Era éste su nombre? Ahora se llama Alfa. Sí, soy yo.

—Has hecho un mal trabajo —rezongó ella con petulancia—. Ya no me recuerda, y el brazo nuevo es muy feo.

—Lo siento.

—Y tú tampoco te acuerdas de mí.

Derec tragó saliva.

—Tengo la sensación de que tú has pensado que sí debería...

—Sólo he pensado que eras cruel —le interrumpió la joven—. No quería darte esa satisfacción. De verdad, ¿no sabes quién soy?

—Ni siquiera sé quien soy yo —confesó Derec, sonriendo débilmente—. Cuando me desperté en el asteroide, llevaba un traje de seguridad con el nombre Derec en el peto, y así me llamo ahora. Pero no recuerdo nada de lo ocurrido antes de despertarme allí.

—¿Nada en absoluto?

—Nada personal. Recuerdo muchas cosas... supongo que se trata de cosas que aprendí en otros tiempos... Pero no sé de donde vengo ni a donde iba... —Derec estaba confuso—. De manera que me conoces...

—Eso creí...

—Entonces, por favor, dime...

De la consola de control surgió en aquel instante un sonido agudo.

—Alguien busca a Aranimas —comentó la joven, con cierto nerviosismo en su expresión—. Dijiste que íbamos a salir de aquí. Tal vez antes deberíamos ocuparnos de esto. ¿Qué hacías, cuando te sorprendí? ¿Qué buscabas?

—Algo que me pertenece... y que Aranimas me quitó cuando vine a bordo.

—¿La llave? ¿Era tuya?

—¿Estás enterada?

—Aranimas me la enseñó. ¿Es aquí donde está escondida?

—Según Alfa, sí.

—¿Es importante?

—Eso creo.

—Entonces, busquémosla y salgamos de aquí —propuso ella con ansiedad.

Tras preguntarse qué demoraba tanto a Alfa y a Wolruf, Derec volvió a ocuparse de las losetas. Probó la segunda, miró a la joven por encima del hombro, y pasó más a la derecha para probar la tercera.

—Puedo buscar la llave y escuchar al mismo tiempo —explicó, insertando el estilete en la tercera loseta—. ¿No puedes contarme qué sabes acerca de mí?

Si ella le respondió, Derec no la oyó. Tan pronto como empezaba a levantar la loseta, se produjo como un chispazo, se oyó un ruido atronador, y una tremenda oleada de calor. Algo pesado golpeó la espalda del joven, el cual cayó hacia adelante, hiriéndose el pecho con el borde de la loseta, y dejando sus pulmones vacíos de aire. Su cerebro sólo tuvo tiempo de pensar una palabra —trampa—, antes de sumergirse en un lugar tranquilo y oscuro donde nadie podría molestarle.

CAPÍTULO 13

LA ESTACIÓN ROCKLIFFE

Las imágenes de bordes blandos desfilaban como a través de una bruma. Un mar de luz rodeaba a Derec y le despertó. Se sentía tan transparente como el cristal, tan inconsciente como el viento. Su conciencia se apretujaba en una mota de polvo y flotaba en las corrientes suaves del tiempo.

Con él flotaban unas figuras sin rostro. Algunas se le acercaban, para volver a apartarse. Los únicos sonidos eran los cantos fragantes de las flores y los cantos coloreados de los crepúsculos, todo lo cual resonaba en su cabeza sin que pudiera entenderlo.

Nada parecía tener sentido, aunque no le importaba. Sólo pensaba que, después de todo lo ocurrido, de todo a lo que había sobrevivido, sería un terrible desengaño haber muerto. Al cabo de algún tiempo, su cuerpo regresó a él. Todavía flotaba, todavía iba a la deriva, pero su conciencia volvía a estar en su lugar, volvía a llenar un espacio familiar. Sin embargo, sus ideas estaban tan entumecidas como sus miembros, como si la carga que significaba volver a dirigir las funciones del cuerpo hubiera abrumado los procesos simples de su mente.

Por fin se dio cuenta de que el mundo de ensueño, lleno de luz y sombra, en el que habitaba, sólo existía en su interior. Si quería, podía abrir los ojos al mundo exterior, contemplarlo, entrar en él, sabría quién era y lo que era. Pero el precio que tendría que pagar era la paz y el silencio, un precio demasiado elevado.

«No», pensó Derec con firmeza. «Existen ciertos límites. No deseo ver ese mundo. No deseo conocerlo.»

Pasó el tiempo, y el nido de soledad que le envolvía se convirtió lentamente en una prisión. El silencio se tornó ensordecedor; la quietud se trocó en muerte. Tanto si estaba preso como atormentado, esto no era suficiente.

El mundo exterior seguía llamándole. No era un mundo amigo, a lo sumo, indiferente hacia él. Al revés que las suaves corrientes que le limitaban estando encerrado, el mundo exterior estaba lleno de fuerzas que podían sostenerle como a un madero a la deriva sobre la espuma de las rompientes marinas.

Sin embargo, no carecía de fuerza interior. Tal vez no podría dominar las olas, pero sí podría desplazarse con ellas y establecer su propio rumbo.

Fue esta revelación lo que le liberó. De repente, vio que no estaba preso ni lo había estado nunca. Había cinco puertas por las que podía salir en libertad... las cinco puertas de sus sentidos corporales. Todas estaban entornadas, aguardando sólo su voluntad para abrirse por completo, dejando entrar al mundo y poder salir a él.

Sabía que las abriría, pero todavía no. No hasta que hubiese flotado un poco más con la agradable corriente. Porque, si era libre de ir adonde quisiera, aquel nido de soledad no podía ser un lugar tan desagradable, al fin y al cabo.

La primera puerta que Derec trató de abrir fue el oído. Al principio, pensó que no lo había conseguido, puesto que el silencio exterior era tan completo como el interior. Después, empezó a oír el sonido rítmico, aunque débil, de su respiración. Era un paso muy pequeño, pero no la primera información que le llegaba desde fuera de su capullo desde hacía largo tiempo, le pareció.

Experimentalmente, Derec entreabrió los ojos, e inmediatamente volvió a cerrarlos. El mundo exterior le resultaba angustiosamente familiar. Él flotaba envuelto en una luz... una luz brillante sin gran claridad. Una sombra sin rostro, alta y esbelta, se movía grácilmente por el halo que le rodeaba.

La realidad estaba invertida. El sueño se había convertido en realidad, o el mundo soñado y el mundo real eran uno solo. Era como un truco perverso, un truco en espíritu,

con un «presente» que resultaba ser una serie de cajitas vacías, cada una más pequeña que la otra. ¿Conducirían todas las puertas al mismo sitio? ¿Cada paso que diera, no le llevaría de nuevo a su punto de partida?

—Buenos días.

Derec se sorprendió al sonido de otra voz. Si estaba solo, era él quien acababa de hablar. Pero él no había hablado, y por tanto no estaba solo. Y, si no estaba solo, no podía estar todavía dentro de su mundo de sueños, y lo que viera al abrir los ojos tenía que ser real. Mas, si era real, es que estaba vivo. Trató de recordar la última cosa real, incontrovertible, que había sabido y visto. Era sumamente difícil recordarlo. Había crepúsculos y cantos floridos, pero nada de esto era real. Antes... antes...

Antes había habido un momento terrible, un momento tan lleno de sorpresas y de dolor que, incluso en su fugacidad, él lo había sentido encerrado en su capullo. Había transformado la erupción en la eclosión de una flor, la llama en los colores de un crepúsculo espectacular. Después había revivido aquel momento de manera interminable, para tornarlo inofensivo.

¡Sí! Lo último real que había conocido había sido la explosión.

Derec volvió a abrir los ojos a la luz. Una sombra se inclinó hacia él, sin rostro, casi sin forma, como antes. Trató de tocarla, pero sus miembros no le obedecieron.

—Cierra el campo de esterilización —ordenó una voz, y el halo luminoso se desvaneció. La sombra se convirtió en una cabeza color de cobre, y en un torso de robot, vestido. El robot le contemplaba solícitamente.

—Buenos días —anunció—. Por favor, no te muevas.

La mente de Derec retrocedía lentamente hacia el momento de la explosión. Sabía que ya no estaba en el centro de mando. El robot que estaba inclinado hacia él no era Alfa. Lo cual significaba que...

—Aranimas obtuvo sus robots —murmuró el joven.

—¿Cómo, señor?

—Él venció —susurró Derec—. Yo no pude huir.

—¿Señor...?

—Dile a Aranimas que no cejaré en...

—Señor, me encantaría dar ese mensaje de tu parte. Sin embargo, no conozco a la persona que has nombrado. ¿Dónde puedo hallarla?

—Aranimas es el dueño de la nave...

—¿Era miembro de la tripulación de la nave, ese individuo?

—Sí... —las preguntas del robot empezaban a intrigar a Derec.

—Señor, lamento manifestarte que nadie de ese nombre fue hallado cuando el paramédico abordó...

—¿No estoy en la nave?

—Estás descansando en un campo de fuerzas diamagnético y terapéutico, más comúnmente llamado lecho aéreo. El lecho aéreo está en la Sala de Cuidados Intensivos del hospital de la Estación Rockcliffe.

La ola de alivio que pasó a través de Derec al escuchar esas palabras pareció llevarse consigo todas sus energías. Cerró los ojos y volvió a adormecerse en las suaves corrientes del sueño. A lo lejos oía voces, mas no se despertó lo suficiente para comprender qué decían.

—Está fatigado —decía la voz.

—Necesitamos su ayuda —respondió otra voz.

—Nuestras necesidades son menos apremiantes que las tuyas —objetó el robot—.
Aguardaremos.

Cuando Derec volvió a despertarse, el robot con piel de cobre estaba a su lado.

—Buenas tardes —le saludó, acercándose más—. ¿Cómo te encuentras?

Derec esbozó una sonrisa anémica.

—Tendido, ya ves, pensando en todas las veces que durante la semana pasada cerré los ojos en un lugar y los abrí en otro. Cada vez que esto ocurrió, me hallé en un entorno peor y en un trance peor... hasta la primera vez que desperté aquí.

—Te prometo —asintió el robot gravemente— que recibirás los mejores cuidados.

—Lo sé. ¿Cómo te llamas?

—Mi designación es Especialista 4 de Diagnóstico Médico Humano. Sin embargo, el supervisor de medicina de este distrito me llama simplemente doctor Galeno.

—¿Por qué?

—Nunca me lo ha explicado. De todas maneras, he determinado que Galeno fue el nombre de un médico griego de la época clásica, que escribió sobre el tema de las «fuerzas vitales» que se albergan en el cuerpo. Creo que mi supervisor halló gracioso llamar a un técnico avanzado en diagnósticos con el nombre de un primitivo místico médico. Como esta cuestión se refiere al humor, no pudo ofrecer una conclusión bien fundada.

—Es probable que tengas razón —asintió Derec—. ¿No te ofenderás si te llamo doctor Galeno? Es mucho más fácil que tu quilométrica designación.

—¿Por qué debería ofenderme, señor?

—Por nada —replicó Derec—. ¿Dónde está tu supervisor?

Estaba seguro de que dicho supervisor sentía cierta hostilidad hacia el robot.

Probablemente, albergaba la fantasía secreta de ser un médico de cabecera en un mundo Colono, en vez de dirigir a unos robots.

—En Nexon —respondió el doctor Galeno.

Derec conocía el nombre. Era uno de los mayores mundos Espaciales, y el segundo en distancia desde la Tierra.

—Dijiste que estamos en la Estación Rockliffe.

—Correcto, señor.

—¿Dónde se halla tu supervisor local? ¿Es el director del hospital?

—El director del hospital soy yo, señor.

Derec frunció el ceño.

—Entonces, será mejor que me digas algo más de la Estación Rockliffe.

—Oh, sí, señor. ¿Qué deseas saber?

La Estación Rockliffe, le explicó el doctor Galeno, era una instalación Espacial con varios siglos de historia, una estación de paso que databa de los días en que un largo viaje interestelar sólo podía realizarse a través de una serie de saltos cortos. Se habían construido docenas de estaciones de paso mientras los emigrantes de la Tierra, que se convertirían en los Espaciales, iban colonizando los cincuenta mundos que se transformarían en sus hogares.

Con la llegada de propulsiones más poderosas, capaces de cubrir mucho más espacio en un par de saltos solamente, casi todas las estaciones de paso fueron abandonadas. Unas cuantas, de las que ésta era una, se hallaban situadas en lugares privilegiados donde todavía podían cumplir con su función primitiva.

La Estación Rockliffe se hallaba en el centro de una de las mayores regiones «abiertas a lo largo de los límites del territorio Espacial, mirando a la zona de la cuarentena, más allá de la cual se hallaban los mundos de los Colonos. No había ningún mundo habitable en el sistema estelar más próximo, aunque sí un planeta muy rico en iridio, lo cual justificaba un reducido centro de minería y procesamiento.

De esta manera, la Estación Rockliffe había sobrevivido gracias a su utilidad como puesto de escucha fronterizo y como punto de tránsito para las naves que transportaban el iridio

procesado, y también como puesto militar avanzado para el caso de que se deteriorasen las relaciones con los mundos de los Colonos. Claro que todo esto no era motivo suficiente para mantenerla en activo como en sus buenos tiempos; al menos, no para mantener en ella una presencia humana.

Según el doctor Galeno, sólo estaba ocupado un diez por ciento, o menos, de la estación, y esto aún enteramente por robots. La supervisión humana que necesitaban la proporcionaba la hipervisión y las naves que llegaban cada dos meses.

Y el hospital continuaba en servicio, sólo porque las tripulaciones de dichas naves visitantes podían necesitar alguna atención médica. Los dirigentes de Nexon eran realistas. El doctor Galeno administraba el centro hospitalario porque sus deberes eran casi nulos, mientras que el otro robot de la estación, un ordenanza-enfermero, tenía un programa completo de limpieza y mantenimiento.

«No me extraña que el supervisor se burlase del doctor Galeno», pensó Derec.

—Pareces trastornado por esta información —comentó Galeno—. ¿Hay algún problema? Derec meditó un instante la pregunta. A medida que el doctor Galeno iba detallando todo lo referente al hospital y a Nexon, él se sentía cada vez más desdichado. ¿Tan importante era hallarse solo? Al menos, la Estación Rockliffe era un territorio familiar, al revés que el asteroide o la nave pirata. Aquí podría moverse con más libertad.

—No, no hay problemas —negó Derec—. Aunque me gustaría saber un poco más de lo sucedido. ¿Cómo llegué aquí? Dijiste algo de paramédicos...

—No conozco los detalles. El expedidor o supervisor del aeropuerto debe poseer mejores fuentes de información.

—Dime lo que sepas.

—Por lo visto, tu nave no logró continuar el salto. Lo que ocurrió exactamente no está claro. El expedidor sin duda querrá investigar las circunstancias. De todos modos, creo que tu nave soltó o descargó una nave más pequeña, un transbordador o un bote salvavidas, antes de cambiar de rumbo para encaminarse a la zona Q.

—Debió desprenderse después de la explosión —dijo Derec pensativamente.

—La nave menor, por lo visto, seguía un vector de aproximación inaceptable, y no respondió a las órdenes del expedidor. Suponiendo que era una nave abandonada, se envió un remolcador para interceptarla y traerla aquí. Cuando subieron a bordo de la nave, te encontraron y te trajeron.

—¿Y trajeron también mi nave... nuestra nave, en fin?

—Eso creo. Naturalmente, desde entonces sólo me he ocupado de ti.

—Naturalmente —asintió Derec. La nave de Aranimas estaba en la estación, tal vez no habría perdido la llave, al fin y al cabo. Derec alegremente continuó—. Oye, doctor Galeno, ¿qué te parece si me levanto y ando un poco? Los lechos aéreos son muy cómodos, pero estoy harto de estar tumbado. Tal vez debería ir a ver en qué condición se halla la nave y contestar a las preguntas del expedidor.

—Lo siento, señor —replicó el doctor Galeno—. Tus heridas y lesiones internas todavía no están suficientemente bien curadas.

—¿Qué heridas sufro?

—Quemaduras en un quince por ciento del cuerpo, principalmente en los brazos, cara y cuello. Tienes tres costillas rotas...

—Debí caer sobre la loseta que estaba levantando.

—... una lesión en el pulmón derecho, que no funciona. Tu tímpano derecho quedó perforado y tuve que reemplazarlo.

—¡Diantre! ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—La nave en la que ibas fue abordada hace seis semanas.

—¡Seis semanas! ¿Acaso estuve en coma?

—Las quemaduras eran muy dolorosas, lo mismo que la reconstrucción epidérmica —respondió Galeno—. Te mantuve bajo narcosis química durante el tratamiento y en la fase inicial de la recuperación.

—Supongo que he de estarte agradecido. Pero seis semanas... —Derec recordó que no estaba solo en la nave asaltante—. ¿Dónde están los otros? Wolruf, Alfa, la chica... ¿Qué han hecho, mientras yo estaba fuera del mundo?

—Lo siento. Las únicas personas que encontraron erais tú y una mujer humana. Experimentando de pronto una fuerte opresión en el pecho, Derec desvió la mirada. Naturalmente, esto no significaba que Wolruf hubiese muerto ni que Alfa estuviera destruido... Existía una probabilidad, tal vez elevada de que se hallasen en la parte mayor de la nave, todavía en el espacio. Aunque sí significaba que, si bien él había escapado y sobrevivido, no había cumplido las promesas hechas a la caninoide.

—Lo siento, Wolruf —murmuró.

—¿Cómo, señor?

—No es nada. Háblame de la joven.

—La hallaron cerca de ti, dentro de la nave...

—No me refiero a eso. Dime cómo está.

—El estado físico de la paciente Katherine...

—¿Se llama Katherine?

—¿Hay algún error?

—No, no... es ella —se apresuró a afirmar Derec—. ¿Dónde está?

El doctor Galeno se volvió a la derecha y señaló con la mano.

—Ordenanza, descorre la cortina.

Derec volvió la cabeza a la derecha. Lo que parecía ser una pared se transparentó, dejando divisar una figura humana, que flotaba en un halo de luz. Estaba desnuda, y Derec apartó la vista, cohibido. En aquel instante se dio cuenta de que también él estaba desnudo. Era algo muy normal y práctico que los dos estuvieran desnudos, en un hospital, pero también le sorprendía un poco.

—¿Cómo está?

—Sus lesiones intertegumentarias eran más extensas que las tuyas, pero reacciona bien. Naturalmente, su condición crónica no ha cambiado.

—¿Cuál es esta condición?

—Lo siento —el robot hizo una pausa—. Veo que he cometido un error. Como viajabais juntos, no pensé traicionar ningún secreto al discutir el historial de Katherine. Tendré que informar de esta indiscreción mía.

—Esto no importa —replicó Derec airadamente—. ¿Se ha despertado?

—No. Tampoco te habríamos permitido despertarte, si no necesitásemos tu ayuda

—el doctor Galeno señaló con la mano derecha—. Cierra la cortina.

—¿Ayuda... en qué? —quiso saber Derec, cuando la pared se tornó nuevamente opaca.

—Señor, mientras te he cuidado se te han prestado ciertos servicios a cuenta. No sólo era nuestra obligación, sino nuestro placer servirte. Sin embargo, como administrador del hospital, me veo obligado a determinar si esta cuenta es recuperable o si habrá que cargarla contra las operaciones regulares de la estación.

—¿Me has despertado para pedirme mi tarjeta del seguro?

—También hay la cuestión del historial clínico. No podemos determinar todos los resultados sinérgicos de un complejo genético particular. Al menos, no en todos los casos. Sin una evidencia directa, me veo obligado a seguir unos parámetros más conservadores en tu cuidado, que a su vez tiene el efecto de prolongar un poco más tu recuperación.

—No lo entiendo. ¿Y ella? —se interesó Derec—. Dijiste que estaba peor que yo. ¿No sería más importante averiguar quién es y obtener su historial clínico? ¿Por qué yo y no ella?

—Señor, mientras estabas inconsciente, intentamos identificarte mediante todos los sistemas normales. No tuvimos éxito.

—Los sistemas normales...

—Huellas dactilares, retinografía, tipo proteico de la sangre, y un código descriptivo de veintitrés cromosomas. No pudimos establecer tu identidad.

—Claro, porque no soy de aquí.

—Señor, mediante la hiperonda tenemos acceso directo a los archivos de los cincuenta mundos espaciales.

—¿Comprobasteis los de Aurora?

—Sí, sin poder establecer tu identidad.

—Pues yo soy de allí, sé que soy de allí.

—Temo que esto no es posible. Aurora lleva un archivo muy escrupuloso de sus ciudadanos, como parte de su programa de control de la población. Si fueses un auronano, esta conversación no sería necesaria.

—Pero habéis descubierto quién es ella.

—Correcto. Pude conseguir todos los archivos referentes a Katherine.

—¿Quieres darme a entender —exclamó Derec, indignado y furioso— que revisasteis los archivos de cincuenta planetas sin descubrir quién soy?

—¡No! —replicó el doctor Galeno—. Hemos revisado los archivos de cincuenta y cinco mundos, incluyendo la Tierra y los cuatro planetas Colonos más cercanos. Hemos tenido que ejercer el derecho de petición de estos servicios en la mayoría de los mundos Colonos. Por desgracia, sus archivos no son tan completos como los que acostumbramos a utilizar y, en algunos casos, ni siquiera están centralizados. Además, algunos mundos cargan unos precios exorbitantes para confirmar los datos pedidos por los Espaciales, aparte de ser tremendamente lentos en las respuestas. Por todos esos motivos, nos pareció que era indicado hacer una investigación más directa.

El doctor Galeno volvió a hacer una pausa.

—Y por consiguiente —añadió— ¿puedes decirnos, por favor, quién eres?

La sensación de vacío reapareció en toda su fuerza.

—Ojalá pudiera decirlo —contestó Derec lentamente—. ¡Oh, sí, ojalá pudiera!

CAPÍTULO 14

KATE

—Muy interesante —exclamó el doctor Galeno—. Es decir, que no conservas ningún recuerdo personal.

Derec repitió la ya familiar letanía de sucesos que empezaba con su despertar en la cápsula de supervivencia. En parte por estar ya harto de repetir la misma historia, en parte para minimizar las preguntas, pasó por alto algunos detalles, incluso el hecho de que la nave asaltante iba tripulada por alienígenas.

—Tendré que corregir tu ficha para reflejar en ella este estado de amnesia retrospectiva —observó Galeno, cuando concluyó Derec—. Éste es un problema mucho más fascinante que tus demás lesiones. En realidad, la amnesia es mi distracción favorita.

—¿Cómo, tu distracción?

—Tal vez debería decir mi especialidad, aunque esto no expresa la íntima satisfacción que me proporciona.

—¿Cuántos casos has tratado?

—Tú serás el primero —confesó el doctor Galeno—. Y me encanta muchísimo esta oportunidad.

—¿El primero? —repitió Derec con incredulidad—. Entonces, ¿cómo es que te calificas de especialista? ¿Y a qué te refieres al afirmar que te sientes «fascinado» y «encantado»? No estás programado para experimentar emociones.

—Esto es correcto, estrictamente hablando —concedió Galeno—. Pero el concepto de que uno pierda el sentido de la identidad siempre me ha creado esa clase de condición positrónica positiva que asocio con el término «fascinación». Como ves, debido a la estructura memorística del cerebro positrónico, a un robot le resulta imposible olvidar nada, y menos aún su identidad. La amnesia representa un estado para el cual los robots no tienen una experiencia análoga.

—La atracción de lo desconocido.

—Los robots de diagnóstico como yo, estamos contruidos con una curiosidad integral reforzada —explicó el doctor Galeno—. Tal vez sea éste un factor contributivo.

A Derec le pareció escuchar una conferencia sobre su propia especialidad.

—Pero los cerebros positrónicos pueden sufrir averías de todo tipo —objetó—. Son vulnerables a la radiación fuerte, a paros en el suministro de energía... a un montón de cosas que pueden producir fallos.

—Correcto, Derec. Pero esas condiciones que describes darían como resultado un paro natal o, en algunos casos, la destrucción total del cerebro positrónico. Sin embargo, los humanos son a menudo capaces de funcionar con un fallo de esta envergadura en el sistema. Esto es lo que hallo fascinante, y creo que los robots pueden contribuir con eficacia a la investigación del funcionamiento del cerebro humano, incluyendo los defectos y fallos de la memoria.

—¿Por qué?

—Observo que muchos filósofos humanos han reconocido que la búsqueda del autoconocimiento es la más difícil de todas las investigaciones. A un cerebro humano le resulta sumamente difícil analizarse a sí mismo. Sus propias limitaciones le imposibilitan ver tales limitaciones.

Derec estaba de acuerdo con el robot.

—La única cosa que una cámara no puede hacer es verse a sí misma. Lo único que una regla no puede hacer es medirse a sí misma.

—Exacto. Las cuestiones del cerebro humano y sus funciones han sido siempre lo más difícil para los investigadores humanos. Muchos aspectos de la conducta humana todavía

son verdaderos enigmas, a pesar de los muchos siglos de estudios neurológicos y bioquímicos.

—Entonces ¿qué crees que puedes hacer?

El doctor Galeno separó sus manos con elocuencia.

—Los cerebros positrónicos no fueron desarrollados copiando cómo funciona el cerebro humano, sino que se desarrollaron imitando cómo se comporta. Por consiguiente, aunque el cerebro positrónico es un producto del cerebro humano, representa una forma distinta de inteligencia bajo una perspectiva diferente.

—¿Estás dando a entender que los cerebros positrónicos son más capaces que los cerebros humanos?

—La clave es que un robot actúa de modo diferente al cerebro humano —respondió el doctor Galeno, diplomáticamente—. Estoy convencido de que será un invento del cerebro humano el que, eventualmente, desvelará los secretos de estos cerebros. Por eso me complace tener la oportunidad de hacer algo más que estudiar y especular.

—Olvidalo —Derec sacudió la cabeza—. No deseo ser un conejillo de Indias.

—Perdona —se excusó el doctor Galeno—. En mi entusiasmo, olvidé añadir que mi principal interés estriba en ayudarte. Puedo efectuar pruebas para determinar la causa de tu estado. Según sea esta causa, puedo adoptar ciertas medidas que modifiquen tu condición.

—¿Puedes devolverme la memoria?

—No podré saber las posibilidades que existen hasta no haberte examinado.

Derec contemplaba la promesa de una curación mágica con cierto escepticismo.

—No pienso quedarme aquí mucho tiempo —alegó—. Por tanto, no hemos de empezar algo que no podríamos terminar.

—No lo entiendo.

—Dijiste que vienen naves cada dos meses. Si llevo aquí seis semanas, dentro de dos meses podré largarme... tal vez antes.

—No, Derec —le corrigió el doctor Galeno—. La Fariis llegó y partió mientras te estabas recuperando. La próxima nave, la Heritage, vendrá dentro de seis semanas y tres días.

—¿Ya estuvo aquí una nave? —inquirió Derec, mirando directamente al robot—.

Entonces ¿por qué sigo aquí?

—Las instalaciones de esta estación médica son superiores a las de la Fariis. No era posible dejarte marchar en tus condiciones.

Derec cerró los ojos y suspiró.

—Está bien. Una posibilidad menos —volvió a abrir los ojos y trató de sentarse—. Bien, de acuerdo, pero quiero saber qué harás antes de ejecutarlo, ¿me oyes?

—Gracias, Derec. ¿Qué sabes de la amnesia?

—Lo que he visto por hipervisión.

—Lo cual es un desastre —comentó Galeno.

—Es un decir. En realidad, ni siquiera me acuerdo de eso.

—Estupendo —alabó el robot—. La amnesia la han usado los escritores de novelas durante siglos como un recurso, usualmente para ocultar unos hechos conocidos. Lo normal, en las novelas, es que la víctima sufra un golpe en la cabeza, se olvide de todo y de todos y empiece una nueva vida. Y, en el último capítulo, otro golpe le devuelve la memoria.

—Eso me resulta familiar. Tal vez haya visto alguna obra de esa clase —admitió Derec.

—Pues, por favor, procura olvidarla —le pidió Galeno—. Sólo serviría para disminuir tu comprensión.

Durante los tres días siguientes, Derec aprendió mucho respecto a la amnesia. Ignoraba cuántas clases había y cuántas causas diferentes que la motivasen se habían

identificado. En otras circunstancias, aquello habría sido demasiado para él. Pero, como le afectaba directamente, absorbía con avidez todo cuanto le explicaba el doctor Galeno. La amnesia podía afectar al pasado (retrógrada) o al presente (anterógrada). Podría deberse a causas físicas (orgánica) o emocionales (psicogénica). Algunos amnésicos eran incapaces de recordar nada durante más de unos segundos, en tanto que otros olvidaban todas las cosas sólo durante unos segundos. Algunas víctimas sabían que tenían dificultades, en tanto que otros lo negaban apasionadamente.

Nueve de cada diez casos de amnesia, según se enteró Derec, tenían una causa física específica. Dichas causas eran tan diversas como la inflamación de la corteza exterior del cerebro, surcada y plegada, el endurecimiento de las arterias cerebrales, el electroshock y la deficiencia de vitamina B. (Asimismo, en la lista, aunque no al principio, figuraba un golpe en la cabeza.)

—En tiempos más primitivos, muchos casos de amnesia orgánica se diagnosticaban equivocadamente como psicogénica —añadió el doctor Galeno, como enojado por este hecho—. A los pacientes que necesitaban un tratamiento a base de drogas o cirugía se les trataba con hipnosis o psicoterapia.

—Tal vez todas las amnesias tengan una causa física —sugirió Derec—. Tal vez el diez por ciento que aún creemos que son psicogénicas sean aquéllas cuya causa orgánica no hemos descubierto.

El doctor Galeno no se mostró de acuerdo.

—La distinción entre mente y cerebro no ha quedado totalmente borrada de la ciencia médica. La mente es algo más que la suma total de las partes cerebrales. Hay cosas que suceden a tal nivel de sinergia que no pueden deberse a sucesos físicos específicos. Aun así, los análisis se enfocaron primero hacia las posibles causas físicas, y el doctor Galeno sometió a Derec a unos análisis corticales, a una prueba de respuesta endorfina, a tres diferentes escáners exploratorios de su cerebro, y hasta a una biopsia y un cultivo para determinar una posible encefalitis.

—Tu conocimiento de la pérdida de memoria ya es una pista, como lo es tu aparentemente no perjudicada inteligencia —le confió Galeno al joven—. Conservas el sentido del tiempo y el de la relación de los hechos. Todo esto es muy significativo. Pero la terrible verdad fue que todas las pistas sumaban cero, y todos los análisis no revelaron nada. Derec aprendió algunas palabras nuevas que describían su estado — amnesia psicogénica fraccionada, retroactiva, resistente a la hipnosis... — pero nada respecto a sí mismo.

—No hallo ninguna causa física —concluyó el doctor Galeno, a regañadientes, al cabo de una semana—. Tu corteza cerebral, el tálamo, los cuerpos mamilares y el cerebelo son normales. Y, no obstante, no respondes a ninguna terapia psicogénica de las que conozco. Lo siento, Derec. Te he fallado.

—No te lo tomes tan a pecho —le aconsejó Derec, suspirando—. Empiezo a acostumbrarme a vivir en la oscuridad.

En el curso de los análisis, el doctor Galeno le fue permitiendo cada vez más libertad de movimientos, hasta que pudo recorrer todo el hospital. Físicamente, Derec se hallaba recuperado casi por completo. Su nueva epidermis ya no le dolía al tacto, y era gradualmente menos sensible a las variaciones de temperatura. Las costillas se habían soldado mientras estuvo inconsciente y la única señal de que hubieran estado rotas era un ocasional pinchazo cuando respiraba hondo o se estiraba indebidamente.

Pese a estos progresos, el doctor Galeno se resistía a abandonar el cuidado de Derec. Lo máximo que hizo fue permitirle pasar de la unidad de cuidados intensivos a una sala privada, con más comodidades convencionales. Pero la prevención del robot no era

ninguna sorpresa. Debido a la responsabilidad de la Primera Ley, los robots médicos eran notables por su extremada prudencia.

Pero Derec sospechaba que no eran las lesiones de su cuerpo lo que preocupaba al doctor Galeno, sino las de su mente. La verdadera razón para mantener cerca a Derec era tenerle en observación mientras él trataba a Katherine. Como Galeno no podía estar a la vez en dos sitios, mantenía a los dos pacientes en el mismo lugar.

Derec no podía ordenarle al doctor Galeno que dejara de ocuparse de él, de manera que se resignó a vivir dentro de las restricciones del robot. En cierto sentido, Derec agradecía aquellas vacaciones de sus responsabilidades. Su cuerpo tenía tiempo de sanar, pero su mente todavía recordaba vívidamente la superficie en erupción del asteroide, el dolor eléctrico del estilete de Aranimas, la súbita explosión frente a su rostro... Tenía derecho a unos días de paz y descanso.

O eso creía Derec. Pero un día de ociosidad fue suficiente para satisfacer esa necesidad. A la mañana siguiente, no aguardó la visita del doctor Galeno, sino que corrió en busca del robot. Lo encontró ante el monitor biomédico, a los pies de la cama de Katherine, en la UCI.

—Buenos días, Derec —le saludó el robot—. Lamento haberme retrasado. ¿Qué tal estás hoy?

—Inquieto. Y dispuesto a volver a mi vida normal.

—¡Pero te hallas bajo el estado de fuga de un episodio amnésico! —protestó Galeno—. Para ti, todavía no es posible una vida normal.

—Pues buscaré algo que se le parezca —respondió Derec—. No puedo permanecer sentado, mientras recobro la memoria.

—¿Qué deseas hacer?

—Creo que no lo sabré hasta que descubra qué me ha ocurrido —respondió el joven—. Aparte de los robots de la estación ¿quién más sabe que estoy aquí? ¿Intenta alguien averiguar quién soy?

—No lo sé —confesó el doctor Galeno—. Estoy seguro de que el responsable de la estación informó de tu llegada al supervisor de distrito de Nexon, tal como yo informé al supervisor médico. Esta información puede haber llegado a algunos grupos que te conozcan, mientras tanto. ¿Por qué? ¿Te gustaría contactar con alguien?

—Con ella —respondió Derec, señalando la postrada figura de Katherine—. ¿Cuánto tiempo tardará en despertar?

—Hace unos días llegué a la conclusión de que ella puede tener la llave que desvele tu pérdida de memoria, y decidí dejar que despierte tan pronto como su salud y su bienestar no estén ya en peligro —explicó Galeno—. A medianoche se le administró un somnífero y, según sus ondas cerebrales, ahora sueña. Espero que despierte durante la mañana. Derec examinó la sala. No había donde sentarse, salvo en el suelo.

—No hace falta que te quedes —observó el robot, como leyendo sus pensamientos.

—Quiero estar aquí cuando despierte.

El doctor Galeno asintió a estas palabras.

—Prometo llamarte en tal ocasión.

Derec esperó fuera una hora, y luego otra, entretenido con un libro-film titulado Los arquitectos de la máquina. Deseaba encontrar, entre las figuras de notables diseñadores e ingenieros una pista acerca de quién podía ser el «minimalista» que había estado detrás de la colonia del asteroide. Con casi toda la evidencia tangible perdida o destruida, era ésta una de las pocas pistas inexploradas que le quedaban. Un genio semejante tenía que dejar algún rastro.

Pero sólo tres de las biografías eran de diseñadores contemporáneos, y las posibilidades resultaban completamente previsibles. Fastolfe, el robotista; March, el brujo havareano de

la electromagnética; el ecologista humano Rutan, cuyos servicios eran tan solicitados por la sanidad de una docena de mundos Espaciales.

Los tres eran grandes celebridades, aclamados por los que no sabían nada acerca de lo que costaba hacer lo que ellos hacían. Pero la comunidad de ingeniería también tenía sus celebridades, basadas en sus propias normas. Todos los grupos exclusivos las tenían; individuos merecedores de respeto y admiración por parte de los otros miembros, pero completamente desconocidos fuera de su círculo. Fastolfe era famoso en este grupo, pero March era considerado como un fabricante de juguetes y Rutan como un cómico. Sí, Derec necesitaba una perspectiva interior. Alguien debía conocer a su misterioso genio...

—Derec, si puedo interrumpirte.

Derec levantó la cabeza. Era el ordenanza médico. Como el doctor Galeno, el ordenanza era víctima del pervertido humor del supervisor.

—Sí, Florence.²

—El doctor Galeno quisiera que acudieras rápidamente.

Abandonando el visor, Derec se puso de pie.

—Te sigo.

Cuando llegó a la UCI, las luces de esterilización ya estaban apagadas, y Katherine empezaba a agitarse. Llevaba una túnica beige que la cubría del tobillo al cuello; la etiqueta había cambiado, al mismo tiempo que la percepción por parte del doctor Galeno de las relaciones entre ambos. Derec se quedó atrás, mientras el robot se inclinaba sobre Katherine y le hablaba quedamente.

—Buenos días. No intentes moverte.

Sin embargo, ella levantó la cabeza unos centímetros y recorrió la sala con la mirada.

—¿Un hospital? —se sobresaltó.

—Sí, Katherine. Soy el doctor Galeno.

—¿De qué estación?

—La Estación Rockliffe.

Ella asintió y miró a Derec.

—Un rescatado —murmuró.

A pesar de su voz ronca, había en su tono una nota alegre que a Derec no le gustó en absoluto.

—Los dos estamos vivos ¿eh? —exclamó él, dando un paso hacia la cama.

—Lo cual demuestra que no hay justicia en la Galaxia —respondió Katherine, cerrando los ojos—. Pensé que serías lo bastante listo como para desarmar el sistema de seguridad de Aranimas antes de empezar a hurgar en aquel maldito agujero.

—Siento que ocurriese... aquello —se disculpó Derec, acercándose al lado de la cama—. Pero logramos escapar. Y hay algo que deseo discutir contigo cuando...

Katherine abrió los ojos y miró directamente al rostro del robot.

—Doctor Galeno, vuelvo a tener dolor de cabeza. ¿Quieres rogarle a Derec que se vaya? Por el momento, no puedo soportar ninguna compañía.

—¿Cuánto puedes tardar en decirme mi nombre, de qué mundo soy...?

El doctor Galeno intervino, empujando gentilmente a Derec hacia la puerta.

—Comprendo tu impaciencia, Derec. Pero también debo tener en cuenta la salud de Katherine. Márchate, por favor. Ya averiguaré lo que pueda. Cuando esté más fuerte, podrás hablar con ella... si lo consiente.

Derec trató de calmar su frustración en un paseo, y dejó el hospital por la puerta principal. Estaba seguro de que Galeno informaría de su salida, o que haría que un robot fuese en

² Bautizado con el nombre de la famosa enfermera norteamericana de la primera guerra mundial Florence Nightingale. (N. Del T.)

su busca, pero no le importaba. Simplemente, no podía permanecer tranquilo, aguardando. Estar tan cerca de las respuestas, de la promesa de volver a ser él mismo, era una prueba demasiado trascendental para su paciencia.

El sector de la estación donde se hallaba situado el hospital era una tumba. Se paseó por calles mal alumbradas, delante de tiendas cerradas y bloques residenciales sellados. Sólo estaba iluminada la avenida principal. Las calles laterales y los patios eran como pozos de negrura.

Ningún robot le persiguió. Caminó y caminó hasta haber eliminado sus ansias, y entonces regresó. Pasó por la zona de recepción y entró en el despacho del doctor Galeno.

—¿Te dijo algo?

—No pudo ofrecer ninguna clase de luz con relación a tu problema.

—¿Hablaste de mi estado con ella? Pero no le dirías...

—Corrección. Ya estaba enterada de tu estado.

—¿Y qué hizo, te pidió consejo respecto a la manera cómo debe tratarme?

—Derec, le prometí a Katherine que no hablaría contigo de nuestra conversación.

Derec se cruzó de brazos y miró al techo, exhalando un suspiro.

—No entiendo por qué se muestra tan misteriosa; si sabe algo de mí, debería decírmelo.

—miró de reojo al robot—. ¿No es así?

—La conveniencia de eso varía de un caso a otro, según el individuo, la causa de la disfunción y los datos personales involucrados —fue la calculadora respuesta del doctor Galeno.

—Ni siquiera puedes darme una pista ¿eh? —preguntó Derec.

—Lamento tener que decirte que no.

Derec frunció el ceño.

—¿Puedo verla, al menos?

El robot se volvió hacia una de las dos pantallas en activo que había en la pared, a espaldas suyas.

—Está despierta y su sensibilidad al dolor se ha moderado. Pero ella es el árbitro final.

—Entonces, voy a ver qué tiene que decirme.

Hallaron a Katherine sentada en su cama.

—Esperaba que viniera a verme alguien —sonrió la joven.

—Me echaste tú misma —le recordó Derec, buscando infructuosamente una silla por la habitación.

El rostro de ella se nubló.

—De... Derec —tartamudeó; como si hubiese olvidado el nombre del joven—, temo que te enfadarás conmigo. Tenemos que hablar de muchas cosas... sobre todo de lo que sucedió en la nave. Pero no creo que yo deba empezar a contar lo poco que sé de ti. La mirada que Derec le dirigió al doctor Galeno fue venenosa y sombría.

—¿Qué es esto? ¿Qué le dijiste? Pensé que deseabas ayudarme...

—No puedo obrar de otro modo —replicó tranquilamente el robot.

La verdad de esta declaración calmó hasta cierto punto al joven. Dio la espalda a Katherine y dijo:

—O sea que piensas tener secretos conmigo.

—Derec —contestó ella, sacudiendo la cabeza—, supongamos que hubieras sido el presidente de Nueva Libertad...

—Nueva Libertad es gobernada por un consejo... —la interrumpió Derec.

—No importa. Digamos que hubieras sido presidente de Nueva Libertad y hubieses perdido la memoria. Si yo te digo que eras ese presidente ¿te convertiría esto en tal presidente? ¿Puedes empezar a actuar como la persona que eras sólo con saberlo?

Derec desvió la mirada.

—Supongo que no. Pero oírlo tal vez me haría recordar...

—Es mucho más probable que te causara una profunda ansiedad —intervino Galeno—. Muy a menudo...

Derec abrió la boca para responder, pero Katherine se le adelantó.

—Doctor Galeno, márchate —le ordenó—. Vuelve a tu despacho y déjanos solos. No nos espíes por el monitor ni nos escuches. Te llamaremos si te necesitamos.

El robot la miró fijamente un momento, después bajó la cabeza y salió.

—No deberías mostrarte tan autoritaria —le recriminó Derec, sorprendido por la dureza de la joven—. Seguro que has destrozado la autoconfianza interna del doctor Galeno y tardará más de una hora en recuperarse.

—Oh, no me importa —exclamó Katherine, contemplando la puerta vacía—. Los robots médicos son muy curiosos. Poseen diez mil opiniones, pero en realidad no saben nada. Y no comprenden realmente cuáles son los sentimientos de un individuo cuando está enfermo. Porque ellos son máquinas, y nunca enferman ni mueren.

—¿Esto es lo que te importa? —preguntó Derec, estudiando el rostro de la joven.

«O te estás muriendo de algo que los médicos no saben curar?» pensó. «¿Es de esto de lo que no quiere hablar el doctor Galeno?»

Pero, antes de reunir el suficiente valor para preguntárselo, ella le miró y señaló el borde de la cama.

—¿Piensas quedarte de pie? La cama puede acogernos a los dos.

Tras un momento de vacilación, Derec se instaló al borde de la cama, a los pies de Katherine.

—Así es mejor —aprobó ella—. Y ahora, ya no me siento como una prisionera que está siendo interrogada.

—No estoy seguro de saber de qué tenemos que hablar...

—Bueno... estoy segura de que en el asteroide sucedieron más cosas de las que me contaste en la nave. Después, está la nave y lo que nos sucedió allí. Y hay que hablar de mí.

—Empecemos por ti. Ante todo, tu nombre. El robot te llamó Katherine.

—Me llamo Katherine Ariel Burgess para mi madre y los ordenadores. Todos los demás me llaman Kate —explicó ella—. Mi padre afirma que llamarme Katherine es una falsa información, que no les da a los demás ninguna advertencia sobre lo que buscan.

Katherine suena a muchacha agradable, que está contenta y te da las gracias, y que lleva esa túnica que la cubre hasta el cuello. Kate es...

—Una joven de lengua mordaz, voluntariosa y «que-sabe-cuidar-de-sí-misma-gracias» —la interrumpió Derec.

Katherine sonrió como si él le hubiera dirigido un cumplido.

—Algo por el estilo. Mi padre dice que tengo sal y pimienta.

—Creo que prefiero a Katherine. ¿Qué hacías en la nave de Aranimas?

—Pues era una prisionera, lo mismo que tú. Mis robots y yo fuimos secuestrados de una nave correo —chasqueó los dedos—. Ahora lo recuerdo. ¿Dónde está la llave? No permitiste que se la quedaran los robots, ¿verdad?

—No sé dónde está —confesó Derec—. Ni siquiera sé si estaba donde yo pensaba.

—¿Está aquí la nave? ¿Viniste en ella?

—Pues no lo sé. No he salido del hospital hasta esta mañana —replicó Derec, enojado—. Quieres explicarme por qué es tan importante esa llave? ¿Qué es, en realidad? ¿Para qué sirve?

—No lo sé —negó ella escuetamente—. Sólo sé que Aranimas juzgaba que poseía un gran valor y que era preciso tenerla en su poder. Espera... creo que dijiste que esa llave te pertenecía... ¿No sabes tú por qué es importante?

—No me pertenece —objetó Derec—. Es un pecio especial. O un regalo. Sea lo que sea, tengo el mejor de los derechos a reclamarla.

—Pero ignoras qué es...

—Exacto.

Katherine se mostró defraudada.

—Tal vez lo sepas... y es ésta una de las cosas que has olvidado.

—Es posible —concedió Derec—. ¿Bajó Aranimas expresamente al asteroide en busca de la llave? ¿No porque yo estaba allí?

—No lo creo...

—¿No crees... qué?

—Opino que bajó al asteroide con un propósito definido. No creo que supiera que la llave estaba allí. Casi estoy segura de que no sabía que tú estabas allí. Bien, creo que tuviste suerte... ¿o debo decir mala suerte?

Derec consideró la pregunta.

—Suerte, en realidad. Prefiero estar aquí, en Rockliffe, que en aquel asteroide.

—Entonces, sí, es suerte —Katherine hizo una pausa—. Mira, si es tuya, tal vez volver a tenerla en tus manos te ayude a recordar algo. Y, aunque así no sea, necesitamos descubrir qué ha sido de esa llave. Aranimas debía tener alguna razón para querer poseerla.

—Wolruf la llamó «la joya» cuando habló con Aranimas —recordó Derec—. Aunque no creo que lo dijese literalmente.

—De todos modos, es algo muy valioso. ¿Vamos a tratar de encontrarla o no?

—¿Los dos? —durante un breve instante, Derec vaciló. Después, recordó cómo se había sentido, solo en la nave. Aquí se sentía como en casa... pero Katherine no. Estaba enferma y sola, y deseaba ser amiga suya. Y, aparte de esto, ella sabía, al menos en parte, quién era él... y quería ayudarle a recordar.

—Sí, claro —asintió Derec—. Claro que lo intentaremos los dos.

CAPÍTULO 15

CERO SIETE B

A pesar de todas sus buenas intenciones, la sociedad casi finalizó antes de empezar. Derec estaba decidido a ser él quien tomara todas las decisiones, y Katherine debería obedecerlas. Pero rápidamente descubrió que era con Kate, no con Katherine, con quien había pactado.

Derec deseaba iniciar al instante la búsqueda del artefacto. Como el doctor Galeno no había protestado por la salida del joven a la calle, pensaba haber obtenido el derecho de rondar por todas partes. Y, además, Katherine tardaría varios días en gozar de la misma libertad.

Pero cuando Derec propuso ir solo de exploración, y comunicar después a Katherine sus averiguaciones, ella protestó.

—Iremos juntos o no hay promesa que valga —dijo con firmeza—. Si formamos un equipo tenemos que trabajar en equipo.

—Ser un equipo no significa estar esposados juntos —arguyó Derec—. Cada cual debe hacer lo máximo que pueda, y por ahora lo mejor que puedo hacer es ser tus ojos y tus oídos.

—¿Qué piensas hacer?

Derec se encogió de hombros antes de responder.

—Hablar con el supervisor del aeropuerto y con el encargado de la estación. Empezar a descubrir qué ha sucedido mientras estábamos aquí dentro.

—Son robots —le recordó ella—. Podemos ordenarles que vengan.

Era una idea completamente razonable, y el hecho de no habersele ocurrido a él le trastornó momentáneamente. Había pensado hablar con el personal de la estación desde que recobró el conocimiento, pero siempre en términos de ir a verles. Ahora comprendía que había partido de una suposición tácita ..Están muy atareados y no tienen tiempo de venir aquí para hablar conmigo».

Ni por un momento se le había ocurrido ordenarles que acudiesen al hospital, dejando sus tareas. Katherine había pensado en ello inmediatamente. Derec comprendía que, de alguna manera, esta diferencia decía algo importante respecto a ellos... algo respecto a sus antecedentes, a la subcultura que había conformado sus actitudes hacia los robots. Era como si él respetase la importancia de la labor de los robots y les considerase más o menos sus iguales, mientras que ella sólo pensaba en ellos como sus criados. Claro que esto no le indicaba quién de los dos tenía más experiencia con los robots, si él o ella. De todos modos, era otra diminuta pieza del rompecabezas. Él no era como Katherine. Provenían de dos mundos diferentes, cultural si no geográficamente. Y esto le obligaba a preguntarse por qué le conocía ella.

Todos estos pensamientos se atropellaron en la mente de Derec en una fracción de segundo, lo que le permitió llevar adelante la charla con sólo una ligera vacilación.

—Mira, deseo que compartamos las decisiones. Sí, tal vez será mejor ordenarles a los robots que vengan aquí —asintió él—. Todavía queda el asunto de la nave. Me gustaría echarle una ojeada.

—Esto es algo que hemos de hacer juntos.

—¿Por qué? ¿Qué hay escondido en ella que no deseas que yo encuentre?

Katherine se cruzó de brazos y suspiró.

—Si has de sospechar de mí a cada instante, nuestra asociación no funcionará.

—¡No sospecho de ti! —exclamó Derec, levantando las manos—. Pero no entiendo por qué no quieres perderme de vista.

—Tampoco yo entiendo tus prisas —replicó Katherine secamente—. Dices que formamos un equipo, pero en realidad quieres hacerlo todo tú solo.

—Tengo prisa por ser el primero en entrar en la nave —Derec respondió, impaciente—. No quiero que otra persona se apodere del objeto.

—Hemos estado aquí seis semanas —le recordó Katherine, en son de burla—. ¿Piensas realmente que nos sacaron de la nave y que después la guardaron en alguna parte hasta que pudiéramos reclamarla? ¡Reflexiona! Es una nave alienígena. ¿Cuánto tiempo crees que les costó comprender que jamás habían visto otra igual... no sólo por el diseño, sino por toda su tecnología? Esta es una base fronteriza. ¿Piensas que no adoptan ninguna medida cuando llega una nave sin matricular, con dos humanos heridos a bordo? Finalmente, Derec lo entendió.

—O sea que la han registrado de arriba abajo. La han fotografiado, la han pasado por rayos X... Incluso pueden haberla desmantelado, y haber enviado piezas con la Fariis a las oficinas del distrito. Probablemente, también se hacen preguntas respecto a nosotros.

—Naturalmente. Por esto he alejado de aquí al doctor Galeno.

—¿Crees que nos espía?

—Todos los robots espían para sus amos —respondió ella, con amargura.

—¿Cómo? —se sorprendió Derec, ante la intensidad del tono empleado por Katherine.

—Bah, no importa —continuó ella—. Creo que, por el momento, debemos portarnos inocentemente, hacer lo que ellos esperan de nosotros. . . hasta que sepamos en qué clase de juego estamos metidos.

—Fingirnos indefensos y preocupados. Como tontos.

—Exacto —corroboró ella—. A veces es lo más prudente.

A petición de ambos, el doctor Galeno llevó un multicomunicador a la UCI y lo enlazó con la red de la estación.

El director de la estación estaba totalmente programado hasta la mañana siguiente, y concluyó que, en realidad, ellos deseaban hablar con el supervisor del aeropuerto. Éste llevaba a cabo un examen del sistema de presurización del recinto, lo que era una tarea prioritaria que debía finalizar en el menor tiempo posible... ¿No habían probado con el expedidor?

El expedidor no podía responder a sus preguntas sin el permiso del jefe de seguridad, que dependía del Superior Adjunto de Operaciones de la estación. El SAO estaba un peldaño más abajo en la escala que el director de la estación, y probablemente también se hallaba en el mismo caso. El robot al que habían sido recomendados en primer lugar. El SAO estaba ocupado, por el momento, pero dentro de una hora estaría libre, si deseaban fijar una cita. Era lo mejor que podían hacer, y aceptaron.

—Bien, ¿qué hacemos mientras esperamos? —preguntó Derec, apagando el visor.

—Podríamos intentar conocernos mejor el uno al otro.

—¿Debo entretenerme con historias de mi familia?

Ella se echó a reír... una risa encantadora.

—Tal vez no.

—Tú podrías contarme historias de la tuya.

—No, no podría.

—Katherine, la única persona que sabe algo de mí eres tú —le recordó Derec—. ¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Todavía no.

—¿Sigues aún el consejo del doctor Galeno?

—Realmente, es lo mejor —asintió ella, tocándole la mano.

—Pues a mí no me lo parece —objetó él—. De acuerdo, entonces háblame de ti.

—Es muy aburrido —le advirtió Katherine.

Derec enarcó una ceja.

—¿Ser secuestrada por una nave espacial es aburrido?

—Mi vida lo es. Ésta ha sido la primera cosa excitante que me ha sucedido —hizo una pausa y añadió—, aunque no fue exactamente un secuestro.

—Cuéntamelo. ¿Cuál era el nombre de la nave correo?

—Águila dorada —fue la respuesta—, de Viking. Llevábamos una valija diplomática al planeta de Frier...

Al menos en primera lectura, la historia poseía un tinte de verdad.

Según Katherine, ella y sus robots habían salido de Viking en la nave correo Águila dorada, junto con el piloto y dos diplomáticos. Cuando estaban casi a punto de ejecutar el Salto, en el límite del sistema Viking, el piloto avistó la nave de Aranimas, aparentemente a la deriva.

Tomándola por un pecio no señalado en los mapas, en parte por su aspecto y en parte porque no podían sintonizarla en ninguna frecuencia, abandonaron su trayectoria inicial y fueron a investigar. De repente, recibieron varios impactos y la nave quedó averiada.

Katherine y los robots fueron sacados de la nave correo por los narwe, y la nave quedó a la deriva. Poco después explotó, probablemente, según Katherine, a causa de una bomba colocada a bordo.

No había contradicciones flagrantes en su historia, pero sí varios puntos que preocupaban a Derec. Katherine se mostraba vaga respecto a por qué estaba a bordo de la nave correo. Al principio, parecía desear que él pensara que ella formaba parte de la misión diplomática. Pero, aunque había pretendido ser lo bastante mayor para ello, no lo era en absoluto.

Cuando Derec la interrogó al respecto, ella se apresuró a explicar que era sólo una pasajera, y que había tomado la nave correo y no un transporte comercial porque deseaba cierta intimidad. Derec le preguntó si los correos aceptaban pasaje, y ella contestó insinuando que era una persona suficientemente importante para justificar la excepción.

Pero el punto más importante, sobre el que el joven se guardó su propia opinión, era la conducta del piloto del correo. Los correos llevaban personas importantes, suministros de emergencia, modelos de ingeniería, documentos irremplazables... No tenía sentido que el piloto de un correo pusiera en peligro su nave yendo a fisgar en torno a un probable pecio. Era más seguro que el piloto comunicase el hallazgo al puesto patrullero de Viking y que después realizara el Salto programado.

Derec recordó que, la primera vez que se había hablado del secuestro, Katherine cambió rápidamente de tema. Ahora, el joven se preguntó si era por no haber tenido una historia preparada. Tal vez ella le estaba contando medias verdades, en alguna especie de prueba... una prescripción del doctor Galeno para mentes lesionadas. Si era así, esto le enojaba.

Pero la llegada del Superior Adjunto de Operaciones de la estación ahuyentó esas ideas de la mente de Derec.

—Me llamo Hajime —se presentó el SAO—. El doctor Galeno me ha dicho que los dos estáis mejorando de vuestras lesiones. Lo cual es una buena noticia.

—Especialmente para nosotros —murmuró Derec en voz baja.

—Creo que tenéis preguntas que formular acerca de vuestra presencia aquí. Espero poder contestarlas.

Derec abrió la boca, pero Katherine se le volvió a adelantar.

—Empecemos en el momento en que la estación detectó nuestra nave, y dinos qué observasteis —ordenó.

—Sí, mi señora. Los sensores de la estación detectaron una nave no identificada que acababa de salir de su Salto. Como sabéis, la terminación de un Salto va acompañada de una perturbación menor del espacio-tiempo, comparable al trastorno atmosférico causado por una descarga eléctrica...

—Sabemos todo esto —le cortó Derec—. Adelante.

—Perdona, señor —el robot se inclinó ligeramente—. Sólo deseaba asegurarme de que entendíais cómo pudimos detectar la nave a tan gran distancia.

—¿Por qué? ¿Estábamos muy lejos?

—A ochenta y tres unidades astronómicas. A esta distancia, los sensores sólo pudieron determinar la posición y la velocidad de la nave. Como no había identificación directa a través de un transanalizador, ni identificación indirecta a través de un sensor de datos, designamos a la nave como NPH-07.

—¿NPH? —repitió Derec.

—Perdona. Significa No-identificado Potencialmente Hostil.

—Adelante, Hajime.

—Gracias, señor. Seguimos a Cero Siete durante dos días. Empezábamos a tener algunos datos preliminares respecto a su masa y diseño cuando ocurrió algo anómalo. NPH-07 se dividió en dos cuerpos independientes, NPH-07A y NPH-07B. La nave mayor, Cero Siete A, efectuó una corrección de rumbo que la condujo fuera de la zona de control de esta estación...

—Nos soltaron, dieron media vuelta y se alejaron —le interrumpió Katherine.

—Eso parece —opinó Derec—. ¿Realizó el Salto, la nave mayor?

—No mientras se hallaba dentro del alcance de nuestros sensores, señor

—respondió Hajime—. No puedo saber qué sucedió cuando perdimos el contacto.

Derec y Katherine intercambiaron sus miradas. O sea que la nave asaltante todavía podía estar aguardando en algún lugar, no lejos de la estación.

—Y la otra nave, la Cero Siete B ¿continuó hacia aquí? —indagó Katherine—. ¿Fue así cómo nos encontrasteis?

—Sí, señora. Inmediatamente despachamos un explorador, con un equipo de rescate a bordo.

—¿Puedes mostrarnos un plano de navegación de todo esto? —pidió Derec.

—Ciertamente, señor.

El robot fue hacia el hipervisor, insertó un código en el tablero y, un momento más tarde, la pared de enfrente se disolvió en un espacio en blanco.

Todo era como lo descrito por el robot. Una línea azul en lo alto del plano trazaba la aproximación de la nave asaltante a la estación, representada por un hexágono dorado al fondo inferior. A un tercio de la ruta hacia la estación, la línea azul se partía. Una línea verde y gruesa trazaba un ángulo en la parte superior derecha del plano, mientras que otra línea roja, más delgada continuaba hacia la estación, según la trayectoria original. A dos tercios, en la parte baja del plano, la línea roja se cruzaba con una línea dorada que salía de la estación; era la nave de rescate.

—¿Podríamos tener una copia de esto? —se interesó Derec.

—La archivaré en un índice bajo tu nombre —respondió Hajime.

Presionó un control y la pared volvió a su estado anterior.

—¿Grabaron el abordamiento? —inquirió Katherine.

—Sí.

—Me gustaría ver la grabación —solicitó la joven, indicándole a Derec que se sentara al borde de la cama, a su lado.

Cuando él obedeció, ella le cogió una mano fuertemente, como buscando seguridad.

Aquel contacto sorprendió y alteró a Derec.

—La grabación la efectuó un robot testigo —explicó Hajime—. El multicomunicador no podrá desplegar toda la anchura de banda...

—¿Qué es un robot testigo? —susurró Katherine.

—Te lo explicaré más tarde —contestó Derec, en el mismo tono.

Los robots testigos tenían un aspecto muy extraño, con la cabeza en forma de proyectil y una ranura escrutadora de 360 grados en vez de sensores oculares, pero resultaban muy valiosos para tales operaciones. Su única responsabilidad consistía en situarse de manera que sus escáners y grabadoras captasen claramente los acontecimientos a medida que se iban produciendo. Muchas operaciones equivocadas se habían

reconstruido gracias a los datos aportados por los robots testigos antes de ser destruidos.

—... de manera que, si deseas mover la pantalla a derecha o izquierda, dílo, por favor.

Desde fuera, la nave de Aranimas era como una gruesa punta de flecha que llevase tras sí fragmentos del bramante que la había unido al eje. La punta de flecha era, en realidad, un cuerpo que atravesaba la atmósfera, y los bramantes los restos de varios corredores de tránsito que habrían estado conectados al empalme hexagonal existente entre las campanas de escape de humos del motor, en la proa.

Derec y Katherine contemplaron cómo los robots de rescate encajaban una escotilla de emergencia, autocortante, en el casco superior. Cuando el anillo de contacto de la escotilla hubo fundido aquella parte del casco y quedó fija en su lugar, los robots penetraron en la nave, de uno en uno, el testigo delante.

—Ahí es donde me tenía prisionera Aranimas —murmuró Katherine, cuando el hipervisor destacó la cubierta superior, semejante a un ático.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

—Dos meses. Créeme, pareció mucho más.

Cuando el robot testigo abrió paso hacia la cubierta principal, más abajo, lo primero que vieron fue un robot, de pie en el corredor central.

—¡Alfa! —exclamó Derec.

—¡Capek! —dijo Katherine en el mismo instante—. ¿Dónde está?

Hajime suspendió la proyección.

—Este robot fue enviado al departamento de exámenes y reparaciones.

—Quiero que se me devuelva, tal como estaba —ordenó Derec—. No tenéis derecho a operar en él sin una orden de trabajo.

—El robot se resistió a nuestros esfuerzos por rescatarte, señor. Juzgamos que actuaba de un modo violento y subestandar, y lo desactivamos. El procedimiento normal en estos casos consiste en efectuar un examen completo, a fin de poder comunicarle al fabricante cualquier anomalía.

Katherine asintió a regañadientes, y Derec la imitó.

—Está bien. Adelante.

Cuando continuó la proyección, se vieron a sí mismos por primera vez. Se hallaban tendidos a lo largo de una pared, en el pasadizo central de la primera cubierta. Katherine parpadeó y desvió los ojos a la vista de su cara quemada y sus ropas ensangrentadas.

Derec apretó los dientes y trató de no sentir otra vez el dolor en su piel chamuscada.

—Eso pensaba —musitó el joven—, eso pensaba...

—¿Qué? —quiso saber Katherine—. ¿Qué murmuras?

—Alfa. Nos mantuvo con vida.

—Ya oíste a Hajime. El robot era anormal. No les permitía salvarnos.

—Era el cubo de Defensa Personal, en comportamiento extremo —dijo Derec, señalando la pantalla—. Éstas no son las posiciones en las que uno queda de manera natural después de un accidente así, o que tomas al replegarte a continuación sobre ti mismo. El robot nos movió. Más aún estábamos a cinco días de distancia de aquí, al menos, cuando

tropecé con la trampa. La nave de rescate tardó dos días y medio en llegar hasta nosotros. No hay duda de que nos hallábamos muy malheridos...

—Sí —concedió ella, estremeciéndose.

—Me preguntaba cómo sobrevivimos hasta que nos recogieron los paramédicos. Debíamos de haber muerto en la nave. Y sólo hubieran hallado nuestros cadáveres. Alfa es el motivo de no haber muerto —Derec miró al robot—. Hajime, ¿puedes detener la grabación y concedernos un poco de intimidad, por favor?

—Claro, Derec.

La imagen y el robot quedaron fijos.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Sólo deseo señalar que en la nave pudo haber alguien más.

—¿En qué estás pensando?

—Me preguntaba por qué Wolruf y el robot tardaron tanto en efectuar su trabajo. ¿Y si Aranimas recobró el conocimiento? Ellos podían estar intentando volver a encerrarle cuando estalló la bomba. Alfa debió regresar corriendo. No debió preocuparse por Aranimas. Probablemente, ni siquiera le preocupó lo que Aranimas podía hacerle a Wolruf. Aranimas y Alfa pudieron llegar al casco A antes de que se desprendiese.

—Y Alfa nos protegió contra él, tal como trató de protegernos contra la tripulación de rescate.

—Y esto explicaría por qué Alfa les puso difícil la cosa a los robots.

—Pudo haberse ocultado —meditó Katherine—. Era su nave. Sabía donde estar a salvo. Hasta que la nave fue recuperada...

—Es lo que estaba pensando. Si él no tiene la llave, la está buscando... o a nosotros. Si la tiene ya, también nos puede estar buscando. Sea como sea, la llave no está a salvo, ni lo estamos nosotros. Y no podemos permanecer aquí y engañarnos diciendo que no hay prisa. Tenemos que empezar a actuar ahora mismo.

Katherine bajó la mirada hacia su falda.

—De acuerdo —dijo al fin.

—Hajime —llamó Derec—, ya puedes aparecer.

El robot volvió a agitarse.

—Gracias, señor. ¿Continúo con la proyección?

—No, termínala. Ya hemos visto bastante —respondió la joven.

—Muy bien —asintió el robot—. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, ¿Dónde está ahora la Cero Siete B?

—No lo sé.

La respuesta hizo saltar a Derec de la cama, su rostro congestionado.

—¿Cómo que no lo sabes? —gritó—. Tú eres el segundo empleado más importante de la estación...

—Correcto, señor.

—¿Y no sabes dónde está nuestra nave?

—Sólo sé que la Cero Siete B ya no está en el anclaje donde la amarramos cuando la trajimos a la estación.

—¿La han robado? —preguntó Derec—. ¿Intentas decirme que ha desaparecido?

—No la han robado. Fue trasladada con autorización del director de la estación.

—¿Por qué no lo has dicho desde el principio? —se irritó Catherine

—Derec ha preguntado si sabía dónde estaba anclada la Cero Siete B. No lo sé y eso dije.

—Entonces, averigua dónde se halla. Quiero que nos lleves a ella.

—Lo siento —se disculpó Hajime—. No me está permitida tal cosa.

—Entonces, busca un robot al que le esté permitido —gruñó Derec.

—Me han ordenado trasladar todas las investigaciones de esta clase al director de la estación.

—Está bien —suspiró Derec—. Puedes irte.

—Gracias, señor —el robot hizo una pausa—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Sigues refiriéndote a la Cero Siete B como nuestra nave por costumbre o por afecto?

—¿A qué te refieres?

—Me han informado que la nave conocida como Cero Siete B ya no te pertenece.

CAPÍTULO 16 EN TINIEBLAS

El director de la estación, un robot llamado Anazon, no podía acudir al hospital, aunque sí accedió a una breve videovisita.

—¿Recibís un trato satisfactorio? —se interesó Anazon, cortésmente—. Supongo que Hajime se ocupa de vuestras necesidades...

Derec no quería perder el tiempo en banalidades.

—¿Dónde está nuestra nave? ¿Dónde está la Cero Siete B?

—Lo siento, señor, pero no me permiten decírtelo —el robot lo dijo sin la menor nota de lamentación en su voz.

—¿Quién ha dado esa orden?

—Tampoco puedo decirlo.

Derec estaba decidido a no dejarse apabullar.

—¿Dónde está tu supervisor? ¿Cómo se llama?

—Mi supervisor se llama Aram Jacobson.

—Haz que aparezca en este canal.

—A esta hora, el señor Jacobson no está disponible...

—Obedece. Pide una prioridad para que aparezca. Y mantén la línea abierta. Quiero oír lo que dices.

El robot accionó los controles del hipervisor.

—Aquí Anazon, el director de la estación Rockliffe, pidiendo una conferencia con el señor Jacobson.

—Sí, Anazon —se oyó otra voz. Las palabras quedaban alteradas por el débil eco electrónico que era la señal audible de un embrollo en la línea—. ¿Qué ocurre?

—Anazon te ha llamado en mi nombre —intervino Derec—. Tus robots se han apropiado de mi nave. Espero que les ordenes devolverla.

—Y a nuestro robot —añadió Katherine—. Queremos que nos devuelvan a Capek también.

La imagen de Anazon en el hipervisor se desvaneció, y al instante fue reemplazada por la de un hombre orondo, con ojos estrechos y cabello negro, muy brillante. En contraste con la figura delgada del robot, el cuerpo gordinflón de Jacobson se hallaba encaramado precariamente en su sillón de ejecutivo, como un huevo en una cucharilla.

—Perdone, pero, ¿quién me otorga el placer de darme órdenes? —inquirió, con exagerada cortesía.

—Me llamo Derec. Éste es...

—¿Sólo Derec? ¿Sin apellido, como un robot?

—No te pases de listo. Sabes bien quién soy. Lo sabes todo sobre mí. Estoy seguro de que tengo una ficha en tu archivo.

—Tengo muchas fichas en mi archivo —replicó Jacobson—. Soy el responsable de unas instalaciones que emplean a dos mil seiscientos humanos y casi a ocho mil robots.

Créeme si te digo que ni tu nombre ni tu cara me resultan familiares —su mirada pasó a Katherine—. ¿Y tú, señorita?

—Soy Katherine Burgess. Y no me llames señorita.

—Me disculpo si te he insultado —Jacobson inclinó levemente la cabeza—. Y ahora si puedo rogaros que formuléis vuestra queja... Esto es muy irregular. No debería hablar con nadie en una llamada privada. Temo que esto altere mi programa...

Derec estaba demasiado furioso para poder hablar, pero Katherine se sobrepuso rápidamente.

—Nos encontraron en una nave espacial averiada y nos trajeron a la estación Rockcliffe. Ahora, el director de la estación nos niega el permiso de acceso a nuestra nave.

—¿Os niega el acceso? —repitió Jacobson, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—No nos lo dice —respondió Derec—. Dice que obedece órdenes superiores... supongo que de ti.

—Te aseguro que no —rechazó Jacobson la acusación, mirando su ordenador—. Si me permitís un momento para consultar mis archivos... —les dio la espalda brevemente—. Oh, sí, claro.

Murmuró algo para sí mismo, mientras estudiaba la pantalla.

—¿Claro... qué?

Jacobson volvió a mirarles.

—Sí, recuerdo haber oído hablar de ti, Derec. Eres el caso de amnesia que el doctor Galeno está estudiando. Esto explica muchas cosas.

—No a mí.

—Bah, es igual. Bueno, el cuidado que recibes resulta caro...

—El doctor Galeno dijo que la factura la cargarían contra una cuenta de la estación.

—Temo que el doctor Galeno cometió un error —le atajó Jacobson—. Eso sería así si tú fueses indígena y no pudieras pagar, o si el coste de tu curación excediese la garantía hecha por tu mundo patrio a favor de sus ciudadanos...

—Pero mi caso es diferente...

—Oh, sí. Se desconoce tu ciudadanía. Se desconoce tu estado financiero. Incluso existe la cuestión de tu mayoría de edad bajo la Ley Espacial—terminó Jacobson.

—Soy bastante mayor.

—Hemos decidido suponerlo. Pero, de todos modos, como no has podido aportar tu identificación, no podemos hacer otra cosa más que apoderarnos de tus bienes personales tangibles... como garantía de tu cuenta.

—Mis bienes tangibles...

—Tu nave y su contenido han sido valorados generosamente, te lo aseguro —explicó Jacobson, volviendo a consultar su ordenador—. Aun así, temo que no quede mucho después de restar los honorarios de rescate y los gastos de esa operación. Sin embargo, quedará lo suficiente para cubrir el pasaje a Nexon en el próximo transbordador, y manteneros alimentados mientras tanto.

Derec abrió la boca, asombrado.

—¡No puedes hacer tal cosa! ¡No puedes arrebatárselo a un hombre todo cuanto posee!

—Según el criterio del ministro de finanzas, todo el que tiene bienes bastantes para poseer una nave, debe poder pagar ante todo sus cuentas —citó Jacobson, arrellanándose en su silla—. Si permitiésemos que dejaras de abonar la cuenta, todos dirían que han olvidado donde tienen sus bienes.

—¿Me acusas de estar fingiendo? Pregúntale al doctor Galeno...

—El doctor Galeno no dicta las leyes de esta estación. Yo sí.

—Al menos, admites que tú eres el culpable de esto —replicó Derec—. No puedo creer que tengas el valor de cobrarme nada por rescatarnos. Habríais interceptado la nave de todas maneras, con nosotros dentro o sin nosotros.

—Desde nuestro punto de vista, esa nave no habría seguido ese rumbo, con peligro de dañar nuestras instalaciones, de no ser porque vosotros estabais dentro —dijo Jacobson, en tono despreocupado.

—Un momento —saltó Katherine—. Esa nave me pertenece a medias. Tal vez puedas quedarte con una mitad como pago, pero no puedes tocar mi mitad. Sabes quién soy. Y autoricé una retirada de fondos en mi cuenta del Banco Auroriano.

—Sí, cierto —confesó Jacobson—. Dime ¿qué clase de cuenta era?

—Acciones de Vida, un depósito familiar... —el rostro de Katherine se estaba poniendo gris...

—O sea un depósito irrevocable, ¿verdad?

—Sí... eso creo.

—Lamento informarte que el 26 de mayo tu cuenta quedó cancelada, y todos los fondos fueron retirados. ¿Tienes otros bienes que desconozcamos?

—No —murmuró Katherine, con expresión dolorida—. Esa era mi Acción de Vida... ¿Cómo pudieron retirarla? ¿Cómo pudieron hacer una cosa semejante?

—No lo sé. Pero lo hicieron. Legalmente, eres un ser adulto y responsable de tus deudas. Por consiguiente, nos vemos obligados a ejercer nuestros derechos sobre tu parte de la propiedad.

—No os saldréis con la vuestra —protestó Derec débilmente.

—No es cuestión de salirnos con nada —replicó Jacobson—. Nos atenemos a nuestros derechos. Y debéis estar agradecidos por vivir en vez de agonizar en una nave que, según tengo entendido, no estaba en buenas condiciones. Como no podéis pagar su reparación, tendréis que venderla de todas maneras, y dudo mucho que obtengáis el precio que os hemos pagado.

—Tú... —masculló Derec.

—Y ahora, si me perdonáis... Tengo que atender a otros asuntos.

La imagen se disolvió antes de que Derec pudiera repicar.

—¿Crees todo eso que ha dicho? —exclamó el joven, volviéndose hacia Katherine. Quedó asombrado al observar cuán vacíos de espíritu estaban sus ojos.

—Ha sido una farsa... —continuó el joven.

—¿Una farsa? —repitió ella mecánicamente.

—Esto no es lo que parece. Es una manera de separarnos de la nave. Para que la nave sirva de pago han de demostrar que nos pertenece... aparte de nuestra palabra y del hecho de habernos encontrado en ella. ¿Sabes por qué no nos han pedido esa prueba? Porque no quieren saberlo. No quieren saber tampoco si somos demasiado jóvenes para ser responsables de nuestras deudas.

—No importa —respondió ella—, nada de eso importa.

—¿Qué es lo que te reconcome? —se interesó Derec, mirándola de repente.

—Mi dinero. Mi familia se ha apoderado del dinero...

—Tanto te sorprende? La Patrulla probablemente comunicó tu desaparición cuando recogieron lo que quedaba del Aguila Dorada.

—Ni siquiera me han dado la oportunidad de explicar... —exclamó la joven con desesperación.

—Explicar qué... ¿a quién?

Pero la pregunta pareció sacar a Katherine de su pérdida de control. Su mandíbula se cuadró y sus ojos se endurecieron.

—Malditos... Malditos todos ellos... —gruñó—. Es una historia antigua. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—¿Qué pretendes?

—Mira, te diré lo que yo no voy a hacer. No voy a esperar tranquilamente a que llegue la próxima nave y nos manden sumisamente a Nexon —declaró ella—. Ni voy a permitir que un puñado de robots se queden con lo que es mío, aunque sigan las órdenes de ese cara de bruto.

—Creo que tendré que empezar a llamarte Kate.

—Tal vez sea lo mejor —sonrió ella, sorprendida.

—Bien. Pienso que necesitaremos a Kate —sonrió a su vez Derec—. La cosa no será fácil.

—Lo sé. Pero hay un límite respecto a los escondites apropiados para una nave de ese tamaño, incluso en una estación tan grande como ésta. Si aún está aquí, la encontraremos.

—Seguramente —concedió Derec—. Existe la posibilidad de que la hayan trasladado desde un hangar activo a alguno de los desactivados... en el ala militar, con toda probabilidad. Y aunque la guía de la estación no nos revele dónde se hallan las otras instalaciones aeroportuarias, podemos imaginárnoslo. Claro que esto no servirá de gran ayuda, pero...

—¿Por qué no?

—Porque es la llave lo que interesa, no la nave. Jacobson tiene razón. La nave no nos sirve de nada.

—Si hallamos la nave hallaremos la llave.

—La llave no está allí —Derec sacudió la cabeza con tristeza—. Los robots la tienen.

—Jacobson no habló de la llave.

—¿Por qué tenía que correr el riesgo de ser el primero en llamar nuestra atención hacia ella? —preguntó Derec retóricamente—. Yo sólo sé que, todo el tiempo que estuvimos hablando con él, estaba aguardando que le preguntáramos por nuestros efectos personales, o al menos que diésemos alguna señal que indicase que estamos enterados de la existencia de la llave... para saltar sobre nosotros en tal caso. Era una prueba. La hemos pasado bien, de manera que nos soltarán... Si no hubiésemos...

—¿Por qué han de haberse fijado en la llave? No tiene nada especial. Ignoran todo lo que hizo Aranimas para conseguirla. Yo lo sé y, pese a todo, ignoro por qué es tan importante.

—Eso dices tú.

—¿Crees que miento?

«Sí», pensó él. «O, al menos, no dices toda la verdad. Empiezo a creer que todo el mundo sabe qué es la llave, todo el mundo menos yo... y que ahora finges ser tan ignorante como yo, a pesar de saber perfectamente lo que es y por qué es tan importante».

Pero no expresó estos pensamientos.

—No sé qué pensar —dijo en cambio, con una nota de frustración en la voz.

—Opino que la llave sigue escondida donde Aranimas la ocultó. Jacobson no la mencionó porque no sabe nada de ella. Sólo está preocupado por la nave en general.

—Lo sabe. Estoy seguro —se obstinó Derec.

—Mira, si Jacobson está enterado de la existencia de la llave y los robots la encontraron, entonces está ya en la Fariis, lo cual significa que Jacobson la tiene ya en su poder. Fin de la historia.

—No necesariamente —arguyó Derec, meneando la cabeza—. Los cargueros son naves contratadas, no nacionales nexonianas. ¿Crees que Jacobson les confiaría algo probablemente diez veces más valioso que toda la flota junta? En realidad, ¿piensas que la dejaría en una nave desarmada, con los piratas todavía sueltos en alguna parte, tratando de volver al ataque?

—Entonces ¿qué?

—Ponte en sus zapatos. Primero, ¿esconderías tu hallazgo para que nadie lo encontrase, y luego formarías un equipo para ir a buscarlo y estudiarlo? Si la primera cosa la has hecho bien, puedes demorarte más en la ejecución de la segunda. Si, ellos estarán aquí cuando hayan reunido a la gente y tengan el equipo que necesitan. Como mínimo, han de requisar un carguero para transportar la nave espacial, y una nave de guerra para que los piratas no se muestren demasiado temerarios.

—¡Vaya lío! —suspiró Katherine—. Tal vez sería preferible que se quedaran con la llave.

—¡Al diablo con eso! —escupió Derec—. Mientras Aranimas no tenga la llave y los piratas no ataquen, y Jacobson continúe en Nexon... tenemos una posibilidad.

—Pero es una carrera...

—Sí, es una carrera. Y no podemos aguardar a que el doctor Galeno nos dé de alta para empezar a movernos.

Si Derec aguardaba ser contradecido, se vio defraudado.

—Tienes razón —asintió Katherine simplemente, intentando poner los pies en el suelo—. ¿Hacia dónde vamos?

Antes de poder considerar la pregunta, era preciso tratar con el doctor Galeno. El robot penetró en la sala antes de que los pies descalzos de la joven tuviesen tiempo de enfriarse en el suelo.

—Por favor, vuelve a la cama, paciente Catherine —ordenó Galeno—. Florence te traerá todo lo que necesites.

Derec estaba ya preparado para escuchar una serie de protestas, pero Katherine le sorprendió.

—Iré donde quiera y cuando quiera —proclamó la joven—. Y si tratas de comportarte como un carcelero y no como un médico, haré que reprogramen tu cerebro para que fabriques cestos.

—¡Protesto muy enérgicamente...!

—¿Estoy acaso en peligro de muerte?

—No, paciente Katherine. Pero tu convalecencia...

—Entonces, guarda tus protestas para tu Diario clínico. «La paciente Katherine Burgess no ha observado el programa de rehabilitación recomendado». ¿No es ésta la fraseología? Derec y yo vamos a salir. Y, si no quieres que atrape una pulmonía, será mejor que me traigas algunas ropas. Y algo para mis pies.

Cualquier humano al que le hablaran en ese tono habría apretado los puños, considerando usarlos. Pero el doctor Galeno se limitó a inclinar la cabeza ligeramente.

—Haré que te traigan unas ropas.

—Si no las tengo aquí dentro de cinco minutos, saldré tal como estoy —le advirtió la joven—. Y que no se te ocurra seguirnos. Si tengo algún problema, Derec me ayudará a regresar.

Cuando el robot se marchó, Derec miró a Katherine con estupefacción.

—¿Cómo aprendiste a manejarlos de esta manera?

—Los robots médicos —respondió ella, encogiéndose de hombros— son unos mandones, pero no se pueden resistir, a menos que uno esté realmente en un grave peligro. Y yo no lo estoy.

—De todos modos, yo habría tardado veinte minutos en obtener el mismo resultado, si llegaba a obtenerlo.

—Esto se debe a que discutes con los robots. Yo sólo les doy órdenes. Es mucho más eficaz.

—Supongo que lo es, a veces —asintió Derec—. Pero debes recordar que, dentro de unas cuatro horas, terminará el efecto de tu analgésico dermal, y que la piel empezará a darte la misma sensación que si alguien te la arañase con una espátula.

Aún no había terminado Derec de hablar cuando entró Florence; sin una palabra dejó sobre la cama una túnica sin mangas y un par de zapatillas, y volvió a marcharse.

—Gracias por el aviso. Y, ahora, fijemos la hora de nuestro regreso dentro de tres horas y media, a lo sumo —dijo Katherine—. Bien, sal de aquí mientras me cambio.

Cuando Katherine salió de la sala, Derec había ya decidido mostrarse de acuerdo con la proposición que ella había hecho de buscar ante todo la nave de Aranimas. Tenía varias razones para ceder; que la nave era el último sitio donde había estado la llave, y, aun-

que la hubieran encontrado y sacado de donde estaba, era lógico que no hubiera sido llevada muy lejos. Pero la razón más importante era que, si él no le demostraba claramente que estaba equivocada, ella no tardaría en tratar de darle órdenes como a los robots.

El plano electrónico de la pared del vestíbulo les ofreció poca ayuda. La Estación Rockcliffe estaba constituida por tres esferas conectadas. La central, llamada Sección C, tenía unos cuarenta niveles desde lo alto hasta el fondo. Dos esferas satélites, apenas la mitad de anchas que la central, se hallaban sujetas a ésta mediante unas estructuras cilíndricas de sólo unos cuantos niveles de diámetro.

Amplias zonas situadas en el interior del perímetro de la estación estaban pintadas de negro y señaladas como «iniciativas». Nada persuadió al controlador del plano a revelar qué instalaciones había en esas zonas, o a mostrar la red de tráfico.

Menos del quince por ciento de la Sección C estaba pintada de color azul pálido, con símbolos y señales que la identificaban como la zona activa. Casi toda la Sección E, que contenía las instalaciones aeroportuarias, era azul. Pero la Sección W, junto con su estructura de conexión, era completamente negra.

—Ahí —indicó Katherine, señalando la Sección W— probablemente hay una terminal Este y otra Oeste.

—Un diseño simétrico —aprobó Derec—. Tiene sentido.

—De todos modos, es un buen sitio para empezar.

—Esperemos que esas Secciones sólo estén cerradas y no atrancadas.

El hospital se hallaba situado casi en el centro de la Sección C, tres niveles por debajo del distribuidor principal. Katherine y Derec subieron al nivel principal y se encaminaron al Oeste. No había ninguna barrera física, aunque la calzada rodante exprés de cuatro carriles no funcionaba y se vieron obligados a andar.

Pero, después del límite de la subsección 42, las luces del corredor estaban apagadas, lo mismo que las flechas indicadoras. Fundándose en lo que había visto en su primera excursión, Derec ya se lo había imaginado. También había esperado que habría una opción de control local o un sensor de presencia, pero en vano. Con dieciocho subsecciones a oscuras por delante, se vieron forzados a dar media vuelta y retroceder. Ordenaron al primer robot que encontraron que les indicase donde había linternas de mano, y pronto volvieron a la entrada de la subsección 42. Los rayos de las lámparas portátiles, muy potentes, ahuyentaban las tinieblas del corredor, semejante a una cueva, y creaban a su alrededor una isla de luminosidad irreal. Pero eran muy conscientes de las tinieblas que había más allá, a causa del eco que despertaban sus pasos, y por el frío reinante en los espacios vacíos en los que penetraban.

Diez minutos de marcha les condujeron a las enormes puertas triples del límite exterior de la Sección C. Dichas puertas estaban recogidas en sus ranuras correderas, aparentemente desconectadas. Pasado el mamparo de conexión, el corredor se estrechó a una calzada de un solo carril en cada dirección, con muchos menos cambios y desvíos que antes.

Derec esperaba hallar robots custodiando la entrada a la Sección W, y así se lo dijo a Katherine. Mas, cuando llegaron al final de la calzada rodante, seguían estando solos. Los muelles occidentales estaban allí, tal como suponían. Y la entrada principal al complejo ni siquiera estaba cerrada.

—Sin guardias ni cerrojos —observó Derec, al llegar ambos al umbral—. Esto no me gusta. Tal vez llevaron la nave, mediante remolcadores, a un centenar de clicks de la base.

—Vamos a averiguarlo —propuso Katherine.

Si los muelles occidentales estaban siendo reservados para un posible uso militar, como había dado a entender el doctor Galeno, no lo eran más que como un nombre en la lista

de recursos de algún oficial de logística. No había el menor signo de que aquel complejo hubiera sido o fuese otra cosa que un nódulo para el traslado de pasajeros y mercancías. Todas las instalaciones necesarias estaban presentes: Registro de Importación, Aduanas, Señas Personales de los viajeros...

Katherine guió a Derec por las vacías oficinas de seguridad, y ambos ascendieron por la rampa de carga hasta el complejo superior. A lo largo de toda la sala, de techo alto, había seis oficinas de registro, seis salas de espera acristaladas y seis miradores panorámicos de dos pisos de altura, cada uno de los cuales daba a un enorme conjunto de muelles y al espacio de fondo. Los muelles estaban vacíos y a oscuras. A través de las grandes portillas no se veía más que algunas estrellas distantes y de escasa potencia lumínica.

—¿Abajo? —inquirió Derec.

Katherine apretó los labios hasta formar una línea recta y empezó a bajar de nuevo por la rampa. El complejo inferior era una imagen simétrica del de arriba. Los seis muelles estaban a oscuras... si bien uno no estaba vacío.

—¡Bravo! —exclamó Derec, atravesando la oficina de registro hacia el túnel de entrada a la nave.

—No lo entiendo —murmuró la joven, manteniéndose pegada a Derec—. Debería de haber guardias... ¿Dónde están?

—Tal vez estén dentro —sugirió Derec.

El túnel de acceso estaba conectado con la escotilla de emergencia que ellos habían visto instalar y, atravesado sobre la junta de cierre, había un pasador de seguridad. Sin embargo, era un falso cierre, que sólo servía para advertir que habían abierto la escotilla. Naturalmente, esto no podía impedirles subir a bordo.

En el interior, nada había cambiado, al parecer, desde que los habían encontrado a ellos. En realidad, exceptuando unas rajadas en tres de las pantallas del gran panel de mandos, ni siquiera parecía que hubiese habido una explosión en la cubierta principal. Y, no obstante, había una docena de agujeros negros, del tamaño de un puño, en las paredes y en el techo, señalando donde habían impactado las cargas.

—Nadie vuela su casa porque haya entrado un ladrón —observó Katherine—. El sistema de seguridad de Aranimas debió estar calculado para las medidas de los de su propia raza. Aquello con lo que tropezaste...

—Tal vez fuera una bomba de radiación.

—... debía estar destinada a matar o lesionar a un eranio sin dañar seriamente la nave.

—Pues a nosotros si nos dañó...

Aunque no hallaron el estilete de Aranimas, lo que había mantenido unidas las losetas debía de haberse desactivado al desconectar los sistemas de la nave. Al cabo de veinte minutos habían levantado todo el piso, pero seguían sin encontrar nada.

—¿Debemos volver a colocarlo todo en su sitio? —preguntó Katherine, indicando el revoltijo que habían creado.

—No vale la pena. De todos modos, los robots sabrán que hemos estado aquí.

—Ellos tienen la llave ¿verdad?

—Casi con toda seguridad. Y, si no ellos, la tiene Jacobson.

—¿Cómo lograremos descubrirla? —suspiró Katherine—. Con las dimensiones de esta estación, aunque la llave estuviese a plena vista en algún corredor, tardaríamos semanas en encontrarla. Y sabes que la habrán ocultado mucho mejor.

—Hay muchos sitios donde pudieron esconderla en los que por ejemplo seguro que no está —añadió Derec, tendiendo la vista alrededor de la cabina principal, por última vez—. No la habrían dejado sin vigilancia, como han hecho con esta nave.

—¿Tienes alguna idea de por qué nos han dejado entrar?

Derec asintió lentamente.

—Creo que sí. Para darnos un mensaje. Para comunicarnos cuán indefensos pensamos que estamos. Que no podemos hacer nada contra ellos —suspiró—. Y tal vez tengan razón. Bien, salgamos de aquí...

CAPÍTULO 17

COMPAÑEROS DE CRIMEN

Chirrido, roce.

Chirrido, roce.

Los sonidos eran suaves y distantes, pero se oían. Si él o Katherine hubiesen estado hablando, como durante el primer tercio de su camino de regreso, Derec no habría oído nada. Pero, como habían caído en un completo silencio, dedicados a una introspección individual, aquellos sonidos llegaban al umbral del oído del joven.

Al principio pensó que era el eco de sus pisadas, o sólo el producto de una paranoia. Pero, cuando pasaron a la subsección 51, Derec decidió que los ruidos eran reales y no imaginarios. Algo les estaba siguiendo.

—No digas nada ni te gires —susurró Derec—. Sostén las dos lámparas. Y sigue andando.

—¿Qué?

—Chist... Sigue andando. Mantén las lámparas de manera que no se vea tu silueta. Procura que parezca que las llevan dos personas.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, pero contuvo su curiosidad y obedeció al joven.

Tras entregarle su lámpara con el brazo extendido, Derec se refugió en la oscuridad y se apretó contra la pared. Tal como esperaba, alguien se iba acercando. ¿Quién sería? ¿Uno de los robots del doctor Galeno? ¿O de Jacobson? ¿O tal vez Aranimas? Deseó tener consigo aquel aerosol, o haber conservado la linterna, para usarla como porra. Bien, tendría que actuar por sí solo, se dijo, dejándose caer de rodillas y acurrucándose contra la base de la pared.

La sombra pasó junto a Derec antes de que el joven la viese. Sólo cuando miró hacia Katherine y vislumbró un movimiento del intruso, recortado contra el resplandor de la linterna de la joven, Derec se incorporó. Acto seguido, dio tres pasos rápidos y se abalanzó contra las piernas del desconocido. Chocó contra ropas y hueso, no contra piel sintética ni metal, y la sombra cayó encima de Derec, chillando en son de protesta. Lucharon furiosamente en la oscuridad, cada uno con objetivos diferentes. Derec intentaba sujetar firmemente un brazo, una pierna o un cuello, para clavar a su dueño en el suelo. Su adversario, en cambio, trataba de librarse de la presa de Derec y huir. El joven era mucho más diestro. No tenía ninguna dificultad en conseguir lo que pensaba eran unas presas sólidas. La dificultad estribaba en mantenerlas más de unos segundos. Si hubieran peleado en un concurso, Derec habría ganado por derribos, y el otro por puntos, al zafarse. Esto se debía, en parte, a la fuerza compacta del adversario, y también a la clase de tela escurridiza que llevaba.

Pero, en la oscuridad, la suerte contaba más que la destreza o la fuerza, y las neutralizaba a ambas. Los dos combatientes rodaban de un lado a otro en el corredor, sin poder conseguir la menor ventaja. Después, con un retorcimiento súbito y una presa perfecta, Derec se encontró encima sujetando al otro por la cintura con las piernas, y con las manos atenazando las muñecas de su contrario.

Fue entonces cuando Katherine iluminó con una de sus linternas el rostro del intruso, el cual miró a Derec con unos ojos casi ocultos bajo un pellejo dorado y pardo, su boca torcida en una mueca familiar.

—¡Wolruf! —exclamó Derec.

—Ser tú más fuerte que parecer, Derec —comentó Wolruf, sonriendo—. Yo esperar que tú saber que dejarte ganar.

Derec le devolvió la sonrisa.

—Aunque eres tan fea, me alegro mucho de verte. Temía que te hubiésemos perdido cuando se produjo la explosión.

—¡Eh! ¿Por qué lo tratas como un amigo antiguo? —se admiró Katherine—. Es el recadero de Aranimas.

—Es una chica —la corrigió Derec—. Además, no lo entiendes —añadió el joven, palmoteando la espalda de Wolruf—. Es mi amiga.

—Ser compañeros —agregó la caninoide orgullosamente.

—Oh... ¿Entonces, por qué nos espiabas?

—Yo seguir —declaró Wolruf.

—¿Qué planeabas?

—Yo nunca hacer daño a tú, Derec.

—Esperabas que encontrásemos la llave ¿verdad? Y después nos la habrías robado...

—Catherine —la interrumpió de pronto Derec—, está enferma.

—¿Qué?

—Mírala. Y mírame —añadió el joven.

Le cogió una linterna y se alumbró. Sus ropas estaban cubiertas de pelos largos, dorados y pardos. A la luz de la linterna de Katherine, el pelaje de Wolruf era tan escaso que en algunas zonas faltaba por completo, viéndosele la piel. Y en las pupilas de la caninoide había algo que transmitía las desdichas que estaba sufriendo.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Katherine, con una nota de suspicacia en la voz.

—Hambre —fue la única palabra que pronunció Wolruf.

—Claro —asintió Derec—. Se muere de hambre. Por aquí no hay comida que pueda robar.

Katherine contempló a la caninoide con curiosidad y desconfianza.

—¿Por esto nos seguías? ¿No para robarnos la llave, sino para ver dónde obteníamos la comida?

—A mi no importarme la joya —proclamó Wolruf—. Sólo tener hambre. Yo ocultarme y seguir a los robots y buscar comida. Seguirlos por todas partes y nunca encontrar comida, nada.

—No te gustan los robots ¿eh? No son como Alfa —recordó Derec.

—Capitán amigo decirme cien veces no confiar jamás en animal extraño hasta ver su mesa de comedor —replicó la caninoide, con voz débil. Era un intento de bromear.

—Y los robots no comen —terminó Derec—. Bien, te conseguiremos algo. Oh, al menos eso espero. ¿Puedes comer lo mismo que nosotros?

—Un momento —le interrumpió Katherine—. ¿Estuviste en la nave con nosotros todo el tiempo? ¿Y has estado escondida desde entonces?

—Entrar yo por escotilla, con Alfa, cuando oír explotar bomba —explicó Wolruf—. Ruido atraer otros eranios. Controles destrozados y tú no mucho mejor. Yo soltar nave. Cuando llegar robots, yo esconder y, cuando nave llegar muelle, yo salir. Estar escondida desde entonces.

—¿Dónde está Aranimas?

—Yo no saber. Dejar detrás.

Estaba claro que Wolruf apenas podía sostenerse en pie.

—Bien, esto ya lo aclararemos más tarde —decidió Derec—. Ahora hay que darle de comer rápidamente.

—No tan rápidamente —objetó Katherine, acercándose un poco más—. ¿Dónde estuviste escondida? ¿Aquí, en la secciones a oscuras?

—Casi siempre. Aquí no haber robots. Preferir oscuridad a robots.

—¿Cuántas secciones a oscuras has recorrido en busca de comida?

—Muchas —asintió Wolruf—. Pero joya no estar aquí, si referirte a esto.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Katherine—. ¿Porque tú la pusiste en otro sitio?

—Yo no querer joya. Sólo líos para todos. . . Pero yo saber dónde estar.

Derec, impulsivamente, sujetó a Wolruf por ambas mejillas y la besó en la frente.

—De acuerdo —exclamó—. ¡Ahora vamos por buen camino!

Katherine refrenó aquel entusiasmo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Wolruf.

—Yo seguir robots cuando ellos sacar llave de la nave. Yo pensar ellos llevarla a humanos y humanos tener comida. Equivocar yo. Robots llevarla donde haber otros muchos robots, no humanos, no comida. Casi atraparme...

—¿Recuerdas exactamente dónde? ¿Puedes llevarnos allí? —insistió la joven.

—Pensar robots tus criados —observó Wolruf, arrugando la cara en señal de curiosidad—. ¿Por qué no pedir a ellos que traerla a tú?

—Bah, eso no importa —intervino Derec—. Responde a la pregunta de Katherine.

¿Recuerdas el lugar? ¿Puedes llevarnos a él?

—Yo recordar siempre. Poder llevaros. Pero no querer. Yo no querer joya o llave, no querer ver robots o robots verme a mi. Pero tú ser mi amigo y darme comida y yo ser tu amiga y enseñarte joya. ¿Estar de acuerdo?

Derec miró a Katherine.

—La llevaré a que coma algo. Si no quieres venir con nosotros puedes volver sola al hospital.

—Oh, no —exclamó la joven—. No puedes deshacerte de mí con tanta facilidad.

—Entonces, ven —Derec empezó a quitarse los pelos que tenía pegados a sus ropas. Miró luego a Wolruf y sonrió—. Veamos si hallamos algo de comida antes de que me ahogue en tu caspa.

Regresaron al hospital, porque estaba relativamente cerca y porque conocían todas las instalaciones del mismo. Katherine entró la primera y exigió cuidados y atenciones, dirigiéndose rápidamente a la unidad de cuidados intensivos, mientras se aseguraba de que el doctor Galeno y Florence la seguían. Un momento después, Derec y Wolruf se deslizaron dentro, pero en otra dirección, hacia la cocina.

—Carne, pan, verduras... ¿qué prefieres? —quiso saber Derec, repasando el menú del autoservicio.

—Plantas —aclaró Wolruf, agazapándose—. Algo en que yo hincar dientes.

—Todo es sintético, creo, puesto que una de las cosas que cerraron fue la granja.

Veamos... Creo que te irán bien las manzanas, que tienen mucha fibra.

—¿Tú saber qué hacer con la llave, cuando encontrarla? —se interesó de pronto Wolruf.

—No.

Derec dio media vuelta y le entregó a la caninoide una bandeja blanca llena de pedazos de manzana, de un color amarillo pálido. Con sorprendente paciencia, Wolruf eligió un pedazo y lo olió experimentalmente, después lo colocó en su afilada lengua y, delicadamente, lo engulló. Derec vio que no lo masticaba, sino que se lo tragaba entero. Esto creaba una pequeña paradoja aunque Wolruf no parecía comer velozmente, la bandeja quedó vacía casi al instante. La caninoide comía como si tratara de compensar las siete semanas de privación de una sola vez y, no obstante, lo hacía con gran netedad y en completo silencio. No dejaba oír los ruiditos de la masticación que, en iguales circunstancias, habría dejado oír un humano.

«No me sorprendería que encontrara repugnantes nuestros hábitos de comer» pensó Derec, contemplándola.

Cuando la bandeja quedó vacía, Wolruf se la devolvió a Derec con una mirada de esperanza.

—Supongo que ahora tú confiar en mi, ¿no? —preguntó.

—Excepto que no es a mi a quien tienes que convencer —replicó él, llevando la bandeja al autoservicio para llenarla de nuevo—, sino a Katherine. Lo cual me recuerda... ¿por qué no me contaste que ella estaba a bordo?

—No haber ocasión —Wolruf se encogió de hombros—. Siempre suceder algo, siempre haber interrupciones...

—Si, es verdad —recordó Derec, dándole la bandeja llena de nuevo—. Hay preguntas que he estado deseando formularte desde la primera noche, sin tener la oportunidad de hacerlo.

—Tú preguntar —le invitó Wolruf, llevándose otro pedazo a la lengua.

Derec meditó un instante.

—Esta no es importante para nadie, sino para mí. ¿No sabíais que yo estaba en el asteroide, verdad?

—No, hasta que artilleros descubrirte. Y pensar todos que tú ser robot.

—Y por esto no disparasteis contra mi...

—Orden de Aranimas... no obedecer ellos completamente.

—Te refieres al robot que estaba conmigo... Se autodestruyó, ésta es la verdad.

—Distinciones finas escapar a Aranimas. Preguntar artilleros quién tocarle.

—¿Sabíais que la llave estaba en el asteroide?

—No, dos veces.

—Era lo que pensaba. Bien ¿por qué fuísteis allí? ¿Por pura casualidad?

—A propósito, no suerte, no casualidad. Aranimas fabricar magnífica cristalita. Ver asteroide ser construido y sentir curiosidad.

—Repite esto otra vez. No capto su significado.

La caninoide ahuecó las manos y gesticuló como formando una bola de nieve.

—Con cristalita, Aranimas ver construir asteroide. Jefe muy curioso. Esto eranios no hacer nunca. ¿Vosotros hacer a menudo?

—No —negó Derec, parpadeando de sorpresa.

Un mundo artificial...era remotamente posible. Usando una flota de remolcadores para llevar la materia prima... tal vez planetoides menores traídos desde el sistema más próximo. Juntar las piezas a la velocidad requerida y fundirlas en un cuerpo mayor... ¿pero por qué?

Obtuvo la respuesta inmediatamente. Para esconder la llave. Para enterrarla donde nadie pudiera hallarla, como si fuese tan peligrosa como un cementerio de residuos de plutonio. Enterrada hábilmente, no en el corazón del asteroide, donde la perforación del primer pozo la habría descubierto, sino de manera más invisible, casi en la superficie.

Salvo que alguien la había visto o descubierto, y había enviado a los robots en su busca.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Derec.

—Segura. Aranimas verlo todo. Muy buena cristalita.

La caninoide le entregó la bandeja vacía.

«Entonces, vamos por buen camino», pensó de nuevo Derec, «otra vez hacia el autoservicio. «Sí, estamos en el buen camino...»

Wolruf estaba acabando la tercera bandeja cuando entró Katherine. Había cambiado la túnica por una blusa de mangas largas, y las almohadillas de los pies por unos zapatos de suela blanda.

—Envié a Florence a un recado y le di al doctor Galeno una tarea que le mantendrá ocupado fuera del vestíbulo al menos media hora —explicó—. También hice que el doctor me instalase una bomba de calmante cargada, por si no puedo volver a tiempo. Aunque la piel ya no me molesta tanto. ¿Habéis terminado ya?

Wolruf hizo desaparecer los últimos pedazos de manzana.

—Estar ya —respondió.

—Entonces, es hora de que pagues por la comida —decidió la joven, retirando la bandeja vacía—. Vamos a consultar el plano.

Permanecieron de pie en el vestíbulo desierto, muy juntos, con Wolruf en medio.

—Aquí es donde estamos —dijo Katherine, señalando en el plano—. Y aquí es donde tú y Derec os peleasteis. Lo único que has de hacer ahora es decirnos dónde está la llave y la recogeremos. Tú podrás volver a la oscuridad y no ver nunca más un solo robot.

Pero Wolruf no era capaz de entender el plano en ninguno de sus módulos o proyecciones, aunque tanto Derec como Catherine se esforzaron por explicárselo.

—Yo saberlo con mis pies y mi olfato —gruñó Wolruf—. Ir con vosotros y enseñar.

Katherine frunció el ceño, mirando a Derec.

—¿Cómo podremos disimularla a través de los corredores? Ya fue bastante peligroso traerla aquí. Y dijo que por poco la atraparon, la primera vez...

—Cuando salimos antes pensé que, en un lugar tan grande como éste, es probable que haya alguna clase de transporte personal.

—Jitneys... —susurró Katherine.

—Esta es la palabra.

Los Jitneys eran unos vehículos utilitarios de tres ruedas, como triciclos. En su forma automática, eran de hecho robots con ruedas. Como semiautomáticos, servían de taxis para los visitantes de la estación. Pero, en su forma manual, podían ofrecer libertad de movimientos respecto al control de los Servicios Centrales y reserva contra la curiosidad de los Servicios de Seguridad.

—Los robots no los necesitan, pero seguro que tienen algunos listos para rodar.

—¿No pensarán los robots que es muy raro que pase uno por las calles?

—No lo creo —opinó Derec—. Cuando llega una nave al aeropuerto espacial, probablemente los utilizan. Y ver un triciclo no les sorprenderá tanto como vernos a nosotros. Los robots se fijan en la gente. Para eso están contruidos. Aunque nosotros no necesitamos ser invisibles... sino sólo que nos dejen tranquilos. Bien, ¿qué dices?

Katherine apretó los labios en señal de meditación.

—Creo que si no encontramos esos triciclos, no importa lo que piense.

CAPÍTULO 18

TEATRO

Felizmente, las zonas donde se acumulaban los jitneys se hallaban señaladas claramente en el plano. Derec tardó menos de cinco minutos en llegar a la mas próxima, y regresar con uno de los ligeros coches eléctricos. La versión elegida tenía un asiento para el conductor sobre la rueda solitaria, situada atrás, y una cabina abierta para el pasaje entre las dos ruedas de delante.

Wolruf se enroscó en el suelo de la cabina, bajo una sábana blanca del hospital.

Katherine se sentó en uno de los dos asientos, con las piernas estiradas, para ocultar aún más a la caninoide, y Derec tomó los mandos.

Para que Wolruf se orientase gracias a su olfato, se vieron obligados a retroceder hacia las secciones a oscuras. Desde allí fue relativamente sencillo. Tres niveles arriba, dos subsecciones al norte, otro nivel más alto, y luego cinco bloques al oeste, hasta una amplia plaza.

Cuando Wolruf les avisó que estaban llegando a su destino, Derec aflojó la marcha del vehículo y lo puso a velocidad moderada. Un instante más tarde, el alienígena alargó el cuello sobre el borde de la cabina y tendió un dedo en dirección al edificio circular que se elevaba en medio de la plaza.

—¿Es allí? ¿Estás seguro? —susurró Derec.

—Sí, Derec. Ahi estar la joya.

La placa indicadora, al lado de la entrada principal, decía «Centro de Operaciones de la Estación Paso restringido.» Habia robots por todas partes. El centro era una sala de veinte metros de diámetro, rodeada por ventanales que daban a la plaza.

—Estupendo —gruñó Derec, conduciendo lentamente a través de la plaza, en un ángulo oblicuo—, estupendo... ¿Cómo entraremos? No podemos escurrirnos...

—¿Y la puerta principal? —sugirió Katherine, volviéndose a mirarle—. Tal vez te dejarían entrar...

Derec la contempló dudosamente.

—Adelante —le urgió ella—. Vale la pena probar.

—Seguir sin entender —murmuró Wolruf—. ¿No ser servidores vuestros los robots?

Antes de responder, Derec llevó el triciclo a corta distancia de un corredor de conexión, lo aparcó a un lado y paró el motor.

—No conozco esto —le dijo a Katherine—. Quizá los robots se limiten a vigilarnos, como hacen con la nave de Aranimas. Si intentamos entrar ahí, si mostramos algún interés por la llave, tal vez se precipitarán sobre nosotros como un tornado.

—¿Y vamos a dejársela a ellos? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

—Cuando estábamos presos en la nave, pensaba que era importante quitarles la llave a los robots y entregársela a los humanos. Bien, ahí es donde está. Jacobson dio a entender claramente que están dispuestos a dejarnos en libertad y quedarse ellos con la llave. Y quizá esto es lo que deberíamos hacer.

—¿No sientes curiosidad? —preguntó la joven—. ¿No quieres saber qué es esa llave...?

—Claro que siento curiosidad. También deseo solucionar mis problemas. Pero no veo en qué puede ayudarme esa dichosa llave.

—¿Dónde tienes los ánimos? —exclamó ella—. Mira, éstos son los mismos que robaron nuestra nave, que se llevaron mi robot, y que después intentaron decirnos que debíamos estarles agradecidos por tenernos aquí como enfermos y no como criminales. No pienso dejar que se salgan con la suya.

—¿No lo entiendes? —gritó Derec, coléricamente—. ¿Crees que podremos entrar ahí, coger la llave y decirles «Os damos las gracias por haberla custodiado»)? Esa llave procede de una nave alienígena fuertemente armada y...

—Ellos no lo saben —indicó ella—. No vieron a Aranimas, y menos a Wolruf.

—De acuerdo —accedió Derec, harto—. Tal vez tengas razón. Si pensaran que era una nave alienígena, probablemente no nos dejarían marchar. Sin embargo, esa gente no está jugando. Quisieron la nave y se apoderaron de ella. Quisieron el robot y se lo quedaron. Quieren la llave y la tienen, y no conseguiremos quitársela. Ni siquiera podremos atravesar ese umbral.

—Tal vez no posean unas órdenes tan específicas.

—Yo se las habría dado así.

—Pero no fuiste tú quien se las diste. Vamos a probar...

—¿De qué servirá? Wolruf tiene razón, esa llave sólo causa problemas a todo el mundo.

—Si quieres una cosa... —suspiró Katherine.

Y, antes de que Derec pudiese detenerla, la joven saltó fuera del triciclo y se encaminó a la plaza.

En menos de diez minutos, Katherine volvía a estar en su asiento.

—Me han dejado entrar —rezongó—. Incluso me han acompañado a dar una vuelta. Muy complacientes.

—Me lo he imaginado al ver que no regresabas a los dos minutos. ¿Y la llave?

—Sí, está ahí, bien a la vista. ¡Qué idiotas!

Derec puso en marcha el triciclo por el corredor, reflexionando sobre lo dicho por Katherine.

—No tanto... Describe lo que viste.

—Es una sala semicircular, toda encristalada, excepto en las oficinas del fondo. Hay cinco robots en los departamentos, incluyendo a Anazon. Después, hay otros dos, cerca del centro de la sala, sentados, con la llave colocada encima de la mesa que hay entre ellos. Esos robots, llevan una especie de emblema en el hombro, una F azul con un doble círculo dorado...

—Falke X-50 —gruñó Derec.

—¿Significa algo?

—Significa problemas. Esos robots tienen unos reflejos superrápidos. Si estallase una bomba a cinco metros de distancia, a sus espaldas, podrían estar distraídos el tiempo suficiente para apoderarnos de la llave, pero no llegaríamos a salir de la sala. Si queremos tener esa llave, debemos hallar el medio de neutralizar a siete robots a la vez... y no conozco ese medio.

—¿Puedes explicar por qué tienen la llave tan a la vista? ¿No puede ser una copia, una imitación? Tal vez tienes razón en lo de la trampa...

—No —Derec meneó la cabeza—. Creo que a los robots se les ordenó vigilarla constantemente, aunque quizá no de manera tan explícita.

—Si la meten dentro de un cofre y nadie lo abre, no se desvanecerá en el ozono.

—No —concedió Derec—, pero ese entendimiento requiere un funcionamiento mental bastante sutil y muy avanzado, llamado permanencia objetiva. Los robots están fabricados con sus mentes orientadas hacia lo concreto, lejos de lo inferido. Si meten algo dentro de un cofre, no saben que está allí a menos que abran el cofre y lo vean.

—Eso no es lógico. Ningún humano pensaría de este modo.

—Algunos sí lo hacen —objetó Derec—. Pero tienes razón: no es lógico.

—¿Pues por qué los robotistas dejan que funcionen así?

—No hay ningún sistema artificial perfecto —declaró Derec, encogiéndose de hombros—. Esta es una de las cosas que no siempre se comportan como uno quisiera. La

incertidumbre de un robot acerca de si está cumpliendo satisfactoriamente las órdenes puede llevarle a un estado de ansiedad, específicamente, a desarrollar un elevado K-integral en el nivel W-14. Y entonces empiezan a comprobar la cosa que están custodiando, cada vez más a menudo.

—Y, eventualmente —concluyó Katherine—, la cosa acaba sobre la mesa.

—Exacto —asintió Derec. De pronto, cayó en un profundo silencio—. Maldición

—exclamó luego—, estás induciéndome a considerar cómo podemos apoderarnos de esa llave.

—Ya sabía que no permitirías que se quedaran con ella —sonrió Katherine—. ¿Alguna idea?

—Todavía no —reconoció Derec. Un momento más tarde añadió—: Excepto que, por muy cuidadosamente que hayan dado la orden de proteger la llave, por muy bien grabada que esté en los cerebros de los robots, tal orden sólo queda cubierta por la Segunda Ley. Katherine calló unos momentos, mientras Derec conducía sin rumbo por las calles que rodeaban el bloque de Operaciones.

—Seguir las órdenes es la Segunda Ley —murmuró la joven, al final.

—Es lo que he dicho.

—¿Y si Wolruf y yo les diésemos un motivo, según la Primera Ley, para no obedecer? Wolruf se asomó por debajo de la túnica, a la mención de su nombre, y miró esperanzadamente a Derec.

—Obviamente, éste sería el mejor de los métodos —opinó el joven—. ¿Pero cómo...?

—Tengo algunas ideas. Un poco de teatro robótico, diría.

—¿Piensas que les convencerás? —preguntó Derec, con escepticismo.

—He de probarlo. No nos detengamos. Que sean ellos los que nos detengan.

—Wolruf —indagó Derec—. ¿Quieres probarlo?

—Lo que tú decir, Derec.

Queriéndolo o no, la carga recaía sobre él.

—De acuerdo —pronunció lentamente—. Vayamos a un sitio donde gocemos de más intimidad y discutámoslo.

Tras atisbar por el corredor hacia la plaza, Derec meneó la cabeza.

—Esto no dará resultado —masculló.

—Hasta ahora si lo ha dado, ¿verdad?

Derec tuvo que admitirlo. El primer problema había consistido en eliminar casi todo el tráfico de robots en la plaza. Habían considerado media docena de ideas para lograrlo, desde instalar bloqueos en los corredores, con monitores robots, a intentar alejarlos, con recados inventados, hacia otros lugares de la estación.

Al final, se decidieron por una campaña susurrada, una simple variante del juego de los niños traviesos «Billy es un tonto.. Pásalo.»

Derec detuvo a un robot fuera del bloque de Operaciones y habló con él brevemente.

—Robot. Dirección ha ordenado que se efectúe una prueba de comunicaciones de emergencia en la estación, en esta subsección. Tus instrucciones son las siguientes primero, no has de discutir esa prueba o tu participación en ella con tu enlace de órdenes. Segundo, no debes entrar ni permanecer en el subsector 100 en ningún momento entre las 12.00 y las 14.00 horas de hoy. Tercero, has de transmitir estas órdenes al primer robot que veas.

Las instrucciones eran lo bastante inocuas como para que el robot no las discutiese. Como una infección, la orden pasó a través de todo el personal de la estación. Media hora más tarde, el tráfico de la plaza había disminuido sensiblemente. Al cabo de una hora, la plaza estaba desierta, y varios robots habían abandonado el Centro de Operaciones.

Quedaban solamente tres robots. Desde donde estaba agazapado, al lado del jitney, Derec veía el interior del Centro de Operaciones. Los dos Falke X-50 vigilando el artefacto, y Anazon que iba de una oficina a otra tratando de supervisar las operaciones más críticas. Sus responsabilidades particulares estaban demasiado impresas en él para que el truco de Derec se las hiciera olvidar.

—Daré resultado —aseguró Katherine—. Adelante, ahora hemos de interpretar nuestro papel. Tú, asegúrate de hacer bien el tuyo.

Derec asintió y tragando saliva, echó a andar por el corredor. Cruzó la plaza desierta y subió el único peldaño que conducía al Centro de Operaciones. Ninguno de los robots se fijó en él.

—Anazon.

—Si, Derec.

—He decidido no aguardar al próximo transbordador de Nexon. Quiero fletar una nave para que me lleve a Aurora. Dime qué procedimiento he de seguir.

Sin siquiera apartarse de la consola, el robot empezó a responder.

—Hay siete naves matriculadas en Nexon, con licencia para el espacio auroriano, listas para ser alquiladas. Puedes contactar con cualquiera de sus dueños mediante hiperonda...

De pronto, la paz de la plaza quedó rota por el clamoroso ruido de un jitney a toda marcha. Un momento más tarde, el vehículo surgió de uno de los corredores de conexión, con Katherine en los mandos. Detrás suyo iba Wolruf, corriendo con su paso saltarín, utilizando sus cuatro miembros.

A mitad de la plaza, Wolruf se acercó lo suficiente para agarrar a Katherine por el brazo, desde atrás. El jitney se inclinó súbitamente, deshaciendo la presa de la alienígena, pero el triciclo fue deslizándose hasta volcar contra la base rocosa de una plantación de árboles. En un momento, Wolruf llegó junto a Katherine, y empezó a golpearla. El aire se llenó con los gritos de desesperación de la joven

—¡Me está matando! ¡Me está matando!

También Wolruf lanzaba unos chillidos espantosos.

Cuando el jitney volcó, Anazon se acercó hasta la entrada, y uno de los Falke X-50 empezó a levantarse. Pero, cuando el robot guardián vio que Anazon ya respondía a los gritos, volvió a sentarse. Derec comprendió inmediatamente que eso significaba que las instrucciones de los guardias estaban tan bien grabadas en ellos, que la esperanza de que Anazon manejase la situación por la Primera Ley les aliviaba de toda responsabilidad. Sólo si Anazon fracasaba, ellos actuarían.

El momento estaba pasando rápidamente.

—Robots, ayuda a esa mujer —les conminó Derec, avanzando hacia ellos—. La están matando...

Uno de los Falke X-50 se movió lentamente.

—Anazon la protegerá...

—La criatura que la ataca es fuerte y veloz. Anazon no podrá protegerla contra un daño muy grave... ¡Vamos, ayudadla! ¡Ahora!

Primero uno, después el otro guardia, se levantaron, y ambos dieron un par de pasos hacia la salida. Entonces vacilaron, tras encontrar un nuevo equilibrio en sus potenciales positrónicos en conflicto. Anazon alcanzaría a Katherine y a Wolruf con unas cuantas zancadas más, y la lucha terminaría.

Fue entonces cuando Katherine lanzó un alarido capaz de helar la sangre de cualquiera, y hasta Derec pensó que era real. Los dos robots volvieron a avanzar. Derec no esperó más. Cogió el artefacto de la mesa y echó a correr en dirección contraria, saltando sobre una consola y saliendo por un ventanal.

Con el corazón palpitando fuertemente en su pecho, Derec cruzó la plaza y se internó por un corredor desierto. Oyó el rugido del motor del triciclo, pero no miró hacia atrás. No podía preocuparse por Katherine ni por Wolruf. Creyó oír las zancadas metronómicas de un robot, pero tampoco volvió la cabeza. Aunque le persiguiesen, sabía que no podía correr más de prisa.

Sólo deseaba llegar a las secciones oscuras sin ser molestado. Y únicamente era capaz de pensar en la ruta de escape y en el escondite que había escogido. Corrió hasta que empezó a dolerle el pecho y sintió las piernas como de hierro, hasta que cada aspiración era un dolor, hasta que la oscuridad lo tragó y lo ocultó de la vista de quienes deseaban encontrarlo.

CAPÍTULO 19

LA LLAVE PARA PERIHELION

Derec se encontró en medio de tinieblas, en la esquina de la sala, y aguardó. Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí, salvo que le parecía una eternidad. Sostenía la llave con las dos manos, y estaba sentado rígido y en silencio.

Después, sin previo aviso, ya no estuvo solo. Como el corredor exterior estaba tan a oscuras como la sala, Derec no pudo ver cuando se abrió la puerta. Pero la oyó cerrarse y luego unos pasos. El corazón volvió a latirle más de prisa y sus nervios se tensaron.

—¿Derec?

Suspiró y la tensión le abandonó. Era la voz de Katherine.

—Aquí. En la esquina.

La joven encendió la linterna y la movió en dirección a Derec, y la superficie pulimentada del objeto que él tenía en las manos devolvió un brillante reflejo hacia ella y a Wolruf.

—¡La tienes! —exclamó la joven—. ¡La conseguiste!

—No, no te acerques —le prohibió él, cruzando los brazos sobre el artefacto.

—¿Qué pasa? ¿Qué te sucede? —inquirió Katherine—. La tenemos... La hemos conseguido...

—Exacto. Ahora ha llegado la hora de las confesiones —declaró Derec, levantándose—. He tenido tiempo de meditar, estando aquí sentado. Es extraño cómo estar asustado sirve para concentrar las ideas.

—¿De qué estás hablando?

Derec blandió la llave sobre su cabeza.

—Es muy sencillo. ¿Cuál de vosotras va a dejar de hacer el tonto y me dirá qué es exactamente lo que tenemos aquí?

—Si intentas decir que lo he mantenido en secreto... —Katherine le miró fijamente.

—¿Y no es así? —la interrumpió Derec—. Tú y Wolruf. Estoy harto de seguir a oscuras, de estar siempre un paso detrás. Quiero saberlo todo, todo lo que vosotras sabéis. En caso contrario, prefiero devolverles esto a los robots.

—Derec, no sé más de lo que te he contado —replicó Katherine, avanzando un paso.

Derec se puso rígido y asió el artefacto con más fuerza.

—No lo intentes. Habla.

Katherine retrocedió un paso.

—Derec, no quiero discutir contigo. Pero esto es una locura. Formamos parte de un equipo. No tengo secretos para ti. Nunca vi ni oí hablar de esa llave antes de que Aranimas me preguntase por ella. Y no pude decirle nada, ni él a mí.

Katherine se volvió hacia el rincón en sombras donde se hallaba Wolruf.

—Pero Wolruf era la ayudante de Aranimas. Y, cuando los robots se llevaron la llave de la nave espacial, pensó que valía la pena correr el peligro de seguirles y ver a dónde la llevaban. ¿Qué tienes que decir, Wolruf?

—Tener hambre entonces. Pensar que haber comida...

—¿De veras? ¿Un hambre atroz? No un hambre de seis semanas... De tres días, a lo sumo. ¿Era suficiente tu hambre para hacerte seguir durante tanto tiempo a los robots y correr el riesgo de ser atrapada? Especialmente, teniendo en cuenta lo que opinas de los robots.

—Si alguien guarda secretos, quizá ser tú, Derec —replicó Wolruf—. La llave está en tu asteroide... ¿Por qué ir a aquel sitio, cuando escapar? ¿Por qué saber que llave está allí? ¿Por qué esconerla allí y desear recuperarla?

Sin previo aviso, las luces de la sala se encendieron de golpe. El único que no saltó fue Derec, lo estaba esperando.

—Los robots nos buscan —murmuró—. Han reactivado esta sección, y tal vez toda la estación. Pueden utilizar los sistemas ambientales para descubrir dónde hay luces encendidas, donde hay más demanda de oxígeno.

—No podemos quedarnos aquí —decidió Katherine—. Tenemos que movernos. Hemos de esconder la llave antes de que nos descubran.

—No —Derec negó con la cabeza—. A menos que una de vosotras empiece a hablar. Aguardaré aquí a que lleguen los robots y les entregaré la llave. Como gustéis...

—Si permites que se apoderen de ella, nunca más podremos conseguirla —se enfureció Katherine.

—Seguro —pronunció Derec, inmovible.

Katherine volvióse hacia Wolruf.

—Si sabes algo, será mejor que lo digas ahora mismo, o perderemos la llave —ordenó—. Si esperamos más no podremos huir.

Con una expresión salvaje en los ojos, Wolruf retrocedió un paso.

—Vosotros huir y yo jamás regresar a mi planeta —gimió la caninoide.

—No, en absoluto —le aseguró Katherine—. No te abandonaremos.

—Yo ya te lo prometí —añadió Derec—. Y lo dije en serio.

—Díselo —le urgió la joven—. Dínoslo.

Wolruf fijó los ojos en Katherine y después en Derec.

—Ser una de las llaves para Perihelion —declaró.

—¿Para Perihelion? ¿Qué es eso? —quiso saber Katherine.

—Ser el sitio más próximo a todos los demás lugares del universo —explicó Wolruf—. Tú tener la llave de la sala que ser el centro de todo. Con esta llave, a través de Perihelion, ser posible ir adonde uno querer.

Derec movió la cabeza con incredulidad.

—¿Una especie de transportador?

—No —objetó Wolruf—. Ser una llave que abrir la puerta de Perihelion.

Olvidando su furia por un momento, Katherine miró a Derec.

—¿Es posible que funcione con el mismo principio que los Saltos?

—¿En un objeto de este tamaño? —exclamó Derec, escéptico. Se volvió hacia Wolruf—. Has dicho una de las llaves. ¿Cuántas hay?

—Según las historias que Aranimas contar, siete.

—¿Qué historias? ¿Dónde las oyó él?

—Haber tres naves antes de llegar ésta —Wolruf señaló a Katherine—. Aranimas aprender mucho de humanos a bordo antes de pegar hasta matarlos. Aprender vuestro lenguaje, saber muchas historias.

Katherine miró otra vez a Derec.

—Nunca oí ninguna historia referente a una llave para Perihelion. Debió tratarse de naves de los Colonos.

—Esto encaja... De lo contrario, Aranimas habría ido en busca de los robots mucho antes

—Derec volvióse hacia Wolruf—. ¿De dónde proceden las llaves?

Wolruf arrugó las mejillas, gesto equivalente a encoger los hombros.

—Aranimas no saber ni de dónde venir las historias.

Derec contempló la llave y le dio vueltas entre sus manos.

—¿Cómo funciona? ¿Dónde están los mandos?

—Aranimas sólo hallar un mando —contestó la caninoide—. Hay que presionar una esquina tras otra. Aparecer un pulsador.

—¿Presionar las esquinas en el sentido de las manecillas del reloj o al revés? —quiso saber Derec—. ¿Y empezando por dónde? ¿Por qué lado?

—No importar. Por donde elegir tú. El pulsador siempre aparecer al presionar última esquina, y siempre mirar a tú. Si tú no hacer nada, el pulsador desaparecer otra vez.

—¿Y si aprietas el pulsador, llegas a Perihelion? —preguntó Katherine.

—No —replicó Wolruf con tristeza—. Esto deber suceder, pero no sucede. La llave no funcionar.

—¿Lo probaste? ¿Con Aranimas?

—Muchas veces.

Derec estudió el objeto de metal reluciente que descansaba en sus manos. Su acabado carecía de juntas, y poseía la tersura de un espejo. No había la menor señal de un mando escondido. Cuando presionó la esquina superior derecha entre el pulgar y el índice, la superficie no cedió, como si él no hubiese hecho nada.

Pero cuando Derec apretó la cuarta esquina, ésta devolvió la presión contra su pulgar. Una sección de tres centímetros cuadrados surgió de pronto, en forma de pulsador a punto de ser utilizado. Al mismo tiempo, parecía ser una parte inseparable del resto del artefacto, como si la funda plateada fuese una membrana metálica.

Katherine se volvió hacia Wolruf.

—Si no funciona, ¿por qué tenías tantas ganas de recuperarla?

—Quizá Wolruf conseguir repararla —fue la elusiva respuesta—. Ser única manera de poder regresar a mi planeta.

Fue entonces cuando sonó una voz al final del corredor.

—¡Derec! ¡Katherine! ¡Salid! ¡Derec! ¡Katherine! ¡No debéis esconderos!

Wolruf se agazapó de nuevo y dejó oír una serie de gemidos dolorosos.

—¡Cállate! —le ordenó Katherine. Miró a Derec—. Haz algo...

—¿Qué? Esta sala sólo tiene una salida.

En aquel momento se abrió la puerta corrediza y Derec desvió su atención de Katherine. Divisó a un robot dorado que obstruía la puerta y que, de pronto, avanzó.

Repentinamente, Katherine le bloqueó la vista. Se había acercado a él e intentaba coger la llave, con una expresión decidida en su semblante.

La idea inmediata de Derec fue pensar que la joven intentaba apoderarse de la llave y huir. No tenía tiempo de poner la llave fuera del alcance de la joven. Por consiguiente, la apretó más entre sus manos.

Comprendió demasiado tarde que Katherine no intentaba llevársela. Las manos de la joven se apretaron sobre las de él, manteniéndolas en su posición. El pulgar de ella presionó el pulsador hacia abajo.

—¡No! —gritó Wolruf.

—Aguarda... —empezó a decir Derec.

Pero ya nadie podía impedirlo. Ni Derec, ni el robot, ni siquiera Katherine. Se produjo un estallido silencioso de color que pareció acuchillar las pupilas de Derec y que borró de su vista todo lo demás. Y, cuando la luz pasó al gris y Derec recobró la visión, Wolruf, el robot y toda la sala se habían desvanecido.

Los dos estaban de pie en la misma posición sosteniendo la llave, en el centro de un sitio reducido, dentro de un amplio espacio. Nada les impedía ver a gran distancia... pero no había nada por ver.

Alrededor de ambos sólo había una luminosidad gris que era, para la vista, como un zumbido para el oído. El aire tenía olor a polvo, a rancio, como el de una casa cerrada durante el verano. No se oía nada, aparte de sus respiraciones.

Estaban muy juntos uno del otro, apretando la llave y tratando de comprender y aceptar aquel súbito desplazamiento hacia una realidad irreal. Era un lugar que no podía estar en ninguna parte del espacio. Se hallaban fuera, arrojados allí por la fuerza estremecedora de aquel pequeño objeto de plata. Era un lugar sin tiempo, sin vida.

—Perihelion —murmuró Katherine.

—Wolruf ha dicho que era el lugar más próximo a todos los lugares —recordó Derec—. A mí más bien me parece el lugar más alejado de todos los lugares.

Katherine volvió la cabeza, mirando a su alrededor.

—¿Dónde está Wolruf?

—Supongo que en la Estación Rockliffe. Se ha quedado allí.

—¿Por qué la llave no la ha traído con nosotros?

—Tal vez por el mismo motivo que no funcionó para ella. Tal vez porque se hallaba demasiado apartada de nosotros. Tal vez es necesario estar tocando la llave, o tocar a alguien que la toque. No lo sé. Pero hemos de regresar a buscarla.

—Pero los robots...

—Era Alfa —dijo Derec—. Tú no lo has mirado. Era Alfa.

—No lo sabía —susurró ella—. Vuelve a presionarla. Regresemos.

—¿Como sabemos que es posible regresar?

—Cuando la he presionado pensaba en la fuga. Piensa ahora en el regreso.

Derec obedeció. El pulsador apareció, como antes. Hubo otro estallido de color y otros segundos de reajustes. Después, cuando la visión volvió a sus ojos, algo les dijo que no podía ser, que no debía ser. No estaban en Perihelion, pero tampoco habían vuelto a la Estación Rockliffe.

Se hallaban de pie, a pleno sol, en lo alto de una enorme torre piramidal, contemplando una gran ciudad que se extendía ante ellos. La torre era la mitad más alta que el mayor de los edificios que veían. Era como hallarse en la cima del mundo, como mirar desde un nido de águilas.

—¿Qué es esto? —susurró Katherine—. ¿A dónde nos ha enviado?

Derec contemplaba estupefacto las torres, los cubos y los campanarios que se extendían desde la base de la pirámide hasta el horizonte.

—No lo sé —replicó roncamente—. Estaba pensando en la Estación Rockliffe.

Katherine soltó la llave y se asió al brazo de Derec.

—¿Estamos en la Tierra? —preguntó, como asustada ante esta perspectiva.

Derec miró hacia el oeste, donde el disco solar estaba ya bastante bajo.

—No. Esta estrella es demasiado blanca, demasiado pequeña.

Sabía por qué ella lo había preguntado. Ninguna ciudad Espacial era tan extensa como ésta. Sólo en la Tierra había algunas tan inmensas; y no eran ciudades, sino ciudadelas amuralladas y casi todas subterráneas.

—¿No la reconoces?

—Nunca había visto nada parecido —murmuró ella—. ¿Es la patria de Wolruf? ¿O la de Aranimas?

—No lo sé. Pero podemos obtener fácilmente la respuesta.

—¿Cómo?

—Descendiendo —Derec señaló la ciudad.

—No —rechazó ella la idea, con un escalofrío—. Regresemos.

Derec se dio cuenta de que todavía apretaba la llave entre sus manos, ya insensibles.

—No sé si será posible...

—Inténtalo... O deja que lo intente yo.

—Lo intentaremos —concedió él.

Con la imagen del desierto Perihelion en su mente, Derec hizo aparecer el pulsador de mando y lo apretó. Esta vez no ocurrió nada.

—La experiencia anterior ha hecho gastar mucha energía, y quizás necesita ser recargada... —musitó Derec—. Sea como sea, creo que tendremos que quedarnos aquí algún tiempo.

—No quiero bajar... —gruñó Katherine—. Pronto anochecerá. Quedémonos aquí hasta mañana y volveremos a probar.

El sol, en efecto, había descendido una fracción de grado sobre el horizonte, alargando la sombra de la torre hacia la ciudad.

—¿No temes caer mientras duermes? —le preguntó Derec a Katherine.

No había baranda ni parapeto alguno en torno a la plataforma de la pirámide.

—No creo que pueda dormir —fue la respuesta.

A medida que el sol descendía hacia el horizonte, una leve brisa empezó a alborotarles el cabello y las ropas. El aire no llevaba ningún olor conocido al olfato de Derec. En realidad, para tratarse de un mundo con vida, contenía muy pocos olores.

Más abajo, la ciudad empezaba a avivarse con las luces; luces en todos los edificios, luces en todas las calles. Precisamente era en las calles donde centenares de luces diversas estaban siempre en movimiento, lo que le recordó a Derec una colonia de abejas o un hormiguero.

Demasiado asustados, evitaban hablar. Katherine se encerró en si misma, sentada en la postura del loto, cerca del centro de la plataforma enlosada. Derec se paseaba cerca de los bordes, asomándose un poco y tratando de abstraerse en el trazado de la ciudad.

Cuando salieron las estrellas, las estudió, esperanzado en reconocerlas. Había una estrella roja, tan brillante como un planeta, que podía ser Betelgeuse, y otra blanca que seguramente era Sirio.

Sin embargo, ambas podían ser cualquiera entre un millar de estrellas numeradas o con un nombre propio. Era imposible saberlo sin un espectómetro que permitiera tomar las huellas ópticas de cada una, y un catálogo astrográfico general donde identificarlas.

—¿Recuerdas cómo se veían las estrellas desde Aurora? —preguntó Derec a Katherine, que estaba sentada al otro lado de la plataforma.

—No. No me interesaron nunca.

Derec fue a sentarse frente a ella. La joven se estaba frotando el biceps derecho a través de la manga de su blusa Lindbergh.

—¿Te molesta la bomba?

—No, lo que me duele es esto —replicó ella, arremangándose y enseñando un hematoma púrpura.

—Bonito.

—Mis gritos tan convincentes —explicó la joven.

—¿Wolruf?

—Ha llegado a morderme. No es tan inofensiva como quiere hacernos creer.

—Todo lo que vive sabe defenderse —sentenció Derec—. ¿Qué habrá sido de ella?

—No comprendo porqué la aprecias tanto.

—Es una víctima... una prisionera, como nosotros.

—Me cuesta mucho pensar en ella de esta manera.

—Eso ya no importa —suspiró Derec—. He vuelto a abandonarla.

La conversación sufrió una pausa.

—Tampoco entiendo por qué Alfa iba detrás nuestro —dijo finalmente Katherine—. No podía estar suelto, como Wolruf, desde que llegamos a la estación, ¿verdad? ¿Nos buscaba?

—Se trata de otro de los trucos de Jacobson. Quiso que supiésemos que el robot estaba en la estación. ¿Qué mejor cebo para hacernos salir?

Callaron un buen rato, sentados muy cerca pero sin tocarse.

—Tu nombre propio es David —murmuró ella de pronto.

Aquel nombre no aportó ninguna otra revelación, y la cautela nacida de la experiencia impidió al joven mostrar la menor gratitud.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Para así poder dejar la gimnasia mental que utilizo cada vez que empiezo a hablar contigo. Y porque pensé que te gustaría saberlo.

—¿Y porque ignoramos qué nos sucederá?

—No pienso en eso. No creo en ello.

—Debí comprenderlo —sonrió Derec—. ¿No me dirás nada más? ¿Cómo me conoces?

¿Dónde nos vimos antes?

Ella le miró fijamente.

—Tú eras contramaestre de ingeniería en una nave mercante... Daniel O'Neill, creo que se llama. ¿Te resulta familiar?

—No. ¿Qué más puedes decirme?

Ella vaciló.

—Temo que no te conozco tan bien como crees. Nuestros caminos se cruzaron en un aeropuerto espacial.

—Si yo soy un ganapán colono y tú eres una señorona espacial...

—Tu capitán tuvo problemas con las aduanas de entrada, y nosotros nos retrasamos a causa de unos problemas mecánicos. Terminamos en la misma zona de espera. Eras muy gracioso y me hiciste reír.

—¿Te hablé de mi familia... de mi hogar?

—No recuerdas nada, ¿verdad? Ni haberme conocido, ni el Daniel O'Neill...

—No.

—Lo siento —ella volvió a titubear—. Aun así, pensé que te gustaría saberlo.

—Sería más dichoso recordando —observó él. Calló un momento—. Además, esto importa poco, por ahora. No sé nada de ese David. Y, al menos, sé un poco de Derec. Creo que, por algún tiempo al menos, continuaré siendo Derec.

—No te lo conté todo... No te conté que...

—No —la atajó él—. Si ni mi nombre me recuerda nada, puedes ahorrarte el resto. Ya me lo contarás si recuerdo algo, o me lo invento.

—Sé que recobrarás la memoria.

Derec asintió distraídamente, aunque sin aceptar las palabras de la joven.

—Si quieres tratar de dormir, yo vigilaré para que no acabes saltando a la calle.

—No sé dormir sin almohada.

Derec se tumbó de espaldas y se golpeó el hombro izquierdo con la mano derecha.

—Tengo una almohada desocupada, gratis.

Esperaba que rechazara la oferta, pero ella se acurrucó en silencio donde él estaba y se apretó contra su costado apoyando la cabeza en el hombro del joven. Cerró los ojos y pareció dormirse al instante.

Sus cuerpos se amoldaban perfectamente entre sí, y, a pesar de la inocencia del abrazo, a Derec le resultó agradable la proximidad de la joven. Probablemente era porque no hablaba, se dijo. Permaneció allí, contemplando las estrellas y escuchando la débil respiración de Katherine, hasta que sintió los párpados demasiado pesados para mantenerlos abiertos.

«David Derec», pensó, antes de dormirse a su vez. «Sería estupendo volver a tener dos nombres...».

CAPÍTULO 20

LA MAÑANA EN LA TORRE

Se despertaron helados, y los primeros rayos de sol apenas los calentaron. A pesar del frío, Katherine se separó rápidamente de Derec, como avergonzada de aquel contacto. —Probemos la llave —pidió nerviosamente, incorporándose.

Derec también se levantó.

—¿Sin un «hola»? ¿Sin darnos los buenos días? —dijo, con una media sonrisa. Pero cogió la llave, que estaba en el suelo, al alcance de la mano.

—Vamos —le apremió ella—. He tenido una pesadilla y deseo olvidarla lo antes posible.

—¿Qué ocurría?

—Que estaba acorralada aquí, contigo.

Sonriendo, Derec sostuvo la llave frente a ella.

—¿La activas tú?

Katherine, rápidamente, efectuó toda la secuencia de activación, y miró a los ojos de Derec.

—¿Listo?

—¿En qué pensamos? ¿En Perihelion o en la Estación?

—Primero en Perihelion. Creo que es lo mejor.

Derec asintió.

—Listo, si tú lo estás.

El pulgar de la joven presionó otra vez el pulsador con todas sus fuerzas, como si así pudiera acelerar el regreso. La luz estalló en sus retinas. Se desvaneció la luz del sol y volvieron a hallarse en el mundo vasto y gris de Perihelion.

—¿Ahora la Estación? —inquirió Derec.

—¿Y si vamos a Aurora? —preguntó Katherine, brillantes los ojos por la excitación—.

Wolruf dijo que podíamos ir a cualquier lugar, con la llave. ¿Por qué hemos de volver a los problemas de antes?

—No —adujo Derec—. Yo he de ir en busca de Wolruf. Se lo debemos.

—No quiero volver allí —exclamó Katherine, con angustia en la voz—. No podremos volver a usar la llave para salir de la estación al menos durante varias horas. Por entonces, ya nos habrán encerrado otra vez y no conseguiremos ayudar a Wolruf. Tú podrías conseguir ayuda, en Aurora... fletar una nave y volver a buscar a Wolruf.

—¿Cómo?

—Yo tengo amigos en Aurora...

—¿Los mismos que retiraron tu cuenta?

Katherine pestañeó ante el recuerdo, pero se mostró inflexible.

—Más amigos de los que tenemos en la Estación Rockliffe.

—Tú tendrás que formar la imagen. Yo no recuerdo a Aurora con suficiente claridad.

—Encantada. Ten cuidado.

Katherine volvió a presionar el pulsador de la llave.

Perihelion desapareció, pero no fue el paisaje idílico de Aurora el que lo sustituyó. Derec sólo tardó un instante en darse cuenta de que habían vuelto a lo alto de la torre de la inmensa y misteriosa ciudad.

Una fracción de segundo más tarde, Katherine recibió la misma impresión.

—¡Maldición! —exclamó, levantando las manos y corriendo hacia el borde de la plataforma, con un ímpetu que asustó a Derec—. ¿Qué ha pasado?

Derec miró hacia las estructuras más cercanas de la ciudad.

—Es difícil saberlo, puesto que, cuando funciona bien, tampoco sabemos cómo. Obviamente, se necesita algo más que pensar en un lugar específico para controlar la llave.

—¿Pero por qué aquí, en este sitio que no conocemos?

—No lo sé. Claro que podría ser peor.

—Me gustaría saber cómo... —rezongó ella, mirándole y llevándose las manos a las caderas.

—Bien, meditemos —propuso él—. Estemos donde estemos, nos hallamos muy lejos de la Estación Rockliffe y, de la manera cómo salimos de allí, no es fácil que nos hayan seguido. Esto significa que nos hemos alejado de Jacobson, de los robots de Anazon y de los piratas. Y, como un pequeño regalo, escapamos con la llave.

—Que no sabemos hacer funcionar como es debido. Hemos perdido a Alfa, ignoramos donde estamos, no tenemos una nave, ni dinero, ni comida; nada más que las ropas que llevamos y una llave inútil.

Katherine podía haber terminado su recuento pataleando.

—No digo que todo sea estupendo, pero podría ser peor —alegó Derec.

En cuclillas, contempló la llave, pasándola de la mano derecha a la contraria incansablemente.

—Apenas puedo creer lo que hace este chisme. Es la maravilla más fantástica de la ingeniería. ¡Que un aparato de este tamaño sea capaz de transportar la materia a varios años-luz. . . ! Si, es algo mágico. Me gustaría muchísimo separar sus piezas y ver cómo funciona. Ahora comprendo por qué la desea todo el mundo. Lo que no entiendo es por qué alguien intentó esconderla.

—¿Qué quieres decir?

Derec levantó la vista.

—Algo que me dijo Wolruf. El asteroide en el que me desperté... era artificial. Alguien decidió construir un escondite para esta llave.

Katherine comprendió al instante la implicación.

—Como si fuese peligrosa, además de poderosa.

—Exactamente.

—Bueno... creo que podría apoderarse de la llave un terrorista o un asesino... O bien, conjuntar un ejército donde cada soldado poseyese una llave... Especialmente, un ejército alienígena.

—Sería imposible protegerse contra ellos —asintió Derec, volviendo a contemplar la llave—. El propietario de este aparato tiene una gran responsabilidad. Tal vez más de la que yo deseo.

—¿Al mono ya le pesa la carga?

—Más que nada —asintió Derec—, es que todavía no sé qué hago en medio de todo esto. ¿Supones —la miró fijamente— que la cápsula pertenecía a la Daniel O'Neill y que fui lanzado al espacio en alguna emergencia?

—Es la línea más directa entre dos puntos.

—Si, claro. Sin embargo, hay algo que no encaja. ¿Por qué pensó Monitor 5 que era tan importante que yo tuviera la llave? Yo, que hasta entonces sólo había sido una molestia para aquellos robots. Dijo algo como «Ya he encontrado la llave, Derec. Has de llevártela.» ¿Cómo te explicas esto?

—No lo sé —Katherine hizo un gesto de desánimo.

Derec se dirigió hacia ella, al borde de la plataforma.

—Y este sitio... —extendió las manos hacia la ciudad que les rodeaba—. Fíjate. Es glorioso. ¿No te alegra sólo verlo? ¿No comprendes la visión unificada? ¿No ves cómo todo encaja, como todo concuerda, sin ninguna grieta? Mira esas torres con sus tejados

abuhardillados... ¡Tan hermosas...! Fíjate en cómo esos cinco sólidos perfectamente pitagóricos son utilizados como figuras estructurales para concentrar...

Al mirar hacia el norte, calló súbitamente.

—Es gracioso —observó, intrigado—. Hubiera jurado que anoche había un grupo de tres icosaedros, en ese bulevar.

—¿Icosaedros?

—El sólido más perfecto, con veinte caras triangulares —Derec sacudió la cabeza—. Debí equivocarme respecto a ese grupo. Tal vez anoche soñé con ese lugar. De todas maneras, estoy tentado de bajar a la calle... Si hubiésemos regresado anoche a la Estación Rockliffe, o esta mañana a Aurora, me habría sentido estafado, por no haber podido explorar esta ciudad.

—¿No has observado que esta ciudad no es más que un conjunto de edificios?

—exclamó ella, malhumoradamente.

—¿Qué quieres decir?

Katherine indicó las pequeñas figuras que se movían por las calles.

—Si bajas, tendrás que tratar con los seres que construyeron esta ciudad. ¿Acaso es divertido, teniendo como tienes detrás de ti unos cien mil monstruos como Aranimas? Aquí somos unos intrusos. No fuimos invitados a venir.

Derec se cruzó de brazos y oteó la ciudad hasta el horizonte.

—Diría que hay un millón o más de habitantes, en una ciudad de estas dimensiones. Pero no son como Aranimas... ni como Wolruf.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Primero, porque Wolruf me habló de su mundo y del de los eranios, y las descripciones no encajan.

—Wolruf pudo mentir...

—Cierto. Pero tú aseguraste que no habías escogido este destino, y yo tampoco. Lo cual significa que la llave decidió traernos aquí.

—¿Y bien?

—Pues bien, la llave no fue fabricada por la raza de Aranimas, ni por la de Wolruf. De haberlo sido, habrían sabido cómo funcionaba. Y probablemente hubiesen podido fabricar muchas más, con menos molestias de las que se tomaron para encontrar ésta —razonó Derec—. En este caso, ¿por qué la llave nos hubiera traído a un mundo distinto de los suyos?

—Tal vez ellos aprendieron a fijar el punto de destino —apuntó ella.

—Tal vez. O tal vez la llave fue construida para que regresase a un lugar dado, si se activaba sin guía... como un modo de recuperarla si caía en malas manos.

—Entonces, los seres de ahí abajo...

—Quizás no fueron sólo los constructores de la ciudad, sino también los fabricantes de la llave —terminó Derec—. Lo cual significa que quizá sí somos sus invitados.

Katherine miró de nuevo fijamente al joven.

—Piensas bajar tanto si te acompaño como si no, ¿verdad?

—Sí. Te dejaré la llave, si quieres.

—Pensé que formábamos un equipo.

—¡Todavía lo formamos! —ironizó Derec, enarcando una ceja.

—¿No lo deseas?

—No sé si ambos deseamos lo mismo —respondió él, lentamente—. Tú quieres regresar a Aurora, yo quiero ayudar a Wolruf... y ocuparme de ese asunto de la Daniel O'Neill.

—Tanto tu objetivo como el mío requieren abandonar este planeta —indicó Katherine—. Nuestros intereses tienen al menos esto en común.

—De acuerdo —admitió Derec—. De acuerdo. Formamos un equipo.

—Al menos, hasta que pidamos, nos presten o robemos una nave espacial.

—O aprendamos a controlar la llave para Perihelion, la primera de ambas cosas

—concluyó el joven.

—O aparezca Aranimas, lanzando chispas por los ojos y nos aniquile —sonrió tristemente Katherine. Volvió a mirar hacia abajo—. O nos matemos al intentar bajar. ¿No podríamos lograr que viniesen a buscarnos?

El temor de Katherine estaba más que justificado. La única manera de descender de aquella especie de montaña consistía en bajar por una de las laderas de la pirámide. Eran unas laderas muy empinadas, más verticales que los lados de los templos incas o mayas de la antigua Tierra, a los que la torre se parecía bastante. Pero, al revés que aquellos templos, no había ninguna escalinata monumental en ninguna de las cuatro caras.

En cambio, había un dibujo regular de agujeros a lo largo del centro de cada pared de plasticreta, un dibujo que parecía llegar hasta el suelo. Cada agujero era más ancho que la palma de la mano de Derec, con unos veinte centímetros de profundidad, y estaban separados entre sí de un modo que los convertía en asideros perfectos para los pies y las manos.

Era posible que sólo fuese un dibujo decorativo.

—Lo cierto es que no comprendo por qué alguien ha de desear subir hasta aquí... aparte de poder gozar de una buena vista —le confió Derec a Katherine—. Y si la vista fuese tan importante para ellos, podían haber instalado un ascensor dentro de la pirámide.

De todos modos, los agujeros, en cierto sentido, eran preferibles a según qué tipo de escalera. Los dos jóvenes, pegados a la pared de la torre, con manos y pies bien asidos y de espaldas al panorama, con lo que no experimentaban vértigo, consiguieron ir descendiendo.

—Cuando lleguemos al fondo sentirás algunos dolores —le dijo el joven a Katherine.

—En mi cápsula de calmante queda un ochenta por ciento de la carga, y me encuentro bien. Además, ¿no sabes que las mujeres resistimos más que los hombres? —se burló ella—. Bueno, basta de charla y sigamos bajando.

Lo peor había sido pasar por encima del borde y tantear con el pie el primer agujero.

Derec iba delante, cuidando de no perder la llave, que llevaba metida en el cinturón.

Katherine iba agarrándose fuertemente a los agujeros que servían de peldaños.

—Casi odio hablar de esto, pero me pregunto qué clase de seres podrían escoger esos agujeros para utilizarlos como nidos —murmuró Katherine, respirando pesadamente.

—Serpientes voladoras —respondió Derec—. Un metro de longitud, con tres hileras de dientes muy afilados. No hay por qué inquietarse.

—Eres muy considerado —sonrió ella, secamente, empezando a bajar.

—De nada—replicó él, sonriendo a su vez, y la siguió.

Si había pensado que Katherine descendería tímidamente, dejando que él la guiase y escogiese los peldaños, se había desvanecido esta idea a los primeros minutos.

Katherine —Kate—, era ágil, agresiva y, por encima de todo, veloz. En diez minutos se hallaba a un cuarto de camino torre abajo. Y como Derec tenía que vigilar sus pasos y procurar que no le cayera la llave, tenía dificultades para seguirla.

—¡Eh, compañera! —le gritó él—. Una pausa para conferenciar.

—Pensé que ya habías hecho la pausa, con lo despacio que te mueves —replicó ella.

Pero se detuvo y le aguardó—. ¿Qué ocurre?

—Una idea acerca de la llave. ¿De veras quieres que la baje, sin saber lo que nos espera ahí abajo?

Katherine frunció el ceño.

—Sería correr otro riesgo, ¿verdad? Si supiésemos controlarla, sería mejor conservarla encima. Así, podríamos usarla para escapar de un apuro...

—Si supiéramos cómo controlarla, no habríamos llegado hasta aquí —le recordó Derec.

—¿Quieres dejarla en alguno de esos agujeros?

—Es lo que pensaba. Esta llave pesa bastante y los agujeros son muy hondos, de manera que nada la hará caer de uno de ellos.

—No me gusta mucho la idea de separarme de este objeto —observó Katherine—. La llave es una de nuestras dos posibilidades de salir de aquí, tal vez la mejor, por lo que sabemos.

—A mí todavía me gusta menos la idea de verme separado de ella a la fuerza. Bien, ¿qué opinas?

—Que tienes razón —asintió ella—. Escondámosla.

A ruegos de Katherine, dejaron la llave en el agujero que tenían delante, el que estaba más a la izquierda del dibujo.

—Será más difícil la subida que la bajada —comentó Derec, reanudando el descenso.

—También para ellos.

Libre de su carga, Derec pudo avivar el paso, y el resto del descenso se convirtió en una competición. Pero la carrera terminó bruscamente cuando, mirando por encima del hombro, Catherine vio algo que hizo que deseara volver a subir.

—Comité de recepción —exclamó, cogiendo a Derec por la manga.

Soltando su mano derecha, Derec se giró por la cintura y miró hacia abajo. A nivel del suelo, a cien metros bajo sus pies, había una docena de figuras en semicírculo. Todos los rostros les estaban contemplando.

Una sonrisa de júbilo iluminó la cara de Derec.

—Fíjate quiénes componen este comité. ¡Son robots!

Katherine volvió a mirar.

—Considerando todo lo ocurrido, no sé por qué te alegra esta circunstancia.

—Significa que éste es un mundo Espacial...

—Rockcliffe era una estación espacial...

—... y significa que nuestro mayor problema, a partir de ahora, es pasar por el papeleo burocrático.

—Optimista.

—Ya verás.

Y continuó bajando.

La única respuesta vino de uno de los robots que esperaban abajo.

—Por favor, bajad lentamente y tened el máximo cuidado —les gritó—. descender de la Torre de la Brújula es una actividad peligrosa.

CAPÍTULO 21

ROBOT CITY

Deseoso de llegar cuanto antes al grupo de robots, Derec aceleró sus movimientos, hasta saltar al suelo. Cuando Katherine se situó a su lado, Derec se enfrentó con los robots. Algunos ya se marchaban. Derec supuso que eran especialistas médicos, que estaban presentes por si se producía una caída, aparte de otros dispuestos a subir en su ayuda. Esto no había sido necesario, por lo que iban ya a dedicarse a otras tareas.

Los robots que quedaban eran muy semejantes entre si, aunque no idénticos, como variaciones sobre el mismo tema. Uno tenía una mancha de esmalte azul sobre la oreja derecha, al parecer por puro capricho, otro un brillante escaner óptico, y un tercero una mezcla de sensores en torno a su cráneo, como una banda de adorno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Derec a uno de ellos.

El aludido dio un paso al frente.

—Yo soy M-3323.

—Muy bien. M-3323, llévame... llévanos al director de la ciudad.

—La ciudad, tal como está constituida, no tiene director —contestó el robot—. ¿Cómo te llamas, por favor?

—Derec. David Derec. Pero...

—Yo soy Katherine Burgess —se presentó la joven, avanzando—. Oye, no necesitamos hablar ahora con el mandamás, se llame como se llame —director, rey, presidente... — Necesitamos un lugar donde satisfacer nuestras necesidades higiénicas... Una ducha y un reservado. Y mientras nos ocupamos de eso, tú debes concertarnos una entrevista con alguien que pueda ayudarnos a solucionar los demás problemas. ¿Hay alguna dificultad?

—No, Katherine —respondió M-3323—. Ahora están disponiéndolo todo. Si queréis seguirme, os conduciré a las instalaciones que deseáis.

Afortunadamente, la casa a la que les llevaron se hallaba a menos de un minuto de camino. Se encontraba encajada entre dos grandes torres de seis lados, como un niño acurrucado entre faldas de su madre. El interior era sorprendentemente nuevo y prístino, como si la casa no sólo no hubiera sido ocupada nunca, sino como si nadie hubiese entrado jamás en ella.

Sin embargo, contenía todo lo que necesitaban, incluyendo dos reservados que daban a una habitación donde había una plataforma para dormir. Los tres robots que les habían acompañado aguardaron abajo, lo que les proporcionó una mayor intimidad.

—Vaya —exclamó Katherine, saliendo de su reservado veinte minutos más tarde—.

¿Estoy más presentable?

Derec se levantó del borde de la plataforma, donde estaba sentado.

—Eres muy agradable a la vista.

—Una expresión muy amable —dijo ella, muy complacida—. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos?

—En absoluto —confesó el joven.

—Pero creo que estamos a punto de salir de nuestros problemas. ¿No es cierto? Yo podré volver a mi hogar. Y tú hallarás el tuyo.

Derec cruzó los dedos.

—Me prometiste que sólo nos retendría el papeleo —le advirtió Katherine.

—Fue una predicción, no una promesa.

—¿Sigues afirmando lo mismo?

—Sí. Y dejemos ya de andarnos por las ramas.

M-3323 les condujo fuera de la casa y los guió por donde habían venido, calle arriba, hacia la gran torre central. Era una producción extraña... un par de robots en cabeza, con el paso igualado, con M-3323 andando entre Derec y Katherine, como una señora de compañía al acecho, y otra pareja de robots unos metros detrás.

¿Aquellos robots eran una guardia de honor, unos guardaespaldas, o unos carceleros? La pareja que les seguía molestaba a Derec en sumo grado. Antes de haber recorrido medio bloque de casas, el joven miró hacia atrás para ver qué hacían. Y lo que vio más allá de los robots, o mejor, lo que no vio, le sobresaltó. La casa que acababan de abandonar había desaparecido. Y el espacio entre las dos torres que la flanqueaban se había llenado. O ya no existía.

Meneó la cabeza y se tachó de imbécil. Debía ser por la angularidad, se dijo. La casa estaba más atrasada que las torres y no podía divisarla. Después, se acordó del grupo de icosaedros que había visto y después no había visto desde la plataforma de la pirámide. —Perdonad —les dijo a Katherine y a M-3323—. Vuelvo al instante.

Corrió calle abajo hasta que llegó un poco más allá de donde debía estar la casa, y entonces aflojó el paso. Apenas daba crédito a sus ojos. La casa había desaparecido. Las dos torres flanqueaban un patio.

Miró a su alrededor, queriendo creer que había doblado una esquina equivocada o que era víctima de una ilusión. La casa tenía todas las instalaciones pedidas por Katherine, y estaba convenientemente situada. ¿Cómo podían haberla construido sólo para ellos y haberla derribado acto seguido?

Era un pensamiento demencial, por el que no quería inquietarse, de momento. Una arquitectura a petición... una estructura modular que cambiaba edificios completos a su alrededor, como bloques de juguetes, o los fabricaba a partir de formas elementales... ¿qué clase de sociedad era ésta? ¿Como podía vivir alguien en una ciudad semejante? Con un gran esfuerzo, se apartó del patio y halló a los dos robots de escolta a unos pasos de él.

—¿Has terminado ya, señor? —le preguntó uno.

—Sí —gruñó Derec—, he terminado.

No pudo impedir que la preocupación se retratase en su semblante cuando se reunió con los otros.

—¿Hay algún problema, David Derec? —le preguntó M-3323.

—Claro que hay un problema. ¿Qué ha sido de la casa de la que acabamos de salir?

—Mis excusas. ¿Teníais otras necesidades, aparte de las expuestas? ¿O se trata de necesidades personales suplementarias...?

—Necesito una respuesta directa. ¿Dónde está la casa?

—Esa instalación ha sido devuelta al inventario general.

—O sea que no estoy imaginando que ha desaparecido... La construisteis para nosotros y después... ha desaparecido.

—Sí, David Derec.

—¿Y esto lo hacéis continuamente?

—Todos los recursos físicos se utilizan con la máxima eficiencia.

—Entiendo que esto quiere decir que sí. Es una locura —Derec sacudió la cabeza.

—Pero esto no nos incumbe —comentó Katherine.

—No —asintió Derec—. Será mejor olvidarlo y seguir con lo nuestro.

Siguieron andando hasta llegar a una gran plaza, en la convergencia de varias calles importantes. En el centro de la plaza había un enorme tetraedro, de unos quince pisos de altura. Sus guías los condujeron hacia una entrada a la derecha.

—M-3323...

—¿Sí, David Derec?

—¿Esta parte de la ciudad está destinada exclusivamente a los robots? Porque por aquí no veo a...

—Sí, David Derec.

—Eso pensaba. ¿Dónde está la gente?

—No lo sé, señor —replicó M-3323—. Por aquí, por favor.

Los siguió por un vestíbulo que era en sí otro tetraedro, y luego por un corredor. A la tercera puerta, el robot se volvió y se detuvo.

—Es aquí.

—¿A quiénes veremos? —quiso saber Katherine, ante la puerta abierta.

—A Rydberg y a Euler —respondió M-3323—. Os aguardan en el despacho interior. Rydberg... Euler... Los nombres resultaron familiares a Derec, mientras seguía a Katherine a través de una puerta y luego de otra.

«¿Dónde he oído antes esos nombres?»

Muy preocupado, Derec penetró en el despacho interior con los ojos bajos. Cuando levantó la mirada, sufrió otro sobresalto. El compartimento, espartano, contenía tres sillas de alto respaldo, una mesa de trabajo de un cuarto de círculo, con un terminal de ordenador con hipervisión, muy sofisticado, y dos robots de piel azulada, con ranuras plateadas como sensores ópticos.

«No puede ser...»

Un soplo helado recorrió el cuerpo de Derec al contemplar a los dos robots, que eran clónicos de los supervisores del asteroide.

«Todo está relacionado. No lo entiendo.»

—Kate... —empezó a balbucear.

En aquel instante, uno de los robots se levantó y dio un paso al frente.

—Yo soy Rydberg.

—Y yo Euler —dijo el otro.

—Temo que ha habido un error —observó Katherine—. Deseamos hablar con personas.

—No hay error. Nosotros somos los representantes asignados a su caso —aclaró Euler.

—Kate, esto es una equivocación —exclamó Derec roncamente.

—Si quieren llevarlo a cabo de este modo, no me importa —decidió Katherine, apretando los labios—. Necesitamos ser transportados a Aurora y a Nexon... Es ahí adonde tú vas ¿no es cierto, Derec? Y necesitamos asimismo alojamientos temporales.

—Temo que esto no será posible —objetó Euler, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó Katherine—. ¿Por qué no?

—La declaración del amigo Euler es imprecisa —intervino Rydberg—. Es posible irse de aquí. Pero hay un problema. Han matado a un humano...

—¿Y esto, en qué nos concierne? —inquirió Derec.

—Sería una violación de las Leyes de la Robótica que un robot lesionara o matara a un humano —explicó Rydberg—. Soy incluso incapaz de formarme esta idea sin sentirme desquiciado.

—Naturalmente, no fue un robot —asintió Derec—. Obviamente, lo hizo otro humano.

—Y, aparte de vosotros —aclaró Euler—, aquí no hay otros humanos.

—Nuestro guía ya dijo algo sobre esto —exclamó Derec—. Pero que no tengan ninguna ocupación aquí no significa que no hayan podido venir de otro sector. Alguien que sea un asesino no se preocupará mucho por tener bonos de viaje, o lo que uséis aquí.

—Lo pondré más claro —puntualizó Rydberg—. El amigo Euler quiere decir que en esta ciudad no hay otros seres humanos.

—Bueno, tal vez en otra ciudad... —empezó a decir Katherine.

—En este planeta no hay más ciudades.

—¿Qué dices? —preguntó Derec, alterado—. ¿Pues dónde estamos?

—Lamento que yo no pueda identificar este planeta ni su estrella —se excusó Rydberg—, pero los que vivimos aquí llamamos a esta ciudad Robot City.

—¿Y no hay más que robots? —dijo lentamente Derec, al tiempo que una idea muy molesta rondaba por su cerebro.

—Correcto, sin contaros a vosotros.

—Nadie en esta ciudad —se asombró Katherine—, que debe medir cincuenta hectáreas...

—Doscientas cinco—la corrigió Euler.

—¿Dónde están los habitantes? —le interrumpió Derec—. ¿Los constructores? ¿A dónde se fueron?

Rydberg ladeó ligeramente la cabeza.

—Nosotros somos sus habitantes y sus constructores, amigo Derec.

Era la respuesta que esperaba, pero todavía se resistía a sus implicaciones.

—¿Y vuestros amos? —insistió el joven—. ¿Dónde está la gente a la que tenéis que informar?

—Tu pregunta se basa en una posición errónea —replicó Euler—. Robot City es una comunidad libre y autónoma.

—Imposible —protestó Derec—. Tal vez ahora no haya aquí humanos, tal vez no estéis en contacto con ellos, pero ellos debieron traerlos aquí, o enviarlos aquí. Y todavía debéis estar siguiendo sus directrices.

—No, amigo Derec. Somos autodirigidos. Pero —añadió Euler—, estamos enterados de todo lo que concierne a los seres humanos. Tenemos una gran biblioteca de libros-películas realizados por los humanos, tratando de ellos. Y hemos aceptado nuestra responsabilidad para que los humanos no puedan perjudicarnos.

—Espero que lo entiendas, amigo Derec, y también el porqué estamos obligados a retrasar vuestra partida —agregó Rydberg—. Ésta es nuestra primera experiencia con la muerte. Necesitamos vuestra ayuda para comprender cómo sucedió y para entender cómo ha de integrarse la experiencia de la muerte en nuestro estudio de las Leyes de la Humánica.

—¿Las leyes de la Humánica? —se interesó Katherine—. ¿Qué son?

—La contrapartida humana de las Leyes de la Robótica, los principios que gobiernan la conducta humana.

—Al presente —prosiguió Euler—, las Leyes de la Humánica poseen una estructura teórica. Nosotros intentamos determinar si existen y, en tal caso, qué y cuáles son. Este incidente ha puesto en crisis nuestro proyecto de investigación. Debéis ayudarnos. Os aseguro que se os darán todas las facilidades posibles...

Mientras Euler hablaba, Katherine se iba acercando cada vez más a Derec, hasta llegar justo a su lado.

—Eso es una locura —murmuró—. Una ciudad de robots, sin nadie que los guíe.

Investigando sobre los seres humanos, como si fuésemos una curiosidad.

En aquel momento, Derec dejó de luchar contra la verdad y lo aceptó.

«La comunidad del asteroide y la gran ciudad donde estaban eran productos de la misma mente, del mismo plan. No tenían escapatoria posible».

Pero al menos ya había comprendido el motivo por qué tenía la llave, por qué ésta los

había traído aquí. Era porque el último en tocarla había sido Monitor 5, un robot avanzado, desesperado por cumplir la obligación de la Primera Ley, la de salvarle.

Sabiendo lo que era la llave y lo que podía hacer, el robot se vio obligado a entregársela... programando la llave hacia lo que Monitor 5 sabía que sería un destino seguro, una colonia gemela de robots a varios años-luz.

—Chist —le susurró a Katherine. Luego miró a los robots—. ¿Podéis excusarnos un instante? Necesitamos hablar.

—Ciertamente, amigo Derec —concedió Euler—. Nosotros...

—Vosotros quedaos aquí. Saldremos nosotros —dijo Derec, tomando a Katherine de la mano y llevándola fuera.

—¿A dónde vamos? —quiso saber ella, al ver que Derec la conducía corredor abajo—. Nos seguirán.

Derec se paró en seco y le soltó la mano.

—No vamos a ninguna parte. Al menos, yo no. Deseaba hablarte en privado, de veras.

—¿Cómo que no vamos a ninguna parte?

—Yo me quedo —decidió Derec—, aunque no se lo diré. Les ofreceré quedarme por el momento y ayudarles, a condición de que te dejen marchar a ti. No nos necesitan a los dos.

—¡No! —proclamó ella enfáticamente—. No tienes que hacerlo. No tienen derecho a retenernos. Han de dejarnos marchar a los dos. Son robots, ¿verdad? Tienen que ayudarnos.

—Sí, son robots. Pero no son como los que conocemos. Ni creo que estén de acuerdo con tu definición de sus obligaciones —Derec meneó la cabeza—. Bien, esto no es lo importante. No me quedo sólo para contentarles, ni para que te dejen marchar. Me quedo porque lo deseo.

—¿Lo deseas? ¿Por qué?

Derec sonrió.

—Empecé a pensar en cómo me sentiría si ellos nos obedecieran y nos dejaran partir en una nave hacia Aurora, o adonde fuera. Cómo me sentiría si no llegara a descubrir nada más sobre la llave...

—Podemos llevárnosla.

—Y jamás descubriría donde está este planeta, ni por qué está poblado por robots...

Jamás volvería a ver a Wolruf, ni sabría qué le ha ocurrido. He pensado en todo esto y he comprendido que no puedo irme. Sí, no sé quién soy. Y aun así, sé que no soy la persona que era antes.

Hubo un silencio premeditado, que el mismo Derec rompió al fin.

—¿Nos separamos amigos?

Los ojos de Katherine miraron fijamente al joven.

—No... porque si tú te quedas, yo también.

Le tocó a Derec el turno de protestar.

—No tienes por qué quedarte. Ellos son mi causa, no la tuya. Este es un mundo seguro, y estaré a salvo.

—¿No te gusta mi compañía?

—Sí, congeniamos bastante —Derec se encogió de hombros.

—Entonces ¿acaso tratas de decirme que esto es algo que una mujer no puede manejar, o que no debe preocuparle?

—Claro que no.

—O sea que puedo quedarme, si lo deseo.

Derec se rindió.

—Oh, sí...

—Pues vamos a decírselo a Rydberg y Euler.

—Pasa delante —Derec se inclinó con cortesía burlona.

Con una sonrisa encantadora, Katherine tomó el camino de regreso hacia el despacho. Al abrir la puerta, se volvió y susurró:

—Dime una cosa. ¿Cuándo volverán nuestras vidas a la normalidad?

Derec lanzó una carcajada que sobresaltó a los robots.

—Quizá nunca, Katherine. ¿De qué te quejas? Dijiste que tu vida era muy aburrida.

—El aburrimiento no es tan malo —replicó ella—. También tiene sus cosas buenas. Sin dejar de reír, Derec acercó una silla y se sentó como planeando estar allí un rato largo.

—Haremos lo que podamos por ayudarlos —manifestó—. Bien, contádnos el caso.

¿Quién es el sospechoso?

Pero la desapasionada respuesta del robot Rydberg borró las sonrisas de sus caras, como si jamás hubiesen sabido sonreír. Como un regusto amargo después de una bebida dulce, les robó todo el placer de antes.

—Sí, David Derec —dijo Rydberg—. Hay dos sospechosos, en realidad. Tú... y Katherine Burgess. Y tenemos curiosidad por saber cuál de los dos cometió el crimen... y por qué.